

RESUMEN

Esta tesis doctoral es resultado de una investigación en el campo de la comunicación social que se propuso analizar la construcción del erotismo en revistas femeninas argentinas de la década del '60, época de renovación editorial y, simultáneamente, de políticas de censura aplicadas en el mismo contexto nacional. La indagación se centró en analizar las construcciones simbólicas con las que revistas femeninas como *Para Ti*, *Femirama*, *Vosotras*, *Maribel*, *Claudia*, entre otras y, complementariamente, revistas de actualidad como *Gente* y *Life*, tematizaron las dimensiones de lo erótico, en un contexto de producción de discursos signado por rupturas culturales de los tradicionales modelos femeninos y masculinos, de pareja, de sexualidad y de figuraciones del cuerpo.

Para abordar la problemática del erotismo en sus distintas facetas fue necesaria la construcción de dimensiones teóricas relativas a los géneros, las sexualidades, el amor, los cuerpos, y los placeres y deseos. En una década de transformaciones en las vidas eróticas de muchas mujeres, que parecían antagónicas con los sentidos dominantes en las décadas anteriores, las revistas femeninas debieron actualizarse e incluir entre sus páginas estas temáticas.

La renovación periodística se desarrolló en momentos de avance del autoritarismo en el país, en medio de cruzadas moralistas y de políticas de censura que alcanzaron su máxima expresión con el golpe de Estado del general Onganía en 1966. A fines de la década, en medio de la radicalización cultural y política, el avance del autoritarismo y el recrudecimiento de la censura frente al erotismo en los medios de comunicación clausuraban una época de resignificaciones en los discursos del erotismo que marcarían las décadas subsiguientes.

Palabras claves: erotismo, revistas femeninas, década 1960

RESUMEN EN INGLÉS

This dissertation is the result of a research in social communication, which has the intent to analyze the construction of the eroticism in Argentine women's magazines during the '60s, a time of publishing renewal and censorship's policy in the country. The inquiry was used to analyze the semiotic and discursive ways in which women's magazines such as *Para Tí*, *Vosotras*, *Femirama*, *Maribel*, *Claudia*, and news magazines such as *Gente* and *Life* thematized the erotic's dimension in a context of elaboration of speeches marked by a cultural break against the older female and male models, couples, sexuality and body configurations.

To investigate eroticism was necessary to build its theoretical dimensions, such as sexualities and genders, love, body, pleasures and desires. In a decade of transformations of the erotic lives of many women, who seemed antagonistic to the dominant senses in previous decades, women's magazines had to be updated to include these issues in its pages.

This journalistic renewal took place during a period of authoritarianism advance in the country, in the middle of moralistic crusades and censorship policies that reached its peak with the coup of General Onganía in 1966. At the end of the decade, amid the cultural and political radicalization, the advance of authoritarianism and the resurgence of censorship against eroticism in the media put an end to an era of new meanings in the speeches of eroticism that marked the following decades.

Key words: eroticism, women's magazines, decade 1960

PREFACIO

De pequeña adoraba descender la escalera de madera que llevaba al sótano de la antigua casa de campo donde viví hasta mis 16 años, para sumergirme en las cajas de revistas viejas a las que mis bisabuelos y sus descendientes habían estado suscriptos, acumuladas allí con el paso de las décadas.

Además, cada una de mis abuelas y tías abuelas contaba con una piecita en su casa para los cachivaches, donde guardaban publicaciones llenas de polvo, que me transportaban fácilmente a muchas décadas atrás al mismo tiempo que me hacían estornudar frenéticamente. En esos espacios con olor a viejo, a humedad, podía pasar horas entretenida pues me llevaban a viajar por el tiempo. Las revistas se definían por lecturas de género: publicaciones de tejidos para ellas, revistas rurales y de mecánica para ellos; y revistas de actualidad, como *Caras* y *Caretas*, para ser compartidas.

Las inundaciones y la subida de las napas hicieron que estos materiales se ahogaran durante mi adolescencia y terminaran flotando perdidos en aquel sótano. La necesidad de abandonar el campo, tras la erosión económica de los '90, y las sucesivas mudanzas, no nos permitieron acarrear todos estos materiales tan valiosos. Pero el recuerdo de esas lecturas y de los mundos pasados en los que me sumergían, siguió presente.

Fue así que creo que me dediqué a analizar las revistas que leían mis abuelas, mis tías y en alguna medida mi mamá, por entonces adolescente. Considero que es ese uno de los principales motivos, de esos que nos dirigen desde atrás de la nuca, es decir, inconscientemente. La elección de la década tampoco es casual. En mi memoria quedaron grabadas esas imágenes de vestidos cortos de colores, o a rayas, los moldes para hacer trajes de baño o minifaldas, los peinados batidos. Esas revistas me hablaban de una época de nuevas libertades que se había entrometido en mi retina desde aquellas exploraciones de mi niñez.

Pero entonces, ¿por qué investigar el erotismo?, ¿por qué esta clave de lectura para abordar aquellas revistas? Por placer y por el placer. Ya en mi tesis de grado había abordado otra dimensión hedonista: la construcción semiótica del deseo en las publicidades audiovisuales de cervezas. Ya había ido por Dionisio –o Baco-, ahora iría por Afrodita –Venus- y Eros –Cupido-.

El erotismo aparecía como una categoría que elevaba a un primer plano al placer y al cuerpo; tan olvidados en nuestra experiencia académica cotidiana. Se trataba entonces del placer de la investigación y del placer como objeto de investigación, porque, como dice Dora Barrancos (2015a): “Conocer es estar en estado de alegría. Eso no quiere decir que las ideas nos lleguen sino que hay que trabajar, transpirar la camiseta pero hay que hacerlo con alegría” (Barrancos, “La investigación como sentimiento”, UNLNoticias, 10/04/15). La autora sostiene que la emoción juega un papel fundamental en el conocimiento y así es que, a veces, nos enamoramos de nuestro objeto de conocimiento. Por el placer, entonces, de escribir, de leer, de investigar, de conocer; deseo vital (Eros) que me ha llevado por el camino de la investigación, deseo que me he dedicado a cultivar y cuidar para que no se tornara mera costumbre u obligación.

Agradecimientos

Este trabajo de investigación, realizado en el marco del Doctorado en Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, contó con el valioso apoyo de CONICET, mediante el otorgamiento de becas Tipo 1 y Tipo 2, sin las cuales hubiera sido mucho más arduo continuar esta carrera. Además, la investigación fue albergada en el Centro de Investigaciones en Mediatizaciones asentado en dicha facultad, como espacio de discusión y debate pero también de sostenimiento de la labor investigativa.

En cuanto a la recopilación de los materiales que componen el referente empírico de este trabajo, debo agradecer la colaboración de muchas personas que me acercaron revistas femeninas de sus tías, madres o abuelas. He conversado el tema de mi tesis con muchas personas que no podría aquí contabilizar, de diversas proveniencias académicas y no académicas, y en cada intercambio logré enriquecer el proceso de investigación.

Dejo aquí un especial agradecimiento a mis directoras, que me han bancado con su alegría característica: a Sandra Valdetaro, por impulsar este deseo por la investigación y a Florencia Rovetto por su gran acompañamiento y dedicación a la lectura. Gran parte de esta tesis fue escrita en el marco de una estancia doctoral en

el Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura de la Universidad de Costa Rica, con el apoyo del director del programa, el Dr. Alexander Jiménez Matarrita.

No quiero dejar de agradecer a mis viejos, quienes nunca saben bien qué hago cuando investigo, a los docentes de la Universidad Nacional de Entre Ríos que me han formado, especialmente a Rubén Sergio Caletti que instigó mi pasión por investigar, por interrogar los sentidos sociales y cuestionar los sentidos comunes. Junto a él aprendí que el trabajo de investigación era justamente un trabajo, de hormiga, pero también de autocrítica constante, de puesta en discusión con los otros, de marchas y retrocesos a contracorriente. A Juan Pablo Gauna por su acompañamiento, a Luisina Zitelli por su ayuda, a Leandro Drivet por señalarme algunos caminos, a mis compañeros de la cátedra Investigación en Comunicación, Leila Passerino, Sebastián Rigotti y Carina Muñoz, con quienes aprendí a investigar en equipo. A mis compañeros de doctorado, Mariana Busso, Irene Gindin y Elías Fernández, con quienes tuve el agrado de transitar este derrotero, festejando cada encuentro. Sin su compañerismo, este trabajo hubiera sido mucho más dificultoso. Junto a todos ellos y siguiendo lo dicho por Barrancos, hemos transpirado la camiseta pero sin olvidar la alegría y el placer por este trabajo.

ÍNDICE

Resumen.....	2
Resumen en inglés.....	2
Prefacio.....	3
Índice.....	6
Índice de ilustraciones.....	9
Introducción.....	13
Capítulo I: Erotismo y revistas femeninas en los '60	21
1. El erotismo, una categoría silenciada.....	21
1.1 Un erotismo de época.....	22
2. Industria cultural sesentista.....	25
2.1 <i>Boom</i> editorial.....	27
2.2 Una selección.....	30
3. Una época joven y rebelde.....	34
3.1 Ciencias sociales, revolución y juventud.....	40
3.2 La venta de juventud.....	41
4. Fin de la fiesta: represión y censura del erotismo.....	47
4.1 El potencial erótico de la censura.....	54
Capítulo II: Liberación erótica.....	56
1. Erotismo y sexualidad, una madeja.....	56
2. El eros psicoanalítico y los teóricos de la liberación.....	57
2.1 El desencanto.....	61
3. El jardín de las delicias o el sexo regulado.....	63
3.1 La erótica como arte.....	66
4. La transgresión erótica.....	67
4.1 Maldito eros: el pecado de la carne.....	69
4.2 La transgresión organizada.....	71
5. Culpa erótica y confesión en las revistas femeninas.....	73
5.1 La desculpabilización de los '60.....	74
6. Liberación sexual mediatizada.....	77
Capítulo III: Sexualidades sesentistas.....	84
1. La sexualidad descarnada.....	84
2. El placer y los discursos del sexo.....	87
3. Peligros sexuales y educación.....	97
4. El sexo no reproductivo: la revolución anticonceptiva.....	103
5. La sexualidad bajo cuidado femenino.....	114
6. La sexualidad de los jóvenes.....	117
Capítulo IV: Construcción de feminidades y feminismos.....	120
1. Sexualidad degenerada.....	120
2. Naturalidad femenina.....	124

3. Feminidades renovadas.....	127
4. Malestares femeninos.....	133
5. El feminismo de los '60 en el país.....	140
6. Un cuarto propio: una resignificación de la soltería.....	154
Capítulo V: Una erótica del amor.....	159
1. Los discursos de la sexualidad o los discursos del amor.....	159
1.1 El arte amatorio.....	160
1.2 El corazón dictador.....	162
1.3 El amor como marca femenina.....	163
2. Romance para ellas: narrativas rosas o ficciones pedagógicas.....	164
2.1 A primera vista.....	168
2.2 'Namorar'.....	171
2.3 La sufriente obsesión amorosa.....	173
3. Pasión masculinizada.....	180
4. Clase, raza y edad: las variables del amor.....	183
5. Eros infiel.....	186
Capítulo VI: Nuevas reglas de juego amoroso.....	199
1. La modernización y las problematizaciones del amor.....	199
2. La 'prueba de amor'.....	203
2.1 Recato o deseo sexual femenino constreñido.....	204
2.2 Transgresiones y transformaciones.....	207
3. Sexo o amor.....	213
4. Eros conyugal: vida afectiva bajo contrato.....	218
4.1 Bodas: la caza y el casamiento.....	219
4.2 <i>Eros</i> y <i>Gamos</i> : el placer en el matrimonio.....	223
4.3 La felicidad conyugal y las evaluaciones del matrimonio.....	226
4.4 Divorcios y algo más.....	232
5. Las uniones libres.....	236
6. Erotismo e intimidad en la pareja.....	239
Capítulo VII: El erotismo en los cuerpos.....	242
1. La dimensión erótica del cuerpo.....	242
1.1 Norma erótica o transgresión normada en los cuerpos femeninos.....	244
2. El cuerpo fantaseado: la sensualidad y lo deseable.....	245
2.1 Belleza erótica.....	250
3. La moral de la exhibición.....	261
4. La moda en los cuerpos.....	264
4.1 La erotización de los detalles corporales.....	269
Capítulo VIII: Figuraciones corporales eróticas.....	279
1. Erotismo doméstico.....	279
2. La <i>femme fatale</i> o la mujer como peligro.....	283
3. Seducción masculina.....	292
3.1 Galanes románticos.....	294
3.2 La conquista tecnificada.....	298

3.3 Galantería nacional.....	309
4. Seducidas y abandonadas.....	311
Capítulo IX: Placer y deseo en escena.....	314
1. Placeres bajo presión.....	314
2. Hedonismo pop: el imperativo del placer y el consumo.....	316
2.1 Placeres eróticos o pornográficos.....	318
3. Sentidos del goce.....	321
3.1 Fulguraciones del deseo.....	322
3.2 Alusión e ilusión: las fantasías.....	323
3.3 Escenas eróticas: el contacto corporal.....	326
3.4 Lo prohibido.....	330
3.5 Goce o padecimiento del placer.....	332
3.6 La muerte erótica.....	336
3.7 Eros, clase y raza.....	341
4. Sujetos de deseo y objetos de deseo.....	344
4.1 Encantada de ser sumisa.....	346
4.2 Fantasías liberadoras.....	351
4.3 Obsesiones de deseo.....	356
Conclusiones.....	361
Referencias bibliográficas.....	371
Artículos de revistas referenciados.....	376
Anexos -en CD-.....	385

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Capítulo I

- Figura 1: “La gran tentación o la gran ilusión”, Antonio Berni (1962).
Figura 2: Portada *Vosotras* N°1244, 08/10/59.
Figura 3 “A todo color”, *Gente* N°179, 26/12/68: portada.
Figura 4: “¿Adónde llegará esto?”, *Gente* N°73, 15/12/66: 8-9.
Figura 5: “Qué hacen, qué piensan, qué hablan, qué comen”, *Gente* N° 194, 10/04/69: 38-39.
Figura 6: “Pasémonos al Suavegom”, Publicidad *Suavegom*, 1969.
Figura 7: “Para que Usted sea libre, cómodamente libre”, Publicidad *Siambretta*, 1960.
Figura 8: “Música en movimiento”, Publicidad *Tonomac*, 1969.
Figura 9: “Para un mundo joven, divertido, feliz”, Publicidad *Renault*, 1968.
Figura 10: “Un día, un auto”, Publicidad *Citröen*, 1968.
Figura 11: “Terriblemente frizzante”, Publicidad *Moscatel Esmeralda*, 1967.

Capítulo II

- Figura 12: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español Vol. 34, N° 7, 06/10/69: 38.
Figura 13: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español Vol. 34, N° 7, 06/10/69: 47.
Figura 14: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español Vol. 34, N° 7, 06/10/69: 40.

Capítulo III

- Figura 15: “El que ríe con psicoanálisis, ríe mejor”, *Gente* N°199, 15/05/69: 42.
Figura 16: “Conception Days Indicator”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 60.

Capítulo IV

- Figura 17: “Lo único más femenino que *Warner's* es Usted!”, Publicidad *Warner's*, *Femirama*, N° extraordinario, 06/69: 71.
Figura 18: “El perfume que dice cómo es Ud”, Publicidad *Miss France*, *Femirama*, N° extraordinario, 06/69: 16.
Figura 19: “Las intuitivas”, Publicidad *Citröen 2CV*, 1968.
Figura 20: “Margarita Palacios, cocinando a la criolla” *Cristina*, N° 854, 08/65: portada.
Figura 21: “Platero y yo”, Publicidad *Citroen 2 CV*, 1968.
Figura 22: “Moderna, actual, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, 1968.
Figura 23: “Moderna, activa, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 221
Figura 24: “Naturalmente...”, Publicidad *Evanol*, *Claudia* N° 87, 08/64: 10.
Figura 25: “El algodón femenino”, Publicidad *Delsa*, *Maribel* N° 1640, 08/64: 21.
Figura 26: Sumario, *Maribel* N°1637, 21/07/64: 3.
Figura 27: “Marcela”, Publicidad *Phillips*, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67: 111.
Figura 28: “Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?”, Publicidad *Karina*, *Gente* N° 193, 03/04/69: 5.
Figura 29: “¿Te sientes culpable?”, *Maribel* N° 1479, 20/06/61: 62.
Figura 30: “Mujeres en el poder”, *Maribel* N°1681, 08/06/65: portada.
Figura 31: “La mujer toma las armas”, *Maribel* N° 1640, 08/64: portada.

Figura 32: “La mujer decide?”, Publicidad *Celulosa Argentina*, 1967.

Figura 33: “Proceso a la soltería”, *Maribel* s/n, 1964: 18-19.

Capítulo V

Figura 34: “Como ella...”, Publicidad *Pond's*, *Claudia* N° 87, 08/64: 11.

Figura 35: Publicidad *Torino*, 1967.

Figura 36: Publicidad “Renault 4, te quiero”, *Femirama*, 06/69: 167.

Figura 37: “Si le escribe: te amo”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62: 30.

Figura 38: “Una heroica prueba de amor”, *Femirama*, 03/68: 34-35.

Figura 39: “Cuando el otoño es adiós...”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 31.

Figura 40: “¿Son felices las mujeres blancas casadas con hombres de color?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: portada.

Figura 41: “Una mujer con pasado”, *Maribel* N°1656, 08/12/64: 32.

Figura 42: “Los infieles” Publicidad *Master 91*, *Gente* N° 158 19/08/68: contratapa.

Figura 43: “Los infieles” Publicidad *Master 91*, 1968.

Figura 44: “El salto”, *Maribel* N°1656, 08/12/64: 26.

Capítulo VI

Figura 45: “...audaces”, Publicidad *Le Mans*, *Gente* N° 282, 17/12/70: contratapa.

Figura 46: “La ginebra del que ‘sabe’”, Publicidad *Ginebra Llave*, *Maribel* s/n, 1962: contratapa.

Figura 47: “Telón tras un largo acto”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 13.

Figura 48: “El primer casamiento ‘hippie’”, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 206.

Figura 49: “¿Para esto me casé?”, Publicidad *Palmolive*, 1961.

Figura 50: “Crisis en la vida de dos”, *Maribel* s/n, 1964: 24.

Capítulo VII

Figura 51: Publicidad Vogue. *Femirama*, N° extraordinario, 06/69: contratapa.

Figura 52: “Chicas Divito”, *Gente* N° 208, 17/07/69: 17.

Figura 53: “Con un detalle de crochet”, *Chabela* N° 384, 01/68: 23.

Figura 54: Publicidad Woolite, *Para Ti* N° 2366, 13/11/67: 56.

Figura 55: “Yo soy una cámara”, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67: 109.

Figura 56: “En su rostro la natural audacia del maquillaje joven”, Publicidad *Miss Ylang*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 259.

Figura 57: “¿Qué es una mujer bella?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 50-51.

Figura 58: “Charme”, *Maribel* s/n, 1964: 58-59.

Figura 59: “Glamour de Verano”, Publicidad *Angel Face*, *Maribel* N° 1415, 22/03/60: 21.

Figura 60: “Si lo que Ud. busca es la mejor calidad...”, Publicidad *Parliament*, *Para Ti* N° 2283, 11/04/66: contratapa.

Figura 61: “La mujer tiene además, una boca, dos ojos y una cara bonita”, Publicidad *Coty*, *Claudia* N° 87, 08/64: 34.

Figura 62: “El último secreto de Sarah Bernhardt”, *Maribel* 28/04/64: portada.

Figura 63: “El secreto de Olga”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61: 10-11.

Figura 64: “Misterio...Seducción...Tul...”, Publicidad *Noveltex*, *Maribel* N° 1521, 17/04/62: 79.

Figura 65: “Así de fascinante...”, Publicidad *Angel Face*, *Maribel* N° 1430, 05/07/60: 29.

Figura 66: “¿La mujer no quiere envejecer!”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 50-51.

Figura 67: “Moda: vidriera de ideas”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: portada.

Figura 68: “Brava!” Publicidad *Chevrolet*, *Gente* N°160, 15/08/68: 37.

Figura 69: “...la audacia de un guerrillero y la solvencia de un *play-boy*” Publicidad “*Sportline*”, *Gente* N° 205, 26/06/69: 73.

Figura 70: “...la última moda”, Publicidad Renault, 1968.

Figura 71: “Permanente juventud en sus cabellos” Publicidad *Helene Curtis*, *Maribel* N° 1640, 08/64: 53.

Figura 72: Portada *Vosotras* N° 1332, 15/06/61.

Figura 73: “¡Oh!...¡Es ella!”, Publicidad *Tangee*, *Maribel* s/n, 1964: 23.

Figura 74: “Sus ojos son... atractivos?”, Publicidad *Elisabeth Arden*, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67: 29.

Figura 75: “La belleza de su busto”, Publicidad *Cremas Indígena Montenegro*, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 63.

Figura 76: “Sta-up-top”, Publicidad Warner’s, *Maribel* N° 1430, 05/07/60: 34.

Figura 77: “El pelo es el único vestido personal-natural de la mujer...”, Publicidad *Panten*, *Para Ti* N°2339, 08/05/67: 19.

Figura 78: “La verdad vestida...”, Publicidad *Singer*, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69: 71.

Figura 79: “Dan que hablar”, Publicidad *Subell*, *Femirama* Especial Navidad, 12/67: 43.

Figura 80: “Jabón de tocador”, Publicidad *Prosan*, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 4.

Figura 81: “Diviértase al sol sin temor...”, Publicidad *Coppertone*, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 51.

Figura 82: “Crema fluida y veraniega”, Publicidad *Kareen Horn*, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 125.

Figura 83: “Llaman la atención”, Publicidad *Medias Evelina*, *Maribel* N°1521, 17/04/62: 33.

Figura 84: “Botas anchas”, Publicidad *Good Year*, 1968.

Capítulo VIII

Figura 85: “Claudia Cardinale: la mujer que no supo interpretar su mejor papel: el de madre”, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67: 6.

Figura 86: “Brigitte Bardot: Pasarán más de mil hombres, muchos más”, *Gente* N° 160, 15/08/68: 18.

Figura 87: “Catherine Deneuve, operación sonrisa en *Hollywood*”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 40-41.

Figura 88: “La turbulenta vida de Jane Fonda”, *Maribel*, s/n, 1964: 42-43.

Figura 89: “Liz Taylor. Dominada y dichosa”, *Maribel* N° 1681, 08/06/65: 4.

Figura 90: “Ellas sienten latir al hombre en el *Playthompson*”, *Gente* N°217, 18/09/69: 23.

Figura 91: “Cuatro veces 007”, *Gente* N°75, 29/12/66: 40-41.

Figura 92: “Bill Blass”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 154.

Figura 93: “¡Delon... Delon... que lindo sos!”, *Gente* N°217, 18/09/69: 86-87.

Figura 94: “Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 120.

Capítulo IX

Figura 95: Publicidad ‘Ann Dey’, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67: 34.

Figura 96: “El licor que se toma ‘juntos’” Publicidad *Liquore Strega*, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67: 3.

- Figura 97: “El ‘Dr. Kildare’ teme al mal de amores”, *Maribel* s/n, 1964: 65.
- Figura 98: “Remolino de pasiones”, *Maribel* N° 1430, 05/07/60: 59.
- Figura 99: “Encantador, sugestivo... y francés”, Publicidad *Carven*, *Femirama*, 03/67: 30.
- Figura 100: “El beso prohibido”, *Maribel* N° 1646, 22/09/64: 36.
- Figura 101: “Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 11.
- Figura 102: “La turbulenta vida de Jane Fonda”, *Maribel* s/n, 1964: 45.
- Figura 103: “La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 26-27.
- Figura 104: “Otra vez...”, Publicidad *Cremestick Coty*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 223.
- Figura 105: “Si usted quiere morir en sus brazos”, Publicidad Colonia *Valet Gillette*, *Femirama*, Especial Navidad, 12/67: 185.
- Figura 106: “Un momento...!” Publicidad *Pond’s*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 225.
- Figura 107: “Castigame, maltratame, explotame, soy todo tuyo”, Publicidad *Falcon*, 1969.
- Figura 108: “Ella y la muerte”, *Maribel* s/n, 1965: 28.
- Figura 109: “Mi placer” Publicidad, *Maribel* N°1438, 30/08/60: 12.
- Figura 110: “¿A plena vida?”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64: 34.
- Figura 111: “Ni diosa, ni monstruo...”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60: 4.
- Figura 112: “Déjese tentar”, Publicidad *Windsor*, *Para Ti* N°2366, 13/11/67: 31.
- Figura 113: Publicidad Régé Dama, *Claudia* N° 87, 08/64: 20-21.
- Figura 114: “Casi Pecado”, *Vosotras* N°1324, 20/04/61: 18-19.
- Figura 115: “Lo más excitante de Brillantina *Palmolive*... es el hombre que la usa”, Publicidad *Brillantina Palmolive*, 1964.

INTRODUCCIÓN

BAJO LOS CRISTALES DEL MITO

La presente investigación se inscribe en un área de problemas que ha caído fácilmente bajo el cristal del mito. La operación del mito cristaliza las significaciones, es decir, petrifica las relaciones que se establecen entre las figuraciones y su pretendida referencia (Barthes, 2009 [1957]). Los mitos sólo pueden ser contados o narrados cuando hay un distanciamiento de su credibilidad (Gusdorf, 1960); dicho de otro modo, cuando se rastrean las huellas de su producción semiótica y se cuestiona el valor de su presunta transparencia y de la perfecta representacionalidad que los homologa a las cosas mismas o petrifica las significaciones a través de la clausura semiótica.

La mitificación ha operado, al menos, en tres dimensiones que interesan a esta investigación: la propia década del '60, los medios y la cultura de masas y la llamada revolución sexual. Para analizar la densidad y las contradicciones de estos procesos fue necesaria la tarea de recuperar analíticamente una historia para ser contada.¹

En el marco de la mitificada 'revolución sexual' de la época, este trabajo indaga las significaciones y redefiniciones del erotismo y sus expresiones en la prensa femenina argentina. Bajo la hipótesis de que las revistas femeninas abonaron a una resignificación del placer y el deseo de las mujeres como uno de los escenarios de la publicidad del derecho femenino a lo erótico, se analizan los discursos relativos al erotismo en estos materiales.

En este sentido, la investigación ha llevado a cabo una tarea que recientemente ha postulado la historiadora Dora Barrancos (2015b) al decir que, probablemente, convenga hablar menos de sexualidad y pesquisar las derivas del deseo. En una época que ha sido caracterizada por una liberación sexual, se indagan los sentidos

¹ Cabe aquí comprender la historia a la manera que indica Michel Foucault (1992):

“Claro está que la historia desde hace mucho tiempo no busca ya comprender los acontecimientos por un juego de causas y efectos en la unidad informe de un gran devenir, anteriores, ajenas, hostiles al acontecimiento. Es para establecer series diversas, entrecruzadas, a menudo divergentes, pero no autónomas, que permiten circunscribir el «lugar» del acontecimiento, los márgenes de su azar, las condiciones de su aparición” (Foucault, 1992: 47).

en que estos cambios en la sexualidad supusieron resignificaciones del erotismo, bajo el presupuesto de que sexualidad y erotismo suponen diferentes construcciones discursivas.

La investigación se inició traccionada por un presupuesto: en caso de haber acontecido una liberación erótica en la década, ésta habría tenido sus ecos en la prensa femenina de masas. Si bien las revistas femeninas en Argentina han sido abordadas por investigaciones de géneros y sexualidades (Cosse, 2011; Ballent, 2011; Eidelman, 2015; Bontempo, 2011), esta tesis apuesta a analizarlas con la clave de lectura de la construcción simbólica del erotismo, especialmente en la dimensión nodal de este problema: la del placer y el deseo.

En una época signada también por políticas de censura en el país, las transformaciones en las vidas eróticas de muchas mujeres se posicionaban como antagónicas con los sentidos dominantes en décadas anteriores. Nuevas tramas de sentido se tejían en torno al amor, las relaciones de género, las sexualidades, los cuerpos, y los placeres y deseos feminizados, que en conjunto formaban parte de una cultura erótica. De ahí que las revistas femeninas debieron actualizarse e incluir entre sus páginas estas temáticas convocantes en medio de una renovación periodística.

La indagación se centró en identificar los discursos y figuraciones acerca de los placeres y deseos eróticos, como así también de las sexualidades y géneros, el amor y los cuerpos eróticos. La reconstrucción del espectro de significaciones e interrogantes de época en torno al erotismo en los elementos textuales y visuales de las revistas permitió abordar las disputas simbólicas sobre la definición del mismo. En sus diversas dimensiones, la categoría suscitaba debates que colmaban las páginas de la prensa femenina.

En este contexto histórico de producción discursiva, lo instituido ideológicamente como tácita normativa -la sexualidad como procreación, los roles de género dentro del modelo familiar hegemónico, la maternidad y el cuidado del hogar como mandatos femeninos y el matrimonio indisoluble- se veía amenazado por nuevos discursos y prácticas de una cultura erótica asociada a las posibilidades de disfrute del cuerpo (Barrancos, 2011; Traversa, 2007), junto a la difusión de nuevos modelos de feminidad y masculinidad (Preciado, 2010), de

modos de interpretar las sexualidades (Barrancos, 2001, 2007, 2008; Felitti, 2010) y las relaciones de pareja (Cosse, 2010, Torrado, 2003).

Radicada en el área de conocimientos de los estudios culturales y de comunicación; la indagación tuvo como punto de partida la construcción de un enfoque transdisciplinario con la intención de echar luz sobre las transformaciones culturales del erotismo a través del análisis de sus configuraciones simbólicas en revistas femeninas.

El enfoque teórico involucra conceptos y categorías provenientes de distintas áreas de estudios como la filosofía, la historia, la sociología, la teoría crítica, la historia de las ideas, el psicoanálisis, los estudios de géneros y sexualidades, los estudios de la comunicación y la cultura, las teorías del análisis del discurso y la semiótica. De esta manera, el informe de esta investigación cuenta con una trama de teorizaciones de distintos niveles y alcances, a partir de la cual se tejen los argumentos conceptuales junto con el análisis empírico.

El tejido teórico fue articulado con una perspectiva metodológica destinada a interpretar al fenómeno cultural de los cambios en torno al erotismo como un proceso de producción de sentido. Desde un análisis crítico-interpretativo, este abordaje teórico y metodológico integra una trama conceptual en torno a la categoría de erotismo con teorías del discurso y la semiótica (Foucault, 1992; Verón, 1984, 2004; Barthes, 1986, 2001, 2009; Arnoux, 2010; Traversa, 1997, 2007). Bajo esta lupa no se trata de analizar enunciaciones individuales sino de realizar un análisis de la discursividad social; es decir, no interesa indagar sobre la autoría de los enunciados sino abordar el carácter social, anónimo y colectivo de las significaciones puestas en juego en las publicaciones analizadas. Sin pensar que existe una simple relación determinista entre los textos y lo social, se considera que todo discurso es un objeto históricamente producido, situado en el tiempo y el espacio, entretejido con otros; que no refleja simplemente la realidad que enuncia sino que participa en su construcción.

En este sentido, si bien no se desconocen las diferencias entre las teorías del análisis de los discursos y de la semiótica-semiología utilizadas, en conjunto éstas abonan a la construcción de una mirada acerca de la producción de sentidos sociales del erotismo en la época para abordar los materiales propuestos. Cabe destacar aquí que no se trata de una tesis de análisis del discurso ni de semiótica, sino que

las teorías provenientes de estas áreas de estudios organizan la perspectiva metodológica de la presente investigación.

El erotismo se define como un proceso de producción de sentido, cuyas simbolizaciones en las revistas femeninas de la época pueden ser recuperadas mediante su análisis. El abordaje de las discursividades acerca de los placeres en relación a los cuerpos, la sexualidad y las relaciones amorosas comprende tanto textos como imágenes, entendiendo a estas últimas como figuraciones (Traversa, 1997, 2007), resultados de procesos de semiotización de una cultura y una época determinada. Sin caer en una idea de transparencia semiótica, donde una representación aparecería como un signo que se instaura como el doble de una presunta realidad, lo que importa es su carácter estratégico y político, en el marco de un régimen perceptivo (Caletti, 2009) y en la lucha simbólica por la definición de un erotismo propio de la especificidad cultural de la época.

A través del análisis se reconstruye la variabilidad de significaciones del erotismo, junto a la indagación de las condiciones de producción de los discursos mediante su contextualización histórica. También se recuperan los interrogantes de época acerca de la temática, reconociendo las posiciones discursivas, de saber y poder, que se erigían como voces autorizadas para emitir un discurso público acerca del erotismo. Los discursos recuperados para el análisis involucran diversos géneros: narrativas, notas periodísticas, correos de lectoras, publicidades. Sin desconocer las diferencias formales entre ellos, en su conjunto y en tanto producciones de sentido, permiten arribar al análisis e interpretaciones del mismo objeto: la construcción del erotismo en las revistas femeninas de los '60.

En este marco, las revistas -en tanto artefactos culturales- son concebidas como parte del escenario de disputa por los sentidos del erotismo de la época, con su productividad política en torno a la construcción performativa de géneros y sexualidades, y los modos de comprender el amor, los cuerpos, la sensualidad, los placeres y deseos.

El extenso corpus está conformado por diferentes revistas. La mayoría de ellas no han sido de las más trabajadas en estudios provenientes del campo de la comunicación: *Femirama* de Editorial *Codex*, *Maribel* y *Chabela* de Editorial *Sopena*; *Vosotras*, de Editorial *Korn*. También se incluyen las más reconocidas, *Para Ti* de Editorial *Atlántida*, y *Claudia*, de Editorial *Abril*, abordadas por otras

investigaciones de corte histórico y desde un enfoque de géneros y sexualidades (Cosse, 2010, 2011; Ballent, 2011; Bontempo, 2011). Como fuentes complementarias se toman las revistas de actualidad *Gente*, de Editorial *Atlántida* y la internacional *Life* en español, que abonan a la construcción de un panorama de sentidos de época acerca de la problemática del erotismo. Este tipo de revistas decían tomarle el pulso a la actualidad –de hecho, la primera se llamaba *Gente y la actualidad*–, sosteniendo que lo más contemporáneo entonces pasaba por sus páginas, vislumbrando las mutaciones sociales, culturales y políticas que hicieron de los ‘60 una época.

El auge de las revistas femeninas formaba parte del desenvolvimiento de los medios de comunicación en los ’60, como fenómeno especialmente relevante en el plano cultural (Cosse, 2006). El lugar de los medios masivos de comunicación llegó a concebirse como parte de los cambios que se estaban produciendo. El crecimiento de la industria editorial tuvo una importancia notoria en las innovaciones del campo cultural. La lectura de revistas estaba integrada a las prácticas culturales de amplios sectores sociales, en especial de la clase media y trabajadora (Cosse, 2010).

La década puede comprenderse como un momento de fuerte reconfiguración de la cultura erótica cuyas construcciones simbólicas marcaron las décadas subsiguientes hasta nuestros días. Pero entonces, para abordar un objeto tan escurridizo y turbio como el erotismo fue preciso construir dimensiones de análisis que albergaran conceptos capaces de asir e indagar los materiales. A partir de las mismas se organizan los capítulos la presente tesis, a saber: el erotismo y su relación con los problemas de géneros y sexualidades, el amor, los cuerpos y especialmente, los placeres y deseos eróticos puestos en escena. Cada capítulo, además, se asienta en una hipótesis interpretativa que dirige el recorrido por los diversos conceptos analizados.

De modo introductorio, el capítulo I indaga las condiciones de producción de los discursos a través de la contextualización histórico-cultural, lo cual permite situar el problema del erotismo en la época y en la prensa femenina en el país. El segundo capítulo aborda el erotismo en cuanto objeto teórico y los debates suscitados frente a la problemática de la liberación sexual, en el contexto mundial. En este sentido, se deslinda el erotismo del problema de la sexualidad y por tanto

se cuestiona la homologación entre liberación sexual y liberación erótica. El capítulo recorre debates teóricos suscitados por Freud, Marcuse, Foucault en torno a la problemática de la revolución sexual y algunas publicaciones de la prensa de actualidad de la época que abordaron dicho tópico. En este punto, un autor de cabecera ha sido Georges Bataille (2010 [1957]), que comprende al erotismo como transgresión. La pregunta que sobrevuela los análisis posteriores es: ¿cómo se resignificaba el erotismo una vez liberado tras la supuesta ‘revolución sexual’?

El capítulo III responde a la búsqueda de diferenciación entre los discursos del erotismo y los de la sexualidad que se hallaban en boga durante la década. El tópico del sexo se difundía junto a la promoción de la anticoncepción femenina y la educación sexual. Aquí, interesó especialmente apartar estos discursos de pretensión científica y neutralidad valorativa de los discursos eróticos que ponían en la superficie al lenguaje de las fantasías y el placer.

El cuarto capítulo está destinado a abordar los mandatos sexuales para el género femenino divulgados en la época, en torno a la feminidad ‘natural’ y la imposición del recato, cuestionados por nuevos modelos de feminidad más erotizada, el derecho a la soltería y la autonomía sexual que se propagaba desde unas prácticas que podrían ser consideradas más feministas.

El capítulo V analiza los discursos amorosos tan presentes en las revistas a través de las narrativas ficcionales, con sus tópicos y figuras a modo de clichés y las construcciones eróticas de sentido acerca del amor romántico y la pasión.

El capítulo siguiente deslinda los discursos amorosos de los que problematizaban al amor en tiempos en que se resignificaba la pareja, los noviazgos y la sexualidad. Así como los discursos de la sexualidad, este tipo de textos no respondían a un registro erótico sino más bien a uno informativo, argumentativo o polémico, destinado a cubrir los debates acerca de la crisis de la conyugalidad, la cultura divorcista, con la resignificación y revalorización de los vínculos amorosos, las uniones libres y una reconfiguración pública de lo íntimo.

El séptimo capítulo aborda la erotización del cuerpo durante la década, de la mano con los discursos de la moda, la publicidad y la salud, en torno a las significaciones de la belleza, la sensualidad, la desnudez, la exhibición y los imperativos de juventud y cuidado del cuerpo.

El capítulo VIII analiza la construcción de figuraciones corporales seductoras tanto femeninas como masculinas. Responde a la hipótesis acerca del mandato a la erotización del género femenino en la época -o su construcción como objeto de deseo que teorías feministas han criticado (De Beauvoir, 2007 [1957]; Bourdieu, 1999)- pero también de lo masculino que se realizaba a través de los íconos sexuales en boga durante la década. Se analizan aquí las construcciones de la sensualidad corporal, en medio de una reconfiguración de las feminidades y masculinidades y su relación con el feminismo de la época (Preciado, 2010).

Tras deslindar las categorías de géneros y sexualidades, amor y cuerpos, el último capítulo aborda la dimensión crucial: la del deseo y del placer erótico en las revistas femeninas. Lo femenino no se construía sólo como objeto de deseo – relacionado a la opresión de género- sino también como sujeto deseante y esto hablaba del derecho al placer de las mujeres. Lo masculino se postulaba como objeto de deseo al tiempo que se alimentaba discursivamente un deseo por constituirse como objeto de deseo erótico o amoroso, tanto para uno como para otro género. Este capítulo analiza además las escenas eróticas, las narraciones o figuraciones de los placeres y deseos, los discursos del goce femenino y el contacto corporal, las relaciones entre erotismo y muerte, placer y sufrimiento, la liberación de las fantasías y la opresión del deseo obsesivo o los imperativos hedonistas.

Al tratarse de una época de grandes cambios y tensiones culturales se ha hecho hincapié en los debates que dirimieron la lucha simbólica en torno a lo erótico. En este sentido, no se trata de un análisis contrastivo de discursos en torno a las temáticas, aunque pueden distinguirse algunas posiciones ideológicas. Muchas veces los discursos religiosos, científicos, amorosos, publicitarios se atravesaban los unos a los otros, desdibujando sus fronteras. Esta es la razón por la cual la escritura de esta tesis se ordena mediante tópicos de análisis y no por posiciones ideológicas contrastivas de discurso ni por tipos de discursos. Las clasificaciones esgrimidas sobre cada una de las revistas de acuerdo a sus perfiles editoriales tampoco resultan demasiado útiles para pensar un movimiento cultural histórico, pleno de paradojas, ya que la mayoría de estos medios de prensa fueron introduciendo, de manera desordenada y contradictoria, ideas que cuestionaban

ciertos conservadurismos morales en materia de sexualidad y de relaciones amorosas.

Los textos e imágenes funcionan como ejemplos ilustrativos para poner en discusión la categoría de erotismo, y las de sexualidad, liberación sexual, géneros, amor, cuerpos, placer y deseo. De esta manera, el corpus de análisis seleccionado dentro de una multitud de ejemplares de revistas femeninas, no sólo soportó la interrogación teórica sino que aporta nuevas miradas y respuestas que superan, por mucho, las hipótesis iniciales. El camino de la investigación supone así la apertura de nuevas sendas para interrogar el problema de la construcción del erotismo en una época específica y abre las puertas para indagar las huellas culturales de tal resignificación erótica en discursividades más contemporáneas.

CAPÍTULO I

EROTISMO Y REVISTAS FEMENINAS EN LOS '60

“El orden de los prejuicios no es sólo una consecuencia del sentido común acrítico, sino que ha sido una larga construcción científica”
(Barrancos, 2008: 21).

“En una época caótica como esta, ¿cómo se convence a los adolescentes de que ‘se porten bien’ o de que es su deber hacerlo?”
 (“Desafío al Milagro de la Vida”,
Life en español, Vol. 34, 28/07/69: 51).

1. El erotismo, una categoría silenciada

El erotismo ha sido un tema bastante resguardado en el silencio dentro de las ciencias sociales. Como tópico se ha mantenido en los márgenes (Barrancos, 2011; Vance, 1989) quizás por el peso de la herencia de la cultura religiosa que lo ha definido como un tema prohibido, maldito. Neutralizada, la categoría a menudo ha estado solapada tras la de sexualidad -y ésta última asociada estrechamente a la dualidad sexual o de los sexos.

Eminentemente asociado a los sentidos del placer y del deseo sexual, el erotismo como discurso se constituye a sí mismo como objeto de deseo, busca interpelar al placer y habilita el disfrute, sin pretensiones de neutralidad, jugando con la transgresión de una experiencia juzgada como maldita o culpable (Bataille, 2010 [1957]).

En el plano discursivo, constituyó un tópico de disputa simbólica en la década del '60. Lo decible y lo visible en relación con el erotismo sufrió mutaciones durante esos años, hilvanándose una cesura que resignificó la problemática, redefiniendo lo decible y lo indecible, dentro de la configuración de una época (Gilman, 2003):

“Podría decirse que, en términos de una historia de las ideas, una época se define como un campo de lo que es públicamente decible y aceptable —y goza de la más amplia legitimidad y escucha— en cierto momento de la historia, más que como un lapso temporal fechado por puros acontecimientos, determinado como mero recurso *ad eventa*” (:36).

Los regímenes semióticos-discursivos indicaban no sólo qué podía y qué debía ver la sociedad acerca de lo erótico sino también cómo debía verlo. Las construcciones discursivas y semióticas en la prensa femenina configuraban una visibilización moderada de este aspecto de la vida social.

Ahora bien, a diferencia del amor o de la sexualidad que han sido abordados por investigaciones empíricas en torno a la prensa femenina de la década del '60, especialmente desde los estudios de género (Cosse, 2011; Bontempo, 2011; Ballent, 2011; Carrascal, 2010; Trebisacce, 2010), el problema del erotismo ha quedado marginado de los estudios de las revistas femeninas. Específicamente, el tópico se ha analizado en las publicaciones relacionadas al porno y su censura en Argentina (Eidelman, 2015) y, de manera paradigmática, en Estados Unidos con la producción del modelo semiótico de la revista *Playboy* (Preciado, 2010).

Frente a la escasez de argumentaciones teóricas que describan sus componentes y permitan definir dimensiones, esta investigación requirió plantear categorías de análisis a fin de indagar la construcción simbólica del erotismo en la prensa femenina de la época. A través de la definición de conceptos, tras el rastreo de antecedentes provenientes de la psicología, la filosofía, la historia de las ideas, los estudios de géneros y sexualidades, se elaboraron dimensiones para abordar el erotismo. Éstas son: la de los géneros y sexualidades, la del amor, la de los cuerpos y, por último, la de los placeres y deseos en las escenificaciones eróticas. Interrelacionadas, permiten responder al interrogante acerca de cómo se construía el erotismo en las revistas femeninas de la época. Cada una de ellas compone un capítulo de la presente tesis y se relaciona, en el marco de un contexto de análisis de época, con una serie de tópicos y temáticas presentes en la prensa femenina, susceptibles de indagación desde una mirada semiótica-discursiva.

1.1 Un erotismo de época

El presente capítulo supone una contextualización histórico-cultural destinada a situar el problema del erotismo en la época y en la prensa femenina en el país. Definida como una década frenética (Pujol, 2002), los '60 conformaron un período de corte cultural, que "...mostraba una suerte de volcanes en ebullición, estampidas que sacudían no sólo lo público" (Barrancos, 2010: 212). Durante esos años de desbordes, se manifestaba la certeza de la existencia de los cambios

culturales asociados a la modernización y a los aconteceres internacionales junto a la incertidumbre sobre el sentido que éstos asumirían.

La época de cambios trajo aparejada una sensibilidad emergente, o lo que Claudia Gilman (2003) denominó como “estructura de sentimientos que atravesó el mundo” (: 41), que puso en discusión temas relacionados al erotismo, como el amor, la sexualidad, las relaciones de género. La nueva sensibilidad, con que soñara Herbert Marcuse (2010 [1953]), se relacionaba con “...una cultura de las emociones y también una ‘cultura afectiva’” (Lenarduzzi, 2012: 221).

La década fue prontamente mitificada, de manera prolífica, como años de cambios, transgresiones y censuras, irrupciones y disrupciones, experimentación y sensación de estar construyendo la historia (Kozak, 2006). Años que remiten a un arsenal de imágenes globales, como la píldora anticonceptiva, las comunidades *hippies* o el Mayo del ‘68, asociadas a las ideas de juventud y rebelión frente a los mandatos familiares tradicionales y la moral sexual instituida (Cosse, 2010). El proceso de mitificación que llevó a estos signos a transformarse en emblemas con valor universal (Preciado, 2010) atravesó la construcción de un imaginario erótico que perduraría con el tiempo.

Los cambios en la construcción semiótico-discursiva del erotismo en la época conformaron un motor simbólico que seguiría funcionando y transformándose durante las décadas siguientes, construyendo varios mitos que aún hoy se consumen. Fue, por ejemplo, la era dorada de *Playboy*, de la imagen de Marilyn Monroe, como uno de los mitos sexuales más significativos del siglo XX y también de la imagen de muchos galanes masculinos como Alain Delon a nivel internacional o Sandro a nivel local.

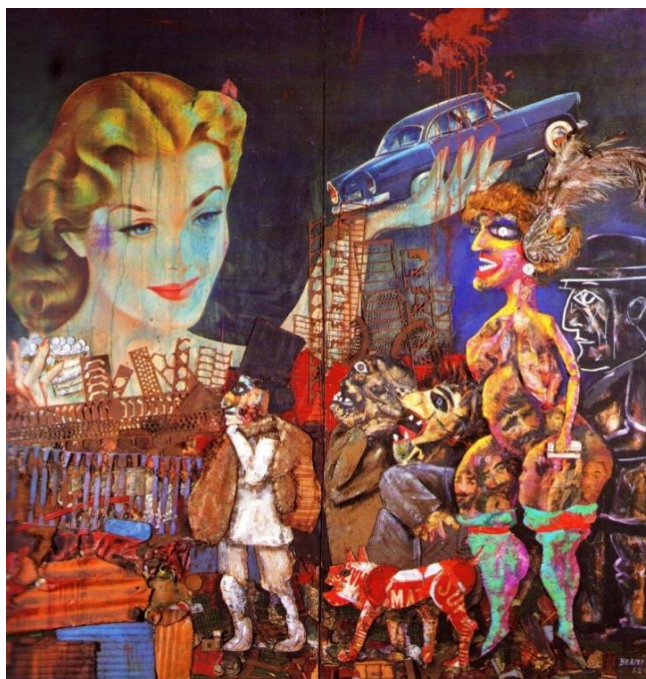


Figura 1: “La gran tentación o la gran ilusión” Antonio Berni, 1962.

La década constituyó un corte cultural que en sus múltiples expresiones hoy resulta viejo y joven a la vez (Pujol, 2002). No coincide tanto con una década cronológica sino que señala la simultaneidad de una serie de dinámicas culturales, políticas y sociales que la configuraron y que seguirían signando la historia cultural argentina.

En el plano político, el país navegó entre períodos democráticos inestables y dictaduras, signados por la deslegitimación de las instituciones republicanas y la creciente presencia de las Fuerzas Armadas con su rol tutelar. Durante la década se sucedió la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), el gobierno de facto de José María Guido (1962-1963), la presidencia de Arturo Illia, desde 1963, depuesta por las Fuerzas Armadas en 1966 bajo el mando del Gral. Juan Carlos Onganía, quien ejercería el poder hasta el fin de la década.

El año 1969 supuso un corte, no sólo cronológico, ya que ese año la represión y la censura del Onganiato se ensañó aún más con las expresiones eróticas en los medios de comunicación. El año marcado por la radicalización política tras el Cordobazo y el Rosariazo en mayo de 1969, signaba la clausura de una época, ya que:

“... si una época se define por el campo de los objetos que pueden ser dichos en un momento dado, la clausura de ese período está vinculada a una

fuerte redistribución de los discursos y a una transformación del campo de los objetos de los que se puede o no se puede hablar” (Gilman, 2003: 53).

A fines de la década, mientras la coerción dictatorial imponía por la fuerza objetos de discurso y silenciaba otros, la configuración de lo erótico mutaba a la par de los cambios sociales y políticos que se avecinaban con la llegada de la década del '70.

2. Industria cultural sesentista

El desenvolvimiento de los medios de comunicación en los '60 fue un fenómeno especialmente relevante en el plano cultural (Cosse, 2006) al tiempo que se desarrollaba un mercado trasnacional de productos culturales que favorecía la circulación de ideas, modas y tendencias.

Dentro del auge de la industria cultural, la televisión se consolidó como industria (Varela, 2005). El lugar de los medios masivos de comunicación llegó a concebirse como parte indisociable de los cambios que se estaban produciendo, debido no sólo a su creciente expansión sino también a la idea generalizada de que lo más contemporáneo pasaba en gran medida por ellos. En el campo periodístico y académico esto implicó una autorreflexividad respecto del espacio que los medios ocupaban y también una crítica respecto de cuál era la dirección dominante que adquirirían. El interés por los medios masivos aumentó y sus productos pasaron a ser estudiados en sí mismos como activos constructores de la vida social (Kozak, 2006).

La convergencia del proceso de modernización y renovación cultural, la aparición de un núcleo nuevo de intelectuales de izquierda y la radicalización política constituyeron las condiciones de emergencia de un incipiente campo de estudios de la comunicación (Diviani, 2010).²

² En momentos de la formación de los estudios de comunicación en Argentina y con un campo intelectual atravesado por una dimensión fuertemente política (Gilman, 2003), se gestaron líneas de investigación ligadas al problema de lo ideológico y lo político. Héctor Schmucler, Armand Mattelart, Aníbal Ford, Heriberto Muraro, Oscar Masotta, Oscar Steimberg, Jorge Rivera fueron exponentes de este desplazamiento de las inquietudes literarias o psicosociológicas de la conducta hacia el interés por ciertos artefactos culturales relacionados a los medios masivos y los productos simbólicos denominados populares y de masas. La ideología fue una preocupación central de los estudios de esa época. Los estudios semiológicos de entonces, en vinculación con la filosofía, el

Con la renovación y expansión de las ciencias sociales, las críticas desde la academia al sistema de medios no demoraron en llegar. En torno a la comunicación de masas se desarrolló una perspectiva bastante apocalíptica que la asociaba a la cultura norteamericana y opuesta a la cultura nacional, más relacionada al arte o a una cultura popular auténtica. Juzgada como mediocre, la cultura de masas parecía exigir una toma de posición por parte de los intelectuales del campo cultural, "...así como la búsqueda de caminos alternativos o directamente oposicionales a los medios de comunicación" (Varela, 2005: 212).

El proceso de transnacionalización de la industria cultural fue criticado como expresión de la dependencia de los países no desarrollados. No obstante, estos movimientos también generaron relaciones complejas y nada lineales entre, por ejemplo, las estrategias de mercado mundiales y los movimientos culturales locales (Cosse, 2006; Varela, 2005).

La tendencia a pensar la comunicación de modo instrumental, en términos de gestión y *marketing*, se remonta a esta década, cuando el concepto se extendió por el mundo de los negocios, después de la Segunda Guerra Mundial. Una concepción teleológica, apoyada en la concepción 'ingenua' de que 'todo se comunica', implicó el auge de un enfoque instrumental que apostaba al dominio de las herramientas como única garantía de la eficacia de la comunicación (Mattelart, 1991). En este marco, el poder de los medios de comunicación también fue mitificado. Las reflexiones se caracterizaron por interpretarlos desde una concepción representacional, es decir, los medios eran entendidos como instrumentos orientados a la comunicación que funcionaban como espejos, más o menos deformantes, de un real exterior a ellos. Frente a esta interpretación, con la década siguiente se afianzarían perspectivas semióticas como la de Eliseo Verón (1984) que propondrían una visión de los medios como dispositivos de producción de sentido. La comprensión veroniana de los medios de comunicación como concepto sociológico y no tecnológico implicó entonces:

estructuralismo y el marxismo, daban un lugar central a la política, con las recepciones teóricas de Althusser pero también de Gramsci (Verón, 1984). También había cobrado un fuerte valor el trabajo empírico ligado a la expansión de las Ciencias Sociales y se habían incorporado lecturas de la *Mass Communication Research*, también de Marshall McLuhan, donde los medios pasaban a ser percibidos como ambientación antes que instrumento de información o difusión (Varela, 2005). En décadas posteriores, una mirada reduccionista tendió a asociar los estudios de comunicación de los '60 con la hipótesis de la manipulación. Devenida sentido común académico y con una perspectiva evolucionista, criticó la inocencia e infantilidad de aquellas teorías.

“... distinguir definitivamente los soportes tecnológicos (que interesan a los ingenieros de telecomunicaciones) de los medios que la sociedad construye a partir de ellos, y de los dispositivos propiamente dichos, que sólo se pueden definir por su modo de inserción en la semiosis social generalizada por el medio” (Verón, 2004: 14).

El concepto de medios pasó a designar, desde entonces, desde una mirada sociosemiótica, un conjunto constituido por una tecnología sumada a las prácticas sociales de producción y apropiación de esta tecnología, cuando hay acceso público a los mensajes (Cingolani, 2008).

2.1 Boom editorial

En Argentina, la esfera cultural asociada al proceso de modernización tuvo sus manifestaciones en el crecimiento de agencias de *marketing* y publicidad, el posicionamiento de la televisión como medio y en el *boom* editorial.

El crecimiento de la industria editorial tuvo una importancia notoria en las innovaciones del campo cultural: “Conscientes de su nuevo poder, los medios gráficos comentaron y promovieron su auge” (Pujol, 2002: 81). El mercado de revistas se dinamizó con la renovación del estilo periodístico, la diversificación de la oferta y las dinámicas competitivas que apuntaban a captar un público en expansión. Su lectura estaba ya integrada a las prácticas culturales de amplios sectores sociales, en especial de la clase media y trabajadora (Cosse, 2010).

El periodismo gráfico supuso una nueva concepción estética de los medios: “...la prensa fue un objeto de consumo en sí misma” (Pujol, 2002: 79). La fotografía iría tomando cada vez mayor importancia en detrimento de la ilustración que abandonó las portadas a principios de la década.



Figura 2: Portada *Vosotras*, 1959.

Las fotos en la tapa, un nuevo tipo de diagramación y el uso de papel ilustración eran los nuevos recursos de diseño de la comunicación. Comenzaron a utilizarse imágenes inclinadas, con foco en detalles, intervenidas o recortadas con formas geométricas que potenciaban el movimiento y la apariencia moderna, junto al *patchwork* o montaje de fragmentos distintos.

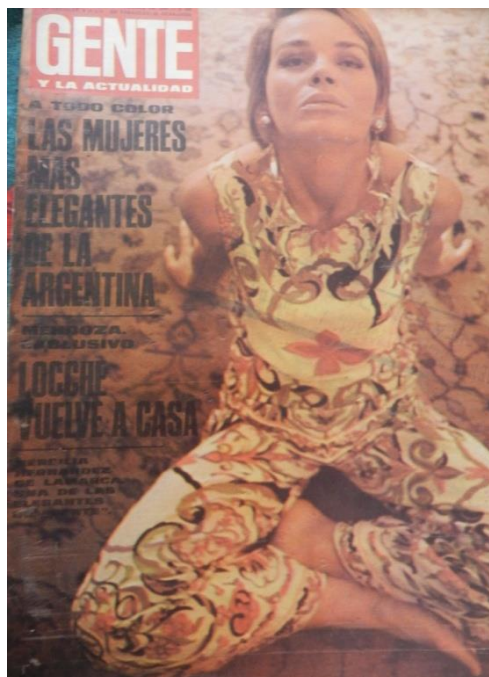


Figura 3: "A todo color", *Gente*, 1968.

La renovación periodística se dirigía al público con un estilo de escritura supuestamente imparcial y cómplice. La experiencia narrada del periodista se posicionaba como el mejor material de una nota:

“... se volcó a la subjetividad más desenfadada: la objetividad informativa era un engaño que había que desenmascarar. Esto no llevaba a una ausencia de datos verificados, sino a un enfoque diferente. Era la mirada (una cuestión de perspectiva) lo que había cambiado. Un zoom barría el campo visual de una realidad escurridiza, siempre dada a la interpretación, el guiño de la semiótica. Para el lector, el efecto era gratamente literario, en un tiempo en el que la literatura gozaba de gran prestigio” (Pujol, 2002: 84).

Los redactores muchas veces eran profesionales o escritores reconocidos. El estilo periodístico era directo, ágil y fresco, con títulos atractivos que buscaban interpelar a los lectores desde un tono coloquial, intimista, incluso algo irreverente.

La actualidad pasaba por las revistas, con las mutaciones sociales, culturales y políticas que hicieron de los ‘60 una época. Se hicieron habituales las notas sobre temas controvertidos como el divorcio, la educación sexual, las píldoras anticonceptivas, las relaciones amorosas, desde los discursos de la sexualidad en boga, influidos por el psicoanálisis y la sociología.

En el plano cultural, la renovación periodística impulsó las vanguardias –los *happenings* del *Di Tella*, el cine de autor y la literatura latinoamericana. Las revistas parecían asumir el objetivo de educar y moldear los gustos culturales. Lo nacional se articulaba con lo internacional, la noticia local con el acontecimiento mundial; las innovaciones culturales solían legitimarse mediante referencias a figuras o realidades extranjeras. El horizonte de referencia era Europa y Estados Unidos.

Por entonces también se produjo un importante acercamiento de mujeres a las redacciones. Las periodistas eran la avanzada femenina (y en muchos casos, feminista) sobre un terreno tradicionalmente copado por varones. No obstante, como relata Carlos Ulanovsky (1997), ninguna publicación femenina era dirigida por mujeres. La periodista Norma Osnajanski que trabajó para la editorial *Abril* ha sostenido que se daba un fenómeno que llamó como “vampirismo: los hombres conservaban la formalidad de los cargos y las mujeres se hacían cargo de todo el

trabajo” (:129). Las redacciones, como la de la revista *Claudia*, dejaban a los varones la responsabilidad de críticas literarias y cinematográficas, los grandes reportajes, las investigaciones o notas de gran despliegue.

2.2 Una selección

Destinadas al consumo individual, las revistas femeninas se consideraban como un objeto personal. Por años, *Para Ti*, *El Hogar* y *Vosotras* habían sido las típicas revistas de la mujer argentina junto a aquellas publicaciones destinadas mayoritariamente a la costura, el tejido, las manualidades y la cocina, como *Chabela*, *Labores*, *Cosas Útiles* o la revista alemana *Burda Moden*, ícono de las revistas destinadas a la confección.

Para Ti había sido la primera publicación argentina para la mujer. Fundada por editorial *Atlántida* en 1922, estaba destinada a un público lector de madres y amas de casa a las que ofrecía un diseño, una estructura y un estilo periodístico inalterado durante décadas. Desde sus comienzos definió a sus lectoras como mujeres modernas, reconociendo que las mujeres circulaban por diversos ámbitos extradomésticos, aunque comprendía que su experticia y su profesión debían ser el hogar y la maternidad (Bontempo, 2011). Se dirigía a un público al que podía interesarle cierto barniz cultural tradicional, con novelas románticas, notas sobre buenos modales y la decoración del hogar. Con una tirada semanal y un precio económico, su posicionamiento le otorgaba una parte significativa del mercado, que compartía con *Vosotras*, revista femenina de editorial *Korn* que circulaba entre un público de mujeres más humildes.

Llegados los '60, las revistas femeninas dieron un giro. Los magazines norteamericanos habían identificado, y a la vez construido, la emergencia de un nuevo tipo de mujer que combinaba el interés por el trabajo, el estudio y la belleza. Las europeas como *Marie Clarie* y *Elle* habían reconfigurado el estilo periodístico. En esta línea, la editorial *Abril* lanzó *Claudia* en 1957, que se posicionó como una revista de carácter moderno dirigida a mujeres con cierto estatus social. Rápidamente alcanzó tiradas de 120.000 ejemplares mensuales, como *Vosotras* y *Para Ti* que se publicaban semanalmente (ADCP, Estadísticas de Revistas, 1963, en Cosse, 2011). Con un mayor precio por unidad, un papel de

mayor calidad, buscaba distinguirse de sus competidoras del mercado al destinarse a lectoras de la clase media en ascenso.

Bajo este rango también se posicionaba *Femirama*, *Enciclopedia Femenina* de editorial *Codex*, surgida en 1963 que alcanzaría los 140.000 ejemplares mensuales en 1968 (ADCP, estadísticas - revistas de 1968, en Cosse, 2011). Autoproclamada como un lugar de saber enciclopédico, científico, técnico, ilustrado, la revista también se dirigía a ‘mujeres modernas’ ya no restringidas al ámbito del hogar familiar. Mediante la promoción de un estilo de mujer sofisticadas, innovadoras, descontracturadas; “... un desafío antes creado por la revista norteamericana *Cosmopolitan*, artífice de la figura de la mujer hermosa y liberada, culta y frívola y competidora de los hombres” (Ulanovsky, 1997: 274), *Claudia* y *Femirama* buscaban distinguirse en función de criterios estéticos, culturales y actitudinales. Ofrecían a las lectoras la posibilidad de sofisticarse en el consumo, los gustos y las costumbres. Las editoriales apuntaban a un público de mujeres inquietas y, simultáneamente, se proponían educar a ese público, ofreciéndole vías para conocer y sumarse a las nuevas tendencias:

“Esto evidenciaba el prestigio adquirido por el argot cultural e intelectual, así como el desconcierto que generaba en un público interesado en manejar esos símbolos de estatus que le eran ajenos. De modo que las innovaciones de las vanguardias culturales y políticas funcionaban como índices de distinción que otros sectores sociales podían querer emular” (Cosse, 2010: 49).

En este espectro también se ubicaba *Karina*, un intento de aggiornamento de editorial *Atlántida*, tras los pasos de la francesa *Elle* (Pujol, 2002), que, con calidad gráfica y material literario, ofrecía índices temáticos como:

“‘La seducción’, un artículo que toda mujer debe leer; ‘La alta moda italiana’ vistiendo a la novia de mayo; y la segunda entrega de ‘Nosotras, las desconocidas’, sensacional enciclopedia dedicada a la mujer” (Publicidad *Karina*, *Gente* N°199, 15/05/69: 24).

Esta modernización temática de la prensa femenina intentaba demarcarse del modelo doméstico, sin transgredirlo, con notas que daban por supuesta una sociabilidad desenfadada con la que se identificaba a la mujer moderna. Apuntaba a mujeres adultas y jóvenes, con disposiciones culturales para la apertura al cambio, la actualización, al refinamiento y el cosmopolitismo.

En relación a las tematizaciones, puede pensarse que especialmente el rol de *Claudia* ha sido sobreestimado por los estudios de historia de los medios (Ulanovksly, 1997) y también por los estudios de géneros y sexualidades (Cosse, 2011). Las otras revistas femeninas, en distintos momentos, también iniciaron una estrategia de recambio del estilo periodístico. Publicaciones menos prestigiosas como *Maribel*, de editorial *Sopena*, surgida en la década del '30 y destinada a un público de menores recursos económicos, también se dirigía a la mujer moderna y publicaba notas sobre temas controvertidos relativos a la sexualidad y las relaciones de pareja, como la anticoncepción, el prototipo de mujer liberada, las nuevas pautas de organización familiar, la extensión de las relaciones sexuales prematrimoniales y los métodos anticonceptivos modernos, especialmente la píldora.

Revistas de corte más tradicionalista, como *Para Ti*, *Vosotras* o *Cristina* podían dar batalla o silenciar los temas referidos a la sexualidad, pero no por ello dejaban de estar plagadas de discursos con contenido erótico. Las narrativas rosas, una sección que no podía faltar entre sus páginas, estaban inundadas de discursos acerca del placer y el amor erótico. Y, en este sentido, asentadas en un 'imperio de los sentimientos' (Sarlo, 2011 [1985]), estas publicaciones no eran más pacatas que aquellas surgidas durante la renovación periodística.

El imperio de los sentimientos también era un área por donde se conducían algunas revistas de actualidad como *Gente*, editorial *Atlántida*. Surgida en 1964, se dedicaba a cubrir, de manera colorida y vivaz, la vida amorosa de los personajes del espectáculo y de la farándula. Era una publicación de lectura ligera, menos comprometida con la modernización cultural como *Confirmado* o *Primera Plana*, dirigida a un público vasto y muy heterogéneo (Pujol, 2002)³. Si bien no lideró la opinión periodística de los '60, contaba con un importante público lector.⁴

En torno a la construcción semiótica y discursiva del erotismo, las editoriales no marcaban una gran diferencia que justificara realizar un análisis contrastivo de éstas. Este último quizás podría caber en el tratamiento de temas referidos a los géneros y sexualidades. No obstante, por un lado, todas las revistas femeninas se

³ Así se exponía la revista en una editorial del 3 de abril de 1969, a cuatro años de su aparición: "Nos entusiasmó la idea de mirar hacia adentro, ponernos en nuestro lugar, dejar de hacer la 'crítica destructiva' porque 'es de inteligentes'" ("Editorial", *Gente*, N°193, 03/04/69: 7).

⁴ En 1969, vendía 196.000 ejemplares (Pujol, 2002).

dirigían a mujeres con intereses que excedían los del ámbito doméstico y que pensaban en su realización personal, laboral o cultural. Por otro, las distinciones dicotómicas entre publicaciones con discursos tradicionalistas y modernizados tampoco eran tales; estas posiciones se enfrentaban pero también se entrelazaban dentro de un mismo ejemplar de revista de cualquier marca. Con el auge porteño del psicoanálisis y la ciencia sexual ninguna revista dejaba al margen las discusiones sobre aspectos que hacían a la vida íntima asociada con lo femenino, como la infidelidad o el divorcio.

Las revistas continuaban publicando los tradicionales tópicos asociados a las preocupaciones propias de una ‘mística de la feminidad’ (Friedan, 2009 [1963]), como la cocina, la moda, la astrología, la belleza, el hogar, la decoración y las manualidades, pero ampliaban su registro hacia los respectivos a la sexualidad, la psicología, las nuevas costumbres y el trabajo fuera del espacio doméstico. En pequeña medida aparecían las notas de espectáculo y la cultura (música, libros, cine, etc.), y algunas relativas a la política como las atinentes al sufragio femenino. No obstante, la mayor parte de las páginas se las llevaban las narrativas rosas que disputaban el espacio a las notas de modas.

Las revistas femeninas fueron un escenario central de la contienda por los sentidos y los alcances de las transformaciones en el plano de las sexualidades y las relaciones de género. Actuaban, de alguna manera, como mediación pedagógica de una serie de cambios que resultaban desconocidos e incomprensibles para muchas lectoras, educadas con principios menos liberales, miedos y tabúes (Felitti, 2010). La puesta en debate informaba de temas silenciados en otros espacios, mostraba también las cavilaciones, sentimientos y experiencias por parte de sus lectoras a través de las cartas publicadas, las encuestas y las opiniones de actores, profesionales, expertos o religiosos:

“La puesta en discusión, como efecto buscado o impensado, de temas controvertidos como el aborto o el uso de las píldoras anticonceptivas, colocó en la arena pública temas que habían estado resguardados a la privacidad de las alcobas, los confesionarios y los consultorios médicos. En las páginas de las revistas y en las pantallas, el público encontró la posibilidad de ampliar la mirada, multiplicar los debates y dar lugar a nuevas prácticas” (Felitti, 2010: 243).

La prensa femenina y de actualidad difundió la información sexual. En esta área una publicación de actualidad distinguida internacionalmente como la revista *Life*, reafirmaba su prestigio. Con notas que daban el tono de la época y creaban la ilusión de estar al día con las tendencias de avanzada en el mundo, al que los nuevos sectores medios deseaban pertenecer (Cosse, 2006), difundía modas actuales y modernas de escala internacional que rara vez eran adjetivadas negativamente y que podían ser entendidas, en todo caso, como excentricidades de las sociedades avanzadas. La revista permitía a los lectores argentinos enterarse, por ejemplo, de la educación sexual entre los niños y niñas daneses, la tendencia unisex de los adolescentes en Estados Unidos, las bandas juveniles en Alemania e Inglaterra, la moda nudista en Europa o la noche bohemia neoyorkina.

Pero, más acá de la revista *Life*, que estaba ubicada a la vanguardia en estos temas, los debates en torno a la sexualidad y el amor en la prensa femenina argentina se hallaban imbricados con viejos valores que al mismo tiempo se actualizaban. En este punto, es posible pensar la productividad política de estos discursos, si bien no eran catalogados como discursos políticos. Estas temáticas conformaban la dimensión de lo político, es decir, formaban parte de la dimensión conflictual de la vida social (Mouffe, 2009); y por esta misma politicidad fueron focos de la censura o mesura periodística.

Al final de la década el avance del autoritarismo y la radicalización política introdujeron una fisura en el programa de modernización editorial junto a una censura más encarnizada frente a las expresiones del erotismo. Por otra parte, la característica exclusión de la información expresamente política en las revistas femeninas había hecho que, también a fines de la década, muchas mujeres comprometidas con las movilizaciones políticas despreciaran estas publicaciones, catalogadas como una lectura de peluquería, o las criticaran desde un punto de vista feminista (Trebisacce, 2010).

3. Una época joven y rebelde

Las disputas en torno al erotismo, en sus distintas dimensiones, se inscribieron en el marco de diversas polémicas que marcaron la década. Una de ellas fue la

pretensión de modernización enfrentada al tradicionalismo, que recorrió la superficie de los discursos de los sesenta:

“Las polémicas imperaron en los 60 porque el valor máximo de la época fue la negación crítica. Todo impulso creador se hizo a partir de la negación de lo inmediatamente anterior o de lo contemporáneo diferente” (Gilman, 2003: 20).

Las posiciones modernizadoras se difundían al tiempo en que se fortalecían las acciones represivas del Estado y los discursos tradicionalistas en lucha contra la llamada disolución moral. En el marco de estas discusiones, la juventud se asociaba a la rebelión cultural y política enfrentada al mundo de los adultos, al que se reprochaba su inhibición, su hipocresía y falta de naturalidad.

La rebelión aparecía como marca epocal. Lejos de tratarse de una revolución caracterizada como un acontecimiento excepcional, la rebeldía era parte de la cotidianeidad. La juventud pasó a ocupar el centro de la escena mediática, con un protagonismo para muchos inquietante, mientras la vida cultural entraba en ebullición con la renovación estética propuesta por las vanguardias artísticas y el crecimiento de la industria cultural.

A principios de la década, las agendas periodísticas comenzaron a difundir, por ejemplo, notas sobre el comportamiento de los jóvenes rebeldes urbanos de Estados Unidos. Pero en el país, la juventud era todavía un concepto débil:

“... no había *hippies*, ni discos de *Los Beatles*, ni demasiados rockeros –salvo los pioneros de la década anterior-, ni grandes diferencias entre la indumentaria de un padre cincuentón y su hijo de veinte años” (Pujol, 2002: 43).

Con el tiempo, las interrogaciones sobre el estilo de vida y la escala de valores con los que se regía la juventud argentina se convirtió en una moda periodística. Algunas especialistas tranquilizaban a las madres preocupadas, afirmándoles que la rebelión era una etapa pasajera en la vida de sus hijos (“Los adolescentes acelerados”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 150-151, 192; Giberti, Eva. “Adolescencia liberal”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 24).

Las revistas femeninas oscilaban entre establecer una distancia crítica de las nuevas costumbres y cederles la palabra. Los discursos hablaban de madres preocupadas por sus hijas adolescentes. *Para Ti*, desde sus tintes conservadores, publicaba en 1968, “cartas de una madre”, acerca de “Los límites de la libertad”

(Nº 2420, 21/11/68: 28): “¿Cuáles son los peligros de la libertad para las adolescentes? ¿Cuáles son sus límites? ¿Y quién debe imponer esos límites?”, se interrogaba (:28).

En una epístola destinada a educar a la hija, la revista presentaba un texto ejemplar, con tono pedagógico y amistoso, donde se enseñaba a las madres acerca de cómo actuar con sus jóvenes hijas, en los intentos por construir un nuevo tipo de relación materna:

“Ya sabes que en mí tienes una amiga [...] Me gusta que seas más libre que generaciones anteriores (la mía inclusive) [...] Me gusta, sobre todo, que hagas de tu conducta algo valioso en sí mismo, no por tradición o convencionalismos sino por franqueza, por lealtad, por honestidad propias” (: 28).

Los nuevos mandatos traducían algunos impuestos por la tradición a una ética de sí asentada en la autovigilancia: “...es necesario que mandes en tus sentimientos y en tus actos a fin de ser una mujer cabal cuando dejes de ser una adolescente. La mujer que yo quiero que seas” (: 28), decía la madre.

Por su parte, desde la psicología, Giberti instaba a los padres a comprender que las melenas y los ritmos frenéticos eran expresiones de la vida instintiva de los jóvenes que estaban creando un mundo propio, con gustos y demandas particulares (Cosse, 2006). Afirmaba que los adolescentes estaban sufriendo una aceleración, “...un adelanto en la maduración biológica” (“Los adolescentes acelerados”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 150), referida a sus vidas sexuales y sus cuerpos:

“... los científicos y los técnicos de diversos países han probado que, comparados con los de hace años, son más grandes, más precoces en el desarrollo sexual, maduran más temprano que hace treinta años” (: 151).

Asentada en la certeza científico-técnica, Giberti sostenía que los jóvenes eran “...hijos de la técnica y del asombro. Y, sin embargo, se asustan ante su propia aceleración” (:150). Otorgaba a las madres lectoras algunas ‘claves para la comprensión de los adolescentes’, instando a ‘tomar conciencia’ de lo que esta aceleración significaba: “...habituarse a ella en lugar de juzgarla y, sobre todo, comprender que para los adolescentes tampoco resulta fácil hacerse cargo de sus cambios y sus desconciertos” (:192).

Los años ´60 también quedaron signados internacionalmente como el decenio de la experimentación, la invención de nuevas posibilidades de vida, a través de la

sexualidad, pero también la música o las drogas (Bruckner, 2011). Las transformaciones tuvieron su epicentro en la ciudad de Buenos Aires y en el área metropolitana, dentro de los círculos más dinámicos, como los intelectuales, artísticos, del rock y del hipismo. Aunque especialmente trasvasaron a la clase media, las mutaciones fueron transversales a toda la sociedad. A diferencia de lo sucedido en otros períodos históricos, los impulsos de cambio no se restringieron a determinados círculos sociales ni se acotaron sólo a las vanguardias.

En el plano de la experimentación artística, emergió el ‘*happening*’, un tipo de performance que, según la revista *Gente*, nadie entendía: “¿Adónde llegará esto?”, se preguntaba:

“Podemos asegurar que tiene un destino: la locura. Aunque a ellos esto quizás les atraiga aún más. El último se llevó a cabo en el instituto Di Tella y el público, azorado, vio peces, ‘amor’ y pintura. Júzuelos” (*Gente* N°73, 15/12/66: 9).



Figura 4: “¿Adónde llegará esto?”, *Gente*, 1966.

Grandes imágenes a color mostraban jóvenes de cuerpos semidesnudos entrelazados y mucha espuma. La crónica narraba la escena de la rebeldía asociada a lo artístico:

“Era éste un mundo extraño de pelos largos, caras aburridas, esperando que algo sucediera [...] entre los aullidos de los Beatles. [...] En el escenario Chela Barbosa se había quitado los zapatos y ahora se arrancaba la falda. Una señora, muy

nerviosa, se aferró a la cartera y musitó: ‘Oh, se está desnudando’. [...] se quitaban los pantalones. Todos quedaron en bikinis y se fueron contra la pared. Un viejito indignado me dijo: ‘¿No sería oportuno fusilarlos?’ Los Beatles seguían bramando [...] muchachos y chicas comenzaron a arrojarse pintura. Y después, todos embadurnados comenzaron una extraña danza del amor” (: 9).

Aunque juzgándolas, una revista de actualidad como *Gente* no dejaba de dar prensa a este tipo de manifestaciones. La propia editorial se jactaba, a fines de la década, de haber “...logrado enlazar en las páginas de nuestra revista notas sobre jubilados simultáneamente con expresiones juveniles de última onda [...] El público nos entendió porque nadie es totalmente serio o puramente alegre” (*Gente* N° 193, 03/04/69: 7). La revista proclamaba estar destinada a: “Gente joven sin tener en cuenta la edad, inquieta, unida e interesada en todo el quehacer nacional, gente que no quiere quedarse atrás, que no quiere nada híbrido, soso o envasado” (: 7).

En la época también había florecido el hipismo, especialmente, en Europa y Norteamérica. Rebeldes, pacifistas y defensores del amor libre, en oposición al hombre unidimensional que denunciaba Herbert Marcuse (1993 [1954]), se proponían, entre otras cosas, alterar la vida privada y retar las costumbres públicas, promover el amor y experimentar el erotismo. Arremetieron contra la pareja, la familia, el trabajo industrial en serie, el Estado y la vida urbana. En ese sentido, “Su radicalidad, en relación con el orden íntimo, anclaba en una transformación de las costumbres domésticas, por lo que se retomaban muchos signos libertarios” (Barrancos, 2010: 212). Y, en apariencia, el hipismo exhibía relaciones menos jerarquizadas entre los sexos. Habitados a la marihuana y al LSD, predicaban hacer el amor y no la guerra. El *flower power* se fusionó con la cultura pop, difundándose con la música y la imagen de *Los Beatles* a partir del ’66. Las revistas de actualidad como *Life* o *Gente* dedicaban artículos que interpretaban este movimiento. A fines de la década, *Gente* prometía exponer en una nota: “Qué hacen, qué piensan, qué hablan, qué comen” Yoko Ono y John Lennon, tal como si se tratara de extraterrestres (*Gente* N° 194, 10/04/69: 38-39).



Figura 5: “Qué hacen, qué piensan, qué hablan, qué comen”, *Gente*, 1969.

En Argentina, el hipismo conformó un estilo. Asociado a la música *beat* –aún no había prendido la expresión ‘rock nacional’- el *hippie* argentino no podía oponerse a la abundancia como hacía su par norteamericano, pero sí a un clima social y moral bastante asfixiante. Poco interesado por la política, rechazaba al conformista y al pragmático, la vida de oficina, el matrimonio, la disciplina del trabajo y la moral sexual de los mayores.

La experimentación con las drogas cobraba relevancia junto a las noticias sobre los *hippies* y la contracultura, siguiendo las huellas de la generación *beatnik* norteamericana. Se creía que las drogas más poderosas, como el ácido lisérgico, expandían los límites de la conciencia, favoreciendo así una percepción más rica y compleja de la realidad:

“En un mundo urgido por el deseo de cambios profundos, las drogas – especialmente aquellas de tipo alucinógeno- prometían la revolución de los sentidos y de la mente, una revolución interior que facilitaría otras maneras de conexión entre las personas” (Pujol, 2002: 53).

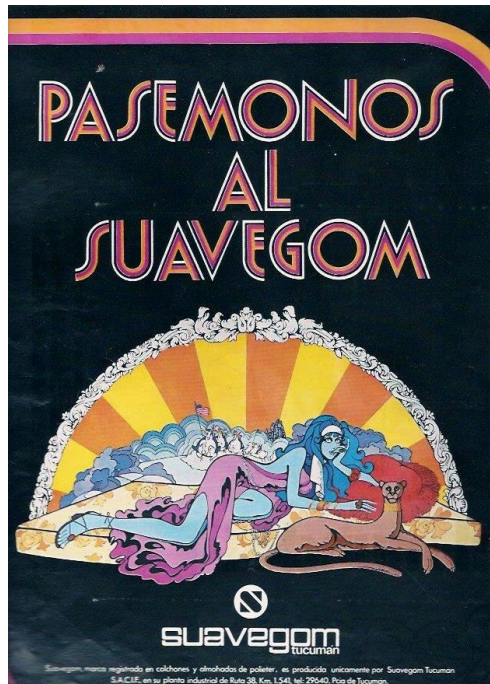


Figura 6: “Pasémonos al Suavegom”, Publicidad Suavegom, 1969.

La experimentación con estupefacientes tenía sus figuraciones en los discursos publicitarios, imponiendo una estética psicodélica. Pero ya hacia 1970, las informaciones sobre su tráfico y consumo trasvasaron la curiosidad de las prácticas rebeldes para instalarse definitivamente en las secciones policiales de los diarios, tras la consolidación de lo que Beatriz Preciado (2010) denominó como un capitalismo farmacopornográfico, con un mercado capaz de gestionar tecnológicamente la vida íntima, sexual asociada al consumo de drogas legales e ilegales.

3.1 Ciencias sociales, revolución y juventud

Las investigaciones sociales también pusieron su lupa en la juventud, imbuidas también por el lenguaje de la revolución, como otro tópico de época. Teóricos tales como Herbert Marcuse (1986 [1967]) estaban convencidos que esta revolución vendría con y por los jóvenes.

La prensa de actualidad divulgaba los avances de las ciencias. En una nota de revista *Gente* titulada “El futuro es ahora”, Eva Giberti entrevistaba a la por entonces, “... antropóloga más importante del mundo” (*Gente* N° 282, 17/12/70: 100), Margaret Mead, quien lanzaba su libro “*Cultura y Compromiso. Estudio*

sobre la ruptura generacional”. Mead apostaba al poder de la juventud, pero se encargaba de diferenciar su postura de las ideas de Marcuse:

“... no tengo nada que ver con Marcuse ni puede haber ninguna coincidencia entre él y yo. Estoy en completo desacuerdo con él. Es un nihilista. La imaginación irá al poder gracias a las preguntas imaginativas de los jóvenes. Es a base de imaginación que los jóvenes proponen preguntas que los adultos no entienden, porque viven con los viejos esquemas. En ese sentido me refiero al poder que tienen los jóvenes” (:102).

Giberti, como divulgadora autorizada, oficiaba de mediadora entre el público nacional, entrevistando a esta investigadora internacional acerca del conflicto generacional que aunaba a los movimientos guerrilleros y los movimientos estudiantiles frente al orden instituido. Pero Mead se oponía a hablar de guerrillas:

“No son guerrilleros, sino que todos copian a todos; en mi país los blancos imitan a los negros en los movimientos de protesta. Cuando se trata de reivindicación todos buscan modelos para copiar; así los guerrilleros son modelos para los estudiantes y viceversa. Por ejemplo, el Che Guevara fue considerado un héroe después de su muerte, no antes. Recién entonces fue un modelo. Y no sólo para los latinoamericanos. Lo grave de los jóvenes es que no tienen líderes [...] Tendrán que hacer la revolución cada uno, con sus propias culturas, sin copiar” (:102).

La entrevista demostraba el desconocimiento de la antropóloga ante el crecimiento de los movimientos políticos juveniles en América Latina:

“Pienso que los jóvenes de América Latina se sienten con menos poder que en los Estados Unidos y tienen menos esperanza. En América Latina los estudiantes tienen poca esperanza en el cambio: ellos conocen bien el hambre. En los Estados Unidos empiezan a perder la esperanza [...] Es una generación joven que se está haciendo adulta para cuestionar el sistema (*Establishment*)” (:102).

No obstante, Mead remarcaba también la esperanza en los cambios de la mano de la juventud. El mito juvenilista se desarrollaba por todos los frentes. La ciencia pero, sobre todo, el mercado capitalista en plena mutación harían un uso intensivo de él y lo afianzarían como herencia sesentista para las décadas subsiguientes.

3.2 La venta de juventud

Con la estética juvenil una auténtica mítica del ser joven había brotado con fuerza (Terán, 2008, Pujol, 2002). El ámbito publicitario en su apogeo cooptó rápidamente estas tendencias, poniendo profusamente en imágenes estos valores relativos a una sociabilidad juvenil relajada y flexible. Los avisos publicitarios en

las diferentes revistas⁵ mostraban el avance de la informalidad y de la implicación afectiva. Hasta las marcas más tradicionales agregaban un tinte juvenil a sus imágenes.

Un anuncio de motos *Siambretta*, presentaba jóvenes danzando, tocando la guitarra, de picnic, cerca del río, con atuendos coloridos, bajo el slogan: “Para que Usted sea libre... cómodamente libre” (Publicidad *Siambretta*, 1960).



Figura 7: “Para que Usted sea libre, cómodamente libre”, Publicidad *Siambretta*, 1960

El valor de la libertad se asociaba a la comodidad y movilidad que una moto podía ofrecer. En esta escena la música no podía faltar. *Tonomac* vendía un tragadiscos portátil para cargar en la moto, diseñado con ‘colores a tono con la juventud’. La imagen mostraba a una pareja en moto, mediante el lema “música en movimiento” (Publicidad *Tonomac*, 1969).

⁵ Estos anuncios como parte de las campañas publicitarias aparecían en diferentes revistas. No interesa tanto aquí todas las editoriales que los publicaban sino la construcción de sentidos de estos anuncios como partes de un contexto cultural de época.



Figura 8: “Música en movimiento”, Publicidad *Tonomac*, 1969.

Lo juvenil se constituía como consumo cultural. Los jóvenes fueron valorizados por el naciente *marketing* no sólo como sujetos de consumo (Pujol, 2002) sino como objetos de consumo. El mercado ofreció toda una moda que oficiaba de símbolo de distinción respecto del mundo adulto.⁶

Lo joven se asociaba a lo alegre y colorido. Con estos valores, *Renault* vendía un coche que prometía ‘agilidad y algo más...para un mundo joven, divertido, feliz’. Ofrecía ‘vivir las sensaciones’, tras un ‘volante ágil, sensible, obediente’, bajo algunos imperativos:

“Hay que vivir los nuevos colores [...] metalizados exteriores, cálidos, abundantes, orgullosos. Y los nuevos colores interiores, inteligentes, dóciles, sedantes. [...] Hay que habitar el nuevo *Renault 4*, con ganas, con espíritu joven, divertido, feliz” (Publicidad *Renault*, 1968).

Con la imagen de un coche aparcado en la arena de una playa, mientras una pareja de jóvenes caminaba hacia el mar en el atardecer, el anuncio remataba: ‘¡dan ganas de vivirlo!’.

⁶ La noción de *teenager*, acuñada en los años ’40, describía un nuevo segmento demográfico del mercado de consumo. Beatriz Preciado (2010) sostiene que desde este enfoque, lo importante de la adolescencia no era la edad sino su capacidad de consumir sin restricciones morales.



Figura 9: “Para un mundo joven, divertido, feliz”, Publicidad *Renault*, 1968

En las revistas femeninas, el protagonismo publicitario que tenía antaño la figura de la madre había dado paso a la imagen de la mujer joven e independiente con sus ansias de libertad y placer individual.

Esta figura femenina era utilizada en 1968 por *Citroën*, que presentaba una publicidad con un escenario también de playa, y dos chicas de pantalones blancos, camisas de colores y cabellos largos. Una llevaba su camisa atada de manera tal que su abdomen quedaba al descubierto. La espontaneidad se construía de modo que las muchachas parecían relajadas: una atándose el cabello, la otra sentada en una postura nada rígida como en otras típicas poses femeninas. El coche estaba estacionado en la arena, sus puertas abiertas, el mar se vislumbraba detrás. El texto expresaba:

“Todo se conjuró favorablemente. El sol, tibio y alegre. El mar, azul y calmo. Y unas tremendas ganas de vivir. A bordo de su 2 CV, las muchachas irrumpieron temprano en la playa. Y el auto se convirtió en anfibio, carpa, base de operaciones. (¿Cuántas personalidades es capaz de asumir un 2 CV?). Fue un día fuera de serie. Un día 2 CV” (Publicidad *Citroën*, 1968).



Figura 10: “Un día, un auto”, Publicidad Citroën, 1968.

La juventud debía ‘dar la nota’, ser móvil, inquieta, colorida. Una bebida alcohólica se vendía con la imagen de una muchacha saltando y sosteniendo un vaso, descalza, con sus cabellos sueltos color rojo, unos pantalones largos y una pequeña blusa que mostraba su vientre. El texto exponía:

“Hay muchas maneras de dar la nota. Por ejemplo, anotarse en F3... u organizar un *happening* en Florida, en Playa Brava o Acapulco... o invitar con *Frizzante*. Ojo! Con Moscatel Esmeralda... terriblemente Frizzante! Poco alcohol... mucho sabor... (sabor a uvas moscatel)... y un maravilloso espíritu de fiesta!” (Publicidad *Moscatel Esmeralda*, 1967).



Figura 11: “Terriblemente frizzante”, Publicidad *Moscatel Esmeralda*, 1967.

Lo juvenil se asociaba a cuerpos en movimiento y el baile era parte de esta configuración de sentidos. Desde principios de la década se habían difundido los locales bailables nocturnos, identificados como epítomes de los cambios en la moral sexual, en la medida en que se asociaban visualmente con una sexualidad juvenil más desenfadada, no atada a los mandatos de virginidad pre-matrimonial vigentes en la década anterior.

La danza era otro espacio de confrontación con el mundo viejo-tradicional. Mientras varones y chicas reclamaban su derecho al disfrute a través de la música, muchos adultos remarcaban los supuestos peligros que el nuevo baile implicaba para la moral sexual de la juventud. El rock naciente se asociaba a música y bailes voluptuosos. Algunos agentes estatales, grupos católicos y partidos de izquierda advertían sobre la amenaza que representaba para la cultura nacional. Las ideas de degeneración y desorden moral estructuraron parte de la crítica que el rock recibió inicialmente. Las danzas frenéticas no debían ser permitidas ante los peligros de una sexualidad juvenil abierta y de las posibles actitudes desafiantes que generaría en los y las jóvenes.

Pero entonces, un segmento creciente de la industria cultural nacional fue clave para hacer del rock una práctica aceptada y respetable. Fue entonces cuando se

gestó la nueva ola juvenil nacional se gestó como una traducción autóctona de la *nouvelle vague*.

De esta manera, los medios gráficos y los empresarios del entretenimiento buscaron contener al rock y hacerlo un estilo musical aceptable para los jóvenes en la familia. El *twist* también había llegado al país a principios de la década, pero a diferencia de lo sucedido con el rock, su baile nunca fue prohibido.

Con las estrategias de contención centradas en integrar el rock en una serie de ritmos bailables o cantables, que no entraran en colisión con las tradiciones, se promovió el exitoso *Club del Clan*. En un paisaje mediático en expansión, la nueva ola juvenil transmitía cierto optimismo edulcorado, reforzando un imaginario tradicional sobre los roles de género, celebrando el amor romántico, mientras ocluía toda referencia a la sexualidad y desdibujaba la percepción de rebelión asociada a la juventud. Prevalecía el conservadurismo cultural, apenas escondido tras una pátina de renovación juvenil. Los mandatos explícitos de esa propuesta se centraban en la adecuación a los roles de género, valores familiares establecidos y en el deseo de divertirse ordenadamente, con decoro sexual (Varela, 2005; Manzano, 2010).

No obstante estas estrategias de contención, otros jóvenes talentos hicieron su irrupción en la escena mediática. Uno de ellos, Roberto Sánchez –alias Sandro– se aventuró por senderos más arriesgados en términos estéticos y sexuales, probando los límites de lo permisible en la cultura pública argentina de los primeros años de los '60. Las evocaciones a la pasión y el desborde, tanto musical como sexual, con lo excesivo de sus movimientos corporales tildados de obscenos, constituyeron las marcas con las que Sandro se presentó durante la década. El baile se inscribía como un acto corporal subversivo, asociado, como ritual social, a una forma de conquista y cortejo con fines sexuales (Lenarduzzi, 2012).

4. Fin de la fiesta: represión y censura del erotismo

Tras el golpe de estado de Onganía, con la intervención a las universidades en la noche de los bastones largos, el 29 de julio de 1966, la tensión entre los jóvenes y el poder político se incrementó dramáticamente en los últimos años de la década.

Al tiempo que en las calles de París, en 1968, muchos jóvenes gritaban ‘Prohibido prohibir’ y ‘La imaginación al poder’, en Argentina crecían las movilizaciones estudiantiles. En mayo de 1969, el Cordobazo y el Rosariazo encontraron a jóvenes y obreros aliados.

La sociabilidad informal que identificaba a la juventud comenzó a estar cada vez más signada por el avance de la violencia y la represión. A fines de la década, la censura, la radicalización cultural y la polarización política daban fin al período que Sergio Pujol (2002) denominó como ‘la década rebelde’, tras el relevo de Onganía y el secuestro y ejecución del ex presidente de facto, Pedro Eugenio Aramburu en 1970.

Frente a las transformaciones de esta década disruptiva, en el país se había incrementado la represión moralista y el autoritarismo. Ante la debilidad de los gobiernos democráticos, la presencia amenazadora de las Fuerzas Armadas instaló un clima crecientemente represivo y moralista.

En las primeras declaraciones de la llamada Revolución Argentina (1966-1973), los militares se autoproclamaron como defensores de los baluartes de la sociedad cristiana occidental y plantearon sus temores ante el desmoronamiento de los valores familiares. Frente a la inestabilidad política, los gobiernos consideraron peligrosos ciertos cambios en las costumbres familiares, de género y sexuales, en tanto atacaban la idea de una nación católica y sus pilares morales.

Una campaña de moralización en la ciudad de Buenos Aires llevada a cabo entre julio y noviembre de 1966, un mes después del golpe, tuvo a la juventud como blanco principal (Eidelman, 2015). Los jóvenes habían dejado de representar el valor de promesa para el desarrollo y comenzaban a ser definidos como un problema: “En verdad, para las autoridades el delito principal era ser joven. La juventud era vista como una categoría revolucionaria *per se*” (Pujol, 2002: 56).

La campaña tenía un importante antecedente directo en otra similar realizada durante el gobierno de Arturo Frondizi, entre octubre de 1960 y mayo de 1961, que reprimió a la juventud y al sexo, y había tenido por protagonistas a varios de los funcionarios que actuaron en defensa de la moral una vez más en 1966 (Eidelman, 2015).

El campo cultural fue un foco de intervención de la represión estatal. Fueron perseguidos los *hippies*, la barba y el cabello largo, las faldas cortas, los albergues transitorios, el rock. Se detenía a mujeres por llevar polleras excesivamente cortas o a jóvenes acusados de tener sexo en espacios públicos. Se organizaban cortes de pelo a la fuerza, cobro de multas a los melenudos, excursiones de los policías por los albergues transitorios; se clausuraban locales de diversión nocturna. La cruzada moral había generado un ‘pánico sexual’ (Rubin, 1989) generando temores sociales, olas de rumores y versiones alarmistas, que llevaron a los funcionarios municipales a desmentir que se estuviera practicando un falso puritanismo en algunas medidas, como la prohibición de las minifaldas, del uso de pantalones por las mujeres o de la circulación de los menores de edad después de las 22 horas (Eidelman, 2015).

El Onganiato “...preparó sus linternas contra la inmoralidad y habilitó los calabozos para detenciones más ‘culturales’ que políticas” (: 60)⁷. En este sentido, la represión era en gran parte una respuesta violenta a la expansión de posibilidades sexuales.

La cruzada moralizante censuraba los discursos eróticos en los medios de comunicación durante el régimen. La censura legitimaba al Estado en tanto evaluador de las expresiones culturales, condicionando a la producción editorial a mesurar sus publicaciones relacionadas a temas eróticos:

“Para una sociedad fuertemente vigilada por la Iglesia católica y el Ejército, tocar estos temas no era poca cosa. En ciertos ámbitos, hablar o escribir sobre sexo podía resultar más transgresor que elogiar al Che Guevara y la Revolución Cubana o hacer referencias a la figura de Perón, el gran exiliado nacional. Después del ’66, bajo el régimen de Onganía, la censura moral fue tan fuerte o más que la censura política” (Pujol, 2002: 61).

Se perseguía el erotismo y la pornografía, denunciados también por constituir una herramienta de penetración del comunismo en la sociedad, a través de la subversión de la moralidad pública y las buenas costumbres (Eidelman, 2015).

En algunos filmes, como los del director francés Ingmar Bergman, ciertas escenas fueron recortadas por atentatorias “...contra el pudor medio” (Pujol,

⁷ Al frente de un organismo *ad hoc* de la Policía Federal dedicado a este tipo de persecución, la permanencia del comisario Luis Margaride en los gobiernos de Frondizi (1959-1962), Guido (1962-1963), Onganía (1966-1970) y Perón (1973-1974), demostraba que el clima represivo en este área de la vida social excedía las distinciones entre gobiernos civiles y militares, democráticos o golpistas (Felitti, 2012).

2002: 209), puesto que el sexo era mostrado de un modo que, para los criterios imperantes en la época, podía considerarse explícito. También la película *Blow up*, de Michelangelo Antonioni, fue truncada, así como *Sexus* de Henry Miller, *Lolita* de Vladimir Nabokov, *Ojo mágico* de Asimov.

Mientras la censura cinematográfica era algo corriente, en la prensa, el Instituto Verificador de Circulaciones monitoreaba las publicaciones. La autocensura funcionaba aceitadamente dentro de las redacciones y los autocondicionamientos se justificaban bajo el argumento de que pocos empresarios editoriales podían arriesgar el costo de inversión de un producto que luego no podría ingresar al mercado. Mediante la medida la prensa intentaba no traspasar los límites de lo que consideraba aceptable para su público y para su gobierno.

No obstante los recaudos que tomaban las editoriales, los sectores más conservadores seguían viendo en ellas potenciales peligro. De acuerdo con el Secretariado Central de Moralidad dependiente de la Acción Católica Argentina, entre las revistas femeninas, *Claudia* estaba dentro de la categoría de publicaciones desaconsejables, mientras que *Vosotras*, *Idilio* y *Anahí* calificaban directamente como malas. *Para Ti* era la única que se consideraba apropiada para las mujeres adultas (Felitti, 2010).

La censura habilitaba las detenciones de periodistas, las querellas con los medios y las clausuras temporarias o definitivas de revistas y diarios como *Cristianismo y Revolución*, *Inédito*, *Azul y Blanco*, *Así*, *Crónica*, *Primera Plana*, *Ojo*, *Prensa Confidencial* y sus sucesoras *Prensa Libre* y *Prensa Nueva*. La revista *Adán* (un estilo de revista *Playboy* argentina) no fue clausurada, pero su éxito duró corto tiempo en medio de condiciones represivas. Resultaba claro que el contexto político no era el más adecuado para una revista que establecía, casi como una declaración de principios, el disfrute hedonista de los placeres del cuerpo. Una publicación de este tipo debía discutir con los censores del gobierno militar "...cuántos centímetros de piel libre podían exhibir las modelos" (Ulanovsky, 1997: 27). Frente a estos inconvenientes, la revista dejó de publicarse.

Los materiales gráficos calificados de inmorales y obscenos eran censurados y secuestrados de los lugares de venta. En su mayoría eran publicaciones para hombres provenientes de Estados Unidos que incluían una gran cantidad de

fotografía erótica o considerada pornográfica, con desnudos femeninos, semidesnudos o fotos con gestos, poses y actitudes sexualmente insinuantes.⁸ Varias de esas publicaciones tenían más de una década de existencia, surgidas en los '50 con el mercado de masas para las revistas pornográficas y de fotografía erótica y *pin-up*. El mayor ejemplo era la revista *Playboy*, surgida de 1953, convertida rápidamente en la revista más vendida e importante del género. Paradójicamente, en nombre de la defensa contra la subversión comunista se prohibía material pornográfico proveniente de la principal potencia capitalista, asociado a la mercantilización del sexo y no a la penetración del comunismo (Eidelman, 2015).

En cuanto a las editoriales locales, desde el Ministerio del Interior, a comienzos de marzo de 1969, se les solicitó morigerar la exhibición de todo tipo de expresiones e imágenes eróticas calificadas como un 'reflejo' de la "...alarmante evolución de las costumbres" (Ulanovsky, 1997: 189). La campaña de moralidad buscaba recuperar los valores religiosos tradicionales y el lugar de la familia como institución fundamental de la sociedad. para enfrentar lo que se consideraba la degradación cultural y moral de la sociedad y, en especial, de la juventud, fuertemente asociada por los sectores conservadores a una sexualidad más liberal y con menos prejuicios. En las manifestaciones de libertad sexual veían la semilla de la subversión a los valores occidentales y cristianos, y en nombre de la moral, encontraban la justificación de sus intervenciones.

El ideal de familia promovido por el Estado tenía como pilar el matrimonio monógamo y heterosexual y sostenía una clara división de los roles de género –un varón proveedor y una mujer, madre, ama de casa y una descendencia numerosa educada en los valores de la cristiandad. Los mensajes que subvirtieran este modelo podían ser considerados como un ataque a la identidad nacional, la moral y las buenas costumbres. Así iba construyéndose una definición de cultura legítima, verdadera, nacional que debía defenderse de la penetración ideológica extranjera y su modelo de sexualidad, que inducía a la perversión, al adulterio y al desamor filial (Felitti, 2012).

⁸ De 69 revistas prohibidas entre julio y diciembre de 1966, 63 –un 90%– eran norteamericanas (Eidelman, 2015).

En un contexto de complejas conexiones entre los cambios culturales en torno al erotismo y el refuerzo de la censura, ésta última instaba a reconocer la dimensión política de la vida erótica, visible en momentos en que se desatan conflictos en torno a los discursos e imágenes eróticas.

La cruzada moral buscaba censurar la conducta erótica para proteger las fronteras de la conducta sexual aceptable. En este marco, como sostiene Gayle Rubin (1989), la "...vinculación que la ideología de derechas establece entre el sexo fuera de la familia, el comunismo y la debilidad política no es nada nuevo" (: 10). Pero además, la censura reforzaba el poderoso tabú sobre la puesta en discurso o la puesta en escena de las actividades eróticas; un problema que involucraba tanto una teoría de la imagen como una teoría de la comunicación.

Aunque la idea de un público fácilmente manipulable estaba en plena revisión en el campo de los estudios de comunicación, buena parte de la sociedad seguía considerando que los medios eran capaces de influir de manera determinante en las conductas sociales. Bajo este presupuesto se justificaba una censura que no dejaba de dar preeminencia al poder de los medios. Como teoría de la manipulación mediática, partía de un muy difundido sentido común académico apoyado en una cierta lectura del conductismo y de la teoría de los efectos mediáticos masivos. Pero entonces, hay que decir que ni siquiera los investigadores conductistas de los años '30 suponían que había un efecto directo por parte de los medios de comunicación capaz de condicionar a sus receptores en un necesario mismo sentido. Esta simplificación era impensable desde la misma teoría conductista pues ella suponía una suerte de lugar de mediación para que se diera respuesta a un estímulo (Homans, 1990); nunca se trataba de una respuesta automática.

La convicción sobre el poder manipulador de los medios de comunicación y los productos de la industria cultural para generar cambios en la conducta guiaba la censura estatal. La desconfianza también caló hondo en intelectuales y pedagogos, políticos y sacerdotes, proclives a una postura apocalíptica respecto de los medios. Las críticas se hicieron oír tanto en el pensamiento progresista –con todos los matices de la izquierda– como de la derecha conservadora que veía en ellos unos propagadores de la perversión y la deformación de los valores del ser nacional (Pujol, 2002).

Los niños fueron el objeto privilegiado de los discursos de educadores, psicólogos, sacerdotes que alertaban sobre esta influencia. El problema de ‘la seducción del inocente’ (Spigel, 1992) funcionaba como presupuesto para habilitar la censura mediática por parte de un aparato de vigilancia estatal y así proteger las fronteras de la conducta sexual aceptable:

“Comenzaron a multiplicarse los congresos y la bibliografía sobre la influencia en los niños fue, sin duda, la más abultada de la época en el tema de los medios, tanto en los grupos que provenían del catolicismo y el conservadurismo –desde una mirada moralista- como en los sectores progresistas –con los conceptos políticos claves de ‘alienación’ y ‘manipulación’” (Aguilar, 1999: 262).

Con la excusa de proteger a los niños y la sexualidad de los jóvenes, los discursos de la censura estigmatizaban las prácticas eróticas que se ubicaban fuera de la ‘normalidad’. Así exponía la revista *Life* estos conflictos en torno al erotismo en los medios de comunicación, en su sección de “Educación Sexual” de 1968:

“Cuando no existía la comunicación instantánea por medio de la televisión, la radio y la prensa, los padres encarnaban ante sus hijos en la casa los papeles sexuales, que por lo general eran claros y constituían una parte importante en el proceso de sexualización. Hoy, en muchas partes del mundo, la comunicación instantánea lleva cada vez más al hogar mensajes sexuales múltiples, confusos y a menudo bastante alejados de la educación sexual que los padres tratan de dar a sus hijos. Muchos de los mensajes subrayan la sexualidad erótica y genital a expensas de otros muchos aspectos de la sexualidad. Estos mensajes llegan constantemente a los niños en su más tierna infancia, aun antes que sepan si son varones o hembras: el niño de 3 años edad, huérfano de padre, se sienta ante un receptor de televisión y contempla un grupo de cantantes de rock ‘n’ roll de larga melena, vestidos con ropa muy rara (para varones) y que a veces cantan con voz atiplada, como de mujer. ¿Puede este niño estar seguro de que los cantantes son varones aunque los mismos cantantes estén seguros de su masculinidad?” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español, Vol 32 N°8, 07/10/68: 58).

Estos tipos de discursos no dejaban de augurar el caos en caso de no seguir sus preceptos, bajo un supuesto del dominó del peligro sexual (Rubin, 1989). Expresaban el temor de que si se cruzaba la frontera, la barrera levantada contra el sexo peligroso se derrumbaría y ocurriría alguna catástrofe inimaginable.

4.1 El potencial erótico de la censura

El halo del erotismo atravesaba los discursos de la censura. Por el lado de los censores puede presuponerse un goce, ya que, como Michel Foucault (2011a) ha demostrado, hay placer tanto en el preguntar, vigilar, controlar, espiar, denunciar los placeres prohibidos como en su transgresión, su resistencia, su escándalo.

La censura y la mesura empujaban al discurso sexual a la reticencia y al eufemismo, conformándose una ‘negatividad sexual’ (Rubin, 1989) pero, por otro lado, obligaban a potenciar el ejercicio de la capacidad, la inteligencia, la curiosidad o la creatividad erótica para sortear las prohibiciones. Frente a estas el erotismo, asentado en la transgresión (Bataille, 2010), tenía un campo de cultivo que hacía uso del ingenio para legitimar el placer.

La censura no significó que la circulación de los discursos eróticos quedara suspendida, pues más allá de las represiones de la coyuntura, había una dinámica cultural imposible de frenar:

“No obstante los obstáculos puestos por el gobierno militar contra la agenda de temas modernos, la sociedad argentina se fue abriendo cada vez más al diálogo sobre lo prohibido y lo incómodo. Los silencios se fueron llenando con los resultados de encuestas e informes” (Pujol, 2002: 62).

Los temas de sexualidad no desaparecieron de las pantallas, las revistas y la literatura, prevaleciendo una distancia y un desfase entre los discursos, las normativas y su implementación. Ante las ambigüedades y la falta de seguimiento de muchas disposiciones, algunos productos de la industria cultural sortearon la censura y pusieron en escena tópicos tabú, brindando información y habilitando debates (Felitti, 2012).

Las editoriales no eludían la presentación de los conflictos en torno al sexo, siempre que se hiciera con moderación. En este marco, los discursos de la sexualidad como el psicoanálisis contaban con una legitimación y una autoridad que los hacía gozar de una permisividad social. Las narrativas e imágenes del erotismo también tenían lugar entre las páginas de las revistas femeninas, especialmente en las novelas rosa y las publicidades que hacían uso de figuraciones más jugadas.

Al convertirse el erotismo en un objeto de preocupación, de análisis, de vigilancia y de control, la censura lograba intensificar el deseo por el mismo,

atizando su potencial erótico. El propio juego de la transgresión hacía que los placeres perseguidos, culposos, fueran a la vez hostigados y deseados, puesto que: “El peor servicio que se puede hacer a un libro ultrajante es autorizarlo. ¿Cuántos autores sueñan con ser prohibidos para beneficiarse de la aureola de lo maldito?” (Bruckner, 2011: 163).

Este contexto cultural de época, signado por una industria cultural en crecimiento, la proliferación de revistas femeninas, la emergencia y consolidación de un mito que aunaba juventud y rebeldía, junto a la censura y la represión, componían las condiciones de producción de los discursos eróticos en las revistas femeninas de los '60.

En el próximo capítulo se desarrolla la relación problemática y productiva entre la transgresión y la prohibición erótica. Las siguientes páginas están destinadas a recuperar la discusión teórica en torno a estos tópicos desde el psicoanálisis, la izquierda freudiana, la perspectiva foucaultiana de la historia de la sexualidad y, principalmente, el enfoque de Georges Bataille (2010 [1957]) para abordar el erotismo y el problema de la liberación sexual.

CAPÍTULO II

LIBERACIÓN ERÓTICA

“Eros se rebela contra los conformismos
pesados”
(Muchembled, 2008: 176).

“La sexualidad era una bestia que había que encadenar; según los primeros cristianos; ahora es un animal fabuloso al que hay que liberar. En la base de esta aspiración que circula desde ciertas herejías religiosas hasta los movimientos feministas y socialistas, se encuentra la certeza de la bondad del deseo, la única capaz de arrancar a la sociedad de sus fealdades. Gracias a Freud, por supuesto, que reveló los fundamentos carnales de nuestras civilizaciones, junto con Herbert Marcuse, que se marchó a enseñar a Estados Unidos, pero sobre todo gracias a Wilhem Reich, médico disidente del psicoanálisis y del partido comunista alemán, fallecido en Estados Unidos en 1957, ese militamiento de la reconstrucción prometeica llegará a su apogeo” (Bruckner, 2011: 25).

1. Erotismo y sexualidad, una madeja

Para trazar un recorrido por las configuraciones discursivas y semióticas del tópico del erotismo en las revistas femeninas de los '60 en Argentina se precisa de una previa revisión teórica de la categoría, con la intención de enfocar luego la mirada analítica en el corpus compuesto de textos e imágenes. Esto supone todo un trabajo de construcción teórica con miras a realizar distinciones analíticas, conceptuales, acerca de sus diversas dimensiones. Especialmente, se trata de deslindar la categoría de erotismo de la de sexualidad, que ha solapado a la primera y colonizado los estudios del área. Si bien guardan estrecha relación, la sexualidad supone otro tipo de discursos asociados a la pretensión de saber y de neutralidad valorativa científica.

El rastreo de la categoría de erotismo en diversas teorías como el psicoanálisis, la teoría crítica, la historia de las ideas o la filosofía denota que en cada área de conocimientos y en cada época, se tendió a privilegiar alguna dimensión por sobre las otras. Así pues, por momentos fue el amor la dimensión crucial del erotismo, los cuerpos, los placeres y los deseos sexuales, o, en este caso, la sexualidad.

Asociada únicamente al amor, la categoría de erotismo pierde potencia heurística, pues la actividad erótica y el amor no son sinónimos. Vinculada sólo al placer y los cuerpos se tiende a asociar al hedonismo, la pornografía o la exhibición, olvidando que no toda actividad sexual es placentera en sí. Para evitar

caer en reduccionismos se presentan a continuación algunas distinciones analíticas productivas con miras a abordar el problema del erotismo en cuanto objeto teórico y los debates suscitados frente a la problemática de la liberación sexual, en el contexto mundial. Tras la demarcación del erotismo frente a la sexualidad, no podría homologarse la liberación sexual con la liberación erótica. Más aún si el autor de cabecera para realizar esta distinción es Georges Bataille (2010 [1957]), para quien el erotismo es primordialmente transgresión. En ese sentido, ¿qué lugar queda para el erotismo una vez liberado tras la supuesta ‘revolución sexual’? El capítulo recorre esta paradoja junto a los debates teóricos suscitados por Sigmund Freud, Herbert Marcuse, Michel Foucault en torno a la problemática de la liberación sexual y algunas publicaciones de la prensa de actualidad de la época que abordaron el tópico.

2. El eros psicoanalítico y los teóricos de la liberación

Entre los autores que en el siglo XX abordaron el problema del erotismo, Sigmund Freud se encuentra entre los lugares del podio. La categoría de *Eros*, definida como la gran fuerza que preserva la vida y se encarga de vincular libidinalmente a los individuos, se asocia a la configuración de toda civilización o cultura -estos términos para el autor son indistintos-.

En su obra *El malestar en la cultura* ([1930], 1986), Freud aduce que el Eros ha sido históricamente reprimido a través de leyes morales que establecen una demarcación entre lo permitido y lo prohibido. Erotismo y moral conforman una dupla, donde la segunda supone una limitación represiva, censuradora, sublimadora del Eros. A través del tabú, la ley y las costumbres, establece restricciones e impone una vida sexual idéntica para todos.

Eros se encuentra cargado de una ambivalencia afectiva: es muy deseado y muy prohibido a la vez. El dominio sobre el principio de placer exige limitaciones sobre la vida sexual y esto genera un malestar. De ahí, el malestar en la cultura. Ahora bien, Freud también expone que la cultura no sería la única culpable de las renunciaciones sexuales:

“A veces, creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función

sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos” (Freud, 1986: 97).

En el tabú luchan deseos inconscientes y prohibiciones culturales. Contra estas últimas arremetió la izquierda freudiana, una corriente teórica cuyo fin programático era la liberación sexual y la revolución social. Desde la década del '20, este movimiento teórico buscó tejer relaciones entre la teoría freudiana de la represión sexual con el pensamiento revolucionario de Karl Marx. Tuvo como exponentes a Herbert Marcuse y otros autores renombrados como Wilhem Reich, Max Horkheimer, Erich Fromm, entre otros.

El eros psicoanalítico, inscripto en la teoría del inconsciente y la represión sexual, y asociado estrechamente con la categoría de sexualidad, fue relacionado con el problema de la dominación política (Robinson, 1987). Reich, el primero y más famoso de los radicales seguidores del psicoanálisis sexual, azotó fuertemente en los años '20 al matrimonio burgués y denunció a la promoción y al rechazo de sexualidad genital como uno de los males de la modernidad (Robinson, 1987).

Marcuse (2010 [1953]) retomó la conceptualización psicoanalítica del Eros como energía libidinal, sexual salvaje e imperiosa, concentrada en zonas erógenas. Su teoría y su programa pretendían rescatarlo de la represión cultural y la sexualidad instrumental -genital-, reproductiva, a la cual denunciaba por constituir una restricción impuesta por el moderno orden social a las posibilidades de placer. El orden moral establecido en el capitalismo exigía un principio de actuación sexual, una conducta socialmente esperable a través de la cual:

“... el individuo vive su represión ‘libremente’ como su propia vida: desea lo que se supone que debe desear; sus gratificaciones son provechosas para él y para los demás; es razonable y hasta a menudo exuberantemente feliz” (: 53).

Relacionaba así el super yo social freudiano con la teoría marxista de la alienación:

“Los hombres no viven sus propias vidas, sino que realizan funciones preestablecidas... La libido es desviada para que actúe de una manera socialmente útil, dentro de la cual el individuo trabaja para sí mismo sólo en tanto que trabaja para el aparato, y está comprometido en actividades que por lo general no coinciden con sus propias facultades y deseos” (:53).

Marcuse denunciaba la organización excesivamente represiva de la sexualidad desde un punto de vista psicológico pero también político. La represión, en gran parte inconsciente y automática, estaba además cargada de un excedente necesario para la dominación política en la sociedad de clases:

“...las modificaciones y desviaciones de la energía instintiva necesarias para la preservación de la familia patriarcal monogámica, o para la división jerárquica del trabajo, o para el control público sobre la existencia privada del individuo son ejemplos de represión excedente que pertenecen a las instituciones de un principio de la realidad particular” (: 47).

La limitación del Eros convertía en tabús y perversiones a las manifestaciones que no servían a la función procreativa, imponiendo una sexualidad instrumental que, lejos de constituirse como un fin en sí misma, servía para el sostenimiento de una sociedad represiva.

Denunciaba también al capitalismo por instalar un orden represivo que desexualizaba las múltiples zonas erógenas del cuerpo, reforzando su genitalización, dejando así el resto del cuerpo disponible para su uso como instrumento de trabajo. La ‘tiranía genital’ eliminaba la libido de las partes que el cuerpo necesitaba para participar del trabajo industrial.

El principio de actuación sexual que promovía el sacrificio de la libido bajo estas condiciones históricas era eficaz, aunque debía ser continuamente restablecido puesto que su triunfo sobre el principio del placer nunca era completo. La teoría marcusiana sostenía que había un potencial subversivo de este principio que se negaba a no ser satisfecho.

Marcuse trató, al igual que Reich, Erich Fromm y otros revisionistas, de dejar al descubierto el potencial liberador de la obra de Freud. Sus esfuerzos teóricos tenían como fin programático facilitar la emergencia de un orden social no represivo o menos represivo. Comprendía a Eros como una fuerza política, revolucionaria y creadora, capaz de manifestarse en la cooperación y la solidaridad que había sido quebrada por el capitalismo y “...el poder absoluto de su máquina de propaganda, de publicidad y de administración” (Marcuse, 1986: 13).

La revolución sexual era parte del programa de la revolución social. El ‘imaginario marcusiano de emancipación’ (Entel, 2008) suponía que la liberación de la explotación en el trabajo y de su inherente fatiga permitiría una

reerotización del cuerpo. La resexualización del cuerpo, junto con una resignificación del erotismo unido a una apreciación estética, haría florecer a Eros en el amor comunicativo y la amistad constituiría el medio dominante de sociabilidad.

La liberación transformaría a la sexualidad en Eros, como un fin en sí mismo y no confinado a lo corporal, desarrollando todo un orden sensual. Al ceder, la razón represiva dejaría el camino libre a una nueva racionalidad de la gratificación, una razón sensual en la que convergerían razón y felicidad. Su imaginario edificaba un mundo sustancialmente libre de culpa en el que la sublimación y represión de la sexualidad dejaban paso a una acentuación del placer, apostando a la fuerza revolucionaria del erotismo.

Aunque la represión del Eros no podía desaparecer del todo, pues, como entendía Freud, la represión era suelo donde crecía la cultura, para Marcuse era posible una civilización sobre una represión mínima de Eros, es decir, sin aquellos grilletes necesarios para la explotación en el trabajo.

La transformación que proponía implicaba, desde un punto de vista marxista, la exigencia de una modificación real de las relaciones materiales de existencia y la ruptura con el continuum histórico de la dominación. Desde un enfoque psicoanalítico suponía una nueva organización del placer, una resexualización del cuerpo y la génesis de una moral que actuara como "...negación de la moral judeo-cristiana, la cual ha determinado hasta ahora, en gran parte, la historia de la civilización" (Marcuse, 1986: 12).

Entonces, no se trataría tanto de una liberación como de una transformación de la organización –histórica- libidinal. A ella se llegaría por el camino de dos capacidades infravaloradas por el principio de actuación que exigía el capitalismo: la imaginación y la fantasía; y que, por ello mismo se habían conservado libres de las condiciones de realidad, subordinadas sólo al principio del placer (Marcuse, 2010).

Pero además, el autor suponía que la poderosa represión sexual instalada en el meollo de la civilización estaba cediendo terreno en los años sesenta. Si bien hay que cuidarse de pensar en términos de un ciclo represivo único con un principio y un final (Muchembled, 2008), la presente tesis se asienta en el presupuesto de partida, de que durante la década, la sexualidad y el erotismo formaron parte de la

arena de lucha de sentidos sociales. Pero entonces, la tácita represión sexual y erótica, en el país, pasó a ser organizada por el propio Estado.

En el juego entre la represión y la transgresión, en la época se produjo una explosión de estimulantes escritos políticos y ensayos sobre el sexo. La amplia difusión de ideas y opiniones de autores extranjeros incluía desde estudios biológicos sobre la sexualidad de los animales a reseñas de libros filosóficos polémicos en el extranjero, como la *Historia del erotismo* de Lo Duca (1965).

La obra de Marcuse, particularmente *Eros y civilización*, de 1953, pasó a considerarse como uno de los escritos formativos de la época que aportaron ideas a la rebelión sexual y moral de los jóvenes. En los '60 el libro se reeditó y el autor fue considerado el filósofo de la nueva izquierda estudiantil, a la que se sumaron obreros, y cuya mítica imagen sería cristalizada en el Mayo Francés de 1968.

En pos de una revolución sexual, los teóricos de la liberación depositaban esperanzas en el terreno de la sexualidad como un reino potencial de libertad (Giddens, 1998). Exaltada, la sexualidad aparecía como una herramienta de transformación del mundo.

2.1 El desencanto

El programa teórico de la izquierda freudiana implicaba la esperanza de una liberación sexual congruente con el fin de la sociedad de clases. Para estos autores no había reforma sociopolítica sin liberación sexual.

En *El hombre unidimensional* (Marcuse, 1993 [1954]), obra posterior a *Eros y Civilización*, las resonancias de Marx (1988 [1867]) eran más fuertes que las de Freud. Con cierto aire de resignación, Marcuse denunciaba que, con las mutaciones del capitalismo, no había lugar para una liberación total, ni para una revolución que pusiera fin a la sociedad represiva afirmaba. El mismo sistema deglutía o neutralizaba la oposición. La automatización en la sociedad industrial avanzada dejaba tiempo para el placer y el ocio, pero lejos de aparecer como el cimiento de la liberación erótica se erigía más bien como el principal apoyo de una organización cada vez más irracional y represiva.

Ya en *Eros y Civilización*, había advertido que, comparada con los períodos puritanos y victorianos, la libertad sexual había aumentado, pero observaba que la moral sexual relajada dentro de un sistema firmemente atrincherado de controles

monopolistas servía al sistema (Marcuse, 2010). En una sociedad totalmente administrada el placer tenía lugar a través de un tipo específico de satisfacción: la identificación erótica con un mundo reificado. El sexo se transformaba en negocio y en propaganda, postulaba Marcuse, en consonancia con las críticas a la industria cultural de sus colegas de la Escuela de Frankfurt, Adorno y Horkheimer (1987 [1944]).

El sistema de administración total preestablecía los deseos, metas y aspiraciones requeridos socialmente. En este marco, los medios de comunicación tenían un papel de adoctrinamiento al transmitir los valores requeridos, los ideales de personalidad, de romances, sueños y aspiraciones. Los periódicos y revistas, la radio, el cine, exponían los mismos ideales, vendían imágenes que afirmaban el orden establecido, donde las contradicciones coexistían “pacíficamente en la indiferencia” (Marcuse, 1993: 91). El “quietismo acrítico” (: 44) que promovían los medios se conjugaba con una apología del orden, en la cual las desviaciones del modelo eran criticadas.

Si bien el grado de satisfacción socialmente permisible y deseable se ampliaba, en una sociedad donde el confort era uno de los principales valores, la ‘liberación’ sexual cumplía una función conformista: libraba a los individuos de buena parte de la infelicidad y el descontento que denunciarían al orden represivo. Se desarrollaba entonces un proceso de satisfacción controlada; la sexualidad era más desinhibida al tiempo que debilitaba la rebeldía contra el principio de realidad establecido: “Lo que ocurre es sin duda salvaje y obscuro, viril y atrevido, bastante inmoral y, precisamente por eso, perfectamente inofensivo” (Marcuse, 2010: 107).

Cuando a fines de los ’60, Marcuse se preguntaba por qué la revolución sexual no había prosperado, afirmaba que ésta había sido traicionada. Los individuos se hallaban ahora satisfechos bajo las libertades permitidas en una sociedad sin libertad: “En sus relaciones eróticas, ellos ‘cumplen sus compromisos’ -con encanto, con romanticismo, con sus anuncios comerciales favoritos” (: 91).

No obstante, el teórico seguía sosteniendo la bandera de la utopía. Desencantado, pero no resignado, apostaba aún a una verdadera posibilidad de liberación, tras una década en que las ideas y normas en torno a la sexualidad habían cambiado. En 1967, en una conferencia titulada *El final de la utopía*

(1986) consideraba que ni la rebelión sexual y moral de los jóvenes, ni los *hippies*, ni las luchas del Tercer Mundo podían hacer la revolución por sí mismos, pero todos ellos denunciaban un orden represivo y veía en la oposición de la juventud, el rechazo al confort estadounidense, en el movimiento *hippie*, la repulsión a la vieja sociedad cerrada.

3. El jardín de las delicias o el sexo regulado

Michel Foucault destinó su primera obra de *Historia de la Sexualidad* (2011a [1976]) a cuestionar las promesas de liberación de la izquierda freudiana. Al enlazar la emancipación sexual a una causa política, la izquierda freudiana inscribía el sexo en el porvenir y esto suponía, para Foucault, una gran prédica sexual:

“Algo de la revuelta, de la libertad prometida y de la próxima época de otra ley se filtran fácilmente en ese discurso sobre la opresión del sexo. En él se encuentran reactivadas viejas funciones tradicionales de la profecía. El buen sexo queda para mañana” (Foucault, 2011a: 12).

El mero hecho de hablar del sexo y denunciar su represión gozaba de un aire de transgresión, que, junto al “sermón de la trascendencia” (:14) suponían el placer de adoptar cierta pose, con la conciencia de desafiar el orden establecido en un tono de voz subversivo:

“Hablar contra los poderes, decir la verdad y prometer el goce; ligar entre sí la iluminación, la liberación y multiplicadas voluptuosidades; erigir un discurso donde se unen el ardor del saber, la voluntad de cambiar la ley y el esperado jardín de las delicias: he ahí indudablemente lo que sostiene en nosotros ese encarnizamiento en hablar del sexo en términos de represión” (: 13).

En la entrevista titulada “Poder-cuerpo” de *Microfísica del poder* (1979), arremete contra Marcuse al decir que:

“...da a la noción de represión un papel exagerado. Ya que si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo -esto comienza a saberse- y también a nivel del saber” (:107).

En sus otras dos historias de la sexualidad, *El uso de los placeres* (2006 [1984]) y *La inquietud de sí* (2011b [1984]), Foucault pone en discusión la idea de una moral unificada⁹ que haría de la sexualidad una invariable atravesada por la represión.

Los temas que dieron forma a la moral sexual judeo-cristiana fueron para el autor: la pertenencia del placer al dominio peligroso del mal, la obligación de la fidelidad monogámica y la exclusión de compañeros del mismo sexo. En esta moral, la sustancia ética se definió por un dominio de los deseos, a través de la regla de que el placer no debía ser una finalidad (Foucault, 2006).

Las investigaciones foucaultianas de textos filosóficos y médicos que abordaban la problematización del comportamiento sexual en la cultura griega clásica del siglo IV a.C., estaban destinadas a discutir la idea de un código represivo invariable de comportamientos sexuales y la hipótesis de la reproducción de la moral culposa, al afirmar que la moral cristiana del sexo no estaba preformada en el pensamiento antiguo.¹⁰

Gayle Rubin (1989), seguidora de una línea foucaultiana para abordar la sexualidad, ha remarcado, no obstante, la importancia de no abandonar la reflexión acerca del sexo en términos de represión sexual postulada por el psicoanálisis. Esta autora sostiene que es necesario reconocer los fenómenos represivos sin caer por ello en las suposiciones esencialistas del lenguaje de la

⁹ Por moral Foucault (2006) entiende:

“...un conjunto de valores y de reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etc. Se llega al punto en que estas reglas y valores serán explícitamente formulados dentro de una doctrina coherente y de una enseñanza explícita. Pero también se llega al punto en que son transmitidos de manera difusa y que, lejos de formar un conjunto sistemático, constituyen un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos puntos, permitiendo así compromisos o escapatorias. Con tales reservas podemos llamar ‘código moral’ a este conjunto prescriptivo” (: 26).

¹⁰ En los antiguos griegos, Foucault no encuentra nada que se parezca a esas largas listas de actos posibles, propias de los penitenciales, los manuales de confesión o las obras de psicopatología, que sirvan para definir lo legítimo, lo permitido o lo normal o para describir los gestos prohibidos. Tampoco halla nada que trace una línea divisoria clara y definitiva entre lo que es del orden de la naturaleza y lo que es ‘contra natura’ (Foucault, 2011b). Asimismo, discute con el sentido común que establece una oposición entre “...un pensamiento pagano ‘tolerante’ hacia la práctica de la ‘libertad sexual’ y las morales tristes y restrictivas que le siguieron” (: 226). Lo que encuentra en tales textos antiguos es una manera de ser, un estilo de relaciones y reglas para quienes quieran dar a su existencia una forma honorable y bella “Es la universalidad sin ley de una estética de la existencia que, de todas maneras, sólo es practicada por unos pocos” (Foucault, 2011b: 204).

libido: “Necesitamos una crítica radical de las prácticas sexuales que posea la elegancia conceptual de Foucault y la pasión evocadora de Reich” (Rubin, 1989: 16).

Desde la perspectiva foucaultiana, que marcó el estado del arte de las investigaciones de género y sexualidades, el deseo no se enfrenta al poder sino que ambos se articulan. Por tanto, las luchas por la liberación sexual eran parte del mismo aparato de poder que denunciaban. La liberación sexual con la que se hallaba desencantado Marcuse a fines de los '60 constituía, para Foucault, una ironía del propio dispositivo:

“El hecho de que tantas cosas hayan podido cambiar en el comportamiento sexual de las sociedades occidentales sin que se haya realizado ninguna de las promesas o condiciones políticas que Reich consideraba necesarias, basta para probar que toda la ‘revolución’ del sexo, toda la lucha ‘antirrepresiva’ no representaban nada más, ni tampoco nada menos –lo que ya era importantísimo–, que un desplazamiento y un giro tácticos en el gran dispositivo de sexualidad” (Foucault, 2011a: 126).

En este sentido, no piensa ya en términos de un Gran Rechazo desde un polo dominado a un polo dominante, en una relación de contradicción de los opuestos. Para Foucault, la sexualidad supone relaciones de poder que funcionan sobre el cuerpo, penetran las conductas y fijan la disparidad sexual; así, “...impugna de manera implícita la demanda de una sexualidad subversiva o emancipadora que pudiera no tener ley” (Butler, 2007: 91).

El problema de la represión comprendido al mismo tiempo como prohibitivo y generativo, agrava la problemática de la liberación. En este sentido, la permisividad sexual era un fenómeno del poder y no un sendero hacia la emancipación.

No obstante, Foucault admitía la importancia de las estrategias de resistencia frente a las relaciones de poder en torno a la sexualidad. Tanto en unas como en otras se encontraba el placer: el placer del poder y el placer de resistir.

Los enfrentamientos frecuentes dentro del orden de la sexualidad no establecían grandes rupturas radicales –el Gran Rechazo– pero introducían fisuras, “...abriendo surcos en el interior de los propios individuos, trazando en ellos, en su cuerpo y su alma, regiones irreducibles” (Foucault, 1979: 92). Las desobediencias podían interpretarse como una suerte de vía de escape de la prisión

de los géneros y las sexualidades, aun cuando se tratase de una desobediencia momentánea a ciertas normas regulatorias (Lenarduzzi, 2012).

Foucault sostenía la posibilidad de prácticas de libertad en las resistencias al dispositivo de sexualidad. Para revertir tácticamente el dispositivo de sexualidad debía oponérsele los placeres, decía:

“Si mediante una inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad se quiere hacer valer, contra el poder, los cuerpos, los placeres, los saberes en su multiplicidad y posibilidad de resistencia, conviene liberarse primero de la instancia del sexo. Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contrataque no debe ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres” (Foucault, 1979: 150).

Indicaba que en los ‘60 había emergido una reivindicación del cuerpo frente al poder disciplinador de la sexualidad y del placer contra las normas morales de la sexualidad, del matrimonio, del pudor: “Frente al control, la vigilancia y la persecución del cuerpo, se desarrolló una ‘sublevación del cuerpo sexual’” (:105).

Así, mientras Freud y Marcuse hallaban el malestar en la cultura, el primero desesperanzado ante la posibilidad de cambio cultural, pero apostando a la fuerza de Eros frente a Tánatos; el segundo imaginando una utopía de una sociedad que rompiera con el régimen de dominación y represión; Foucault veía la posibilidad de prácticas de libertad en las resistencias frente al dispositivo de sexualidad. Y asociaba éstas últimas a los modos de subjetivación frente a los códigos morales de los comportamientos sexuales, en el uso de los placeres y en el cuidado de sí mismo.

3.1 La erótica como arte

Para discutir la noción psicoanalítica de placer compuesta de sensualidades libidinales y de aparatos psíquicos asociados a lo sexual, Foucault rastreó la concepción de la erótica en los antiguos griegos. En la *ars erotica*, arte y práctica que involucraba al cuerpo y al goce, el placer, no sólo sexual, era considerado como un fin en sí mismo y recogido como experiencia. No se relacionaba a una ley absoluta de lo permitido y lo prohibido ni a un criterio de utilidad.

Pero además se consideraba al dios Eros como un complemento necesario de la diosa Afrodita: “...sin él, la obra de Afrodita no sería nada más que el solo placer de los sentidos” (Foucault, 2011b: 221), un placer fugaz; y “Eros sin Afrodita no

es menos imperfecto cuando le falta el placer físico” (: 225).

Foucault expuso diferentes pistas para distinguir el problema de la sexualidad del de la erótica, desde una historia de los discursos y las prácticas. A grandes rasgos, la sexualidad aparece como una “...experiencia, – si entendemos por experiencia la correlación, dentro de una cultura, entre campos del saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad” (Foucault, 2006 [1984]: 8), a diferencia de una erótica entendida como un arte, una práctica y una experiencia relacionada a un “...dominio absoluto del cuerpo, goce único, olvido del tiempo y de los límites, elixir de larga vida, exilio de la muerte y de sus amenazas” (Foucault, 2011a: 58).

Ahora bien, ¿qué implicaba ese horizonte del cuerpo y los placeres al que se refería Foucault? Judith Butler (2007) encuentra un punto de ambigüedad en la mirada foucaultiana que parece retomar la idea de una multiplicidad libidinal prediscursiva. El autor parecía contradecir su planteo del primer volumen de *Historia de la sexualidad*, con una suerte de mirada romántica hacia el mundo de placeres. Ante este problema, Butler ha postulado que, de ser posible la subversión, ésta se efectúa dentro de los términos de la ley, mediante las opciones que aparecen cuando la ley se vuelve contra sí misma y produce permutaciones inesperadas: “Entonces, el cuerpo culturalmente construido se emancipará, no hacia su pasado ‘natural’ ni sus placeres originales, sino hacia un futuro abierto de posibilidades culturales” (: 196).

Frente a la idea de liberación, la perspectiva de la transgresión que propone Georges Bataille (2010 [1957]) redefine el problema del erotismo: “No se trata de libertad. En tal momento y hasta ese punto, esto es posible: éste es el sentido de la transgresión” (Bataille, 2010: 69). Dentro de los propios marcos de la ley, lo posible y lo deseable es la transgresión erótica.

4. La transgresión erótica

Georges Bataille, “...seminarista y pornógrafo, bibliotecario y poeta, comunista y putero, místico y ateo, amante y filósofo” (Campillo, 1996: 9), tradujo su paradójico modo de vivir en su escritura filosófica, ofreciendo un abordaje teórico del problema del erotismo desde sus ambigüedades.

Su punto de vista diferencia claramente la actividad sexual o la sexualidad física caracterizada como rudimentaria y “simplemente animal” (: 33) del erotismo. Este último no necesariamente es actividad sexual, pues puede haber actividad sexual que no sea erótica. Como problema, el erotismo no tiene que ver con la reproducción:

“...la diferencia que separa al erotismo de la actividad sexual simple es una búsqueda psicológica independiente del fin natural dado en la reproducción y del cuidado que dar a los hijos” (Bataille, 2010: 15).

El goce erótico como “...sentimiento de plétora no está ligado a la conciencia del engendramiento” (:108). Incluso, dice, “...en principio, cuanto más pleno es el goce erótico, menos nos preocupamos por los hijos que puedan resultar de él” (: 108).

Bataille define al deseo del erotismo como “...el deseo que triunfa sobre la prohibición” (: 261). Así, la prohibición que limita la sexualidad humana cumple un papel productivo: se necesita de ella para transgredirla.

En los discursos de la ciencia sexual, la prohibición es tratada como un objeto que se impone desde afuera, no suele estar justificada, es patológica o proviene de la neurosis. Frente a esta posición, Bataille sostiene que “...el erotismo tiene para los hombres un sentido que la manera científica de proceder no puede proporcionar” (: 12), pues “es una experiencia que no podemos apreciar desde fuera como una cosa” (: 155). De esta manera, criticaba los informes de la ciencia de corte positivista que trataban a la actividad sexual de forma estadística, como dato externo susceptible de observación.

Remarcaba entonces la dimensión de lo íntimo, irreductible, del erotismo, incompatible con la intención de neutralidad y claridad distintiva de la ciencia: “Al declarar inocente la vida sexual, la ciencia cesa decididamente de reconocerla” (: 168). La propia turbación erótica que genera confusión y falta de claridad perturba la lucidez tan preciada del conocimiento metódico: “...si una actividad sexual no se oculta a nuestra mirada, es susceptible de excitar. También puede inspirar repulsión” (: 158).

En este sentido, mientras la sexualidad se asociaba a un discurso de la racionalidad y la neutralidad, el erotismo se relacionaba con lo degradante:

“La vía de la degradación, en la que el erotismo es arrojado al vertedero, es preferible a la neutralidad que tendría una actividad sexual conforme a la razón, que ya no desgarrase nada” (: 146).

El erotismo es entonces un objeto esquivo a la mirada de la ciencia de lo sexual, por su cualidad de misterioso y su capacidad para albergar una experiencia personal, íntima, contradictoria, de lo prohibido y de la transgresión.

4.1 Maldito Eros: el pecado de la carne

El erotismo se asocia en la teoría de Bataille con lo impuro, lo diabólico, lo bajo. Es un objeto monstruoso, cuyo sentido, relacionado a la prohibición, genera pavor y a la vez deseo. Este último era su sentido profundo: “La prohibición observada de un modo distinto al del pavor no tiene ya la contrapartida del deseo, el cual es su sentido profundo” (: 41).

Condenado como pecado, el erotismo implica culpa, manteniendo un movimiento de pavor y repugnancia frente a la vida sexual. Es una experiencia maldita que siempre está bajo interdictos:

“...de cualquier modo que se la considere, nunca se admite la sexualidad humana más que dentro de unos límites fuera de los cuales está prohibida. Hay en fin, en todas partes, un movimiento de la sexualidad en que entra en juego lo inmundo. Entonces ya no se trata de sexualidad benéfica ‘querida por Dios’, sino de maldición y de muerte. La sexualidad benéfica es cercana a la sexualidad animal, al contrario del erotismo que es propio del hombre y que sólo es genital en su origen. El erotismo, estéril en principio, representa el Mal y lo diabólico” (: 236).

La actividad erótica precisa del interdicto para transgredirlo y traspasar un límite (moral) que se respete, pues: “No habría erotismo si no existiera como contrapartida un respeto por los valores prohibidos” (: 225). A la vez, ese respeto se justifica porque existen las desviaciones eróticas que se presentan como posibles y seductoras. Por tanto:

“...son vanas las afirmaciones triviales según las cuales la prohibición sexual es un prejuicio, del que ya es hora de librarse. La vergüenza, el pudor, que acompañan el sentimiento fuerte del placer no serían sino pruebas de falta de inteligencia. Esto es tanto como decir que por fin deberíamos hacer tabla rasa y volver al tiempo de la animalidad, del libre devorar y de la indiferencia de las inmundicias. Como si la humanidad entera

no fuese el resultado de movimientos de horror seguidos de atracción, con los que la sensibilidad y la inteligencia se vinculan” (Bataille, 2010: 272).

La transgresión erótica condenada y asociada al Mal se relaciona a la noción de pecado. La voluptuosidad, como transgresión sumergida en las aguas religiosas -cristianas- del Mal, se asocia al pecado de la carne, entendido como falta, “...algo que no hubiera debido ocurrir” (: 267).

Bajo esta noción, el cristianismo volvió al cuerpo pecaminoso y culpable, condenando la vida erótica como parte maldita, impura. El cuerpo se partía entre las partes pecaminosas y las partes nobles: la mente, el alma o el espíritu, el corazón.

Esta división que atravesó los cuerpos, el de la mujer se asoció eminentemente a la voluptuosidad y se tornó inquietante, misterioso. En el varón, esa concepción del cuerpo partido supuso que su carne ‘baja’ era débil, propensa a caer en la tentación de aquella voluptuosidad femenina y asociada a la violencia involuntaria del acto sexual.

Pero entonces, lo misterioso, lo inquietante, genera una tentación asociada al miedo y los sentimientos de pavor: “...sin los cuales el fondo de la religión es inconcebible” (: 73). La obsesión por la tentación hizo del cristianismo una religión que atizaba la transgresión erótica:

“...la prohibición, fundamentada en el pavor, no nos propone solamente que la observemos. Nunca falta su contrapartida. Derribar una barrera es en sí mismo algo atractivo; la acción prohibida toma un sentido que no tenía antes de que un terror, que nos aleja de ella, la envolviese en una aurora de gloria” (: 52).

Lo sagrado y lo erótico mantienen así una estrecha relación. Las propias imágenes religiosas que juegan con la mostración de los cuerpos desnudos, las flagelaciones, la carne, han configurado toda una erótica cristiana:

“Fundamentalmente, es sagrado lo que es objeto de una prohibición. La prohibición, al señalar negativamente la cosa sagrada, no solamente tiene poder para producirnos –en el plano de la religión- un sentimiento de pavor y de temblor. En el límite, ese sentimiento se transforma en devoción; se convierte en adoración. Los dioses, que encarnan lo sagrado, hacen temblar a quienes los veneran; pero no por ello dejan de venerarlos. Los hombres están sometidos a la vez a dos impulsos: uno de terror, que produce un

movimiento de rechazo, y otro de atracción, que gobierna un respeto hecho de fascinación. Lo prohibido y la transgresión responden a esos dos movimientos contradictorios: la prohibición rechaza la transgresión, y la fascinación la introduce. Lo prohibido, el tabú, sólo se oponen a lo divino en un sentido; pero lo divino es el aspecto fascinante de lo prohibido: es la prohibición transfigurada” (: 72).

La condena no suprime lo erótico, por el contrario, lo atiza. Lo Duca afirmaba lo propio en su obra *Historia del erotismo*, de 1965: “Con el cristianismo, el erotismo alcanza su cima” (2000: 38), porque una moral sexual de este tipo “...sólo puede engendrar terribles rechazos y, a la larga, favorecer el estallido del erotismo obsesivo” (: 38). La noción de pecado de la carne suponía una enorme potencia erótica.

4.2 La transgresión organizada

En *El segundo sexo* (2007 [1949]), Simone de Beauvoir criticaba -como Marcuse- el punto de vista que ligaba al erotismo a la genitalidad y definía al erotismo como “...una revuelta del instante contra el tiempo, de lo individual contra lo universal; al querer canalizarlo y explotarlo, se corre el riesgo de matarlo” (: 59).

Pero entonces, Bataille buscó demostrar que el erotismo estaba ya canalizado; la propia transgresión estaba organizada: “El erotismo es en conjunto una actividad organizada; y, si cambia a través del tiempo, es en tanto que organizado” (2010: 114).

La transgresión no rompe con el orden, puesto que “las prohibiciones son banalmente violadas de acuerdo con unas reglas previstas y organizadas por ritos o, cuando menos, por costumbres” (: 75), pero pone en suspenso la prohibición, sin suprimirla. Desde una profunda complicidad entre la ley y su violación: “...la transgresión es el principio de un desorden organizado” (: 125).

Tanto la prohibición sería insoportable sin la transgresión que la pone en suspenso, como la transgresión sería imposible sin la prohibición que la hace a un tiempo culpable y deseable: “Lo más notable de la prohibición sexual es que donde se revela plenamente es en la transgresión” (: 113).

Este juego alternativo de lo prohibido y la transgresión es lo que caracteriza, para Bataille, al erotismo. Los objetos eróticos son ocasión para una continua alternancia

entre repulsión y atracción; y, en consecuencia, entre la prohibición y su levantamiento.

Las transgresiones, aun multiplicadas, no pueden acabar con la prohibición. Suspenden la norma moral sin eliminarla, ya que necesitan de ella. Así, la transgresión no es completamente libre, sino que está organizada, formando con lo prohibido un conjunto que define la vida social del erotismo: “La transgresión no es la negación de lo prohibido, sino que lo supera y lo completa” (: 67).

Pero entonces, el autor distinguía, desde un punto de vista estructural, la prohibición de las prohibiciones. Afirmaba que, por un lado, había una prohibición universal e informe de la cual era objeto la sexualidad que, por otro lado, permitía la existencia de variadas prohibiciones o restricciones, según los tiempos y los lugares: “La prohibición que en nosotros se opone a la libertad sexual es general, universal; las prohibiciones particulares son sus aspectos variables” (: 55).

Estas prohibiciones afectan a la sensibilidad pero no son impuestas por una fuerza externa: “Debemos y podemos saber exactamente que las prohibiciones no nos vienen impuestas desde fuera” (: 43). Al tomar distancia de ellas, aparecen como irracionales, si bien sostienen el mundo de la razón:

“Tal es la naturaleza del tabú: hace posible un mundo sosegado y razonable, pero, en su principio, es a la vez un estremecimiento que no se impone a la inteligencia, sino a la sensibilidad” (: 68).

Pero además, entre el momento de la transgresión y la existencia de un ámbito en que la sensualidad no es aceptable, abundan las formas intermedias:

“En general, el erotismo moderado es objeto de tolerancia, y la condena de la sexualidad, aun cuando parece rigurosa, se ciñe a las apariencias, siendo admitida la transgresión siempre que ésta no se dé a conocer” (: 226).

Lo importante es que exista un ámbito, por limitado que sea, donde el aspecto erótico sea impensable, y momentos de transgresión en que, como contrapartida, el erotismo tenga el valor de una inversión radical.

Tanto en Bataille (2010) como en Foucault (2006) se encuentra la idea de una transgresión que está ya organizada, en el juego entre la ley y el deseo, el eros y lo prohibido. Desde estas miradas teóricas ni el placer ni el deseo serían impulsos, movimientos o pulsiones libres que la prohibición vendría meramente a reprimir.

El juego erótico se presenta más bien como un ejercicio contenido y seguro, que permite suspender durante algún tiempo y al menos de forma imaginaria, la validez moral de las normas sociales. Y esta suspensión moral produce lo que Beatriz Preciado (2010) denomina ‘una plusvalía erótica’.

5. Culpa erótica y confesión en las revistas femeninas

En la teoría freudiana, la noción de pecado cuenta con un aliado: el sentimiento de culpabilidad que intenta dominar, debilitar y vigilar las inclinaciones que desafían el tabú. Cuanto más difícil sea obedecer el precepto tanto más mérito tendrá su acatamiento. No obstante, como ha indicado el propio Freud (1986), quien se ajuste a semejantes reglas, se coloca en una situación desventajosa frente a todos aquellos que las violen, pues esa obediencia los hace infelices.

En la teoría de Bataille la culpa erótica cumple una función necesaria, “...mantiene y debe mantener inevitablemente un movimiento de pavor y repugnancia frente a la vida sexual” (2010: 169). La transgresión de la ley moral carga con el peso de la maldición, el estigma de la culpa:

“Si observamos la prohibición, si estamos sometidos a ella, dejamos de tener conciencia de ella misma. Pero experimentamos, en el momento de la transgresión, la angustia sin la cual no existiría lo prohibido: es la experiencia del pecado” (: 43).

Dentro del catolicismo, el pecado y la culpa deben ser confesados. El sexo y el deseo erótico se transformaron en los temas focales de la confesión moderna. Escondidos, pasaban a ser confesados ‘en voz baja’¹¹ por la culpa que acarreaban. La idea de un pasado pecaminoso como obstáculo para lograr la felicidad legítima obligaba a su confesión para repararlo.

En las revistas femeninas analizadas, la confesión como discurso se ubicaba en una de sus secciones obligadas: los correos sentimentales. Paradigmáticamente, “Secreto de Confesión” se denominaba esta sección en *Para Ti*, donde curas respondían a las consultas de lectoras que hablaban de sus malestares y culpas.

¹¹ “En voz baja” se denominaba una sección de correo del corazón en revista *Maribel*.

El confesor otorgaba respuestas que apelaban a leyes morales fundadas en normas católicas. Desde un discurso moralista alertaba contra las prácticas ilícitas, prescribiendo las conductas adecuadas.

Muchas veces, ese enunciador firmaba como ‘padre Iñaki de Aspiazu’. Desde sus valores católicos e incluso desde una pretensiosa posición de profeta que avizoraba el futuro de la consultante, intentaba revertir las situaciones enunciadas por las lectoras que desafiaban sus preceptos. Gustaba de polemizar para reafirmar la vigencia –en crisis- de los deberes morales en torno al amor y la sexualidad que profesaba. Para ello ironizaba y descalificaba a las lectoras que desafiaban las normas.

Erigía su voz como autoridad institucional que ordenaba y apuntaba a clausurar el juego interpretativo, anulando derivaciones indeseadas o inadecuadas a su posición ideológica y, a la vez, reclamando la recuperación del orden moral. La dimensión religiosa y moral del discurso anclaba no tanto en un hacer-creer, sino, fundamentalmente, en un hacer-hacer (Arnoux, 2010); se trataba de afirmar una regla pero sobre todo, de persuadir para que se la aplique.

En cuanto a las confesadas, muchas veces eran mujeres que parecían buscar escucha y/o socorro en los confesores y confidentes. En el caso de *Maribel*, encontraban la respuesta, no de un confesor católico sino de una confidente ‘especialista’. ‘En voz baja’, tal como se denominaba el correo sentimental en esa revista, se publicaban detalles íntimos sobre sus actos, pensamientos y fantasías concernientes eminentemente al amor.

Así, el correo sentimental era el espacio para la confesión de la culpa, especialmente en el caso de *Para Ti*, donde se respondía desde un discurso católico y moralista; pero también en las otras revistas que reservaban estas respuestas a sus ‘especialistas’, tal como se verá en el capítulo siguiente.

5.1 La desculpabilización de los ’60

Los sentidos de la culpa adquirieron una vida social propia. La culpa no dependía solamente de la religión para su supervivencia. Las ideas de pecado y la culpa erótica contribuyeron a una generar tensión tanto entre quienes intentaban domar sus deseos para obedecer a los mandamientos de la Iglesia como entre

quienes se definían como no creyentes. Como dice Robert Muchembled (2008), la culpa:

“Contribuye por igual a imprimir en los trasfondos culturales, generación tras generación, la impronta indeleble del sufrimiento en el núcleo del placer, aumentada en algunos por un gusto muy marcado por la transgresión. Lo eróticamente no dicho se convierte así en motor secreto de las acciones humanas: produce un desequilibrio pulsional individual más creador que destructor y genera una alternación de fases de represión y luego liberación que enriquecen el juego social” (: 20).

En una cultura moral que miraba al sexo con sospechas y juzgaba a la práctica sexual como culpable mientras que no demostrara su inocencia, prácticamente toda conducta erótica era considerada mala a menos que existiera una razón específica que la salvase y las excusas más aceptables eran el matrimonio, la reproducción y el amor.

Sin embargo, es posible pensar que en los '60 sucedió una importante desculpabilización en el ámbito erótico. Ya a fines de los '50, cuando Bataille escribía *El erotismo* advertía: “Hay en la actualidad una atenuación de la prohibición” (: 257).

Por más represiva que fuera la sociedad, las mordazas no impedían las transgresiones: “Más allá de lo que parecía inexpugnable, muchas personas se las ingeniaban para tener libertad sexual” (Barrancos, 2010: 151). Pero en la época abordada, la moral sexual vigente estaba viéndose públicamente cuestionada en la prensa femenina o de actualidad. La normatividad sexual sufría entonces un fuerte embate que exigía repensar qué era correcto, adecuado y deseable en torno a la sexualidad. El tratamiento público de estos temas llevaba a numerosas contiendas por la redefinición de la moral sexual.

Mientras tanto, las fuerzas tradicionalistas en el país también se estructuraban de manera más consistente, junto a las organizaciones embanderadas con la represión moralista. A mediados de la década, la familia aparecía como un significativo decisivo para luchar contra la supuesta descomposición del orden político y moral. Mediante una serie de oposiciones –legítimo/ilegítimo, nacional/extranjero, verdadero/falso, se asociaba la subversión moral con la subversión política.

Dentro del propio espectro católico existieron escisiones en las que los renovadores se veían enfrentados a los defensores del orden moral establecido. En este marco, las propuestas progresistas de la teología de la liberación se enfrentaban a la influencia reactiva del cristianismo más conservador. Allí también el cuestionamiento de las costumbres y la represión moralista compusieron una dupla que, como un oxímoron, definió las contradicciones que signaron los años sesenta (Cosse, 2010).

Estas luchas adquirieron un inmenso valor simbólico en un período en que el dominio de la vida erótica estaba siendo renegociado. Los '60 conformaron así uno de esos períodos en que las batallas libradas trazan sus huellas culturales, "... dejan un residuo en forma de leyes, prácticas sociales e ideologías de la sexualidad que a su vez afectarán a las maneras en que se perciba a la sexualidad durante mucho tiempo después" (Rubin, 1989: 12).

Los conflictos sobre los valores sexuales y la conducta erótica adquirían un inmenso valor simbólico, demostrando así la dimensión política de la vida sexual:

"...el sexo es siempre político, pero hay períodos históricos en los que la sexualidad es más intensamente contestada y más abiertamente politizada. En tales períodos, el dominio de la vida erótica es, de hecho, renegociado" (Rubin, 1989: 2).

En los medios de comunicación de masas se visibilizaba una progresiva permisividad erótica, con discursos que iban construyendo sentidos y modos aconsejables de actuar en torno a la sexualidad, enfrentados a la represión:

"Mientras las relaciones sexuales se practiquen en privado entre adultos que dan su plena aquiescencia y que no se causan daño uno al otro, ¿debe realmente intervenir la policía o el código penal?" ("Desafío al Milagro de la Vida", *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 54).

Mientras una revista de actualidad a la vanguardia cuestionaba la moral sexual represiva, en los intentos por recobrar aquella moral, los ímpetus censuradores atacaban lo que consideraban como osadía erótica y contaban para ello, en el país, con el aparato represivo del Estado.

6. Liberación sexual mediatizada

La década del '60 fue clave en el proceso en el que la sexualidad fue ganando reconocimiento y nuevos derechos concomitantes, como el de la no-reproducción. Fue una época en que también comenzaron a cuestionarse con más fuerza las obturaciones al deseo sexual. El placer parecía ser uno de los lugares desde donde la rebelión frente a los mandatos instituidos en torno a la sexualidad era posible (Barrancos, 2011).

En este sentido, el erotismo también fue conquistado por las mujeres, como un derecho al placer y el deseo. Robert Muchembled (2008) denominó a este movimiento como la “Revolución erótica de los *sixties*” (: 60), a partir de la cual:

“...la sexualidad occidental ha inventado un nuevo equilibrio. La modificación se ha producido tan rápidamente y con tanto vigor que es posible preguntarse si la década de 1960 no ha visto iniciarse una verdadera revolución. Por primera vez la balanza se ha inclinado del lado de las mujeres, ofreciéndoles, si así lo quieren, el orgasmo sin riesgo, separado de la reproducción” (: 60).

Junto a otros tabúes descongelados, como el divorcio o la mujer independiente, el sexo apareció en los años '60 asociado a una idea de mayor libertad individual y autoconocimiento. Dora Barrancos (2008) la entiende como una revolución moral:

“La Argentina se incorporaba así a una era revolucionaria, aunque la conciencia de la época estaba lejos de registrarla, tan preocupada por la otra revolución, la ‘social’. Se separaban así los vínculos afectivos, la experiencia amatoria, de la obligación reproductiva” (: 138).

La sexualidad adquirió un nuevo estatus y por ello, “...estuvo en el centro de estos cambios que erosionaban y reconfiguraban de diferente modo el orden instituido” (: 70).

El sexo, proyectado en el dominio público, hablaba el lenguaje de la ruptura. Nuevos patrones de comportamiento erótico quebraban la asociación entre el sexo legítimo y el matrimonio. Se comenzaba a hablar más libremente sobre la sexualidad, se aceptaban las relaciones prematrimoniales y las uniones consensuales, produciéndose un debilitamiento de los prejuicios de la doble moral

de género, mediante el rechazo, por ejemplo, de la asociación entre la decencia y la virginidad femenina.

La libertad sexual de las mujeres se franqueó mucho más y, junto a la difusión de las técnicas anticonceptivas, se inauguró "...la era de la sexualidad independizada de la obligación de procrear" (Barrancos, 2012: 214).

Algunos historiadores como Dora Barrancos (2008), Michelle Perrot (2008) o Robert Muchembled (2008) coinciden en que, si se habla en términos de revolución sexual, esta concernía sobre todo a las mujeres, liberadas de "...la tiranía de la sexualidad obligatoriamente fecundante" (Muchembled, 2008: 340).

Las mujeres gozaban de una nueva emancipación sexual que les otorgaba un derecho a la voluptuosidad, antaño contenida en el recato obligado:

"... por primera vez se extendía entre las muchachas de las clases medias la experiencia de relaciones sexuales prematrimoniales. Y aunque no pocas se obligaron a casarse con quien las había desflorado, muchas no sintieron ninguna obligación al respecto. También se inauguraba de manera extensa el hacerse de amantes ocasionales, aunque se estuviera casada, recurrir a la separación matrimonial cuando las cosas no andaban bien –aunque el divorcio hubiera sido suspendido por un decreto- y no obedecer al ‘qué dirán’ en materia de relaciones masculinas" (Barrancos, 2008: 138).

Mientras las posibilidades de ejercer la sexualidad con una mayor libertad se ampliaban, los discursos comprometidos con la modernización cultural en los medios de comunicación promovían una novedosa valoración y exploración de la vida sexual. Estas propuestas estaban marcadas por la dimensión transnacional y comunicacional de la liberación sexual al tiempo que se divulgaban y apropiaban ideas, modas y noticias sobre los cambios que estaban produciéndose en la vida sexual en las sociedades urbanas de Europa y Norteamérica.

En el país, la revolución sexual, bajo el manto del mito, tendía a basarse en una comparación, implícita o explícita, con los estándares de la revolución sexual en aquellas latitudes, lo cual conducía a una evaluación del proceso argentino según su mayor cercanía o lejanía respecto a dichos parámetros (Cosse, 2006). La revista *Life en español* acercaba información sobre estos cambios en el Norte:

"Una rápida mirada a nuestro alrededor confirma que se está produciendo una sorprendente transformación en nuestra actitud frente a la relación sexual que precede en mucho a la mayoría de los métodos a que nos referimos. Más aún, cuando de eso se trata resulta ya difícil decir qué es ‘normal’ y qué no lo es.

Prácticas que hasta hace pocos años eran consideradas malas, o por lo menos discutibles, hoy parecen razonables. Comediógrafos y novelistas no vacilan en describir actos sexuales de cualquier índole imaginable con las palabras que les parecen apropiadas. Libros que antes sólo se podían obtener haciéndolos enviar por correo envueltos y sin etiqueta de la editorial abundan ahora en las librerías y hasta en las farmacias de barrio. Las escenas sexuales de la pantalla dejan muy poco a la imaginación. Y si se habla hoy mucho más abiertamente de las relaciones sexuales no hay razón para dudar de que se las practica con muchas menos inhibiciones. En la universidad, donde el beso de despedida a la puerta del dormitorio de niñas era antes considerado un tanto pecaminoso, las relaciones sexuales premaritales se toman ahora como algo corriente, si bien no es de uso universal” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 51).

La revista documentaba los ‘experimentos matrimoniales’, en Suecia y Dinamarca, y sus “Ideas sobre ‘multifamilias, ‘amos de casa’ y madres solteras” (“Experimentos matrimoniales”, *Life* en español Vol. 34, N° 7, 06/10/69: 38). Mostraba también imágenes de matrimonios colectivos:

“Este tipo de convenio conyugal, llamado ‘matrimonio colectivo’ (o ‘de grupo’), en Suecia y Dinamarca es más íntimo que las ‘comunas’ que están surgiendo en los EE.UU. [...] y dista mucho del concepto tradicional de la familia compuesta del papá, la mamá y el nenito” (: 39).



Figura 12: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español, 1969.

Las notas exponían comportamientos de géneros que rompían con los sentidos comunes acerca de los roles de las mujeres y varones dentro de las parejas:

“Tanto en Suecia como en Dinamarca, los largos años de legislación social progresista y de agitación en pro de los derechos de la mujer han dado por resultado que las madres solteras

sean aceptadas por la sociedad y subvencionadas por el Estado, y además han creado el fenómeno de hemmaman o ‘amo de casa’, que cuida del hogar y de los niños mientras su esposa trabaja. Aunque estas innovaciones parezcan perturbadoras, los interesados las consideran completamente morales y lógicas. ‘Queremos crearnos una vida mejor –dice uno de ellos- y transformar la sociedad’ (: 39).

Una imagen mostraba a un varón tendiendo la ropa mientras su mujer se hallaba recostada en una hamaca, leyendo el diario, en una inversión de los roles prototípicos.



Figura 13: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español, 1969.

La nota relataba que este matrimonio colectivo dormía en una misma habitación:

“Al amanecer se ve el multimatrimonio durmiendo en el suelo de la alcoba colectiva. Para acentuar su ‘conciencia de grupo’, se acuestan tocándose con la cabeza antes de dormirse” (: 39).

También se aclaraba que, paradójicamente, este matrimonio colectivo fomentaba la heterosexualidad monógama: “A pesar de que al principio hubo varios cambios de pareja, los miembros han aprendido que, en aras de la estabilidad, las relaciones sexuales deben ser monógamas” (: 41). Una imagen mostraba a dos de los integrantes que tenían prohibido continuar su relación bígama, apenas tomándose de la mano, lo cual no reducía -por el contrario, aumentaba- la carga erótica de la escena: “La relación entre Ole y Karin, limitada

ahora a tomarse la mano y a mirarse a los ojos, había llegado a amenazar la estabilidad del grupo” (: 40).



Figura 14: “Experimentos matrimoniales”, *Life* en español, 1969.

Life consideraba estos cambios como parte de la “...respetable revolución sexual de Escandinavia” (: 49), donde: “Los experimentos matrimoniales son sólo un aspecto de una revolución en el campo de la sexualidad, que ha transformado la vida en Suecia y Dinamarca” (: 49). Alegaba, además, que Dinamarca había legalizado la pornografía y que la prensa contaba con columnas sobre sexualidad.

Ahora bien, las transformaciones que mostraba una revista como *Life* no dejaban de significar excentricidades para los argentinos de la época. Si bien en algunos círculos intelectuales, artísticos, vanguardistas, del rock y del hipismo pudieron llevarse a cabo estas novedosas pautas de vida, estaban bastante lejos de los estilos de vida de las lectoras de revistas femeninas. A larga distancia de las mitificadas imágenes de la revolución sexual en otras latitudes, no obstante en el país, la época disoció la sexualidad del matrimonio, cuestionó los roles de las divisiones de género –aunque aún no estuviera en boga este término- y se legitimó el divorcio y las uniones libres. Las innovaciones aquí eran más discretas pero no por ello irrelevantes:

“En esa dirección, los patrones discretos de comportamiento ofrecieron una vía para sumarse a las transformaciones a quienes, alejados de las vanguardias culturales, observaban con interés las nuevas ideas, pero no se hubieran

permitido cuestionar por completo el modelo instituido. En esa situación, cambios como la flexibilización del noviazgo o la sola idea de aceptar el divorcio podían ofrecerles a muchos jóvenes una vía para sumarse a innovaciones que, aun con su moderación, adquirirían connotaciones disruptivas en términos subjetivos” (Cosse, 2010: 209).

La libertad sexual funcionaba como un horizonte. Michel Onfray (2010) ha sostenido que la década marcó un hito en la transformación del eros en un ‘eros liviano’, lúdico, creador, que goza del presente y la experimentación. Anthony Giddens (1998) ha catalogado los cambios en los ’60 como aquellos tendientes a una ‘sexualidad plástica’, descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción, como resultado de la difusión de la moderna contracepción y las tecnologías reproductivas, donde las principales protagonistas fueron las mujeres. Si bien la década no supuso una permisividad sexual equitativa en lo que concierne a los papeles socio-sexuales, implicó una revolución en la autonomía sexual femenina, una emergencia “...crucial para la emancipación, implícita tanto en la pura relación como en la reivindicación del placer sexual por parte de las mujeres” (: 4). Giddens ha entendido esta emancipación como un desarrollo de la democracia sexual, que “...libera la sexualidad de la hegemonía fálica, del desmedido predominio de la experiencia masculina” (: 4). Sus consecuencias para la sexualidad masculina también fueron profundas, por eso se puede decir, entonces, que es en gran parte una revolución inacabada:

“Estos cambios son, al menos en algunas partes, resultado de una lucha y es imposible negar que hay elementos de emancipación involucrados en ellos. No se trata de una emancipación, quizás, exactamente en la forma que habían contemplado Reich y Marcuse, tampoco meramente de una lucha con una enmarañada tela de araña como dice Foucault. Las mujeres, en particular, han conquistado libertades sexuales que, por parciales que puedan ser, son importantes comparadas con la situación de pocas décadas atrás. Sean cuales fueren las limitaciones y distorsiones a las que se está sujeto, existe un diálogo mucho más abierto sobre la sexualidad —en el que virtualmente se implica toda la población— que el que habría parecido inconcebible a las generaciones anteriores” (: 105).

Estos movimientos históricos en relación a la sexualidad eran registrados por *Life*:

“...hemos experimentado dos grandes cambios sexuales: vemos ahora un franco y creciente énfasis en lo erótico y lo genital en la literatura, la televisión, el cine y la propaganda publicitaria; y hemos visto también una extraordinaria evolución de la mujer no sólo como individuo sino también sexualmente. A este período se le ha llamado en los EE.UU. la era de la resexualización de la mujer, en que es justo que las mujeres lleguen a experimentar la sexualidad erótica como parte aceptada del hecho de ser mujer” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, N°8, 07/10/68: 58).

Los discursos de la sexualidad y la problemática de la liberación sexual inundaban las revistas. El sexo como objeto de estudio y debate se imponía, neutralizando el lenguaje erótico mediante argumentaciones científicas y un discurso de la información amparado en la educación sexual en desarrollo. El pecado retrocedía en este tipo de notas y ganaba terreno la voz de los médicos, psicólogos, sociólogos, sexólogos. La liberación sexual tornaba inocente la transgresión erótica, bajo su manto de pretendida transparencia discursiva.

El próximo capítulo está destinado a revisar estos discursos de la sexualidad en las revistas femeninas de los '60 y en revistas de actualidad como *Life* y *Gente*, cuando la sexualidad como tópico inundaba las páginas, con la difusión de la anticoncepción femenina y la educación sexual.

CAPÍTULO III

SEXUALIDADES SESENTISTAS

“El especialista nunca está a la medida del erotismo”
(Bataille, 2010: 277).

“A falta de filosofía, reina la biología”
(Onfray, 2010: 114).

“Es como si recuperáramos por este medio lo que las grandes religiones y el psicoanálisis nos han enseñado, es decir, que el sexo no es ni neutro ni ‘simpático’, sino reto, placer y muerte, sombra y luz a la vez, que ‘la sexualidad forma parte del conjunto de las fuerzas que se ríen del hombre con una soltura tanto más soberana cuanto que el hombre pretende reírse de ellas’ (René Girard)”
(Bruckner, 2011: 167).

1. La sexualidad descarnada

La literatura del área de estudios de géneros y sexualidades ha tendido a confundir sexualidad y erotismo, como así también las categorías de sexo y género. Este tercer capítulo está destinado a trabajar sus distinciones analíticas en relación con el problema del erotismo, en el contexto mediático de las revistas femeninas de la década del '60 en el país.

La sexualidad como categoría ha sido rastreada por Foucault, quien procuró demostrar que, si bien, muchas culturas y civilizaciones tradicionales desarrollaron artes de sensibilidad erótica; sólo la moderna sociedad occidental ha inventado una ciencia de la sexualidad. Distingue así la *scientia sexualis* –ciencia de lo sexual- propia de la civilización occidental de la *ars erotica* –arte erótica- con la cual se dotaron sociedades numerosas, como China, Japón, India, Roma, y las sociedades árabes musulmanas (Foucault, 2006).

A diferencia del erotismo que para sobrevivir necesita jugar a las escondidas, escabullirse, como un objeto esquivo (Bataille, 2010), el sexo se ha discutido públicamente y ha sido investigado como una preocupación de la sociedad moderna (Foucault, 2011a).

La ciencia de lo sexual se ubica en la teoría foucaultiana dentro de un análisis del poder, de una historia y unos saberes específicos. El autor afirma taxativamente que la sexualidad –así como el hombre- fue inventada en el siglo XIX, a través de discursos que la multiplicaron. Lejos ser una naturaleza

invariable, acallada, censurada y reprimida, su invención -y aquí invención se entiende en términos nietzscheanos-¹², supuso una producción discursiva, de saberes y quizás también de los propios placeres, enmarañada con mecanismos de poder sobre los cuerpos. El sexo como noción permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres.

La sexualidad se fue desarrollando desde los discursos de la medicina, la psiquiatría, el psicoanálisis; junto al establecimiento de reglas y normas, apoyadas en instituciones religiosas, judiciales, pedagógicas, médicas (Foucault, 2006). Como experiencia, como discurso y como figura histórica singular, se desarrolló mediante la diferencia de la experiencia cristiana de la carne. Sin ser totalmente independiente de la temática del pecado, procuró escapar en lo esencial de la institución eclesiástica, aunque los saberes de la sexualidad retomaron métodos ya formados por el cristianismo:

“Continuidad visible, pero que no impide una transformación capital: la tecnología del sexo, a partir de ese momento, empezó a responder a la institución médica, a la exigencia de normalidad, y más que al problema de la muerte y el castigo eterno, al problema de la vida y la enfermedad. La ‘carne’ es proyectada sobre el organismo” (Foucault, 2011a: 113).

Mientras la posición religiosa distinguía entre lo moral y lo inmoral, lo permitido y lo prohibido; la posición científica definía lo normal y lo anormal, lo correcto y lo incorrecto, lo sano y lo patológico. Enmarañado con estos discursos, el sexo se tornó un asunto público, no sólo relacionado a algo que se tiene que tolerar o condenar como en la experiencia cristiana de la carne, sino como algo que se tiene que dirigir, regular, para el mayor bien de todos: “El sexo no es cosa que sólo se juzgue, es cosa que se administra” (Foucault, 2011a: 27).

¹² Foucault retoma en *La verdad y las formas jurídicas* (1996) a Friedrich Nietzsche para plantear que el conocimiento es producto de una invención y no supone un origen:

“A la solemnidad del origen es necesario oponer siguiendo un buen método histórico, la pequeñez meticulosa e inconfesable de esas fabricaciones e invenciones. El conocimiento fue, por lo tanto, inventado. Decir que fue inventado es decir que no tuvo origen, o lo que es lo mismo y de manera más precisa aunque parezca paradójico, que el conocimiento no está en absoluto inscrito en la naturaleza humana. El conocimiento no constituye el instinto más antiguo del hombre, o a la inversa, no hay en el comportamiento humano, en apetitos, en el instinto humano, algo que se parezca a un germen del conocimiento” (: 22).

Siguiendo esta línea, puede decir que tanto el hombre como la sexualidad fueron inventadas en el siglo XIX, pues antes no habían sido postulados como objetos de conocimiento.

La gestión de la vida sexual alertó sobre la necesidad de vigilar el sexo, apelando al socorro de técnicas científicas para su corrección. El control de la natalidad, las campañas de educación sexual, las políticas sexuales, regimentaron sus prácticas en relación a lo normal y lo patológico. Los controles pedagógicos, médicos, morales, psicológicos emprendieron la tarea de prevenir, educar, proteger, señalando peligros, llamando la atención, exigiendo diagnósticos.

La sexualidad mal administrada acarrea peligros, por eso debe ser ordenada mediante un régimen. Dentro de éste, indica Rubin (1989), que cada área de conocimientos y prácticas sostiene un ideal de sexualidad:

“Para la religión, el ideal es el matrimonio procreador. Para la psicología, la heterosexualidad madura [...] Aunque su contenido varía, el formato de una única norma sexual se reconstituye continuamente en otros marcos retóricos, incluidos el feminismo y el socialismo” (Rubin, 1989: 23).

Las normas sexuales tácitas o explícitas apuntan a regular el deseo y organizar, demarcar, la experiencia erótica, produciendo un orden sexual performativamente, a través de la repetición de convenciones (Butler, 2007, 2011). De manera coercitiva, las presiones familiares, el estigma erótico, la discriminación social sobre conductas eróticas empujan a todos por los carriles de la normalidad (Rubin, 1989), aunque, claro, sin lograrlo completamente. La continuidad de este orden sexual implica reiteradas batallas sobre las definiciones, valoraciones, acuerdos, privilegios y costes de la conducta sexual, pues sucede que: “...la sexualidad puede ser un terreno particularmente poco apto para la regulación” dice Carole Vance (1989: 44), poniendo en cuestión la teoría foucaultiana de la regulación del sexo. El orden sexual supone, más bien, una empresa inacabable e inconclusa: la persecución de las prácticas ilícitas es una tarea de eliminación destinada al fracaso y obligada a recomenzar siempre.

El orden de la sexualidad no puede contener la actividad erótica, que vive de su transgresión, aunque ésta también, como indica Bataille (2010) esté organizada. Este movimiento entre la normativa y la transgresión funciona también en relación a los géneros, tal como ha remarcado Butler (2011). Las versiones socialmente normativizadas y reguladas de la sexualidad son figuras y fantasmas estructurados por fantasías dominantes o imaginarios que, sin embargo, incitan aquellas formas de deseo que aparentan controlar. En este sentido, la inflexión

psicoanalítica que presenta su teoría de la regulación muestra no sólo cómo funcionan las leyes regulatorias sino cómo fracasan, ya que el deseo no logra ser completamente organizado por esa normativa. Por el contrario, muchas veces nace de -o es instigado a- transgredirla.

2. El placer y los discursos del sexo

El enfoque foucaultiano para analizar las problematizaciones y las prácticas en torno a la sexualidad desde un punto de vista discursivo en un período histórico, implica tomar en consideración qué se dice del sexo, quiénes lo hacen, desde qué lugares y puntos de vista se habla y qué instituciones se involucran. La tesis de Foucault sostiene que la sexualidad se produce dentro de un orden discursivo. Lejos de ser ésta una naturaleza a descubrir, se trata de un dispositivo histórico de incitación al discurso, de formación de conocimientos, de controles y resistencias dentro de estrategias de poder y saber, y a la vez, de estimulación de los cuerpos e intensificación de los placeres.

El régimen de los discursos con pretensión científica acerca del sexo se torna normativo. No obstante, aquí también puede hallarse una cierta *ars erotica* que, en sordina, funciona bajo el disfraz de un positivismo decente. La producción de saber, por intervenida que esté por el modelo científico, ha multiplicado, intensificado e incluso creado placeres intrínsecos. En ese sentido, los discursos de la sexualidad pueden ser considerados eróticos. Además, los saberes sobre el placer obtienen un placer en saber sobre el placer. Y este placer por hacer hablar y oír acerca de la sexualidad, se entremezcla con una objetivación del sexo en discursos racionales.

Los '60 revelaron un mandato de ocuparse de la sexualidad, quedando ésta en el centro de la comprensión de la sociedad y los individuos (Cosse, 2010). Un nuevo registro discursivo tematizaba a la sexualidad en la prensa de masas, construyendo una mirada sobre lo femenino y lo masculino heterosexual, y habilitando a hablar del placer, aunque fuera desde un discurso con pretensiones de neutralidad y transparencia.

En las revistas de la época, los discursos de la sexualidad asentados fuertemente en la biología, tematizaban el deseo femenino. Una nota de revista

Life en español ubicaba al deseo sexual de la mujer en su ciclo menstrual.

Definida como ‘hembra humana’, se diferenciaba de las otras mamíferas:

“...la hembra humana puede recibir y recibe al macho en cualquier instante de su ciclo mensual, que es de alrededor de 28 días, habiéndose observado que el deseo llega a su intensidad máxima, por lo general, unos días antes y unos días después del menstuo, en vez de hacia la mitad del ciclo, cuando es más probable que ocurra la ovulación. Sólo este hecho coloca a la hembra humana biológicamente aparte del deseo sexual cíclico de la mayoría de los animales” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* Vol. 32, Nº8, 07/10/68: 52).

Se confundía al deseo sexual con la ovulación. Y en estos términos también se hablaba del orgasmo femenino:

“Las muchachas tienen que afrontar muchos obstáculos para lograr la genitalización, u orgasmo. Se ha observado la masturbación hasta en niñas muy jóvenes, pero como esta práctica es objeto de tan severas restricciones –a consecuencia de la negación de la sexualidad femenina en la mayoría de las culturas- son muchas las mujeres que no experimentan el orgasmo hasta en edad muy avanzada, o tal vez nunca. Es evidente, por lo tanto, que las mujeres y los hombres difieren mucho en la forma de experimentar el orgasmo. Hay también diferencias entre hombres y entre mujeres en cuanto a capacidad sexual: impulso, intensidad, frecuencia, etc.” (: 56).

El orgasmo era definido como una actividad meramente genital, un impulso genito-sexual, que la sociedad imbuida en valores religiosos había relacionado al sentimiento de culpabilidad.

Estos discursos bregaban por considerar a los ‘sentimientos y actos eróticos’ como “parte normal e integral del crecimiento” (: 58), clasificados dentro de los parámetros de normalidad o anormalidad, generando así nuevos tabúes e interrogantes:

“...todavía estamos buscando aclaraciones: ¿Qué sentimientos y actos eróticos concretos, y en qué momentos y circunstancias, pueden considerarse ‘normales’? ¿Qué constituye, en verdad, lo normal en la sexualidad? Doctores y psiquiatras todavía responden en formas muy distintas a estas preguntas” (: 58).

Descarnado, el discurso de la sexualidad se tornaba inocente. La operación discursiva de la ciencia de lo sexual renunciaba a la exuberancia del erotismo en favor de la razón. Bajo una ideología científicista asentada en la observación y la transparencia, apuntaba sus armas discursivas disfrazadas de neutralidad contra los preceptos morales que escondían en el secreto a las transgresiones:

“Las sanciones morales de la religión constituían antaño una guía suficiente para la mayoría. Pero esas sanciones y los conceptos en que se basan son cada vez más

puestos en tela de juicio, hasta por teólogos, de modo que más y más laicos han llegado a pensar que en lo sexual pueden obrar a su albedrío.

Pero si ya no hay que temer más la cólera divina, ¿qué se ha de temer? Tal vez llegue pronto el día en que las enfermedades venéreas no constituyan una amenaza y en que los anticonceptivos sean tan baratos y sencillos que alejen todo peligro de un embarazo no deseado. Una vez asegurada así la inmunidad fisiológica, podemos suponer que al cambiar las costumbres se llegará también a la inmunidad social. Es decir, si alguien es descubierto en infracción a nadie le importaría y, por tanto, no habrá motivo para guardar secreto” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 51).

Bataille (2010 [1957]) criticaba a la ciencia de corte positivista que buscaba tratar lo prohibido objetivamente. Traducida en datos numéricos que hablaban, por ejemplo de, la frecuencia semanal del orgasmo, la sexualidad era cifrada, al tiempo que sus estadísticas ratificaban sentidos comunes como el que la práctica religiosa frenaba la actividad sexual.

La sexualidad entendida como información suponía la concepción del dato como recorte de lo ‘real’, sustentada en una pretensión de transparencia del conocimiento y del lenguaje¹³. Proliferaban investigaciones empíricas muñidas de datos abundantes, si bien, sostenía Bataille (2010), resultaba difícil admirar los conceptos teóricos de los que procedían.

Mediante la técnica de las encuestas sobre la vida sexual, la ciencia positivista hablaba de los comportamientos sexuales como de cosas. La observación científica colonizaba la relación sexual:

“Hay laboratorios científicos donde la práctica sexual se estudia clínicamente, es registrada y medida por instrumentos y filmada en colores, y muchos lo aceptan ya como algo lógico: hombres y mujeres de diversas edades, solos o en parejas, con o sin ayuda de dispositivos artificiales, están dispuestos a ejecutar actos sexuales y hasta ganar pequeños honorarios por su contribución a la ciencia” (“Ciencia y Sexualidad”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 51).

Los datos hablaban de la sexualidad pero no del erotismo. Pero, el punto de vista teórico epistemológico de Bataille criticaba aún esta distinción:

“Incluso cabe preguntar abiertamente: ¿hablan estos libros de la vida sexual? ¿Estaríamos hablando del hombre si nos limitáramos a dar cifras, medidas, clasificaciones según la edad o el color de los ojos?” (:160).

¹³ En esta línea, Gastón Bachelard (1984 [1938]) y Louis Althusser (1990 [1969]) han compartido la crítica a la operación de lectura inmediata-ideológica fundada en una pretendida transparencia de la visión en la cual los ‘hechos’ tienen la evidencia de datos absolutos que toma como se ‘dan’, sin pedirles cuenta.

El auténtico conocimiento de la vida sexual del hombre no podía deducirse de los informes, y las estadísticas, las frecuencias semanales, los promedios que sólo tenían sentido en la medida en que se era consciente del exceso del que se trataba.¹⁴

La sexualidad reducida a las cosas, a lo consciente dejaba de considerar los aspectos confusos, incompatibles con una claridad que distingue, propios del erotismo. El autor advertía la existencia de:

“...un elemento irreductible de la actividad sexual: el elemento íntimo (opuesto a la cosa) más allá de las gráficas y de las curvas dejan entrever los Informes. Este elemento permanece inaccesible, ajeno a las miradas externas interesadas en la frecuencia, la modalidad, la edad, la profesión y la clase: todo lo que, efectivamente, se percibe desde fuera” (: 160).

El sexo como actividad se neutralizaba mediante el método científico de la observación y perdía sus componentes eróticos. La turbación erótica suprimía la lucidez tan preciada del conocimiento metódico:

“... si una actividad sexual no se oculta a nuestra mirada, es susceptible de excitar. También puede inspirar repulsión. Si se quiere, la actividad sexual, aunque sólo se nos revele por una turbación poco visible o por el desorden de la vestimenta, pone fácilmente al testigo en un estado de participación (si la belleza corporal permite dar al aspecto incongruente el sentido de un juego). Semejante estado es confuso y suele excluir la observación metódica de la ciencia” (: 158).

En los discursos de la sexualidad, con su pretendida y pretenciosa neutralidad valorativa, ya no había lugar para la función poética del lenguaje. Así lo enunciaba la revista *Life* en 1968:

¹⁴ A Bataille le resultaba irrisorio el discurso de los informes sobre sexualidad llevados a cabo por Alfred Kinsey: *Comportamiento sexual del hombre* (1948) y *Comportamiento sexual de la mujer* (1953). Con encuestas a más de 20 000 hombres y mujeres, había creado una base de datos que buscaban describir el comportamiento sexual en el ser humano, sacando a la luz comportamientos que hasta entonces habían permanecido en la más estricta intimidad y de los cuales no se hablaban ni en la comunidad científica ni en la sociedad. Frente a estos, decía Bataille (2010):

“Por ejemplo, si nos reímos (por la aparición de la incongruencia, que sin embargo parecería posible) al leer al pie de las diez columnas de un gráfico este título: *Fuentes del orgasmo en la población de Estados Unidos*, y debajo de la columna de cifras las siguientes palabras: *masturbación, juegos sexuales, relaciones conyugales o no, bestialismo, homosexualidad...* Hay una profunda incompatibilidad entre estas clasificaciones mecánicas, que habitualmente anuncian cosas (como toneladas de acero o de cobre), y las verdades íntimas” (: 160).

“Bello, trascendente, digno de respeto y reverencia, tierno; con estos y miles de adjetivos más se ha descrito el tema de la sexualidad en miríadas de versiones. Pero gradualmente, por todo el mundo, las personas reflexivas empiezan a percatarse que no bastan los términos poéticos para satisfacer una honda necesidad general: la de entender mejor qué es la facultad sexual y qué significa para el hombre moderno” (“Educación Sexual”, *Life* en español, Vol. 32, Nº8, 07/10/68: 51).

El discurso se vestía con las transparencias de la neutralidad. Convertido en información, el placer erótico entraba al terreno de la sexualidad, por medio de textos, manuales e investigaciones. Las estadísticas y clasificaciones fijaban e instruían a los propios placeres.

La sexualidad pasaba a ser divulgada y definida como ‘experiencia’. Beatriz Preciado (2010) indica que este concepto de experiencia sexual apareció durante la época como producto de tecnologías de la representación que aspiraban a presentarla como natural. A la vez, comenzaba a hablarse de una sexualidad no estática, en movimiento, con diversos significados, sensaciones y conexiones, además de su mutabilidad en la vida de un individuo.

En la época, la sexología se afianzó como la ciencia de la sexualidad, tal como documentaba Lo Duca, es decir: “...la rama de la biología- en el sentido más amplio- que tiene por objeto el conjunto de los hechos biológicos, y especialmente humanos, en relación directa con la noción de sexo” (Duca, 2000: 4). Los nuevos sexólogos publicaban libros en los que ofrecían asesoramiento técnico acerca del sexo: “La propia ciencia ha tardado en desafiar al tabú. Después nació la sexología y se le dio al instinto sexual su valor justo, quitándole su halo misterioso, sagrado si no maldito” (: 3).

Así lo exponía una nota en revista *Life*, en 1968:

“... los expertos en las ciencias relacionadas con la conducta humana han logrado, al fin, corroborar un hecho que los simples seres humanos habían constatado desde hacía mucho tiempo en su existencia cotidiana: no nos volvemos repentinamente personas sexuales el día del matrimonio, ni siquiera en la pubertad; somos legítima y normalmente sexuales desde el mismo día en que nacemos, aunque las condiciones de nuestra sexualidad varían sensiblemente según la edad y las circunstancias” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, Nº8, 07/10/68: 54).

El concepto de sexualidad se redefinía:

“Se considera la sexualidad únicamente como medio de procreación o bien como diversión, como un derecho, un privilegio o una obligación, o se le usa como una expresión de amor, de odio u hostilidad, o violencia, como una forma de comunicación, un símbolo de jerarquía social y hasta como una forma de vender

productos... utilizando fotografías de chicas lindas para invitar a los hombres a comprar jabones, o cigarrillos, o automóviles” (: 52).

La sexualidad ya no era entendida sólo como un ‘instinto animal’:

“La cultura occidental ha considerado hasta hace poco la sexualidad exclusivamente como un instinto que hace descender al hombre al nivel más primitivo de su condición de animal. El científico cree que este instinto exige expresión por tratarse de una necesidad biológica elemental. El moralista y el sacerdote, si bien aceptan el concepto del instinto como una fuerza primitiva y animal, lo consideran peligroso y pugnan porque se domine y reprima. El psicoanalista trata de explicar los desajustes que la represión crea en la personalidad del individuo” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* en español Vol. 34, Nº 2, 28/07/69: 33).

Amparados en la ciencia, los discursos del sexo pretendían desmitificar los tabúes: “Ni el hombre es, genéricamente, la representación material del Mal, ni el sexo debe ser encarado como un tabú” (“¿Me lanzo o no me lanzo?”, *Maribel* s/n, 1965: 62)¹⁵. En este sentido, las revistas femeninas de la década acuciaban a las mujeres a afrontar sus temores y dudas al respecto:

“¿Por qué una mujer inteligente y madura que ha sabido realizarse plenamente en todos los órdenes de la vida cotidiana tiene tantos temores y dudas para afrontar el problema del sexo? El amor no es ni debería ser nunca un tabú ni un mito” (: 63).

Pero en este contexto de la prensa femenina, el sexo casi siempre venía de la mano del amor. La atracción física era muchas veces concebida como “...una realidad inseparable del concepto del amor”, como parte del “verdadero significado del amor”, basado “...no en la represión de sus instintos naturales sino, por el contrario, en la realización plena de los mismos” (: 63).

Así, la sexualidad entendida como información y actualidad mediante discursos de pretendida neutralidad valorativa también estaba asociada paradójica y fuertemente al amor, dimensión que reintroducía la poética en los discursos.

Se interrogaba al sexo y se lo aconsejaba mediante especialistas. A la vez se recibían confidencias por parte de lectoras o entrevistadas que lo emparentaban con la sentimentalidad y lo mantenían en una zona de secreto o silencio a través de omisiones.

La prensa femenina también habilitaba la discusión sobre las pautas de comportamiento consideradas normales o correctas. Los debates mostraban la

¹⁵ Algunas unidades de análisis no contaban con todas sus páginas, en este caso no se halló la página donde figurase el número de la publicación.

tensión entre un nuevo clima de ideas y las concepciones tradicionales sobre lo moralmente permitido, adelantando profundas transformaciones en las formas de considerar el cuerpo, la sexualidad y el placer que desligaban irremediabilmente el sexo a la procreación.

Los discursos de la sexualidad gestaban nuevos sentidos que pasaban a ser comunes, y buscaban borrar el halo pecaminoso y prohibido del sexo. A diferencia de la renuncia al placer predicada por los moralistas a través de una descalificación de la carne, bregaban por la salud del cuerpo, en una comunión solemne entre el sexo y el discurso razonable:

“Frente a la caótica confusión sobre la sexualidad y su papel en la vida, tenemos ahora claras pruebas de que por todo el mundo muchos pensadores y pensadoras están tratando de someter esta grande y central faceta de la vida humana a un estudio racional y constructivo. [...] Los conceptos y costumbres sobre la sexualidad están cambiando universalmente, porque en todo el mundo hombres y mujeres están cambiando en sí, en sus papeles respectivos y en sus relaciones recíprocas [...] para observar, tratar y dar sentido a estos cambios, a fin de que las nuevas generaciones puedan conocer el papel de la sexualidad en la vida, clérigos, maestros, médicos y otros profesionales de los EE.UU. coadyuvan en un esfuerzo sin precedentes para educar tanto a los jóvenes como a los viejos en materia de sexualidad, y el papel que ésta desempeña en la vida” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, N°8, 07/10/68: 52).

La sexualidad comprendida como naturaleza hacían de la unión sexual una realidad biológica (Bataille, 2010). En este marco, aparecía como una función biológica normal, aceptable y saludable.

Un discurso de la salud medicalizaba al sexo. Nuevas técnicas de examen y observación denunciaban la renuncia al placer y la descalificación de la carne como anormalidad o insalubridad.

Los médicos desempeñaban un rol clave en cuanto a la información sexual en los medios de comunicación. Un importante divulgador de la ciencia médica durante la década fue Florencio Escardó, quien fomentó el control y la educación del sexo; la sexualidad debía ejercerse responsablemente.

La medicina y la psicología ocupaban grandes espacios en las revistas femeninas. La información sexual capacitaba a las mujeres para aprender y experimentar el placer sexual, desligado del problema de la reproducción. En este sentido, el sociólogo contemporáneo Anthony Giddens (1998) rescata la reflexividad que estos discursos de la época generaron:

“Estos debates formaron parte de un amplio dominio público, pero también han servido para alterar las opiniones iletradas sobre los actos sexuales y sus implicaciones. No cabe duda de que el balance científico de estas investigaciones ayuda a neutralizar el malestar moral relativo a la índole específica de las prácticas sexuales particulares. Mucho más importante, sin embargo, ha sido el hecho de que el surgimiento de tales investigaciones indica y contribuye a acelerar la reflexividad sobre el nivel de las prácticas sexuales ordinarias y cotidianas” (Giddens, 1998: 21).

La pérdida de la virginidad, las relaciones prematrimoniales u ocasionales y la anticoncepción eran temas que ganaban protagonismo en la prensa femenina. Pero entonces, si bien no existía ya una mudez respecto del sexo, había tópicos silenciados y regiones en las que era mejor hablar con mucho tacto y discreción, como, por ejemplo, las relativas al aborto.

En los discursos de la sexualidad también funcionaba el secreto; pero a diferencia de lo que sucedía con el erotismo, no participaban del juego de seducción basado en este mostrar y ocultar. Se trataba más bien de problemas que los discursos se rehusaban a tratar o se prohibían nombrar, en un contexto político de fuerte censura mediática.

Las voces autorizadas en el discurso sexual eran las de los especialistas. El tratamiento público de la sexualidad estaba bajo una fuerte codificación, con formas de discreción que autorizaban a hablar a algunas voces calificadas. Ello implicaba un control de las enunciaciones y definía las condiciones de posibilidad para hablar del sexo: en qué situación, entre qué enunciadorees y en el interior de qué relaciones sociales, disciplinas o doctrinas.

En la Argentina, fueron especialmente psicólogos y médicos comprometidos con la intención de cambiar los códigos imperantes en materia sexual, quienes hicieron circular ideas y valores en torno a la sexualidad importando, apropiándose y resignificando interpretaciones, informaciones y modelos culturales surgidos en otras latitudes.

‘Los especialistas contestan’ se denominaba la sección de correo de lectoras en revista *Femirama*. En estos discursos, una asesora se servía de nociones científicas, como las provenientes de la popularización de la psicología, para avalar sus opiniones. Desde tales nociones se explicaban los pesares de las consultantes y se indicaban soluciones.

En muchas ocasiones el asesoramiento profesional tenía, como en el discurso moralista, un tono de amonestación (Garis, 2010). Por lo general, se asentaba en la exclusión entre lo verdadero y lo falso, desde una voluntad de verdad. Eran textos de corte prescriptivo, que proponían, de alguna forma, una norma de conducta; dando reglas, opiniones y consejos.

En este marco, la psicología asumió una gran relevancia para lo concerniente al sexo. El discurso psicológico ponía en un lugar central a la intensificación de los afectos, las emociones y la personalidad en relación a la sexualidad y la realización individual. El psicoanálisis en su apogeo en el país dio gran divulgación de estos saberes:

“... tanto la terapia en sí misma como la circulación de la vulgata en el lenguaje corriente ayudaron a encarar la vida sexual con un poco más de libertad y sin tantos tabúes” (Pujol, 2002: 63).

Los discursos de la psicología hablaban de las relaciones prematrimoniales, la virginidad de las mujeres, bregaban por la educación sexual y valoraban positivamente las relaciones que tendían a unir el erotismo y el amor. Incluso legitimaban relaciones basadas exclusivamente en el deseo sexual, y hasta ponían en duda que el matrimonio resolviese la felicidad sexual.

Un enfoque sociológico de la sexualidad tampoco tardó en llegar a los medios de comunicación, que, desde algunas técnicas como las difundidas encuestas, buscaban descubrir y medir las prácticas y valores de los argentinos y argentinas respecto al matrimonio, la vida de pareja, la sexualidad y el erotismo, entre otros temas (Cosse, 2006). Tales discursos sociológicos de la sexualidad sostenían un sentido de la evolución, según la matriz de la teoría de la modernización. Se suponía que el cambio era inexorable, de allí que el rechazo de las transformaciones quedase asociado a los prejuicios de otra época y destinado a ser superado. De tal forma, el enfrentar los prejuicios significaba una lucha en la dirección de la historia (Cosse, 2006).

Un paradigma sociopsicológico destronaba a la biología como único saber de la sexualidad:

“La necesidad de relación sexual aparece en el ámbito psicológico apoyándose en una innegable estructura biológica pero no como resultado de ella. El hombre es, por esencia, un ser social; esto es, un ser que se mantiene en relación con otros seres humanos. Sobre este fenómeno de relación se estructuran las diversas formas

de su conducta. La sexualidad es apenas una de ellas. Como ser social, el hombre vive en un mundo que en virtud de sus normas, conceptos y tabúes condiciona las formas de conducta personal. Hasta el presente tales normas, conceptos y tabúes le han atribuido a la conducta sexual (una forma de la relación social) un carácter negativo que ha condicionado la actitud educativa” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* en español Vol. 34, Nº 2, 28/07/69: 33).

Las revistas femeninas destinaban secciones para la psicología que fomentaban la incorporación de términos como neurosis, trauma, frustración, conflicto, pareja, entre otros.

La moda psicoanalítica llegaba hasta el cine nacional: “El que ríe con psicoanálisis, ríe mejor” era un filme nacional de la época en el cual le tomaban “alegremente el pelo al erotismo” (“El que ríe con psicoanálisis, ríe mejor”, *Gente* Nº199, 15/05/69: 42).



Figura 15: “El que ríe con psicoanálisis, ríe mejor”, *Gente*, 1969.

El psicoanálisis abrió debates sobre la sexualidad, habilitaba nuevas posturas frente al sexo y valorizaba la satisfacción del deseo sexual. Dentro de su órbita, la sexualidad aparecía como un campo de significaciones a descifrar, inscrita en el sistema de la ley, la transgresión y el orden simbólico.

Pero a la vez, posicionó a la familia como el campo de cultivo de los infortunios del sexo. Las huellas de sexualidad comenzaban a ser perseguidas

mientras la intervención del análisis buscaba tornar a los individuos sexualmente integrables al dispositivo familiar.

3. Peligros sexuales y educación

Aunque los discursos de la sexualidad declaraban al sexo como inocente, los miedos en torno al sexo y las advertencias de los peligros sexuales no cesaban. Las mismas editoriales que publicaban notas sobre sexualidad presentaban cartas de lectores en contra de su tratamiento temático; como en este caso de la revista *Life*:

“... Ustedes, a través de su revista, tienen la clara intención no de educar e instruir a los padres de familia sobre la forma de tratar el escabroso tema con sus hijos, sino de corromper pornográficamente, todavía aún más, el ambiente que desgraciadamente respiramos, sin darnos cabal cuenta de sus incalculables males” (“Cartas a la redacción”, *Life* en español, Vol. 33 N° 2, 27/01/69: 2).

Pero además, la propia ciencia de lo sexual construía nuevos tabúes y desataba pánicos sexuales. Biologizada, la sexualidad se definía como un dominio penetrable por procesos patológicos que exigía intervenciones terapéuticas o de normalización. Asimismo, el psicoanálisis revestía a la sexualidad de traumas, angustias, síntomas.

Paradójicamente, en el correo de lectoras de *Maribel*, una lectora que firmaba como ‘Futura psicóloga’, escribía preocupada por la preponderancia que se le estaba dando al sexo en los discursos sociales. La consejera respondía asintiendo; se le estaba otorgando “... un énfasis y una importancia muy desproporcionada en el esquema de las relaciones humanas” (“Correo del corazón” *Maribel* s/n, 1964: 28).

Y agregaba:

“Desde el punto de vista social, está alcanzando, gracias a la mala o poco seria literatura, contornos patológicos. Su verdadero significado es pervertido y deformado con propósitos degradantes, pero lo lamentable es que se lo está asociando a todas las manifestaciones del espíritu. No te dejes sugestionar por el gran mito creado, elaborado, por mentes nada limpias. La importancia que se atribuye actualmente al sexo no es más que la desafortunada consecuencia social de la posición de inferioridad en que los hombres pretenden colocar a la mujer” (: 28).

Se denunciaban las amenazas de la perversión y degradación que constituían los discursos del sexo. Este tipo de advertencia también se hallaría en los discursos feministas anti-sexo, lo cual demostraba la compleja y paradójica trama

de intereses que cruzaba los debates sobre el derecho a la sexualidad, colocando a los cuerpos femeninos en una encrucijada de la que resultaría difícil liberarse. No obstante las discusiones, las posiciones confrontadas afirmaban por lo general un acuerdo básico en cuanto a la importancia de las diferencias de género y la satisfacción sexual en el marco de una unión estable heterosexual (Felitti, 2007).

Los expertos, médicos o psicólogos, recomendaban el control y la moderación de la vida sexual, especialmente relacionada a la variable de la edad del individuo. Las alarmas se encendían frente a las conductas promiscuas de los jóvenes o la advertencia sobre las enfermedades venéreas, que luego de denominarían infecciones de transmisión sexual. Pero también la vejez constituía un problema para la sexualidad. Los 40 se presentaban como ‘la edad crítica del hombre’ y las revistas femeninas daban consejos para sobrellevarla:

“A los cuarenta años debería existir una idolatría por la moderación. Lo repiten los higienistas, los médicos geriatras, los psicólogos. Moderación en todo: en la actividad física, en la alimentación, en las preocupaciones y hasta en el amor. Un precepto fundamental para el hombre de edad intermedia debe ser llevar una vida sexual equilibrada, sin excesos. ‘Alrededor de los cuarenta y cinco años –dice el médico- ya no se tienen los bríos de los años juveniles y es ridícula la competencia en el terreno sexual, porque se paga cara. Y cuidado con exagerar. No hay que olvidarse que el acto exige mucho del cuerpo, produce una tensión nerviosa y eleva temporalmente la presión sanguínea. Es inútil señalar los riesgos a que se expone el hombre de edad mediana que pretende demasiado de sí mismo. Es necesario poner un freno a los impulsos” (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 122).

Por tratarse de un campo minado de peligros, la sexualidad debía ser educada desde saberes expertos. A nivel mundial, en la década comenzaban a organizarse debates para avanzar en la implementación de la educación sexual para:

“Articular el moderno concepto de la sexualidad y llevarlo al plano de la enseñanza práctica en el hogar, en el aula o en el templo, es una cuestión todavía difícil, por lo mismo que hay que empezar por enseñar a los maestros, a los padres y a los religiosos, personas que en general suelen ser refractarias al tema por haberse formado dentro de una tradición que lo ignoraba o lo callaba” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* en español Vol. 34, N° 2, 28/07/69: 33).

Life acercaba información acerca de experiencias en Estados Unidos y Europa:

“A los seres humanos hay que enseñarles a hacer uso de sus facultades, y las facultades sexuales no son excepción [...] Si queremos que use sus facultades sexuales en forma madura, constructiva, creadora, responsable y afectiva, debemos crear una sociedad y unas instituciones educativas que produzcan constructiva, creadora y responsablemente hombres y mujeres maduros y afectivos” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, N°8, 07/10/68: 58).

Se calificaba a la educación sexual como anti-represiva, combatiendo la noción de pecado y el uso del sexo como explotación. Se decía que la sexualidad entendida como "...instinto animal, reprochable y pecaminoso" ("No sólo el instinto animal mueve al hombre", *Life* en español Vol. 34, Nº 2, 28/07/69: 33), había hecho que ésta cayera bajo el dominio de empresas que la explotaban: "...cine, literatura, centros recreativos, prostitución, trata de blancas, comercio de estimulantes (: 33).

El discurso antirrepresivo hacía uso también de la noción de ideología, tan en boga por aquellos tiempos en las ciencias sociales:

"En suma, una ideología producto de determinados factores económicos y sociales, de doctrinas y pautas definidas, y de una moral restrictiva y poco comprensiva, ha dado a Latinoamérica y al resto del mundo una visión negativa y reprochable de la sexualidad. Sólo con una nueva ideología, basada en un nuevo concepto de la sexualidad, puede intentarse una educación adecuada" (: 33).

Los programas de educación sexual pretendían involucrar a los padres, la escuela y hasta la Iglesia. Era importante que los progenitores educasen a sus hijos, pues se remarcaba la dimensión afectiva del aprendizaje. Pero entonces, ellos también debían ser educados puesto que revelaban dificultades para proporcionar los conocimientos inherentes a la sexualidad por su "...falta de capacitación y las deformaciones de los sistemas educativos en que han sido formados –y que han generado en ellos inhibiciones y prejuicios-" (: 40).

En el país, Eva Giberti¹⁶ exponía la problemática de la educación sexual entre padres e hijos y la falta de información de los primeros. El papel de educadora se enfocaba en la madre. Sin embargo, muchas veces ésta aducía, según el relato de Giberti: "Nadie me informó nada de nada. Me casé sin saber nada más que lo que se comenta entre compañeras" ("El primer silencio ante lo sexual", *Maribel*, s/n, 1964: 26). Lo mismo sucedía ante el acontecimiento de 'convertirse en mujer':

"Un silencio enorme tapando la gran experiencia de convertirse en mujer. En algunos casos excepcionales, alguien recuerda con gratitud las palabras de la madre; pero muy pocas veces hallamos este antecedente" (: 26).

Recalcaba que la falta de información acarreaba peligros:

¹⁶ Las notas de Giberti presentaban una gran diversidad de perspectivas teóricas y metodológicas aún cuando las marcas conceptuales más fuertes provenían del psicoanálisis, el culturalismo norteamericano y el funcionalismo. Resumía las ideas de los autores para adecuarlos al gran público, al espacio de una nota y al registro periodístico (Cosse, 2006).

“Porque lo que la hija no aprende por medio de la madre, lo adquirirá por boca de una amiga; en las páginas de cualquier libro o revista o a través de su experiencia con el otro sexo. A veces, con mucha suerte; en otras oportunidades, marcando esa experiencia con la desdicha, la confusión o el resentimiento” (: 26).

Junto a Florencio Escardó, fue una de las principales comunicadoras de la educación sexual que debían dar los padres a los niños¹⁷. Sus columnas en distintas revistas femeninas de difusión masiva (*Para Ti, Vosotras, Mamina y Nuestros Hijos*) dieron lugar a dos compilaciones: *Escuela para padres y Adolescencia y Educación sexual* (Cosse, 2006).

Las secciones dedicadas a la educación sexual en las revistas hablaban de los cambios en el varón, en la mujer, en las parejas y adjudicaban a los padres un papel central en la formación de identidades sexuales definidas:

“Si la madre no aporta las primeras y fundamentales lecciones acerca de la vida sexual, a la hija le resulta muy difícil recibir alegre y femeninamente la serie de experiencias sexuales que le tocará vivir. Tendrá que hacer ese aprendizaje de una manera singular; aparentemente, a solas, consigo misma o con su compañero; pero, en la realidad, la imagen silenciosa de su madre la perseguirá desde lo más profundo de su intimidad. Ella está haciendo o viviendo aquello de lo que su madre no le habló. Entonces, ¿será algo prohibido? ¿O le estará prohibido a ella? Es decir: ¿a su madre no le gustará enterarse de esta experiencia que ella realiza?... Eso ocurre, aunque la experiencia esté santificada por todos los cánones sociales y religiosos.

Este temor, por lo general inconsciente, persigue cruelmente a un enorme número de mujeres, dentro de ellas existe la figura de la madre que, a través de su silencio, se ha transformado en una madre prohibidora de lo sexual [...] Este mecanismo inconsciente perturba la vida de innumerables mujeres: frigidez, dispaurenia (relaciones sexuales dolorosas), esterilidad psicógena, frecuentemente son el resultado de una imagen materna vivida como sancionadora de todo lo que sea sexual” (: 27).

La sexualidad era considerada un elemento decisivo de la conquista de la madurez afectiva y la realización individual que debía conducir a la formación de una familia donde cada uno de sus integrantes pudiera vivir plenamente (Cosse, 2006).

Hablar de sexualidad a los niños se posicionaba como un nuevo mandato, que

¹⁷ Karina Felitti (2012) ha recalcado en su obra *La revolución de la píldora: sexualidad y política en los sesenta* que el Estado argentino mostró una conducta ambivalente frente a la educación sexual y, si bien patrocinó algunos programas piloto, no originó una política a largo plazo. Ésta quedó en manos privadas, a través de asociaciones y personas comprometidas con estos temas, generalmente profesionales provenientes del campo médico y la psicología, que con su trabajo en los consultorios y organizaciones, la publicación de libros y sus colaboraciones en la prensa y la televisión, acercaron a la sociedad una información que no formaba parte de la formación médica ni de su protocolo de atención.

significaba un cambio de envergadura en un contexto en el cual estos temas eran tabú. Giberti alertaba que debía resguardarse a los niños de ‘toda información clandestina’:

“A los niños había que hablarles de otra manera. La educación sexual fue más clara y sincera. Basta de fábulas y enfoques elípticos para decir las cosas. Se acabaron los repollos y las cigüeñas. París dejó de ser la incubadora de la Humanidad. Los padres intentaron hablar más directamente de temas antes silenciados o deformados” (Pujol, 2002: 29).

Los mandatos de género, lejos de menguarse, se acrecentaban. La maternidad se cargaba de nuevos deber ser. Decía Giberti: “Hablar del sexo es una forma de manejarlo y controlarlo. Y esa madre no logró hacerlo, porque no sintió que su sexo fuese un componente valioso de su femineidad” (“El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel*, s/n, 1964: 27). La madre pasaba a ser responsable de la educación de género:

“El problema no gira alrededor de la psicología que se sabe, sino de la valorización de lo femenino. Y el comprender que la vida sexual, con sus componentes y sus circunstancias (menstruación, relaciones sexuales, embarazo, parto) constituye un momento esencial de la femineidad [...] Pero si se lleva la propia vida sexual como una carga, una vergüenza, una resignación, fatalmente se hará sentir a los hijos que todo lo que sea sexual es peligroso, malsano, aburrido, doloroso o, por lo menos, algo que hay que sobrellevar” (: 27).

A la madre cabía educar la sexualidad de sus hijos pero para ello también tenía que estar satisfecha sexualmente. Respecto de este punto, la revista *Life* remarcaba que, así como la sexualidad, el orgasmo femenino también se aprendía:

“Es sin duda la función fisiológica que se manifiesta con mayores diferencias entre hombres y mujeres: en los hombres la capacidad para el orgasmo aparece espontáneamente; en cambio una gran proporción de las mujeres tienen que aprender a experimentarlo” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, Nº8, 07/10/68: 52).

En materia de sexualidad, los mandatos maternos se resignificaban al tiempo que se recalca la centralidad de la ‘identidad femenina’ para el desarrollo de la vida sexual propia y de sus hijos. Aunque se aceptaba un nuevo escenario amparado en cierta liberación femenina y cambios en las relaciones de género, los discursos de la educación sexual en las revistas femeninas no dejaban de alimentar la maternidad y el hogar como vocaciones ‘naturales’ de la mujer. Ya no se trataba del mismo rol reproductivo y doméstico de antaño. En la pugna entre las

obligaciones hogareñas y las nuevas responsabilidades profesionales, que llenaba de culpa a las mujeres, su valoración como principal protagonista del hogar se actualizó.

La maternidad se convirtió en una responsabilidad más compleja y exigente. Por empezar, la maternidad fue comprendida en términos de elección y no de destino, en especial tras la popularización de la píldora anticonceptiva que contribuyó a la disociación entre sexualidad y procreación (Villalta, 2010). Por oposición a la figura de la madre sacrificada de antaño, el nuevo ideal de una mujer equilibrada y satisfecha era el único que podía cumplir adecuadamente con la tarea elegida de criar un niño sano, integrado y feliz. Para ello, era necesario que la mujer fuera un ser completo: sonriente, tierno, sereno y consolador, pero también satisfecho sexualmente y ávido de conocimientos que la orientasen, ya que cargaba con la responsabilidad de la educación sexual de sus hijos.

Se destacaba también la importancia de la realización de la mujer por fuera de la maternidad. A la función de madre se le sumaba la de esposa, que implicaba la satisfacción sexual como mujer, oponiéndose a la figura de la madre virginal que relegaba al marido frente al hijo y resaltando asimismo la realización de la madre en planos extradomésticos.

El discurso psicoanalítico en boga contribuía a la legitimación y difusión de un nuevo estilo de maternidad pleno de satisfacciones. Había un consenso acerca de la relevancia de lo maternal pero también sobre la importancia del propio deseo femenino.

Pero además, en la época también se resignificaba el rol de las abuelas. Una nota publicada en *Maribel* en 1963, hablaba de una nueva problemática: ‘las abuelas demasiado jóvenes’:

“Usted, que ya es abuela y todavía se siente joven, no puede resignarse a encarnar el papel de la ‘abuelita’ que, junto a la chimenea, pasa el día tejiendo escarpines para sus nietos” (“Las abuelas demasiado jóvenes, *Maribel* N° 1583, 02/07/63: 68).

El abuelazgo se debatía ante la nueva valoración de la juventud. El patrón maternal reproductivo se enfrentaba al nuevo tabú sesentista: la vejez.

“...usted se miró al espejo y llegó a la conclusión de que su vida de mujer joven había terminado [...] ¿No le parece que es apresurarse un poco? Yo creo que sí. Es indudable que su nuevo título de abuela le confiere cierta dignidad, pero a la que no convendría [...] Desde luego que su juventud es distinta. Más plena, más serena, pero siempre juventud” (: 68).

En tono prescriptivo se daba una serie de consejos prácticos para las abuelas jóvenes. La moral de la juventud suponía la de la apariencia y aquí cobraban protagonismo las prácticas del cuidado del cuerpo, la vestimenta y el maquillaje. La prohibición se asentaba en la utilización de fantasías de tonos fuertes sobre zonas llamativas –o erógenas-, como la boca. Se resaltaba la importancia de la belleza, para “...que cuando su nieto comience a pensar, llegue a la conclusión de que tiene la abuela más bonita de todas” (: 68). La abuela ya no debía adaptarse a aquella imagen bondadosa sino que debía ser bonita. Un nuevo deber ser se instalaba para las mujeres de toda edad: el por siempre joven y bella.

4. Sexo no reproductivo: la difusión anticonceptiva

La década fue clave en el proceso en el que la sexualidad fue ganando la exigencia de reconocimiento y nuevos derechos concomitantes, como el de la no-reproducción. Ello marcó un hito, pues, como dice Barrancos (2010), la sexualidad “...liberada de la obligación de procrear es el gran ingrediente de nuestra época” (: 475).

La difusión de la píldora significó una libertad al asegurar la distancia entre sexo y reproducción. Fue importante para las mujeres que se enfrentaban a las incompatibilidades entre la realización personal y la maternidad¹⁸.

Las técnicas anticonceptivas modernas habilitaban instancias de placer que el temor a un embarazo solía poner en suspenso: “Lo que era una fatalidad se convirtió en una elección” (Perrot, 2008: 89). Y esto significó una ruptura:

“Las hijas de Eva pueden en adelante elegir libremente pareja, formas, duración, momento del intercambio, en una nueva relación de igualdad desconocida por todas sus antepasadas, y su orgasmo ya no es tabú y ni siquiera vergonzoso, en vista de cómo lo describen los medios, lo explican, lo hacen indispensable para sentirse mujer hasta el fin del estremecimiento” (Muchembled, 2008: 64).

¹⁸ Ahora bien, la anticoncepción que aparece como novedosa en los '60 era una práctica muy extendida en Occidente y en las sociedades indígenas americanas, previamente a la Inquisición y la ‘Caza de Brujas’ que hizo desaparecer a las ‘mujeres sabias’, quienes acumulaban y difundían los saberes contraceptivos (Edelstein, 2009).

La sexualidad por placer sin temor a la gestación contaba ahora con una técnica aliada, y podía relacionarse con los nuevos horizontes femeninos:

“No hay dudas de que se instalaban también, con el cálculo de una maternidad medida, sensaciones y emociones que se referían a una nueva experiencia de sí, a proyectarse con algo más de autonomía aunque sólo fuera para quedarse en las cuatro paredes de la casa” (Barrancos, 2010: 152).

La difusión de las nuevas técnicas anticonceptivas se insertaba en un contexto de progresiva pérdida de valor de la virginidad femenina y de extensión de las relaciones prematrimoniales. Si bien se trataba de fenómenos no siempre coincidentes, dado que muchas de las usuarias de la píldora eran casadas y muchas solteras preferían otros métodos como el diafragma o el coito interrumpido, el prototipo de la joven liberada que consumía anticonceptivos dio mucho que hablar.

La píldora había aparecido en el mercado norteamericano en mayo de 1960. Comenzó a comercializarse en Argentina ese mismo año y a mediados de la década, dos de los tres laboratorios vendían 300.000 dosis mensuales (Cosse, 2010).

Hasta entonces la regulación de la natalidad se había operado de varias maneras: por el casamiento tardío que reducía el período fértil de la pareja, por la abstinencia - que no impedía el recurso a otras formas de sexualidad-, o por el coito interrumpido - reprobado por la Iglesia como el pecado de Onán, pero ampliamente practicado (Perrot, 2008).

Mientras la industria farmacéutica desarrollaba la píldora anticonceptiva, también avanzaban las investigaciones que buscaban determinar con mayor exactitud el período de ovulación y asegurar los métodos ‘naturales’ de planificación familiar. En 1964, el médico australiano John Billings y Evelyn Thomas publicaban *The Ovulation Method: Natural Family Planning*, obra en la cual explicaban de qué modo la consistencia del flujo mucoso cervical podía servir para determinar las fases fértiles e infértiles del ciclo menstrual. Se necesitaba un entrenamiento, pero una vez aprendido podía utilizarse sin necesidad de control médico. Si bien se difundía como un método de planificación reproductiva, al reconocer los períodos de esterilidad natural en las mujeres, terminaba por separar el acto sexual de su efecto procreador.

No obstante, supeditar los encuentros sexuales al rigor de un almanaque y de un termómetro, para tomarse la temperatura rectal y analizar el flujo cervical antes de una relación sexual, no parecía ser tan ‘natural’ (Felitti, 2012), y menos aún espontáneo. Además implicaba un período de abstinencia que no todas las parejas estaban dispuestas a cumplir.

Pero entonces, el método de Billings promovió el autoconocimiento del cuerpo, desde la experiencia. El método asignaba a las mujeres la capacidad para conocer el funcionamiento de sus cuerpos de una manera mucho más activa de la que suponía tomar todos los días una pastilla. A la vez, incentivó la participación de los varones en este proceso ya que los cursos eran pensados para parejas. Extrajo también a la anticoncepción de la órbita exclusivamente médica: cualquier persona que se capacitara podía volverse entrenadora del Billings.

En esta línea de la planificación sexual autogestionada, también se promovían los aparatos técnicos para calcular los días de infertilidad, como el “*Conception Days Indicator*”. ‘La maternidad no es un accidente’, era su slogan:

“... aparato de precisión importado de Suiza, calcula con facilidad y sin necesidad de contacto, los días fértiles o no, aún en casos irregulares. Basado en el único método más seguro, más científico y aprobado por las autoridades religiosas” (“*Conception Days Indicator*”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 60).



Figura 16: “*Conception Days Indicator*”, *Vosotras*, 1961.

El aparato prometía resolver: “El problema más íntimo de la vida conyugal...” (“*Conception Days Indicator*”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61: 68), como el método ‘más natural’. Pero el acceso a este tipo de aparatos era limitado y estaba plagado de problemas debido a su inseguridad.

Por un lado, estas técnicas promovían una prosecución disciplinada del placer. Por otro, los condones eran de mala calidad y los obstrutores mecánicos, muy poco fiables. El coito interrumpido no era un método seguro. Los diafragmas y dispositivos intrauterinos eran aún rudimentarios y por sus costos no eran accesibles para todas (Barrancos, 2010).

En este escenario, la anticoncepción hormonal femenina se difundió rápidamente a través de estrategias de mercado de los laboratorios, las recomendaciones médicas y los debates en los medios de comunicación. El boca en boca fue muy importante para su expansión, como también lo fue el papel de los medios que, incluso criticándola, ofrecían una información que estaba ausente en otros espacios.

Las pautas más flexibles en el terreno de la moral sexual habilitaban comportamientos como las relaciones sexuales prematrimoniales que demandaban también prácticas anticonceptivas eficientes.

Los anticonceptivos se difundían en medio de debates públicos por su aceptación y su concreta puesta en práctica, lo cual en muchas ocasiones estaba lejos de suceder a causa del peso de los modelos familiares, sociales y culturales dominantes. Sobre el cuerpo de las mujeres abundaban las presiones.

El control de la natalidad aparecía como un tema mediático insoslayable de los cambios que traía la vida moderna. Ante el silencio estatal frente al desafío de la educación sexual y las pautas de control de la natalidad, la prensa femenina y de actualidad ofrecía un repertorio de educación moral, científica y sentimental. Se difundían notas periodísticas que informaban sobre los beneficios y las contraindicaciones de los métodos, desde la píldora hasta los aprobados por la Iglesia católica. Mediante el correo, las lectoras contaban con un espacio donde manifestar sus opiniones y preguntas. En las notas informativas solía no faltar el panorama geopolítico del control de la natalidad, las cuestiones de salud y los dilemas morales.

La anticoncepción no era presentada como un tema específico de las mujeres, ni desde la óptica de los derechos femeninos, sino como una cuestión de las familias, con un discurso marcadamente atravesado por los mandatos de la moral católica (Felitti, 2010). ‘¿Es lícito evitar los hijos?’ se interrogaba en revista *Maribel* de 1964. Las respuestas estaban dadas por un médico, un sacerdote y un sociólogo, además de las palabras papales que se ofrecían como medios de orientación para las lectoras.

Enfocada desde la salud, las voces de la medicina aparecían como las principales autorizadas para opinar públicamente acerca de la anticoncepción. En ese discurso, prevalecía la idea de que la planificación familiar ayudaba a disminuir el problema del aborto, era un derecho de las parejas y en particular de las mujeres, una posibilidad para decidir con conocimiento y libertad sobre su fecundidad (Felitti, 2012). Resultaba evidente que la abstinencia sexual no se cumplía y que aún dentro de la moral católica, debían permitirse los anticonceptivos, como un mal menor para evitar un mal mayor:

“... casi el 75% de la población femenina es homicida con premeditación. ¿Condenamos o aceptamos la solución de la ciencia? [...] Si ahora nos arriesgamos a tomar el toro por los cuernos, nos encontraremos con estas dos realidades: Primera, que el 85% de los embarazos frustrados lo son voluntariamente, y segunda, que –aparte de las estériles, las religiosas y las solteras integrales, que apenas representan el 15% de la población femenina funcional- 8 de cada diez mujeres se han provocado algún aborto en su vida, y 5 de cada diez, varios. Esto es un hecho innegable [...]: ¿quiere decir que la mujer, más aun, la madre, universalmente idealizada en la religión, la historia y la literatura, es un homicida con premeditación en más de $\frac{3}{4}$ partes de su población total? Tomando el hecho en forma absoluta, habría que decir que sí” (“¿Es lícito evitar los hijos?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 42).

El discurso de la ciencia se volvía a debatir con el religioso, en ocasión de la promoción de las técnicas anticonceptivas:

“...suponemos que la Iglesia acabará permitiendo o no condenando el control de la natalidad. Como ha permitido el parto sin dolor, el método Ogino-Knaus-Schmülder y la misa vespertina.

Con esto llegamos al último descubrimiento sobre el asunto, los comprimidos anovulatorios, interruptores de la ovulación, producidos por tres grandes laboratorios. Y sobre los que, hasta ahora, la Iglesia no ha dictaminado, dado que tales productos fueron presentados al público –era muy lógico- como ‘remedio’ y no como recurso; cierto que es un método nuevo, del cual no se tiene aún –en proyección en el tiempo- suficiente experiencia, y que existen fundadas reservas o temores de su utilización indiscriminada o muy prolongada. Pero lo cierto es que se está usando con una profusión fabulosa. Habrá que esperar para juzgar” (: 42).

Un halo de desconocimiento sobre sus efectos cubría la difusión de la anticoncepción a través de comprimidos. Con este argumento, la Iglesia arremetía. En 1968, la encíclica *Humanae Vitae* anunciada por el Papa Pablo VI, admitía la abstinencia sexual periódica como único método de planificación familiar legítimo, clausurando un tiempo de indecisión que había permitido especular sobre un cambio de doctrina (Felitti, 2012). Desde este discurso, los métodos de regulación de la natalidad atentaban contra el don divino de la procreación, abrían las puertas a la infidelidad conyugal, a una degradación de la moral, a una pérdida del respeto hacia la mujer y facilitaban la intervención de los poderes públicos sobre decisiones de las parejas.

El Papa reconocía los esfuerzos que implicaba la abstinencia y por eso llamaba a los medios de comunicación social, a las autoridades públicas, a los hombres de ciencia y a todos los miembros de la Iglesia a colaborar para que los matrimonios pudieran cumplir con esta obligación. No obstante, aclaraba que la encíclica no constituía una ciega carrera hacia la superpoblación, ni disminuía la responsabilidad de los cónyuges (Felitti, 2012).

Así, la Iglesia deseaba inculcar en los jóvenes y sobre todo, en los recién casados, el ejercicio de una paternidad responsable, pero sólo permitía llegar a ella practicando la abstinencia sexual:

“-Como sacerdote me atengo a las palabras de Su Santidad el Papa, cuando ha dicho que, desde ningún punto de vista, debe controlarse la natalidad. [...] la Iglesia Católica no se aleja de ninguna necesidad humana, permite la aplicación del método Ogino-Knaus y las relaciones entre esposos los días en que, científicamente, la mujer no puede ser fecundada. Inclusive aconseja la abstinencia antes que el uso de métodos anticonceptivos. Creo que el control de la natalidad es antinatural y antihumano porque: ¿con qué derecho podemos decir: ‘este ser nace y este otro no’? ¿Por qué la mujer rica puede disfrutar de numerosa prole y la indigente no tiene el mismo derecho? (“¿Es lícito evitar los hijos?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 43).

Desde la trinchera de enfrente, los discursos médicos se amparaban en la comprensión de la planificación familiar como derecho humano, que así sería declarada también en 1968 por las Naciones Unidas¹⁹, entendido especialmente como el derecho de las parejas a decidir cuántos hijos tener y en qué momento.

¹⁹ En 1966, en Argentina había sido creada la Asociación Argentina de Protección Familiar que reconocía a la planificación familiar como un derecho humano, y difundía materiales y folletos.

Como argumento para avalar el control de la natalidad se postulaban asimismo las problemáticas en torno al crecimiento de la población mundial (Felitti, 2012). Ahora bien, en torno a esta problemática poblacional, los discursos de la demografía y la sociología de la población, se hallaban inundados de prejuicios de clase:

“...una mayor cultura y un nivel de vida superior hace que la población desee mantenerlos y superarlos, evitando el exceso de hijos. En cambio, en el ambiente rural, la falta de comodidad y de diversiones lleva a la pareja a la práctica del amor, casi como único aliciente vital. Esto y la falta de información, o las molestias que pueden ocasionarles los métodos anticonceptivos, hacen que, en este medio, las familias sean muy prolíficas” (“¿Es lícito evitar los hijos?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 43).

Este tipo de discurso intersectaba preconceptos asentados en divisiones de clase y el viejo dualismo ciudad/campo, con un sentido evolucionista de la historia:

“Según las estadísticas, las clases pudientes –que no tienen problemas económicos– tienen un buen número de hijos; la clase media, muchos menos, y la clase baja – que por lógica, debería evitarlos– es la que más procrea. De ahí podemos inferir que el día en que ésta tenga la misma cultura que las clases superiores, practicará el control de la natalidad” (: 43).

Pero además, otra polémica se desataba en términos poblacionales, al asociarse la anticoncepción con el avance de la dominación de Estados Unidos a raíz de los planes de control de la reproducción sobre el Tercer Mundo. Para defender la soberanía nacional y potenciar el crecimiento económico, varios discursos sostenían que se debía aumentar la población. Por ello, desde distintas posiciones del espectro ideológico, la píldora era concebida como una nueva herramienta del imperialismo, es decir, una contestación directa al problema de la explosión demográfica y su amenaza al sistema capitalista (Felitti, 2012).

El control de la natalidad se cuestionaba aduciendo que si bien podía aliviar la vida cotidiana de muchas familias, también podía significar la intromisión de la política internacional en los cuerpos femeninos, cuyo más drástico ejemplo fueron las prácticas de esterilizaciones masivas en poblaciones de escasos recursos.

Las voces feministas, caracterizadas por las demandas de autonomía corporal de las mujeres, se mostraban divididas y ambivalentes. La anticoncepción, que podía interpretarse como un signo de liberación también se leía como una nueva forma de intervenir sobre el cuerpo femenino.

Cierta parte del movimiento feminista que comprendía la aceptación de la píldora como un acto de rebeldía contra las prohibiciones moralistas autoritarias de tantos años, intervino en la propagación de estos métodos, con la creación de centros autogestionados de planificación familiar. Esta ala del feminismo debió enfrentar las críticas de la izquierda que acusaba a sus militantes de ser cómplices de los planes del imperialismo yanqui y de someterse a los dictados de una moral burguesa. También de los sectores nacionalistas y católicos que veían en el control de la natalidad un atentado contra la soberanía del país, en virtud de su escasa población y la subversión de un orden familiar y de género tenido por natural y deseable (Felitti, 2012).

Los diversos discursos en relación al tópico de la anticoncepción se arrogaban el derecho –y la capacidad- de hablar en nombre de la naturaleza y de la humanidad. El discurso religioso ubicaba el disfrute femenino en la reproducción. Pero entonces, las tensiones emergían en la discrepancia entre la posición oficial de la Iglesia y las necesidades y deseos de las mujeres y sus parejas. Los ‘problemas de conciencia’ acerca de la regulación de la natalidad se hacían oír en los correos de lectoras.

Las editoriales cubrían las opiniones a favor de los cambios en la sexualidad proferidas por las propias creyentes y recuperaban voces de médicos católicos o matrimonios católicos que enunciaban los problemas de calcular cada encuentro sexual siguiendo un calendario en lugar del deseo.

Las prácticas anticonceptivas muchas veces no se asumían públicamente. Entre lo no dicho y el discurso proferido había un silencio legitimante de las directivas papales. Pero aunque las encuestas y las estadísticas de fecundidad mostrasen que muchas veces se transgredían, esto no minimizaba las tensiones psicológicas, emocionales, sociales que generaban y que muchas cartas de lectoras atestiguaban. Las preguntas, dudas y reflexiones a raíz de la cuestión demográfica y la anticoncepción hormonal se hacían presentes:

“No quisiera escandalizarle padre, pero le tengo que decir que la contracepción que estamos practicando no perjudica en nada nuestro amor y que, por el contrario, lo favorece. Los tiempos van variando y la ciencia progresa, ¿por qué no vamos a utilizar los descubrimientos científicos para buscar la felicidad sin temores de familia numerosa?” (“Secreto de Confesión”, *Para Ti* N° 2420, 25/10/68: 62).

El correo sentimental de *Para Ti* publicaba este tipo de cartas que cuestionaban los valores morales que profesaba la revista por intermedio del padre Iñaki de Azpiazu. Tal elección no era inocente. Se publicaban casos que mostraban un conflicto con la norma que abrían interrogantes y la cuestionaban, demostrando una inadecuación de las prácticas cotidianas respecto a ellas. Como operación discursiva, los casos planteaban problemas y apelaban a una solución (Arnoux, 2010). En el marco del correo de lectoras, ello no dejaba de otorgarle autoridad al cura para responder desde una posición de verdad-poder.

Pero es importante recalcar que posiblemente algo se convierte en caso cuando la norma ya ha perdido vigencia. El caso exponía la necesidad de transformación: las normas morales respecto a la anticoncepción estaban entrando en crisis. Las prácticas cotidianas enunciadas por las lectoras demostraban que ellas se transgredían y exigían ser revisadas. Ante estos casos, las respuestas del padre Iñaki reafirmaban la norma y condenaban tales prácticas:

“Si todos los matrimonios argentinos participaran de su idea de felicidad (pleno placer sin molestas consecuencias) y si todos pudieran adquirir en cualquier farmacia la píldora correspondiente, lindo clima se crearía para que todas las hijas ‘bien educadas’, animadas por el ejemplo de sus madres, se dedicaran también a hacer tan interesantes compras farmacéuticas y a satisfacer ‘las exigencias de su amor’. Por cierto que la lección va siendo muy bien aprendida en los países ‘contraceptivos’” (“Secreto de Confesión”, *Para Ti* N° 2420, 25/10/68: 62).

La contracepción se asociaba a una idea de felicidad condenable: ‘el pleno placer sin molestas consecuencias’, la mera satisfacción de ‘las exigencias del amor’. Ante el interrogante abierto por una lectora: “¿Por qué no utilizar los progresos de la ciencia?” (:62), la respuesta del cura buscaba resguardo en las estadísticas –que aún no existían, por tanto se trataba de una predicción del futuro– como recurso argumentativo. Eran notorias las contradicciones de un discurso que renegaba de la ciencia pero que intentaba apoyarse en un instrumento científico con el objetivo de afirmar sus convicciones.

Las ‘puertas abiertas a la vida sexual’, sobre todo, para la juventud, eran reprobadas. Y para los cónyuges se decía que la utilización de la píldora introducía la amenaza de la infidelidad:

“Sin meterme en la intimidad de su vida conyugal permítame indicar que su método tiene otras consecuencias sociales, entre las cuales se podría citar ‘el camino fácil y amplio, que se abriría a la infidelidad matrimonial’” (: 62).

Las revistas de actualidad se hacían eco de estos debates. *Gente* presentaba en 1967 una nota titulada “Proceso a la píldora anticonceptiva” (Nº78, 19/01/67: 12), donde una ginecóloga, especialista en anticoncepción y tratamiento de la pareja infértil sostenía:

“Yo suelo recomendar su uso, porque lo contrario sería absurdo. No sólo lo hago con mujeres casadas, sino que extendiendo la recomendación a jóvenes no casadas, atendiendo de este modo una realidad o intentando mejorarla. Pero del mismo modo veo diariamente casos de trastornos de personas que comenzaron a ingerir las píldoras porque sí, porque de pronto les pareció que aquello era directamente la esencia de lo maravilloso” (: 13).

La medicina se postulaba como la única disciplina autorizada a recomendar el uso o no de anticoncepción para cada caso. La nota periodística también recuperaba la opinión de una actriz, que la revista definía como ‘casada’ –a diferencia de la ginecóloga, cuyo estado civil no interesaba:

“Una mujer no tiene por qué resignarse a vivir teniendo hijos. Los anticonceptivos tienen, además, este mérito: haber transformado en buena medida la filosofía de la época, y ya nadie piensa que un hombre y una mujer solamente puedan tener relaciones con el objeto de ser padres, o corriéndose el riesgo de serlo” (:13).

Desde el otro lado del espectro, la esposa del comodoro Juan José Güiraldes - de cuyo matrimonio nacieron siete hijos- proclamaba:

“Pienso que en todo lo de las píldoras anticonceptivas hay mucho de eso de querer ‘estar al día’. La gente las consume porque constituyen la última novedad y en consecuencia hay que usarlas. También hay mucho egoísmo en esta situación. Un deseo de prosperar cueste lo que cueste, aunque haya que dejar hijos por el camino. [...] Se buscan pretextos para proceder contra la concepción, para moverse fuera de los límites morales. Se habla de crecimiento demográfico, de que dentro de poco no va a haber lugar para vivir. Eso puede ser cierto en otros países, en la India o en Japón. Pero no es una realidad que se ajuste a la Argentina, porque aquí hay inmensas zonas despobladas” (: 13).

En esta línea, un sacerdote jesuita instaba a ‘No olvidar el fin del matrimonio’, y a desenmascarar el verdadero fin de estas pastillas:

“... no hay que engañarse. No se usan para aliviar dolores menstruales o regularizar ciclos, salvo en extrañas excepciones. El uso más difundido es el de provocar la esterilidad. Y eso atenta contra el edificio de la moral [...] hay que apuntar en la correcta dirección, alertando contra los peligros orgánicos, y contra aquellos que provienen de proceder enmascarando la circunstancias de apartarse del fin verdadero del matrimonio cristiano” (: 14).

Ahora bien, la ciencia no sólo avanzaba en la búsqueda de métodos anticonceptivos sino también en la técnica de reproducción. Y esto trastocaba

también el orden de la sexualidad. En 1969, *Life* en español lanzaba una edición cuya portada estaba dedicada eminentemente a ‘Ciencia y Sexualidad’ sobre ‘Los futuros bebés de laboratorio’:

“Ante los nuevos métodos de reproducción humana se abren estos interrogantes: ¿Sobrevivirá la familia? ¿Aumentará la infidelidad en el matrimonio? ¿Declinará el amor entre padres e hijos? ¿Quisiera usted un hijo de probeta?” (*Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: portada).

La propia moral reproductiva estaba siendo desafiada:

“Si se quitan los cimientos biológicos de la moral de hoy, ¿no podrá aducirse lógicamente que esa moral consagrada por los siglos ha quedado reducida, hasta el más pequeño de sus preceptos, a un mero anacronismo inútil? Considérese, como un indicio de la rapidez de esa transformación, la cuestión del control de la natalidad. Sus posibilidades son ahora mejor comprendidas que nunca. Además de los métodos para evitar la concepción, se dispone actualmente de otros para favorecerla” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 50).

Con los avances científico-técnicos en materia de concepción dejaba de ser necesaria la unión sexual de un varón y una mujer para tener un hijo:

“Cambios desquiciadores en la naturaleza de los lazos que unen a los seres humanos. Significados fundamentalmente diferentes de viejos conceptos y acciones que han sido los mismos desde la aurora de la humanidad: el amor y la sexualidad, por ejemplo. Quizás incluso la desaparición de instituciones como el matrimonio y la familia. Los sorprendentes progresos que se están alcanzando en la biología de la reproducción pueden traer una transformación radical en la vida de la humanidad” (: 46).

En esta área, los avances científicos trastocaban y conmocionaban la moral:

“Entramos en una época en que, como consecuencia de nuevos descubrimientos científicos, pueden ocurrir cosas muy perturbadoras. Puede llegar a ser corriente el nacimiento de niños cuyos padres estén físicamente separados o hayan muerto tiempo atrás, nacimientos de madres vírgenes pueden llegar a ser relativamente comunes, las mujeres darán quizás a luz hijos de otras mujeres, el amor romántico y la genética se separarán tal vez definitivamente, y unos pocos hombres privilegiados podrán ser llamados a engendrar millares de niños” (: 50).

Desde un discurso científicoista y evolucionista, “a fin de aumentar las probabilidades de tener hijos sanos y normales” (: 51), se auspiciaba que en un futuro muchos podrían optar por procrear niños *in vitro* y las mujeres podrían escapar al ciclo del embarazo y el parto.

Estos tipos de discursos eran motivo de pánico en la trinchera del orden moral y religioso. Parecía abrirse un mundo nuevo de posibilidades anticonceptivas y

reproductivas en manos de la ciencia y la técnica. Sin embargo, a pesar de esos cambios, el orden de género no se veía alterado de igual manera.

5. La sexualidad bajo cuidado femenino

Con la píldora, la sexualidad quedaba bajo cuidado femenino. Pero entonces, la posibilidad de controlar la fecundidad de manera autónoma y eficaz también ofrecía a las mujeres alternativas para su vida sexual. Era un método femenino. Las mujeres podían consumirlas sin que nadie lo supiera: el sexo seguía manteniendo su lugar de secreto.

Estudios, encuestas y artículos de prensa mostraban que quienes más utilizaban la píldora eran las mujeres casadas con hijos y no las solteras deseosas de una vida sexual desprejuiciada. El control de la natalidad “no era un tema exclusivo de la mujer ‘liberada’, joven, profesional y educada” (Felitti, 2012: 192); más bien “Lejos se estaba del prototipo de las solteras que aprovechaban las ventajas de los anticonceptivos orales para vivir una sexualidad sin límites” (: 193). Consumidas mayormente por mujeres casadas de clase media, con ciertos niveles educativos, ocupación y adscripción a las pautas de lo moderno, las píldoras brindaban un método que no intervenía en el acto sexual y que podía ser utilizado más allá del acuerdo masculino. Aunque la planificación estaba planteada como un asunto de las parejas y no sólo de las mujeres, era llevada a cabo casi exclusivamente por ellas:

“Eran ellas quienes padecían los efectos secundarios de las píldoras y los problemas de salud que generaban los sucesivos embarazos; las que testeaban preparados inciertos y las que arriesgaban su vida en un aborto clandestino” (Felitti, 2012: 191).

El psicoanálisis también advertía sobre los peligros anticonceptivos asociándolos a la depresión:

“La mujer que toma este tipo de anticonceptivo vive en la esfera inconsciente de serios conflictos. En primer lugar, se ve cargada con toda la responsabilidad. Es ella la que debe tomarla todos los días sin dejar pasar uno solo. Además, si bien puede conocer a fondo el mecanismo por el cual la píldora impide la puesta ovular, no puede olvidar el hecho de sentir de algún modo que está siendo estéril [...] Si a eso le sumamos que no siempre hay un conocimiento suficiente del proceso, podemos ver claramente que los temores se multiplican. De ese modo padece cierto

desequilibrio, que puede extenderse, y tener como consecuencia última el deterioro de la pareja [...] Hay depresiones, desequilibrios, verdaderos complejos de castración” (: 14).

Mientras el coito interrumpido o el uso de condón implicaban la disposición y compromiso de los varones, con la píldora, ellos se desresponsabilizaban. Podían estar más felices porque las mujeres dudaban menos en entregarse aunque también podían angustiarse por las mayores exigencias sobre su performance que les solicitaban mujeres con experiencias sexuales previas.

El consumo de la píldora estaba rodeado de prejuicios y perjuicios de género. No resultaba sencillo tomar la píldora: “...algunos varones suponían que si su mujer lo hacía era porque tenía un amante o porque ya no lo quería y por eso no deseaba los hijos que él pudiera darle” (Felitti, 2012: 103).

Para cierto feminismo, las pastillas habían vuelto a las mujeres responsables excluyentes de la anticoncepción y colaboraban poco con su empoderamiento. Cuestionaban la feminización de la anticoncepción y la injerencia de las planificaciones de estado en el cuerpo de las mujeres -usados como campo de prueba de nuevas herramientas de control social. Criticaban a la institución médica por su colonización de la planificación familiar y el control sobre la fecundidad.

En esta línea, Beatriz Preciado (2010) ha denunciado que la píldora, un gran logro económico de los laboratorios farmacéuticos, fue un baluarte de lo que ha denominado como el farmacopoder emergido en los ‘60. Desde este enfoque, las microprótesis hormonales permitieron regular la ovulación pero también producir al sujeto mujer heterosexual moderno. Supusieron una domesticación del cuerpo de las mujeres y una nueva forma de control social del género, ligando sus efectos secundarios (como la disminución de la libido o el crecimiento de los pechos) a un proceso de feminización.

Pero además, de todos los métodos anticonceptivos posibles sólo ha habido dos masculinos: los preservativos masculinos y la vasectomía. La tecnología médica centró el problema de la anticoncepción en el control del cuerpo de la mujer. El estudio de las hormonas masculinas, en cambio, se dirigieron desde entonces a virilizar y sexualizar a los hombres.

Si bien durante la época, algunas feministas comenzaron a reclamar la creación de un anticonceptivo hormonal masculino, la idea no logró el apoyo de los laboratorios, ni de los médicos, que consideraron poco factible que los varones aceptaran tomar una píldora que inhibiera su fertilidad, dada la asociación que se establecía entre ésta y la virilidad (Felitti, 2012).

El uso de los anticonceptivos hormonales femeninos propiciaba la falta de implicación de los hombres en el control de la fecundidad, perpetuando el rol de género atribuido a las mujeres como las únicas responsables de las relaciones sexuales seguras. En este sentido, desde posiciones moralistas se asociaba la píldora al peligro sexual de hacer que los varones, aliviados de separar el sexo de la procreación, consideraran a las usuarias como meros receptáculos de sus deseos carnales. Se remarcaban otros peligros como el abuso de la libertad, la generación de noviazgos eternos o de mujeres muy exigentes que podían frustrar al sexo opuesto.

Desde un discurso psicoanalítico, se desconfiaba de la difusión de la píldora en detrimento del uso del diafragma:

“Un método como el diafragma, que no impide la plenitud del acto, tiene menos difusión. Está rodeado de un halo de pecado, de cosa prohibida. Habría que sospechar que en todo eso están jugando los intereses de los laboratorios. Es demasiado raro el ‘boom’ de la píldora, la publicidad abierta u oculta que se hace de sus virtudes, sin mencionar para nada sus defectos [...] Freud dijo una vez que el hombre que descubriese el anticonceptivo perfecto iba a conseguir hacer felices a los demás. Estoy segura que no hubiera pensado que ese hombre es el descubridor de estos productos” (“Proceso a la píldora anticonceptiva”, *Gente* N°78, 19/01/67: 14).

En consonancia con lo que varias décadas más tarde denunciaría Preciado (2010), en la prensa de la época las píldoras eran también presentadas como un gran negocio que no tomaba en cuenta la salud de las mujeres. Entre las controversias desatadas, una de ellas oponía la libertad ganada por las mujeres con los inconvenientes adversos –‘peligros’- para su salud y la falta de estudios en el largo plazo:

“Sin receta médica los anticonceptivos continúan presentes y accesibles en los mostradores de las farmacias. Los folletos de los laboratorios los describen como tabletitas milagrosas. Dicen muy poco de sus peligros. A pesar de que todavía, a lo lejos, sólo se ve un enorme y aterrador signo de interrogación. La idea es que una generación entera ha de pasar probando píldoras anticonceptivas para que se puedan conocer, sin dudas, sus últimos efectos” (“Proceso a la píldora anticonceptiva”, *Gente* N°78, 19/01/67: 13).

Pero por más que el Estado, la Iglesia católica y una parte importante de la corporación médica se esmeraran en fomentar la maternidad, cada vez eran más las mujeres que rechazaban ese rol o buscaban ajustarlo a sus tiempos, circunstancias y deseos:

“La píldora, además de poder pensarse como un arma del imperialismo, una afrenta a los objetivos natalistas y una amenaza para la salud de las mujeres, era el primer método que separaba la reproducción del acto sexual sin intervenir en él y otorgaba a la mujer el poder de decisión. Esto, sumado a los nuevos estudios de la sexología y la psicología, invitaba a reflexionar sobre el placer sexual y las mujeres” (Felitti, 2012: 114).

La época constituyó una bisagra en materia de anticoncepción, teniendo en cuenta que al período siguieron los años del tercer peronismo, donde por ejemplo, se prohibió la utilización de anticonceptivos²⁰.

Ahora bien, el debate alrededor de la anticoncepción en la prensa femenina y de actualidad hacía hincapié en su importancia dentro de la planificación familiar, obviando la temática del placer. El marco ideal y recomendado para la sexualidad seguía siendo la legalidad conyugal. No se exploraban sus posibilidades y limitaciones del placer en las mujeres.

6. La sexualidad de los jóvenes

La edad era una variable de lo más importante en los discursos de la sexualidad. En los '60, la sexualidad en los jóvenes constituía una de las más reiteradas preocupaciones. La ‘maduración sexual’, aparecía como un ‘nuevo dato de la aceleración’ de la adolescencia, según Eva Giberti:

“...el 15% de adolescentes de 14 años, el 23% de adolescentes de 15 años, el 32% de adolescentes de 16 años y el 52% de los de 17 años ya han tenido relaciones sexuales. Paralelamente se advierte que aumentan los embarazos y matrimonios de gente joven. Todo ello podría traducirse diciendo que se advierte un nuevo comportamiento de los adolescentes frente al sexo, y también una nueva actitud de

²⁰ A partir de 1974, con el decreto 659 que firmaron Perón y López Rega, la planificación familiar pasó a las sombras y dependió del compromiso de los médicos con el derecho de las parejas y su voluntad de arriesgarse a las posibles consecuencias de ir en contra de una norma. El decreto ponía límites a la venta de anticonceptivos y prohibía las actividades de planificación familiar en dependencias públicas. Esto repercutió en el quehacer de la corporación médica, sobre todo en ginecólogos y obstetras (Felitti, 2012).

los adultos ante la sexualidad de los adolescentes” (“Los adolescentes acelerados”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 151).

La autora sostenía que ‘el adelanto en la maduración sexual’ coincidía con ‘un nuevo tipo de vida sexual para los dos sexos’. Julio Mafud, en un libro de la época llamado “La revolución sexual argentina”, señalaba que las revistas, el cine y la televisión imponían los modelos de mujer libre y de pareja que seguía la juventud. Para él, estos discursos forjaban el gusto masculino y obligaba a las mujeres a comportarse de determinada manera, llevándolas a innovar en el vestir, los usos y también en la técnica amorosa y sexual (Felitti, 2010).

El tema de la juventud y el sexo era candente y se replicaba en el cine. Un filme llamado “El sexo y las adolescentes”, promocionado por revista *Gente*, se asentaba en la historia de “Una señorita de 16 años descubre que está esperando a la cigüeña y ahí se arma el gran lío. Los padres no toman bien la cosa y la expulsan del colegio” (“Cine Guía”, *Gente* N° 82, 16/02/67: 31).

Tanto en revista *Femirama* como en *Maribel*, Giberti, resaltaba la problemática de las adolescentes aparentemente muy liberales, con múltiples experiencias sexuales y falta de inhibiciones, sus ‘aventuras con Fulano, con Mengano, con Perengano...’. Las chicas modernas y liberales no se avergonzaban de besar a un muchacho, y aducían: “...si encontramos un muchacho que nos gusta y nos entendemos, ¿por qué vamos a esperar a casarnos?... ¿Y si nos equivocamos?... Mejor es probar primero...” (Giberti, E. “Adolescencia liberal”, *Maribel* N°1637, 21/07/64: 24).

Aparentemente muy seguras de su vida sexual, arriesgadas, presentaban para la psicóloga, otros conflictos al estar ‘desafiando claramente a los adultos’, ‘en un intento de asustar’ y de demostrar que no estaban atadas a prejuicios.

Esa audacia y desprejuicio, el lenguaje suelto y ‘desfachatado’ podían desmoronarse y terminar por mostrar ‘un problema realmente grave’, la “...angustia por el uso que está dando a su sexo. Y que trata de encubrir una culpa muy honda” (: 24), relativa a desafiar los principios de su familia, especialmente de sus madres, acerca de la decencia de una chica, del bien y del mal, con sus sermones, prohibiciones y sanciones respectivos. Desde la psicología y los cánones de normalidad sexual y de salud/enfermedad, diagnosticaba:

“...se trata de un comportamiento enfermo; pero de ningún modo infrecuente entre las adolescentes. Esta especie de desafío a la madre era un decirle, inconscientemente: ‘Yo me atrevo a ser mujer aunque vos te opongas...’” (: 24).

La autora advertía que las chicas muchas veces no tenían “...la menor idea de lo que significaba ser mujer, ni mucho menos ser libre sexualmente” (: 24). Estaban encadenadas “...a su promiscuidad, muy lejos de usar libre y noblemente su sexo” (: 24).

A fin de evitar esos conflictos Giberti proponía el diálogo y la comprensión de las madres con las hijas, para apoyar y ayudar a formar el comportamiento sexual de las hijas. Instaba así al nuevo deber materno que a través de un diálogo ‘transparente’, con un dejo de inocencia y romance, evitaría que lo promiscuo y lo innoble inundasen las experiencias sexuales. De lo contrario se mostraba “a la madre su fracaso como tal” (: 24).

Los mandatos de género se actualizaban. La mujer a la que se dirigían los discursos de las revistas femeninas ahora podía trabajar fuera del hogar, estudiar alguna carrera, pero no podía olvidar resaltar su ‘feminidad’, agudizar su intuición, mantenerse bella, saber ser una madre comprensiva y una esposa satisfecha sexualmente. El próximo capítulo está destinado a abordar los mandatos sexuales para el género femenino divulgados durante la década en la prensa femenina analizada.

CAPÍTULO IV

CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDADES Y FEMINISMOS

“De las mujeres se habla. Sin cesar, de manera
obsesiva. Para decir lo que son, o lo que deberían
hacer”
(Perrot, 2008: 27).

“...aunque echarle jabón a la lavadora no nos
hiciera revivir nuestra noche de bodas”
(Friedan, 2009: 41).

1. Sexualidad degenerada

En los `60 la noción de género aún no estaba difundida entre los discursos sociales. Desarrollada en las décadas subsiguientes, tendería a confundirse con la de sexualidad. Esta confusión dio paso a la idea de que una teoría de la sexualidad podía derivarse de una teoría del género. Frente a este solapamiento, Gayle Rubin (1989) ha buscado distinguir ambas nociones, aduciendo que si bien el desarrollo de este sistema sexual se ha producido en el contexto de las relaciones entre géneros - donde el género afecta al funcionamiento del sistema sexual y éste ha poseído siempre manifestaciones de género específicas-, constituyen dos áreas distintas de la práctica social.

Pero en los `60, cuando la noción de género no se hallaba aún tan difundida, la revista *Life* intentaba explicar las diferencias sexuales:

“... nacido con un determinado sexo biológico, el bebé debe al fin y al cabo adquirir conciencia del sexo a que pertenece y eso generalmente ocurre para cuando llega a los 3 años, edad en que orgullosamente puede decir ‘soy niño’ o ‘soy niña’. Este proceso de identificación individual con el sexo a que uno pertenece continúa y se intensifica consciente o inconscientemente de acuerdo con lo que se considere la masculinidad o feminidad en el medio ambiente cultural en que vive el niño. Y a medida que éste adquiere mayor conciencia en este sentido, debe ir aprendiendo a reconocer y aceptar el papel sexual que su sociedad particular ha asignado a los varones y a las hembras” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, N°8, 07/10/68: 56).

En el ámbito nacional, Giberti y Escardó exponían sus teorías de los roles sexuales:

“Se entiende por sexualidad la suma total de las características físicas, psíquicas y sociales que tipifican la condición masculina y la condición femenina en su totalidad; y por genitalidad el uso y funciones de los órganos de la reproducción maduros para tal efecto’. Dr. Florencio Escardó, *Sexología de la familia*” (Giberti, E. “Lo que no se debe ocultar”, *Maribel* N°1640, 1964: 14).

Desde un discurso pedagógico, Giberti explicaba la construcción social de las diferencias sexuales:

“Desde sus primeros años la niña oye: ‘Una nena no debe hacer esto... Una niña no debe sentarse de ese modo...’. Y el varón lo mismo: ‘Esas son cosas de mujeres... No te portes como una mujer...’. Es decir, existe una calificación social del sexo. Se es hombre o mujer desde la primera definición social que se aprende en la familia. No se trata de poseer órganos femeninos o masculinos solamente, sino de acompañarlos con determinados comportamientos culturalmente definidos: hay conducta para hombres y para mujeres, por lo menos entre nosotros. Y la sociedad sanciona verbalmente, por medio de la crítica o la burla, a aquellos que actúan de manera que no coinciden con su ubicación sexual [...] Todo ser humano nace con un sexo definido (excluyendo los estados intersexuales que constituyen un caso aparte) y ese sexo comienza a ejercitarse desde el primer día de la vida” (:14).

Si bien no existía un desarrollo teórico acerca de la categoría de género, en la década ya eran célebres los escritos de Simone de Beauvoir o Betty Friedan que alimentaban la nueva ola del feminismo. La conocida frase de Simone de Beauvoir (2007 [1949]), que sostenía que no se nacia mujer sino que se llegaba a serlo, definía el ser mujer como un proceso no estable, un convertirse, un construirse, sin origen ni final claro. Su significado era problemático y relativo a las definiciones de lo masculino.

En un tiempo en que las tradicionales instituciones que habían regulado las diferencias de género y de sexualidad (Preciado, 2010) entraban en crisis, cabe preguntarse entonces: ¿qué modelos de género y sexualidad se postulaban como deseables y legítimos en la prensa femenina de los '60? y ¿qué relación tenían estos modelos con las configuraciones de lo erótico?

2. Naturalidad femenina

Así como se difundía en los '60 una determinada idea del ser joven, también emergía una serie de prototipos femeninos aunque, a diferencia del juvenil, trabajada más sobre continuidades que sobre rupturas (Pujol, 2002). Por un lado, todo un elenco de nuevos símbolos viabilizaban la renovación de modelos femeninos; y por otro lado, se mantenían argumentos que insistían en sostener los roles tradicionales adjudicados a lo femenino.

Un tipo de discurso de corte biologicista cristalizaba, universalizaba y eternizaba la diferencia entre el macho y la hembra, junto a una determinación

cultural de hábitos sexuales femeninos y masculinos. Pero entonces de Beauvoir había argumentado ya que ni en la naturaleza nada estaba nunca completamente claro: los tipos, macho y hembra, no siempre se distinguían con nitidez:

“Su oposición no es, como se ha pretendido, la de una actividad y una pasividad: no solamente el núcleo ovular es activo, sino que el desarrollo del embrión es un proceso vivo, no un desenvolvimiento mecánico” (De Beauvoir, 2007: 36).

Criticaba el punto de vista que definía a la mujer con fórmulas simples, ‘datos’ supuestamente incuestionables e inmutables, como la matriz o los ovarios. Después de la difusión su obra, *El segundo sexo*, las feministas comenzaron a emplear la categoría de género como forma de referirse a la organización social de las relaciones entre sexos (Scott, 2000). Esta noción había surgido junto a la invención de nuevas técnicas de modificación hormonal y quirúrgica de la morfología sexual (Preciado, 2010), pero recién se difundiría en los años setenta y ochenta del siglo XX, dando origen a una gran diversidad de estudios, cuyo punto de partida sería la crítica al esencialismo biológico y a la naturalización de rasgos relacionados con lo masculino y lo femenino (Szurmuk y McKee, 2009).

La categoría permitió construir una perspectiva relacional entre las feminidades y las masculinidades. Rechazaba el determinismo biológico implícito en el empleo de términos tales como sexo o diferencia sexual.

En décadas siguientes, el uso de este término también supuso una búsqueda de legitimidad académica por parte de las feministas (Scott, 2000) y sería criticado en los ’90, principalmente tras la difusión de la obra de Judith Butler, *El género en disputa* (2007 [1990]), por su definición como categoría social impuesta a un cuerpo sexuado.

Inaugurando los estudios de teoría *Queer*, Butler ha sostenido que la noción de género continuó por mucho tiempo atada a un paradigma naturalista que determinaba una continuidad entre sexo, género y deseo:

“Esta concepción del género no sólo presupone una relación causal entre sexo, género y deseo: también señala que el deseo refleja o expresa al género y que el género refleja o expresa al deseo” (: 80).

En ese sentido, los géneros inteligibles parecían ser los que instauraban y mantenían ciertas relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género,

práctica sexual y deseo. Y las variables para estas dimensiones eran lo masculino y lo femenino, que feminizaban o masculinizaban al deseo o la práctica sexual. Así se interpretaba que el sexo necesitaba del género, y éste último generizaba a la vez al deseo en una relación de oposición heterosexista.

Enfrentada a este marco interpretativo, Butler (2007) introdujo la categoría de performatividad para pensar los modos conductuales en que un género se sostiene y se repite en relación con los discursos normativos que erigen tipos ideales de masculinidad y feminidad adecuadas e inadecuadas, relacionados con una ley del deseo basada en la complementariedad heterosexual de los cuerpos. Para la autora, la repetida puesta en acto de normas genéricas -que a través de la ideología como práctica material interpela a los sujetos (Althusser, 1984 [1970])- , performa los cuerpos, generizándolos. Desde esta postura, el género es un efecto de discursos y de prácticas: lo masculino y lo femenino no son disposiciones sino logros que se alcanzan dentro de la heterosexualidad.

Pero entonces, así como existen prácticas sexo-genéricas normativas, existen las que las resisten o resignifican, haciendo visible la dimensión política de estas normas y la posibilidad de su alteración.

En las revistas femeninas de la época, la afirmación de la 'identidad' masculina y femenina era considerada de vital importancia. Betty Friedan (2009 [1963]) denominó como 'la mística de la feminidad' a esa imagen de lo esencial femenino, de lo cual hablaban y hacia lo cual se dirigían las revistas femeninas y las publicidades gráficas. Se enseñaba cómo vestirse, qué imagen dar y cómo actuar para resultar más femeninas.

El término parecería ser unívoco: lo femenino y 'la personalidad femenina' servían para vender productos, como por ejemplo, camisones: "No en vano *Warner's* es tan mujer", "Lo único más femenino que *Warner's* es Usted!" (Publicidad *Warner's*, *Femirama*, N° extraordinario, 06/69: 71).



Figura 17: “Lo único más femenino que Warner's es Usted!”, Publicidad Warner's, Femirama, 1969.

La noción de ‘personalidad femenina’ se usaba especialmente para vender fragancias y perfumes, con avisos que mostraban jóvenes de poses y miradas desafiantes, como en el caso de *Miss France*.



Figura 18: “El perfume que dice cómo es Ud”, Publicidad Miss France, Femirama, 1969.

Estos discursos exaltaban la intuición y la feminidad como virtudes de la mujer. En ocasiones se aludía a la antigua fórmula de que las mujeres podían

tomar decisiones siempre y cuando les hicieran creer al marido que eran ellos quienes ejercían la autoridad. Esta audacia era contrarrestada con una explícita referencia a la necesidad de respetar el orden de género familiar. En este sentido, según Pierre Bourdieu (1999), incluso las alabanzas a la agudeza o la intuición femenina responden a la relación de dominación.

La intuición femenina era parte de un slogan de *Citröen 2CV* en 1968, cuya publicidad estaba, justamente, destinada a ‘las intuitivas’. El coche, de manejo supersencillo, podía ser dirigido despreocupadamente por la intuición femenina. Además permitía que el peinado viajara seguro y tenía lugar para los chicos y las compras del supermercado. Estos discursos aunaban coquetería y domesticidad.



Figura 19: “Las intuitivas”, Publicidad *Citröen 2CV*, 1968.

La domesticidad era fomentada desde las revistas femeninas en sus típicas temáticas: cocina, decoración, pediatría. La maternidad se exigía a los cuerpos femeninos como esencia de su yo y ley de su deseo (Butler, 2007) y las faenas domésticas parecían completamente conciliables con las cargas de la maternidad.

Seguía vigente en el país, un estereotipo de feminidad con imagen de la matrona, antierótica por definición, encarnada por Doña Petrona. Tradicional, desde su nombre, hasta la imponente presencia de su cuerpo, imponía respeto, con

su delantal de volados y brazos fuertes de amasar (Varela, 2005).²¹ A este estereotipo también correspondía Margarita Palacios, modelo de portada de la revista *Cristina* en agosto de 1965. La imagen mostraba una cocinera robusta, de pelo recogido, ofrecía una fuente de empanadas a las lectoras (*Cristina*, N° 854, 08/65: portada).



Figura 20: “Margarita Palacios, cocinando a la criolla”, *Cristina*, 1965.

Pero en pleno auge de la modernización, las revistas debían construir una imagen de mujer como ama de casa, esposa y madre que actualizaba los modos de cumplir con los mandatos domésticos. Las nuevas figuras del modelo de domesticidad eran mujeres adultas pero jóvenes, que valorizaban su inserción laboral y profesional sin perder de vista las tareas hogareñas. Esta mujer que iba volviéndose cada vez más atareada, podía, por otro lado, darse ahora el lujo de tener un automóvil.

Hacia ese tipo de mujer casada y con hijos se dirigía la venta de *Citröen 2CV*. Utilizando el título de la narración de Juan Ramón Jiménez (1914), “Platero y yo”, popularizado por su lectura escolar, se vendía un coche que resaltaba como

²¹ Petrona Carrizo de Gandulfo era una cocinera proveniente de Santiago del Estero, hija de una familia numerosa, que conocía los secretos de la cocina tradicional. Su madre le había enseñado a cocinar como un método para atraer a los hombres. Sus recetas circulaban por la radio y en una enciclopedia de cocina: *El Libro de Doña Petrona*, que incluía no sólo secretos culinarios, sino también consejos para la mujer moderna acerca de la organización del hogar y las tareas de mantenimiento.

cualidades lo confortable, simpático, dócil y fácil de entender que era: “De mañana me acompaña a llevar los chicos al colegio y luego me espera obediente, mientras hago las compras en el mercado” (Publicidad “Platero y yo”, 1968).

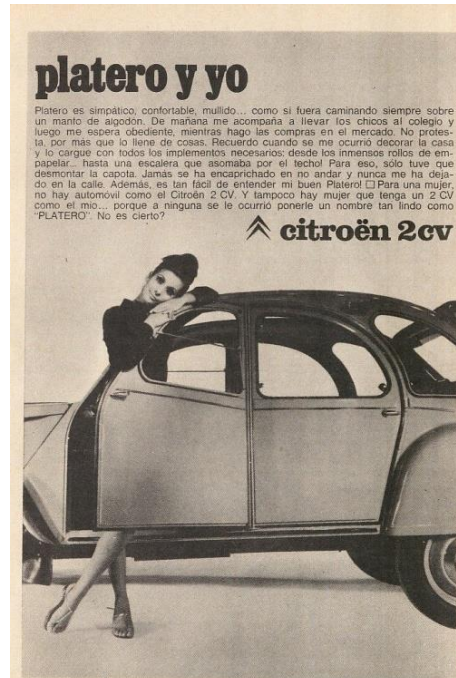


Figura 21: “Platero y yo”, Publicidad Citroën 2 CV, 1968.

Los mandatos modernos entrelazados a las viejas exigencias suponían una mayor dedicación para mantener su casa, cuidar de los suyos, ocuparse de la carrera profesional propia y la de su marido; pero también para estar guapas y presentables, y ser expertas en sus cocinas. Sobre todo, era fundamental que estén contentas (Valcárcel, en Friedan, 2009). La felicidad pasaba a ser un mandato; el valor de la felicidad se estaba feminizado. Mientras la gloria se asociaba a lo masculino, la felicidad era femenina, una obligación tanto individual como familiar.

3. Femenidades renovadas

La prensa femenina era un escenario de las contiendas por el sentido de las transformaciones en la vida de las mujeres. Una posición moderada y moderadora situaba el eje de disputa en el campo del nuevo modelo de femineidad. Se discutía

el valor de la libertad, la independencia o la emancipación y se intervenía sobre el significado de estos conceptos.

Una nueva feminidad se propagaba identificada con las jóvenes modernas, difundida desde tiempo atrás en el ámbito publicitario. Bajo esta figura, *Evanol*, ‘el calmante femenino’ se vendía en 1968 con el slogan: ‘moderna, actual, muy femenina y natural’. Presentaba la imagen de una joven blonda, que usaba ropas coloridas y ojos muy maquillados, pintando risueña, leyendo el diario en la calle, o en una pose más romántica con una rosa cerca de su rostro.



Figura 22: “Moderna, actual, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, 1968.

La misma campaña mostraba un anuncio con la imagen de una mujer contrapuesta a aquella aniñada. Madura, con vestimenta elegante y discreta, con su cabello recogido, se presentaba siendo entrevistada o sonriente, atendiendo un teléfono. Por último aparecía con una mirada insinuante –erótica- y su cabello suelto, bajo el lema: “moderna, activa y muy femenina” (Publicidad *Evanol*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 221).



Figura 23: “Moderna, activa, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, *Femirama*, 1968.

Cuatro años antes la marca mostraba a una imagen similar de mujer vestida de traje, con gafas, peinado alto y mirada pícaro hacia la cámara: “Porque la mujer moderna necesita vivir plenamente todos sus días [...] segura de sí” (*Claudia* Nº 87, 08/64: 10).



Figura 24: “Naturalmente...”, Publicidad *Evanol*, *Claudia*, 1964.

La publicidad instaba a la mujer a ser feliz, moderna, segura, plena, activa. Las publicidades de productos ‘íntimos’, como ‘el algodón femenino’, apelaban a la búsqueda de complicidad con las lectoras. La marca *Delsa* presentaba la ilustración de una mujer guiñando un ojo a la espectadora y mostrando su espalda desnuda (*Maribel* N° 1640, 08/64: 21).



Figura 25: “El algodón femenino”, Publicidad *Delsa*, *Maribel*, 1964.

El significante ‘mujer moderna’ había sido usado desde hacía décadas por la prensa femenina. La tradicional *Para Ti* estaba también destinada a la mujer moderna. La polisemia de estos términos implicaba diferentes sentidos según las editoriales, y aún dentro de una misma revista, suponía una diversidad semiótica que ponía de relieve en los estilos de mujeres contruidos en las notas, las narrativas y las publicidades.

Mientras se naturalizaba la condición femenina en términos de esposa, madre y ama de casa, se ofrecía un amplio panorama del mundo no doméstico donde no faltaban elogios a mujeres intelectuales como Simone de Beauvoir o reportajes sobre la discriminación salarial y profesional de las mujeres. Con frecuencia, las contradicciones a los mandatos domésticos remitían a estándares extranjeros que podían considerarse excentricidades curiosas, válidas en otras latitudes o en los círculos más ilustrados de la Argentina. En ese vaivén quedaba definido el

carácter moderno de la mujer, con una actualización del modelo femenino. Las notas sobre los patrones femeninos vigentes en el extranjero eran contrabalanceadas cuidadosamente por opiniones que, sin ubicarse en las antípodas, rechazaban expresamente la impugnación corrosiva a la condición doméstica femenina.

La publicidad apuntaba a ubicarse en la vanguardia, interpellando a la mujer de manera provocadora pero, obviamente, sin asumir una posición por completo disruptiva. Buscaba cautivar al segmento de público de las mujeres que parecía especialmente interpellado por el nuevo estilo femenino sin que eso significase una radicalización que cuestionara el género en sí mismo de las revistas femeninas.

La revista *Maribel*, destinada a “la mujer nueva y fuerte”, hacía un uso prolífico de ilustraciones de mujeres jóvenes, que se mostraban felices, con vestimentas coloridas, descontracturadas pero con un dejo de inocencia (Sumario, *Maribel* N°1637, 21/06/64: 3).



Figura 26: “Sumario”, *Maribel*, 1964.

Una estructura se repetía frecuentemente en las revistas femeninas: una nota mostraba osadía y a continuación otra llamaba a la compostura; una celebraba a la mujer liberada y otra se preocupaba por su masculinización y desdicha (Felitti, 2010). Así, en la tensión entre los viejos y nuevos mandatos, las mujeres

modernas se enfrentaban con varios dilemas. El ideal de esposa de la cual dependía el éxito o fracaso del matrimonio debía convivir con nuevos ideales de mujeres jóvenes más ‘liberadas’, que, sin embargo también oscilaban entre la libertad sexual y las ‘viejas estructuras’ que las impulsaban a la familia, el hogar y los hijos (Cosse, 2010).

Maribel interpelaba a la mujer a ser “dueña de sí misma” (Giberti, E. “El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel* s/n, 1964: 27), dando para ello ‘orientación psicológica’, de la mano de Eva Giberti:

“...‘*Maribel*’ contribuye a que la mujer argentina, la mujer nueva y fuerte, salga del área de pasividad impuesta por ciertos tabúes para enfrentar su propia realidad. La línea divisoria entre los problemas ligados al sexo y la familia, tiende a desaparecer” (Giberti, E. “El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel* s/n, 1964: 26).

Las nuevas orientaciones psicológicas proponían un estilo de madre y ama de casa con intereses culturales, realizada profesionalmente, cuya meta no era sólo la felicidad de su familia sino la de ella misma. Se aconsejaba a las lectoras a dedicar más tiempo y dinero a las cosas que deseaban.

Para las jóvenes modernas la felicidad ahora podía pasar por sentirse activas, por tener un trabajo de secretaria y una vida entretenida, de consumo, con, por supuesto, algún romance. Así lo exponía una publicidad de leche *Phillips*:

“Marcela. Llegó media hora antes. Pasó un larguísimo informe. Atendió 15 llamadas telefónicas. Tomó dictado. Coordinó las citas de su jefe. Almorzó (y cuánto). Se compró zapatos. Volvió a la oficina. Pasó la correspondencia. Tomó el té. Archivó y ordenó su escritorio. A las 6, se encontró con él y fueron al cine. Volvió a su casa descansada! –y muy, muy feliz!- ANTES NO ERA ASÍ...antes no era tan alegre... activa... vital” (Publicidad *Phillips*, *Para Ti* N°2339, 08/05/67: 111).



Figura 27: “Marcela”, Publicidad *Phillips, Para Ti*, 1967.

Con un discurso que feminizaba una profesión, como la de secretaria, mientras el jefe era masculino, se difundía un nueva preocupación de y para las mujeres por ser activas.

4. Malestares femeninos

La mujer moderna se construía también como problema. Su naturaleza, su conducta, los sentimientos que inspiraba o experimentaba, las relaciones permitidas o prohibidas que podía vivir, eran temas de reflexión, de análisis y prescripciones. Al mismo tiempo, las ciencias sociales y naturales posicionaban a la mujer como objeto de estudio (Perrot, 2008).

“¿Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?”, interrogaba la revista *Karina* (*Gente* N° 193, 03/04/69: 5). La imagen mostraba el rostro de una mujer rubia, de mirada negra y profunda, sin sonrisa.



Figura 28: “Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?”, Publicidad *Karina*, *Gente*, 1969.

Cuando la mujer se tornaba un ‘enigma para sí misma’, el psicoanálisis llegaba en su socorro. “¿Por qué va la mujer al psicoanalista?”, interrogaba *Maribel* (Nº 1646, 22/09/64: 6):

“La mujer de hoy ha salido a conquistar el mundo: una vida intensa, compleja, llena de interrogantes, la ha atrapado en sus redes. Ahora sólo le queda desenredar la madeja y a veces sólo la ciencia puede desenredarla” (: 6).

Desde un discurso evolucionista de la historia cultural describía una situación problemática en relación a los cambios en las pautas de género y realizaba un diagnóstico:

“La situación de la mujer en la sociedad moderna y su creciente participación en la vida pública y profesional, que supone una etapa de transición hacia formas más evolucionadas, le ha traído conflictos inesperados, puesto que ahora tiene que asumir las responsabilidades que le acarrearán sus nuevos derechos, sin abandonar sus tradicionales deberes de esposa, madre y ama de casa.

Actualmente la mujer se halla dividida entre sus intereses profesionales o vocacionales y su realización amorosa. Esto supone que debe darse un equilibrio entre ambas tendencias, pero ello le exige una permanente tensión, que acaba por afectar su bienestar psíquico. Voluntaria o forzosamente, ha invadido el campo que antes estaba reservado a los intereses masculinos. El eterno femenino ha dejado paso a un nuevo tipo de mujer, liberado, muchas veces, sólo en apariencia. Sin duda, la mujer puede ahora elegir su destino e incluso tomar la iniciativa en lo que se refiere a su vida sexual. Pero, en realidad, su conducta se aparta con frecuencia de las leyes biológicas y psicológicas” (: 6).

Se aconsejaba la terapia psicoanalítica para resolver estas tensiones, cuyo tratamiento suponía un recorte de clase: ‘La clase media es la que mejor se adapta’ (: 6), cuyas mujeres ahora tenían tiempo para reflexionar acerca de su situación:

“La mujer, más dedicada a las tareas domésticas, no ha tenido tanto tiempo para reflexionar, y a menudo ha constituido un enigma para el hombre y también para sí misma.

Parece una de las características de los tiempos actuales la intensificación de la curiosidad de las mujeres por su propio yo, el deseo de adentrarse en su personalidad oculta. En cierto modo, es una compensación por el largo tiempo en que no se la ha considerado un ser pensante. Ahora, la mujer quiere saber el cómo y el por qué de su situación respecto del hombre y de la sociedad y por eso busca ayuda en el psicoanálisis” (: 7).

Desde un discurso psicoanalítico, los conflictos que presentaban las mujeres eran “...sexuales (frigidez absoluta y relativa, sobre todo); afectivos e intelectuales (dificultades de estudio o rendimiento en el trabajo)” (: 22); pero también “...‘generacionales’, entre madres e hijas fundamentalmente” (: 22). Y en las mujeres solteras, decía hallarse una “...conducta masoquista (que se hace daño a sí misma) con respecto a la sexualidad” (: 22).

Las notas sobre malestares psicológicos de las mujeres se replicaban en las revistas. “¿Te sientes culpable?”, preguntaba *Maribel* (Nº 1479, 20/06/61: 62). Con un discurso que naturalizaba el sentimiento de culpabilidad, se alegaba que éste enviaba el encanto femenino, impidiendo el desarrollo de la autoestima: “Una mujer bien centrada no debe subestimarse [...] Es evidente que nadie va a quererte, a menos que sientas alguna clase de afecto por ti misma” (: 63).

Desde el difundido enfoque freudiano, se asociaba el sentimiento de culpa a la sexualidad ‘natural y universal’:

“No es posible ocuparnos de la culpabilidad sin considerar sus implicaciones con el sexo. Freud fue el primero en descubrir los enormes alcances de esta fuerza poderosa. Parece inexplicable que hayan sido necesarios tantos siglos para que pudiéramos admitir con libertad que el sexo es algo natural” (: 63).

Esta posición discursiva arremetía contra los prejuicios religiosos en materia de sexualidad:

“...el instinto sexual es universal, es decir, común a todos los seres humanos, sin distinción de raza, sexo o edad y lo único que debía alarmarnos a este respecto, sería carecer de él [...] Cuando la religión nos exige reprimir con vergüenza ciertas emociones, puede que nos esté empujando hacia algún trastorno psíquico” (: 74).

El discurso alentaba la legitimación del placer sexual, sin culpa, en pos del encanto femenino:

“Ciertas posiciones extremistas que se producen en cualquier secta religiosa, son responsables de que muchos sean incapaces de disfrutar los placeres que la vida les ofrece sin hacerse algún íntimo reproche [...] Pero no te olvides que dentro del cuadro general de tu vida, el placer desempeña un papel importante y que debes disfrutarlo libre de culpa, porque él también contribuye a madurarte emocionalmente y, en consecuencia, aumenta tu encanto” (: 74).

Frente al sentimiento de culpa ante los errores del pasado, aconsejaba: “No te ocupes más de ellos, aunque –por qué no decirlo- eso te reporte cierto placer masoquista” (: 63).



Figura 29: “¿Te sientes culpable?”, *Maribel*, 1961.

Las revistas también hablaban de los malestares de las jóvenes de cara a los nuevos horizontes vitales. Lectoras adolescentes de *Maribel* escribían al consultorio sentimental:

“...tenemos un problema muy común entre nosotras [...] Y del futuro, ¿qué?... Nos casaremos, tendremos un hogar, hijos y... todo será igual. Si permanecemos solteras y trabajamos, también todo será igual [...]. Europa u otros continentes nos interesan, pero jamás los visitaremos, porque nuestra posición social no es tan elevada como para permitirnos viajar” (“En voz baja”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 28).

Ante las aspiraciones de las adolescentes, la consejera respondía: “Sin ánimo de prejuzgar, me inclino a pensar que están ustedes bajo la influencia de un grupo ‘existencialista’, de cabellos desgreñados y gastados ‘blue-jeans’ de lustrina” (: 28). Se criticaba la rebeldía y se difundían preconceptos frente a los nuevos modos de comprender la vida de algunos sectores juveniles.

Friedan (2009 [1963]) denunciaba que en la época: “...la sociedad estaba menos interesada en saber lo que aquellas mujeres estaban haciendo como personas en el mundo que en preguntar: ‘¿Por qué una chica tan simpática como tú todavía no se ha casado?’” (: 42).

Pero entonces, en las mismas casadas, había percibido un malestar sin nombre:

“Tal malestar no llegaba a ser depresión; era una especie de insatisfacción creciente. Y, sin embargo, aquellas mujeres ‘lo tenían todo’, una carrera, una casa en las afueras con su barbacoa en el jardín, marido, tres o cuatro hijos... Y un porvenir de más de lo mismo: más camas por hacer, más cenas por preparar, más listas de la compra para anotar... La vida completa en ese mismo marco y las revistas femeninas para instruir las en cómo vivirla. Ellas no tenían otro horizonte. ¿Era eso todo? Daba la impresión de que la vida, la de verdad, quedaba un poco más allá” (Valcárcel, en Friedan, 2009: 10).

Esta especie de depresión, radicada en ‘la mística de la feminidad’ aparecía como un enfado consigo mismas cuando sentían que anhelaban algo más:

“¿Qué hacía que la mística pareciera inevitable, absolutamente irreversible, y que cada mujer pensara que estaba sola ante ‘el malestar que no tiene nombre’, sin darse cuenta jamás de que había otras muchas mujeres a las que no les producía el menor orgasmo sacar brillo al suelo del cuarto de estar?” (Friedan, 2009: 13).

La autora exponía que muchas mujeres en la época se sentían mal, sabían que algo no iba bien en su matrimonio o que algo les pasaba a ellas, pero a la vez pensaban que las demás mujeres estaban satisfechas con sus vidas:

“¿Qué clase de mujer era ella si no sentía aquella misteriosa plenitud encerando el suelo de la cocina? Estaba tan avergonzada de tener que reconocer su insatisfacción que nunca llegaba a saber cuántas mujeres más la compartían. Si intentaba contárselo a su marido, éste no tenía ni idea de lo que estaba hablando. En realidad, ella misma tampoco lo entendía demasiado” (: 55).

Con el farmacocapitalismo en desarrollo, los malestares comenzaban a medicalizarse. Las mujeres insatisfechas tomaban tranquilizantes, pensaban que se trataba de un problema con el marido o con los hijos, o que necesitaban volver a decorar la casa, trasladarse a un barrio mejor, tener una aventura amorosa o un nuevo bebé. La tesis de Friedan sostenía que, del mismo modo que la cultura victoriana no había permitido a las mujeres aceptar o satisfacer sus necesidades sexuales básicas, en la década estudiada, la cultura no permitía a las mujeres aceptar o satisfacer la necesidad básica de crecer y desarrollar su potencial como seres humanos, "...necesidad que no se define exclusivamente a través de su rol sexual" (: 115). El malestar se asociaba a la ansiedad propia del hastío vital, patente en la esposa que:

"Espera todo el día que su marido vuelva a casa para que la haga sentir viva. Y ahora es el marido el que no tiene interés. Es terrible para una mujer estar allí tumbada, noche tras noche, a la espera de que el marido la haga sentirse viva'. ¿Por qué hay semejante oferta de libros y artículos que ofrecen asesoramiento sexual? El tipo de orgasmo sexual del que Kinsey halló un dato estadístico revelador en las recientes generaciones de mujeres estadounidenses al parecer no ha acabado con el malestar" (: 66).

En las casadas, la 'mística de la feminidad' doméstica, las dejaba, según Friedan (2009):

"... en estado de larva sexual e impidiéndoles alcanzar la madurez que potencialmente tienen. Y cada vez hay más pruebas de que la incapacidad de la mujer de crecer para desarrollar del todo su identidad ha perjudicado su plenitud sexual en lugar de enriquecerla, la ha condenado virtualmente a ser una mujer castradora de su marido y de sus hijos y ha causado neurosis, o un malestar que todavía está sin identificar como neurosis, equivalente al que causa la represión sexual" (: 115).

Caídas en las tentaciones del conformismo, existía en estas mujeres ese malestar:

"Aun cuando el hombre la amaba como niña, como muñeca, como objeto decorativo; aun cuando le diera rubíes, sedas y terciopelos; aun cuando estuviera calentita en su casa, segura con sus hijos, ¿acaso no iba a anhelar algo más?" (: 120).

Para Ti documentaba uno de estos malestares femeninos: "...algunas mujeres que después de años de dedicarse por entero a los demás, se sienten solas y desorientadas" (Publicidad *Para Ti*, *Gente* N°222, 23/10/69: 83). Mientras tanto, *Life* analizaba lo que consideraba una neurosis femenina:

"La mayoría de las mujeres se ponen neuróticas porque creen que su deber es complacer a los hombres. Si una mujer resiste, le sobreviene una depresión nerviosa y el psiquiatra le dice que es una frustrada sexual. Frustrada sólo es, pero no por culpa de su vida sexual" ("Experimentos matrimoniales", *Life* en español Vol. 34, N° 7, 06/10/69: 49).

Muchas veces, los consejeros sentimentales descartaban el malestar, diciendo a las lectoras consultantes que no se daban cuenta de la suerte que tenían. *Femirama*, por ejemplo, aconsejaba reiteradamente el conformismo: "Acepte las cosas como son y confórmese con lo que tiene" ("Los especialistas contestan", *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 256), era una respuesta repetida por la 'especialista' Delia del Solar.

Se aconsejaba a las mujeres alegrarse por lo que 'la vida les daba o les brindaba'. Mandatos como: 'quíralo' –al marido- o 'confórmese' clausuraban la posibilidad de otros discursos y prácticas, apuntando a rectificar los comportamientos de las lectoras que 'no se daban cuenta' o desconocían cómo era el modo correcto de comportarse frente a las relaciones amorosas. Se insinuaba así el carácter inmodificable del orden sentimental: "No permita que su carácter se agríe y no se amargue por lo que no tiene. Mucho más importante y valioso es lo que la vida le ha dado ya" (: 256), aconsejaba la especialista. Afirmaba, al mismo tiempo, que "... la felicidad no está en relación directa con la materialidad de la vida" (: 256), al tiempo que enunciaba como valores 'inmateriales' a 'las virtudes de una mujer', a saber: "la modestia, la resignación, la sumisión" (: 256).

Pero las cartas de las lectoras no dejaban de hablar de deseos y aspiraciones que se oponían a la resignación aconsejada por las especialistas. Muchas jóvenes empezaban la rebelión por sus casas y la ruptura generacional en el seno doméstico no dejaba de acarrearles cierto malestar. Desilusionadas con lo que la vida le había brindado muchas veces se llevaban mal con sus familias. Las palabras de la especialista eran inamovibles: "Acepte el cariño que le brindan sus padres; júzuelos con el corazón y no solamente con la cabeza. ¿No se da cuenta de que todo lo que ellos hacen es por cariño a usted?" ("Los especialistas contestan",

Femirama, Especial Navidad, 12/67: 214).

De este modo, una revista autoproclamada actual, moderna e ilustrada como *Femirama* no dejaba de entronizar el orden familiar tras las voces autorizadas en cuestiones sentimentales. Las mujeres debían sentirse plenas con lo que tenían y aceptar lo que les tocaba.

Las dificultades por las que pasaban las mujeres eran también económicas. *Maribel* registraba que las mujeres se debatían entre dificultades materiales, necesitaban trabajar o arreglarse con el dinero que su marido les daba; “Y cuando su jornada normal ha terminado tiene que coser, lavar, planchar” (“La mujer de hoy y el materialismo”, *Maribel* N° 1586, 23/07/63: 76). Este problema era aún peor entre las casaderas:

“Si está de novia, las dificultades se acumulan, porque casarse es actualmente una empresa audaz. No basta hacer economías, ni aun durante mucho tiempo y aunque se resista a la inflación. Es necesario recurrir a los créditos, comprar con circunspección, renunciar a muchas cosas... y convencerse, al mismo tiempo, de que todos esos esfuerzos no son vanos, que el novio sigue siéndole fiel y que su amor no se enfría, hasta llevarle, finalmente, a casarse sólo por obligación” (: 76).

La independencia era un camino arduo ante las tentaciones de la facilidad o comodidad de amoldarse a la sujeción matrimonial, decía De Beauvoir:

“Todavía no se ha comprendido lo suficiente que la tentación es también un obstáculo, y uno de los más peligrosos. Aquí la mujer, además, se engaña, porque de hecho sólo habrá una ganadora entre millares en la lotería del matrimonio ideal. La época actual invita a las mujeres al trabajo, incluso las obliga a ello, pero hace brillar a sus ojos verdaderos paraísos de ociosidad y delicias, exaltando a las elegidas muy por encima de las que permanecen clavadas a este mundo terrestre” (2007: 134).

Contra las tentaciones del conformismo se enarbolaban entonces las banderas del feminismo, cuyas obras de cabecera pertenecían a las citadas De Beauvoir y Friedan.

5. El feminismo de los '60 en el país

A partir de los años '60, el siglo XX fue testigo de una nueva ola feminista de marcado carácter político. El feminismo radical hizo su aparición en el continente

americano, en Europa y otras partes del mundo, dando inicio a un proceso de conquista de derechos en un momento de avance y luchas políticas de las mujeres.

El feminismo latinoamericano de la época era urbano, de clase media e ilustrado. Articulado alrededor del principio ético y político de la igualdad, había nacido vinculado a la izquierda, a los movimientos de liberación de la mujer y la teología de la liberación. Tales vinculaciones fueron una fuente inagotable de debates en el propio movimiento y de tensiones con una izquierda que muchas veces no supo entender políticamente las vindicaciones feministas y negó la especificidad de su lucha política.

En este marco, la radicalidad política no suponía necesariamente radicalidad sexual (Cosse, 2010). En algunos discursos del pensamiento de izquierda se juzgaba con conservadorismo la anticoncepción o la diversidad en las relaciones de pareja. La radicalidad política no implicaba una posición semejante respecto del orden de género y la moral familiar, y por ello la izquierda no asumió las demandas de liberación sexual como propias. Por el contrario, muchas veces las asoció al imperialismo, las aspiraciones pequeñoburguesas y la sociedad de consumo:

“Desde esas claves, la revolución sexual fue concebida por un amplio espectro de actores, entre ellos la iglesia católica y la izquierda revolucionaria, como expresión de una dependencia cultural de la cual el pueblo argentino debía liberarse” (Cosse, 2010: 212).

La moral revolucionaria era estricta, ya fuera por motivos de seguridad o porque se pensaba que la ‘revolución sexual’ era una distracción burguesa. El control de la natalidad tampoco era bien visto ya que los hijos constituían la retaguardia de la revolución y daban motivos para la lucha. En ocasiones hasta se mantenía el valor de la castidad (Felitti, 2012).

Para muchas agrupaciones –especialmente aquellas que se fueron volcando a la lucha armada- la igualdad entre varones y mujeres sería consecuencia directa del proceso de transformación radical que se perseguía y no una cuestión por la que se debía luchar específicamente. Si bien se enlazaba la organización de la familia con los cambios económicos y sociales, se advertía que no se deseaba instaurar el amor libre o la aventura sexual como norma de las relaciones amorosas y se declaraba partidaria de la monogamia fundada en el amor.

El feminismo, profundamente marcado –y en ocasiones, ahogado– por la politización, se superpuso en Argentina, a los movimientos de resistencia a los gobiernos de facto. También se relacionó al proceso de modernización de los centros urbanos del país (Trebisacce, 2010). Las feministas y los discursos modernos establecieron una relación de la que supieron nutrirse y rechazarse mutuamente. Los medios masivos muchas veces ironizaban respecto del feminismo mientras que las feministas denunciaban las ambigüedades del discurso modernista.

Las denuncias al devenir de la mujer como pasivo objeto de consumo compartía algunos aspectos con los discursos modernizadores que pugnaban por una mujer activa (Trebisacce, 2010). Las reivindicaciones feministas dialogaban con los discursos modernizadores, incluso con los de la prensa femenina, al proclamar que querían actuar, moverse, investigar, ser independientes, poder manejar sus propios cuerpos y ser dueñas de sus sexualidades. Pero a la vez, se oponían al ‘ser femenino’ pasivo, hogareño, algo tonto, que vivía para ‘pescar marido’, que también construían las revistas.

Las feministas de los ‘60 fueron un actor político que no se inscribió completamente ni en el proceso de radicalización política ni en el de modernización, pero que habitó conflictivamente ambos. Batalló desde la propia prensa femenina y también fue parte de la modernización, sin procurar –o sin conseguir– ubicarse en una externalidad radical (Trebisacce, 2010).

Las primeras organizaciones en el país, como la Unión Feminista Argentina, se formarían recién a comienzos de la década de 1970. No obstante, en los ‘60, se difundían consignas feministas en la prensa, infiltradas por ciertos sectores progresistas. En varias revistas femeninas –no sólo en *Claudia*–, los reportajes y notas periodísticas daban muchas veces una visión amable del feminismo y compensaban las posturas más radicales con la exposición de discursos más conservadores, en torno a temáticas convocantes como la difusión de la píldora o los cambios en las relaciones de pareja.

La vinculación entre las mujeres y el poder era un tópico de época, que, por ejemplo, ocupaba la portada de *Maribel* en junio de 1965 (N°1681, 08/06/65). Con el titular ‘Mujeres en el poder’, acompañado, paradójicamente por la ilustración



Figura 31: “La mujer toma las armas”, *Maribel*, 1964.

Silvina Bullrich era una de las encargadas de promover los discursos feministas en *Maribel*. “El voto como símbolo de responsabilidad” (*Maribel* N° 1583, 02/07/63: 3) era una nota de su autoría que discutía con las reticencias de algunas mujeres para asumir deberes y derechos políticos, al tiempo que formulaba un discurso evolucionista:

“Nosotras hemos venido cuatro siglos después para luchar por la dignidad humana. [...] La lucha de razas, la lucha de clases o la lucha de sexos podían aparecer inexistentes mientras estaban adormecidas, pero ahora es tarde para echarse atrás. Ya se acabaron las épocas en que el hombre podía mantener solo un hogar; en que un padre, un hijo, un hermano, hasta un miembro lejano de la familia, si era hombre, se sentía con la obligación de alimentar y proteger a las mujeres de su casta. Ahora, cualesquiera sean las vicisitudes que una mujer tenga que pasar, aunque el marido la abandone sin un centavo, aunque tenga que mantener hijos menores, aunque esté mal preparada, mal educada, aunque su instrucción sea deficiente y su salud precaria, la sociedad considera que debe trabajar para bastarse a sí misma. Lo que la mujer todavía no sabe, porque no se lo han inculcado, en cambio, es que trabajar sin porvenir y sin aspiraciones es un castigo; trabajar bien preparada, con un título en la mano, con capacidad y con vocación es una dicha mil veces más intensa que la ociosidad” (: 3).

Para el discurso feminista, el rol de la mujer doméstica también se ampliaba, sin perder las antiguas obligaciones: “Ahora el hombre no nos necesita solamente en el hogar, en la intimidad, o para el lustre de su vida social, o para tener y criar a sus hijos; ahora nos necesitan como compañeras y como electoras” (: 4). El desempeño

doméstico y la función de la esposa se reivindicaba como trabajo y no como ‘labores’:

“No es justo que los hijos y el marido puedan cargar sobre la mujer los trabajos más oscuros, más pesados, más cotidianos, y todavía darse el lujo de afirmar que ellos trabajan y que ella en cambio no hace nada. ¿Qué haría un obrero con una mujer que no supiera cocinar, lavar, fregar, que no tuviera salud para trajinar de la mañana a la noche, de la hornalla a la batea y a la cuna y al colegio? ¿Qué haría un embajador con una mujer que no supiera mantener el pesado rango de embajadora?” (: 4).

Desde una visión eminentemente conyugal, la mujer y sus funciones eran indispensables para la vida del varón:

“De ella depende también que el marido aproveche su juventud y sus buenas rachas en inversiones sólidas que le formen una fortuna para la vejez. Todos podemos observar a diario la vejez desamparada de los hombres que han tenido mujeres frívolas y vanidosas, que han vivido en un tren que no correspondía a sus medios” (: 5).

Bullrich sostenía que en Estados Unidos, Israel y los países nórdicos existía “... una igualdad total e indiscutible entre el hombre y la mujer” (: 5); lo cual estaba en desacuerdo con la descripción de la vida de las mujeres casadas que daba Friedan en *La mística de la feminidad* de 1963. Bullrich exaltaba el poder de la mujer en aquellos países diferenciándolas de las latinas:

“El error de la mujer latina, la española, la francesa, la sudamericana en general, la italiana, en fin, como acabo de decirlo, de la latina, es exigir derechos sin asumir deberes. Y eso no está bien. Ningún derecho debe llegar a nosotros sin ir hermanado con un deber, de lo contrario, la libertad pierde su sentido sagrado y reverencial para convertirse, la mayoría de las veces, en libertinaje” (: 5).

La feminista argentina afirmaba, en contraposición a la mayoría de los posicionamientos de las revistas femeninas y la publicidad de la época, que mujer moderna se consideraba libre pero no era más que una apariencia:

“Ser una mujer moderna no es haber adquirido derecho de fumar o de beber whisky, de conducir un automóvil, amar transitoriamente y trasnochar en Saint Tropez. El homenaje que la mujer moderna le debe a sus esclavizadas abuelas es demostrar cuánto valor intelectual, cuánta energía vital, cuánta actividad creadora se desperdiciaban en nombre de no sé qué vagos e indefinidos prejuicios de sexo” (: 5).

El tema de la ‘igualdad de sexos’, cuando aún no se hablaba de géneros, era candente, sobre todo en vísperas de elecciones. Hasta la publicidad lo utilizaba para vender productos: ‘¿La mujer decide?’, preguntaba un anuncio de *Celulosa*

Argentina, en 1967. Ante lo cual respondía: “Sí, la mujer decide a la par del hombre, acompañándolo en sus actividades. Y sus decisiones significan progreso, porque son decisiones tomadas con responsabilidad”. El aviso se dirigía expresamente “a la mujer ama de casa, a la mujer que trabaja, a la mujer que debe decidir o apoyar una decisión preocupada por el bienestar y porvenir de los suyos” (“La mujer decide?”, Publicidad Celulosa Argentina, 1967).

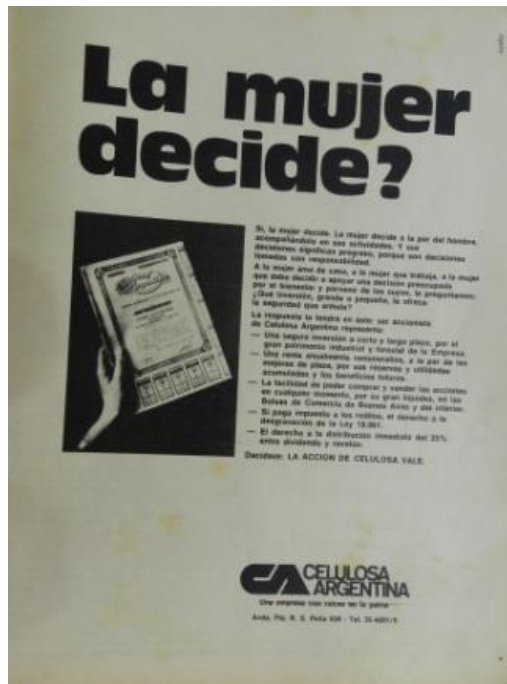


Figura 32: “La mujer decide?”, Publicidad Celulosa Argentina, 1967.

El discurso feminista impregnaba las notas de opinión, problematizando la difundida ‘igualdad de los sexos’:

“Debemos adaptarnos a nuestra nueva situación en el mundo, debemos –sobre todo- examinar nuestras relaciones con los hombres. Las dificultades de entendernos con el otro sexo no son solamente debidas a ellos; son más bien causadas por nosotras mismas. Estamos con un pie en el presente y con otro en el pasado, y el resultado es que nuestro comportamiento oscila con frecuencia entre una exagerada confianza en nuestra fuerza y una debilidad predispuesta a ceder. Por muchos que sean nuestros derechos, la verdad es que no somos hombres. No lo somos todavía, y, probablemente no lo seremos jamás. La diferencia de sexos es más que biológica: resulta igualmente de las costumbres que son una herencia, transmitida de generación en generación y fijada en la conciencia humana” (“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63: 73).

Más allá, o más acá, del feminismo, era notorio que el horizonte de expectativas de muchas jóvenes argentinas se diferenciaba del de las mujeres de la

generación anterior²²:

“Es cierto que no todas conocieron las tesis de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir -libro que llegó a figurar en las listas de best-séllers de Buenos Aires-, pero la idea de que la vida de una mujer no estaba trazada de antemano dejó para siempre el reducto exclusivo de damas como Victoria Ocampo para extenderse por toda la sociedad. Al fin y al cabo, la cultura de los jóvenes también removi6 la cuesti6n de g6nero” (Pujol, 2002: 65).

Estos discursos hablaban de una mujer moderna que ya no aceptaba d6cilmente la sujeci6n dom6stica, con nuevas aspiraciones de individualidad y alguna apertura hacia nuevas ideas sobre las relaciones amorosas y familiares:

“... esa Nueva Mujer, menos sedosamente femenina, tan independiente y decidida a encontrar una vida nueva y propia, era la hero6na de un tipo distinto de historia de amor. Era menos agresiva en su af6n por encontrar a un hombre. Su apasionada implicaci6n en el mundo, su propio sentido de s6 misma como individuo, su confianza en s6 misma, le daba un sabor distinto a su relaci6n con el hombre” (Friedan, 2009: 76).

Algunos relatos en la prensa femenina hablaban de mujeres que daban pasos para construir su independencia y para asomar a una vida amorosa m6s aut6noma. Se animaban a dejar encierros, limitaciones y, sobre todo las j6venes, se permit6an asomarse a experiencias –entre ellas, las er6ticas- menos encorsetadas:

“Sin duda, ese desamarre de la moral convencional signific6 una torsi6n de la subjetividad, puesto que se trataba de un aprendizaje del cuerpo, de un conocimiento que alteraba en buena medida la conjura patriarcal relacionada con su control. Finalmente parec6a que muchas mujeres acced6an al erotismo. Sin embargo, la censura aparec6a siempre: se pod6an hacer muchas cosas, pero tambi6n hab6a que parecer” (Barrancos, 2010: 228).

Sin embargo, la renovaci6n period6stica a veces descalificaba las luchas feministas. Un argumento frente a la avanzada feminista era, como en d6cadas anteriores, la p6rdida de la feminidad. El propio Julio Mafud, escritor de *La Revoluci6n sexual argentina* (1966) mostraba preocupaci6n por el avance problem6tico del g6nero, la p6rdida de cierta esencia de lo femenino y las nuevas conductas de las mujeres que pod6an masculinizarlas (Barrancos, 2010).

²² En este sentido, el comic de Mafalda cristaliz6 una perdurable ilustraci6n de la modernizaci6n cultural relacionada a nuevas expectativas femeninas. La creaci6n de Quino (Joaqu6n Salvador Lavado), que comenz6 a publicarse en Primera Plana en 1964, representaba a las nuevas generaciones para las cuales jugar a limpiar, lavar, planchar, coser y cocinar era una invitaci6n a repetir la mediocridad de sus madres. Susanita, en cambio, su mejor amiga, era la ant6tesis de la ni6a intelectualizada, que deseaba casarse y tener hijos.

Las revistas femeninas buscaban diferenciarse del feminismo al tiempo que reclamaban a los varones que acompañaran a los cambios de las mujeres. En *Maribel*, como contrapeso de las notas firmadas por feministas, se publicaban críticas a los avances en los derechos femeninos. Por ejemplo, en la nota titulada “La mujer 1963” (*Maribel* N° 1573, 23/04/63: 50), un ‘argentino medio’ expresaba su ‘opinión masculina’ sobre la mujer de época. El texto despotricaba contra los avances del feminismo, ya no en el marco de la igualdad de los sexos sino en ‘la guerra de los sexos’, luchando por reubicar a la mujer en su reino, el doméstico:

“Mientras que en el pasado se contentaban con ejercer su poder en forma subrepticia y mediante procedimientos sutiles, hoy han entrado en la lid y reivindican las formas exteriores de ese poder con sus estatutos y sus responsabilidades. Al mismo tiempo, según la falta de lógica característica en el sexo débil, desean seguir siendo en forma absoluta el objeto de las atenciones y miradas que anteriormente el hombre les prodigaba cuando su falta de defensa era evidente. Es como si un gato se comportara como un tigre y exigiera ser tratado como un dulce animalito doméstico al cual se le sirve leche en un platito” (: 50).

Denunciaba que: “El hombre ha soportado este ridículo estado de cosas con una docilidad sorprendente” (: 50), puesto que la docilidad era una cualidad femenina, no masculina. Además presentaba la amenaza de la contraofensiva viril ante los cambios en el modo de vivir de las mujeres:

“El movimiento masculinista crece por debajo de la superficie, y no sería de extrañar que un día ‘los derechos del hombre’ llegaran a ser un grito de batalla. Los mártires harán guerra de hambre antes que empujar los cochecitos de niños por los paseos públicos, mientras que los héroes se harán encadenar a las verjas de los edificios públicos para llamar la atención sobre las torturas que debe experimentar el sexo fuerte de parte de estas mujeres arrogantes que reclaman simultáneamente un abrigo de visón y una banca en el parlamento” (: 50).

Desde un discurso que asociaba el reclamo de derechos femeninos y feministas a la arrogancia, se describía el estado de cosas como una guerra entre el sexo fuerte debilitado y el sexo débil empoderado, prediciendo el caos futuro, y destinando a las mujeres a perder la batalla:

“Cuando los sociólogos escriban en el futuro sus tratados, harán notar que las mujeres han cometido un error fatal de cálculo al ‘decretar’ el derecho de elegir sus legisladores. La posteridad quizás compruebe que han trocado la realidad del poder por su sombra. En cambio, como madres y esposas, han reinado sobre los hombres desde los tiempos de Adán. Eran como un ejército admirablemente equipado y

‘*camouflado*’²³, colocado en una situación dominante, y he aquí que deciden descender al llano para atacar a las fuerzas de una artillería más poderosa” (: 50).

El discurso se respaldaba en el texto bíblico para recordar a las lectoras sus deberes únicos, inalterables y eternos: los de madres y esposas. También se amparaba en el recurso de autoridad de unos estudios sociológicos aún inexistentes, bajo el rango de una ciencia de moda en la época, que apuntaba a validar la predicción. Se respaldaba en la psiquiatría y el conductismo: “Los psiquiatras nos demuestran que la reacción de Pavlov más inmediata y angustiosa en un hombre es la que produce una sola palabra ‘Mujer’” (: 50).

Así, se hacía escarnio del feminismo, reclamando el retorno a un estado de ‘naturaleza femenina’, cuya plenitud sólo se alcanzaba a través de la pasividad, la aceptación de la dominación masculina y la maternidad nutricia, en un discurso de una misoginia demasiado visible para tratarse de una revista femenina.

Pero entonces, en el juego de contrapesos discursivos, *Maribel* publicaba en julio de 1964, otra nota firmada por Bullrich, titulada: “¡Qué miedo nos tienen los hombres!” (*Maribel* N° 1637, 21/07/64: 8):

“Según ellos, a la mujer siempre le falta un hombre: ese hombre, por supuesto, es él. No ningún otro; los otros, ya lo sabemos, no sirven para nada. En vano tratamos de describirles las proezas del representante del sexo masculino que estuvo o está en nuestra vida. Nuestro interlocutor nos escucha meneando la cabeza y nos mira con infinita piedad: ‘No sabés lo que es un hombre’, nos dice con ese melancólico desdén con que los grandes viajeros, renunciando a describir las bellezas del mundo, las resumen al dirigirse a un sedentario: ‘No sabés lo que es París... No sabés lo que es Florencia’. Naturalmente nuestra seguridad vacila, ¿ignoraremos lo que en verdad es un hombre?’” (: 8).

La autora narraba su experiencia y hablaba del derecho de las mujeres de negarse a un varón:

“Ellos pagan la comida, o el cine o la *boîte*... siempre claro, que no hayan venido a comer a nuestra casa o que no nos hayan mandado a nosotras entradas para un estreno. De todas maneras supongo que al volver de esos infructuosos *catch-as-can*, tendrán que resignarse a aceptar que el problema de esa mujer no es, sin duda, que ‘le falta un hombre’. ‘¡Bah!, se dicen al meterse en la cama sin haberse lavado los dientes (cosa que los hombres olvidan más a menudo que las mujeres), es una mujer frustrada, tiene un complejo de... bueno, de cualquier cosa, porque en materia de complejos para endilgarle al prójimo hay de todo como en botica.

²³ El error ortográfico al escribir esta palabra, derivada de camuflaje, se presenta en varias ocasiones. El vocablo estaba de moda entonces. De hecho aparece en otras ocasiones escrito como ‘*camouflage*’.

Porque ninguna mujer que no sea frustrada o acomplejada podría, normalmente, haberle dicho que no” (: 9).

Frente a un discurso que ponía en jaque ciertas prácticas masculinas, desde un afán moderador, la revista ese año también publicaba una encuesta titulada: “El hombre también ha cambiado” (s/n, 1964: 19), y presentaba una reflexión tendiente a contener los cambios:

“La mujer se intelectualiza cada día más, y por consecuencia, se hace menos impulsiva. El cerebro comienza a prevalecer sobre cualquier sentimiento. El gran empuje dado –quizás demasiado velozmente- a la independencia femenina en el último cuarto de siglo, ha llevado a extremos desaconsejables. Comprendemos que la separación antigua de ‘mujer-sentimiento’ contra ‘hombre-cerebro’ es demasiado primaria, pero hay jóvenes que olvidan su misión afectiva, su realización humana, para dedicarse totalmente a satisfacer su vocación. Tampoco puede hacerse un mito de la liberación. La mujer tiene que tomarla paulatinamente de acuerdo con las necesidades y situación personal, sin echarle todas las culpas al futuro esposo” (: 19).

Se decía que la independencia femenina llegaba a ‘extremos desaconsejables’ que debían moderarse. ‘La vida del hombre y la mujer’, o lo que luego se denominaría como las relaciones de género, era un tópico de moda: “...a través de los siglos los dos sexos van cediendo sus apodos de, el más ‘fuerte’ y el más ‘débil’”, exponía en su portada la revista *Karina* (*Gente* N° 219, 02/10/69: 22). Cuando esas relaciones se comprendían como una guerra, tenían como escenario no sólo el ámbito doméstico sino, especialmente, los espacios de trabajo, donde las mujeres iban ganando terrenos antes dedicados exclusivamente a los varones. Tal era el caso del ambiente publicitario, según exponía la nota de raigambre feminista en *Maribel* titulada “La publicidad, un mundo conquistado”:

“Cuando Simone de Beauvoir establece en “El segundo sexo” que el hombre condicionó el mundo para sí mismo mientras la mujer es ‘lo otro’, vale decir aquello que él ubica como le resulta cómodo, no pensó que la mujer se ingeniaria para ganar una buena batalla en la guerra de los sexos” (*Maribel* N°1656, 08/12/64: 8).

Las conquistas en los ámbitos laborales extradomésticos se justificaban apoyadas en un discurso feminista, de corte racionalista y evolucionista, asentado en el progreso y la modernización: “... cuando el hombre se vuelve racional se libera de los prejuicios y ya la mujer no es ‘lo otro’ sino una totalidad que en la lucha de la pareja humana libra para mover el engranaje del progreso” (: 8).

Desde una mirada cosmopolita, la revista *Life* registraba y bregaba por la

aceptación de los cambios en la igualdad sexual, desde una posición pluralista y anti discriminatoria:

“Muchos hombres norteamericanos consideran esta evolución como un reto y se oponen a ella, acaso porque se sienten sexualmente amenazados. Esos norteamericanos tal vez no comprendan todavía bien que esa evolución de la mujer es parte de los profundos cambios que están ocurriendo en toda la estructura social del mundo. El hombre debe reconocer que en el mundo de hoy, a ningún grupo, como grupo, puede tratársele como inferior a causa del color de su piel, de sus creencias religiosas, de sus orígenes nacionales... o a causa de su sexo” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español Vol. 32, N°8, 07/10/68: 58).

El modelo de la mujer independiente, moderna o liberada asumía el interés que le despertaba la sexualidad (Cosse, 2010) reclamaba autonomía de acción social y política, pero también emocional, sexual y personal. Pero entonces, se advertía que esta independencia y el éxito femenino podía ir en detrimento del amor: “- Hermosa, joven y triunfadora. Pero cerrada al amor. Así es la misteriosa Marie Laforet” anunciaba la revista *Karina* (*Gente*, N° 215, 04/09/69: 23).

En *La Revolución sexual argentina* (1966), Mafud mostraba la expansión de ciertas prácticas sexuales y, sobre todo, evidenciaba que las mujeres se disponían a ejercitarlas procurando mayor placer. Estas señales de autonomía aumentaban las preocupaciones de las familias –tanto progresistas como conservadoras- en torno de la sexualidad de las jóvenes (Barrancos, 2010). La novedad consistía en que las jóvenes apostaban a tomar riesgos con su libertad mucho más que a satisfacer la censura de la casa. Este era un tópico de la literatura y del cine. “Las tocables” se denominaba un filme cuyo estreno cubría la revista *Gente*:

“Son tocables si lo permiten. Cuando no quieren escupen, patean, arañan y se defienden tan bien como cualquiera. El problema de la libertad (esa que no atenta contra la de los otros) está planteado en una conversación de la película. Por navegar contra esa idea de que todo está bien mientras el otro asienta, las cuatro muchachas del ‘swinging London’ se meten en un lío descomunal en el que corren el riesgo de ser violadas, golpeadas y asesinadas” (“Las tocables. Con gusto no pica”, *Gente* N°193, 03/04/69: 23).

El texto actualizaba el peligro para las jóvenes de traspasar la línea del orden sexual y moral; pero a la vez miraba con simpatía estas nuevas liberaciones eróticas:

“...la idea original de mostrar cómo la juventud ‘mod’, ‘pop’, ‘beat’, o lo que sea, está demoliendo con el pico, con la pala, con las uñas y los dientes la protestante, rígida y maloliente moral victoriana, quizá para peor, pero con la chance de que la de ellos traiga un gran viento fresco que sople sobre las cenizas que durante siglos ha acumulado la hipocresía. [...] Meta y ponga, hacha y tiza, desde antes de los

títulos un espectáculo enceguedor salta desde la pantalla para golpear con imágenes eróticas, teñidas de humorismo, los ojos bizcos del espectador, llenándolos de color, música golpeada y ritmo de montaje” (: 23).

Ante semejantes escenas, el cronista d relataba con gracia que los ‘viejos de más de 60 años’ se iban del cine poco después del comienzo de la película: “Los miré y eran viejos y viejas que nacieron con barba blanca y rodetes sobre las orejas” (: 23). Lo viejo, lo joven, la libertad y los tabúes se enfrentaban en la crónica.

Para el feminismo, la autonomía sexual era un tema de debate. Parte del cauce feminista abogaba por la agencia de los derechos sexuales a diferencia del feminismo en sus inicios que había estado canónicamente asociado a la moral convencional y no habilitaba el registro erótico. Las feministas de principios de siglo XX no pensaban en los derechos de las sexualidades, de la misma manera que no se permitían ninguna perspectiva sobre lo erótico personal (Barrancos, 2015b).

Con la llegada de la segunda ola, el feminismo comenzaba a alentar el derecho al uso erótico de su cuerpo (Barrancos, 2015b). Se debatía el derecho de la mujer al placer sexual separado de la reproducción, mientras a la par se denunciaba la opresión sexual. Ambas miradas implicaban reconocer que la sexualidad era un campo de limitaciones, represión y peligro pero a la vez de exploración, libertad y autonomía para las mujeres:

“Este doble enfoque es importante, creemos, porque hablar únicamente de placer y gratificación es ignorar la estructura patriarcal en que se mueven las mujeres; pero hablar únicamente de violencia y opresión sexual equivale a ignorar la experiencia de las mujeres como agentes de sexualidad con opciones sexuales, y sin quererlo incrementa el terror y desengaño sexual en que viven las mujeres” (Vance, 1989: 219).

La época obtuvo un aumento de autonomía sexual para las mujeres. Para la historiadora Dora Barrancos (2011) el erotismo fue una conquista feminista de los ’60, cuando las mujeres comenzaron a cuestionar con más fuerza las obturaciones al deseo sexual y el placer apareció como uno de los lugares desde donde la rebelión frente a los viejos mandatos era posible.

Pero entonces, cierto feminismo continuaría asociando la sexualidad al peligro, como un terreno propicio para la opresión de género no sólo a través de la violencia, la brutalidad y la coacción masculinas sino también de la represión del deseo femenino a través de la ignorancia, la invisibilidad y el miedo (Vance, 1989). En detrimento de la investigación sobre los temas del placer sexual, la libertad de elección y la autonomía sexual de la mujer, se daría paso al enfoque de la opresión sexual.

El erotismo ha constituido una temática escabrosa dentro del movimiento. Después de los '70, las categorías de sexualidad y género serían ampliamente abordadas y discutidas, pero la de erotismo quedaría muchas veces solapada tras la de sexo o asociada a la pornografía. En tanto nudo problemático, la erótica dividió aguas dentro las posiciones teórico-políticas dentro del propio feminismo, que brindó respuestas complejas y contradictorias al respecto.

Gayle Rubin (1989) ha sostenido que, si bien el movimiento feminista ha sido una fuente de reflexiones interesantes sobre el sexo, ello no supone que haya sido o deba ser el lugar privilegiado de una teoría sobre la sexualidad. Una tendencia teórica y política ha respondido tenazmente a las manifestaciones eróticas, analizándolas (y juzgándolas) desde el marco interpretativo de la opresión de género o de la dominación masculina y ha considerado la liberalización sexual de los '60 como una mera extensión de los privilegios masculinos. Otra corriente, en la cual se inscriben Vance y Rubin, se ha opuesto a la primera, caracterizándola como 'antipornográfica':

“El movimiento antipornografía ha pretendido hablar en nombre de todo el feminismo. Afortunadamente no es así. La liberación sexual ha sido y continúa siendo uno de los objetivos feministas. Aunque el movimiento de las mujeres haya quizá producido parte del pensamiento sexual más regresivo a este lado del Vaticano, ha elaborado también una defensa clara, innovadora y apasionante del placer sexual y la justicia erótica” (Rubin, 1989: 47).

En los '60, muchas feministas aún se resistían a abordar las cuestiones sexuales. La mayoría de ellas “estaba francamente en contra y era reservada sobre la anticoncepción y muy mojigata sobre la sexualidad, tema siempre tabú para el pudor femenino” (Perrot, 2008: 94). A pesar de su declarada oposición a la cultura patriarcal, algunos pronunciamientos feministas sobre formas de sexualidad

políticamente deseables o indeseables tenían un notable parecido con los pronunciamientos conservadores (Vance, 1989).

Pero también se difundiría una crítica feminista a las restricciones impuestas a la conducta sexual de las mujeres y el alto precio que se les hacía pagar por ser sexualmente activas, reclamando una liberación sexual que alcanzase tanto a las mujeres como a los hombres, a través de una discusión más abierta sobre la sexualidad.

En la prensa femenina, más cerca o más lejos del feminismo, el derecho femenino de realización erótica iba ganando terreno. En un momento de fuerte resignificación y reconfiguración del erotismo femenino, mientras muchas mujeres experimentaban transformaciones en sus vidas eróticas, las revistas debatían sus dimensiones de amor, de sexualidad, sus modos de entender sus cuerpos, sus deseos y placeres.

6. Un cuarto propio: la resignificación de la soltería

La soltería en las mujeres, hasta entonces considerada como la situación de las ‘no colocadas’, las ‘solteronas’, comenzaba a implicar una decisión de vida que necesitaba, entre otras cosas, de cierta independencia económica.

Las feministas resaltaban la importancia de la independencia económica, pues la libertad formal no servía si la mujer se encontraba aún privada de derechos y solvencia económica. El desfase entre la conquista de derechos y su falta de concreción material, advertía De Beauvoir (2007), podía derivar en un “...tipo de la falsa emancipada que, en un mundo del que los únicos dueños siguen siendo los hombres, no posee más que una libertad vacía: es libre ‘para nada’” (: 85). La importancia de la dimensión material de la libertad había sido remarcada por Virginia Woolf (2008 [1929]) en *Un cuarto propio*, de 1929. Una desventaja concreta de la mayoría de las mujeres se materializaba en la falta de posesión de un espacio de libertad como una habitación propia donde pudieran disfrutar de la soledad necesaria para el ocio o la concentración.

En los '60 las mujeres comenzaban a abandonar la casa paterna sin necesariamente casarse para ello. Con la actualización del modelo de la joven moderna se extendió la práctica de irse a vivir sola, a veces en compañía de

alguna amiga con la que se alquilaba un departamento. Así, muchas mujeres salían de su condición de menor, de ser tutoriadas, aconsejadas y controladas.

Sobre esta relación entre el espacio propio y la libertad apuntaba la revista *Maribel*: “Operativo departamento: pesos y m² para la libertad” (Nº 1665, 16/02/65: 3). Con la imagen de una chica durmiendo vestida sobre un sofá, la nota se presentaba como un “reportaje a la realidad” (: 3), amparada en el mito de la transparencia discursiva y la capacidad de habla de esa realidad:

“Chicas que encaran el problema –el eterno problema- de su libertad y tropiezan con las mil y una dificultades que el momento impone, como precio altísimo, a veces inalcanzable. O cuando las manos suben lo suficiente para alcanzarlo, sólo encuentran una nueva esclavitud: trabajar sin descanso para pagar una libertad que en última instancia no sirve para nada, porque falta tiempo para disfrutarla” (: 3).

El texto se amparaba en algunas cifras como parámetro de esta situación: “...se ha dicho que el 25 por ciento de las mujeres adultas, o mayores de edad, si se prefiere, viven en esas condiciones en Buenos Aires” (: 3). Pero entonces se interrogaba: “¿Qué hacen las mujeres solas?” (: 3), postulando una incógnita que las mujeres que no estaban solas necesitaban resolver. “En su gran mayoría son empleadas, taquígrafas, telefonistas, traductoras, etc.” (: 3), respondía. También se preguntaba: “¿Cómo pueden vivir solas con esos sueldos?” (: 3).

La libertad aparecía casi como un sinónimo de la independencia económica: “... cuando se alcanza el tope de los treinta mil pesos, ya la independencia es algo tangible para una mujer sola” (: 5). La importancia del cuarto propio se había difundido y *Femirama*, en 1967, presentaba tips para la decoración de ‘la habitación de la joven soltera’:

“En este siglo XX tan lleno de altibajos, pero al mismo tiempo tan positivo, la mujer soltera ya ha dejado de ser esa persona anodina supeditada a los caprichos de toda la familia. Trabaja, es independiente y por lo tanto puede permitirse cosas que antes le estaban vedadas, por ejemplo, decorar las habitaciones o los rincones que ‘le pertenecen’, dejándose llevar por su buen gusto y poniendo en ellos detalles modernos y sumamente femeninos” (“La habitación de la joven soltera”, *Femirama*, 03/67: 9).

La tesis de Woolf reaparecía en estas notas que exaltaban los espacios para la soledad: “El dormitorio es el lugar donde la joven puede dar salida a todas sus ideas, ya que le pertenece a ella sola” (: 11).

No obstante esta valorada independencia, la soltería femenina se cuestionaba en las revistas femeninas. El desarrollo laboral, intelectual de la mujer la alejaba del varón y, por ende, del matrimonio:

“... un tema bastante candente: La mujer de veinticinco años de edad (edad media, que varía según las circunstancias), que ha logrado, por el trabajo o el estudio, una posición sólida y estable, ¿encuentra en el hombre una serie de defectos que la alejan cada vez más del matrimonio?” (“Proceso a la soltería”, *Maribel* s/n, 1964: 18-19).

Se analizaban las razones por las cuales la mujer se alejaba del matrimonio. Una de ellas era ‘el egoísmo del hombre’:

“...el principal reproche dirigido al hombre es su egoísmo. Y algunas agregan su vanidad, su petulencia, su presunción de ‘sexo fuerte y dominante’. Otras coincidieron en decir que hay una cierta diferencia entre los sexos, que molesta a la mujer, pero de la que el hombre no es culpable, porque no la percibe” (:19).

Ya no eran la independencia, el apellido, la seguridad económica, los problemas más difíciles de una mujer moderna para vencer su hostilidad a contraer matrimonio:

“El principal obstáculo es el Hombre. Pero los hechos nos muestran que, en la lucha de los sexos, tanto el hombre como la mujer, van madurando gradualmente, y van tomando mayor conciencia de las dificultades que afectan al otro. El futuro, en última instancia, tendrá la palabra” (: 19).

Otra razón de alejamiento de la boda era ‘la elección difícil’ entre la carrera propia y el matrimonio, encrucijada en que los varones no se hallaban pues no los vivían como incompatibilidades, ya que las demandas domésticas no les atañían:

“El problema de la elección, la eterna elección entre el matrimonio y la carrera, suscitó respuestas dispares, pero la gran mayoría apoyó el matrimonio: ‘El matrimonio es una lotería, pero estoy dispuesta a jugarme’, dijo la secretaria de una gran empresa comercial. Varias se volcaron por la carrera, y las menos dijeron que el futuro económico era demasiado importante, y el ‘contigo pan y cebolla’ era una frase demasiado romántica para el materialismo que nos toca vivir” (: 19).



Figura 33: “Proceso a la soltería”, Maribel, 1964.

Se alegaba que el papel que les tocaba cumplir a las mujeres modernas era, en el fondo, demasiado pesado e iba disminuyendo su femineidad. Ante la profesionalización femenina, se postulaba que: “La solución ideal sería tratar de integrar a un mismo nivel los nuevos derechos sociales con su condición de madre y esposa” (:19). Pero finalmente, se aducía que el ‘paralelismo profesional’, más que producir nuevas barreras y celos de realización entre ambos sexos, llevaría a un mayor entendimiento recíproco, renovando la esperanza en la conyugalidad.

A veces sucedía la soltería se presentaba como una opción deseable. No obstante, seguían predominando las descalificaciones a las solteras. Pero además, las costumbres estaban muy lejos de otorgar posibilidades sexuales equivalentes a los varones y mujeres solteras. A ello se sumaban los peligros de ser una madre soltera: “...en particular la maternidad le está poco menos que prohibida, puesto que la madre soltera es piedra de escándalo” (De Beauvoir, 2007: 134).

Hasta entonces, no era fácil ser una muchacha, tan poco libre para tomar decisiones sobre el futuro o tener proyectos amorosos, tan expuesta a la seducción, al hijo no deseado, a la soledad y al abandono (Perrot, 2008). Paulatinamente, estos sentidos iban cambiando y la soltería se presentaba como una opción posible para las mujeres y no tan sólo como una fatalidad. La difusión

de los anticonceptivos ahuyentaba el peligro de una maternidad soltera y no deseada.

Pero entonces, aunque la soltería se presentaba como una posibilidad, lo deseable seguía siendo la constitución de una pareja, asentada en el amor. Para llegar a este final feliz, las historias de amor en las revistas femeninas ilustraban toda una serie de pasos que debían cumplirse antes de la boda: el enamoramiento, la conquista, el sufrimiento amoroso, el romance, la pasión, las ‘pruebas de amor’ y hasta las infidelidades –masculinas.

La erótica del amor contaba con una posición jerarquizada entre los tópicos característicos de las revistas femeninas, en medio de una época de transformaciones conyugales. A esta dimensión del erotismo en la prensa para la mujer se destina el próximo capítulo.

CAPÍTULO V

UNA ERÓTICA DEL AMOR

“El acto de amar no es erótico en sí; pero su evocación, su invocación, su sugestión y aun su representación pueden serlo” (Lo Duca, 2000: 9).

“¿Cómo no ha de conservar todo su valor el mito de la Cenicienta? Todo estimula todavía a la joven soltera a esperar del «príncipe azul» fortuna y felicidad antes que a intentar sola la difícil e incierta conquista” (De Beauvoir, 2007: 134).

“... el amor es también una coreografía catalogada que hay que integrar de joven para olvidarla después, como la mano del artesano, del pintor o del músico realiza su trabajo sin pensar” (Bruckner, 2011: 183).

1. Discursos de la sexualidad o discursos del amor

Los discursos de la sexualidad no educaban el erotismo. Y, aunque muchas veces se intersectaran, también se separaban de los del amor. El discurso de la educación sexual, de tintes científicistas, irritaba a los moralistas que se posicionaban en defensa del amor. Entre las cartas a la redacción de la revista *Life*, una lectora respondía ofendida ante la nota “Nacemos ya sexuales”:

“Hay una constante confusión entre amor y sexualidad, que no sólo es falsa, sino que perjudica grandemente a la mujer, ya que su vida está centrada en el amor, que es su mayor fuerza creadora, y su mayor necesidad. No definiré el amor, pero es algo anímico.

Sin desconocer la fuerza propia del instinto sexual, lo sexual es para la mujer un medio, un lenguaje espontáneo pero nunca un fin.

La identificación de cumplimiento sexual y orgasmo es otro error. Mejor que una educación sexual torcida, es la mera instrucción sexual, que proporciona elementos de conocimiento al amor.

La represión sexual puede llevar a trastornos psíquicos, pero el falseamiento del amor daña todavía más a la personalidad.

Se burla la autora del pasado a favor de una idea estrecha. Incluso las confesiones de B.B. [Brigitte Bardot] en materia sexual serían más humanas” (“Cartas a la redacción”, *Life* en español, Vol. 33 N° 2, 27/01/69: 2).

No obstante su cooptación moralista, los discursos del amor no eran más inocentes, por el contrario. El erotismo se relacionaba al tópico del amor en las narrativas rosas. Aunque la dimensión erótica del amor o la dimensión amorosa de la erótica no se asocian necesariamente, cabe analizar aquí lo que Bataille (2010 [1957]) denomina como el ‘erotismo de los corazones’:

“Si bien se distancia de la materialidad del erotismo de los cuerpos, procede de él por el hecho de que a menudo es sólo uno de sus aspectos, estabilizado por la afección recíproca de los amantes” (: 24).

El amor difiere del erotismo sensual, pero “...se sitúa en el movimiento por el cual la sensualidad da como pretexto al desorden del deseo una razón de ser benéfica” (: 247). El amor recubría de un halo bondadoso al erotismo.

Erotismo y amor pueden o no entrar en confluencia pero no pueden ser superpuestos (Bleichmar, 2014). Ahora bien, como sostiene Octavio Paz (1994): en esta conexión íntima entre sexo, erotismo y amor, las fronteras entre la sexualidad animal, el erotismo humano y el dominio más restringido del amor son a veces difíciles de trazar.

Con esta intención se realizará en este capítulo un recorrido por el tópico del amor, comprendido como arte, como discurso y prácticas, en las revistas femeninas, especialmente en las narrativas ficcionales con sus tópicos y figuras prototípicas del amor romántico y la pasión.

1.1 El arte amatorio

Entre los antiguos griegos, la erótica se entendía como el arte de la conducta en la relación de amor (Foucault, 2006). Asociado al placer físico, suponía que Eros era un complemento necesario de Afrodita: sin Eros, la obra de Afrodita no era nada más que el placer fugaz de los sentidos, y sin Afrodita, Eros no era menos imperfecto, pues le faltaba el placer físico (Foucault, 2011b).

Pero desde entonces, un antiguo dualismo partiría al amor en dos: un amor vulgar en el cual los actos sexuales eran preponderantes y un amor noble, puro, elevado, celestial, donde la presencia de los actos sexuales quedaba, si no anulada, al menos velada (Foucault, 2011b). Una erótica dualista -‘platonizante’- distinguía entre un amor verdadero, espiritual y puro, de un amor falso, engañoso, vulgar y físico, orientado hacia los placeres. La diferenciación entre lo puro y lo impuro se extendería a lo largo de la historia del erotismo; entre los amores excepcionales y los habituales, los celestiales y los terrenales, los castos y los denigrados, los soñados y los vividos. Así expone Pascal Bruckner (2011) este dualismo que ha llegado a los tiempos contemporáneos:

“La idealización del sentimiento soñado comporta la depreciación del sentimiento vivido. En lo cual se reconoce la antigua división cristiana entre el ágape divino, don gratuito, sin límites, y el eros humano, totalmente manchado de egoísmo, que debe alejarse de sí mismo, con un movimiento ascensional, para ser digno de Dios. En nombre de una finalidad inaccesible, se nos invita a calumniar nuestras uniones torpes, en lugar de admitir que el amor no es otra cosa que lo que experimentamos, en el humilde presente, a la vez precario y magnífico” (Bruckner, 2011: 213).

Herbert Marcuse, en “*Acerca del carácter afirmativo de la cultura*” (1967 [1935]), denunciaba este dualismo que había atravesado, con sus particularidades, diferentes períodos históricos. Esta división había desdoblado al placer, implicando, por un lado, una expansión banal, cosificada y hasta mercantilizada de lo sensible; por otro, una espiritualización, sublimación y ennoblecimiento de algunas emociones y sentimientos. Este segundo movimiento se organizaba a través de la educación cultural que internalizaba el placer mediante su espiritualización, sublimizando y controlando los sentidos. Y para Marcuse, de esa conjunción entre los sentidos y el alma nacía “la idea burguesa del amor” (: 61).

La división entre amor y placer iba a dar lugar, en las revistas femeninas de los '60, a la reflexión acerca del lugar que debía ocupar el placer en la relación amorosa. Comenzaba a difundirse la premisa de que el amor se vivificaba con la reciprocidad del placer. La reivindicación del sexo con amor era defendida en uno de los *bestsellers* de la década, *El arte de amar*, de Erich Fromm ([1957], 1966), una ‘investigación sobre la naturaleza del amor’ que ofrecía una interpretación sociológica y psicológica, en un lenguaje fácilmente aprehensible, lo cual le permitió convertirse en un libro de referencia.

Para Fromm, el amor erótico exigía una fusión completa y permitía superar la angustia individual en un acto de compromiso personal y de pareja. Este movimiento iba a contrapelo de las relaciones capitalistas donde el amor se desintegraba al tiempo que el hombre era enajenado de sí mismo mediante la rutina burocrática y el consumo. Fromm suponía que el amor era un arte, como era un arte el vivir:

“...todos están sedientos de amor; ven innumerables películas basadas en historias de amor felices y desgraciadas, escuchan centenares de canciones

triviales que hablan del amor, y, sin embargo, casi nadie piensa que hay algo que aprender acerca del amor” (Fromm, 1966: 11).

Los discursos que aconsejaban al amor aparecían en los correos sentimentales o las notas de opinión, que suponían, por un lado, al amor como un arte, una construcción que requería conocimiento y esfuerzo. Pero por otro lado, los discursos amorosos envueltos en las narrativas rosas o las publicidades preferían comprender al amor como un sentimiento, una sensación placentera, una naturaleza espontánea cuya experiencia era una cuestión de azar, algo con lo cual una mujer tropezaba si tenía suerte.

1.2 El discurso amoroso: el corazón dictador

A diferencia del discurso de la sexualidad, el amoroso hace un uso constante de la función poética del lenguaje, a través de toda una retórica del amor, con frases musicales recurrentes. En las novelas, los dramas, las cartas de amor, las expresiones amorosas buscan atrapar lo inexpresable del amor y lo tipifican (Barthes, 2001):

“Bernardo leía la esquila de Nina con ojos húmedos; con la sensación de que una onda cálida y dulce se le deslizaba en la sangre, le recorría los huesos. Una onda profunda, intensa, que alcanzaba su alma, llenándola de serenidad.

‘...y me has devuelto la vida. ¿Para qué la quería sin ti? No necesitabas pedirme perdón. He comprendido poco a poco que tus insultos nacieron no de tu rencor, sino de tu pasión y de tu sufrimiento. Ven, amor mío pronto; pronto.’ -Sí – murmuró Bernardo- Sí, Nina... Ahora mismo.

Y como un adolescente acarició el papel que exhalaba una leve, sutil fragancia: la de Nina. Su piel; sus cabellos; su aliento” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 30).

Los discursos amorosos otorgaban toda su importancia a lo que dictaba el corazón. El amor se presentaba como verdad e incontinencia. Oír sólo los dictados del corazón podía ser transgresor, llevando a desatar pasiones forajidas que ponían en jaque a las grandes convenciones. En este sentido el amor se burlaba ‘de reglas y leyes’, “...sus lazos escapan a la razón, a la religión, a las nacionalidades, a la edad y a la fortuna” (“El amor a primera vista”, *Maribel* N°1438, 30/08/60: 7).

La sentimentalidad del amor podía ser asumida como una fuerte transgresión, pasando a considerarse como amor indecente; “...censurado en nombre de lo que no es, en el fondo, más que *otra moral*” (Barthes, 2001: 193).

Algo de esa misma transgresión suscitaba el deseo de lectura de novelas rosas, pero a la vez, era una transgresión completamente domesticada. Comercializadas y masificadas, las narrativas rosas se publicaban en las revistas femeninas, destinadas, sin embargo, a ser leídas en la intimidad.

1.3 El amor como marca femenina

Desde discursos diversos se postulaba la necesidad de la mujer de ser amada. El único asunto que parecía realmente importar en las revistas femeninas era el amor y el terror a la soledad (Friedan, 2009).

Al mismo tiempo se problematizaba el sentimentalismo femenino, asociado al instinto maternal, que determinaba su relación con los hombres. Se decía que era necesario distinguir al amor del sentimiento maternal, de la piedad y de la ternura, ya que la emotividad ‘específicamente femenina’ tendía a confundirlos con facilidad.

También se cuestionaba la vulnerabilidad femenina frente al amor y la piedad. Los hombres no tenían más que inspirar piedad para conquistar a una muchacha, un viejo truco, del que había que desconfiar, pues podía ser una trampa para las mujeres, sobre todo cuando intervenía la compasión.

Al contrario de la política, el amor se catalogaba como una marca femenina: “La política ni tiene nada que ver con el amor. Las mujeres enamoradas o no, no se preocupan por tales coincidencias” (“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 12).

Enfrentado a los discursos del amor apolítico, el feminismo denunciaba la dependencia amorosa como una debilidad femenina, impulsando nuevas significaciones acerca de las relaciones amorosas. La definición del amor como político e histórico desocultaba las relaciones de poder entre varones y mujeres detrás de los cuidados. De esta manera, sus prácticas dejaban de considerarse como aspectos íntimos y privados y pasaban a ser evaluadas como relaciones políticas.

En las revistas femeninas las noticias políticas escaseaban, y en cambio, las notas, entrevistas, encuestas, narrativas destinadas al tópico del amor inundaban sus páginas.

2. Romance para ellas: narrativas rosas o ficciones pedagógicas

El mayor espacio dedicado al tópico del amor en las revistas femeninas era el de las historias de amor con todo su “imperio de los sentimientos” (Sarlo, 2011): “...un mundo cerradamente femenino, donde el tema casi excluyente son los hombres y las historias de amor” (Varela, 2005: 139).

Se trataba por lo general de relatos convencionales: “...tipo chica conoce a chico o chica caza a chico” (Friedan, 2009: 76), minados de clichés. Las ficciones requerían una mujer protagonista y se asentaban, por lo general, en pequeños dramas cotidianos y no en tragedias. Sus personajes no eran héroes o heroínas, sino mujeres y hombres comunes, aunque a veces algunos relatos contaban con alguna secuencia trágica. Desplegados en pequeños incidentes dramáticos de la vida, los dramas amorosos instaban a seguir las peripecias de la historia para saber cuál sería el final (Barthes, 1986)²⁴. No obstante, el romance podía concluir en tragedia y ser alimentado con la transgresión. Una nota en *Maribel* marcaba esta distinción oponiendo los pequeños dramas cotidianos a las narraciones de los amores eternos:

“Un mito moderno –y antiguo- es el del amor eterno. ¿Qué hubiera sucedido si la fatalidad no signada a los amores más respetables de la literatura y de la leyenda? ¿Qué ocurriría con una Julieta aburguesada, con una Eloísa menos decidida, con una Isolda que no habitara en Germania? Esas mujercitas, tal vez, hubieran presenciado que sus amantes se convertían en algo menos heroico... y, quizás, más cómodo. Si el suplicio, el veneno, la estocada no alentarán entre los pliegues terribles de la historia de los grandes amores de la humanidad, si una invisible jornada fuera empalideciendo tantas frases de amor, si la cuenta del alquiler, los impuestos, el club, los regalos de cumpleaños fueran los acontecimientos que ocuparan las horas de Werther y Carlota, de César y Cleopatra, ¿no se parecerían los integrantes de estos binomios famosos a nuestros vecinos o a nosotros mismos?” (“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 12).

Enmarcadas en las efímeras vicisitudes de la vida, las historias daban especial importancia al romance en las relaciones amorosas entre varones y mujeres. Un

²⁴ En las tragedias, en cambio, el desenlace se conoce por anticipado; no puede ser otra cosa que lo que es: ni el poder del hombre, ni a veces el del Dios (y esto es propiamente trágico) pueden mejorar ni modificar la suerte del héroe. La tragedia se opone al drama, supone la construcción de una visión trágica de la existencia. Walter Ong (1996) expone la mutación que se fue dando entre sus personajes:

“... la narración se basa cada vez menos en las grandes figuras [...] puede fluir fácilmente en el mundo vital humano ordinario que caracteriza a la novela. Aquí, en lugar del héroe, con el tiempo encontramos incluso al anti-héroe, el cual (en lugar de afrontar al enemigo) constantemente pone pies en polvorosa y huye...” (: 74).

sentimentalismo dominante inundaba los relatos bajo la forma del amor romántico que presuponía la posibilidad de "...establecer un lazo emocional duradero con el otro sobre la base de unas cualidades intrínsecas en este mismo vínculo" (Giddens, 1998: 4).

La frase: 'tener un romance' se convirtió en un sinónimo de cortejar o de una relación pasajera. Pero el discurso de amor romántico por lo general idealizaba y proyectaba el curso de procesos futuros, dependía de la identificación proyectiva que creaba un sentimiento de plenitud con el otro, reforzado por la diferencia y la complementariedad establecidas entre masculinidad y femineidad (Giddens, 1998). Al mismo tiempo, fuera de las narrativas, los discursos que reflexionaban acerca del amor trataban de desmitificar al hombre y la mujer ideales:

"... 'el hombre ideal' era un producto de inmadurez, la quimérica ilusión de la adolescencia, que luego iba tomando contornos reales hasta hallar –o no- su auténtica presencia en el compañero que, provisto de todos los defectos, virtudes y flaquezas de cualquier ser humano, las completaba totalmente como mujeres.

Ese 'hombre-hombre' que no tiene rostro determinado, pero en el que la mujer encuentra lo fundamental: su pareja" ("Los argentinos opinan sobre su mujer ideal", *Femirama*, N° Especial Navidad, 12/67: 50).

Se advertía que esa ficción era peligrosa pues conducía a buscar lo inexistente, y por lo tanto, se encontraba con la frustración. La búsqueda del Príncipe Azul –o la de su fórmula femenina- producía decepciones: lo real nunca soportaba las comparaciones con el ideal. La voluntad de completud generaba el dolor de la incompletitud, salvo que se pusieran en marcha los mecanismos de defensa, como la negación, que impedían asumir que los amores lejos estaban de la perfección. Una decepción propia del bovarismo se hacía presente al comparar los amores concretos con los ilusorios.²⁵

De carácter inicialmente subversivo, el amor romántico era domesticado por su asociación con el matrimonio y la maternidad; momento en que las historias por lo general concluían. Era la muerte del romance, tanto en el caso del final feliz - la pareja consolidada- o del de la separación: "... reunidos tras haber logrado

²⁵ Se ha llamado bovarismo al estado de insatisfacción crónica de una persona, producido por el contraste entre sus ilusiones y aspiraciones (a menudo desproporcionadas respecto a sus propias posibilidades) y la realidad, que suele frustrarlas. El término refiere a la novela *Madame Bovary* de Gustave Flaubert (2007 [1856]), cuya protagonista, Emma Bovary, se ha convertido en el prototipo de la insatisfacción conyugal.

derribar todos los obstáculos se besaban en un fin interminable de película” (“¿Es suficiente amar?”, *Para Ti* N° 2400, 08/07/68: 23).

El amor romántico se asocia a un amor feminizado (Giddens, 1998) como el triunfo de lo femenino en la pareja. Suponía una apuesta al futuro y, especialmente para las mujeres, un paso idealizado en la búsqueda de la finalidad del matrimonio.

En publicidad el romance vendía todo tipo de mercancías. Por ejemplo, productos relativos al tacto, como las cremas que se investían de sentidos románticos.



Figura 34: “Como ella...”, Publicidad Pond's, Claudia, 1964.

El romance también vendía automóviles. Tal era el caso de la publicidad de *Torino*, en 1967, con una imagen típica para la época, de colores psicodélicos, donde se mostraba un auto estacionado con sus puertas abiertas y una pareja detrás, caminando abrazada.

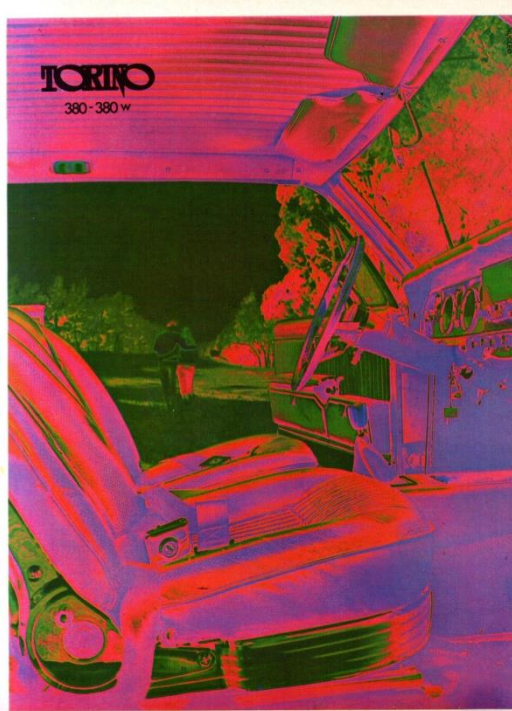


Figura 35: Publicidad *Torino*, 1967.

El amor romántico se amalgamaba con la autorrealización femenina (Giddens, 1998). La libre elección de pareja, fundamentada en este tipo de amor y frente a la intervención de los padres, se imponía como deseable. Sin embargo, esta selección del objeto amoroso aparecía menos como una decisión que como una experiencia personal espontánea que podía llevar al matrimonio. ‘Encontrar’ un amor romántico se construía como una aspiración femenina, asentada en cierta franja etérea, preferentemente antes de los 30 años de edad.

Conectado con la forma narrativa de la novela, el romance en las revistas femeninas, no dejaba de cumplir un papel pedagógico, aunque no fuera éste el tono de su discurso.

La pedagogía sentimental de las ficciones ofrecía orientación en las situaciones amorosas y las mujeres obtenían información acerca del erotismo en estos relatos. Incluso, sostiene Cosse (2010), las consejeras sentimentales solían decir que las lectoras confundían los códigos de la ficción y los de la realidad. El consumo ávido de novelas y narraciones románticas, asentado en cierto bovarismo, alimentaba las fantasías amorosas (Giddens, 1998). Las historias se tejían con fórmulas que desplegaban una serie de peripecias, destinadas a separar a los

protagonistas e impedir, hasta último momento, el matrimonio y la consumación de la felicidad.

Ahora bien, el amor romántico no hablaba de relaciones igualitarias, todo lo contrario. Indicaba que el verdadero amor es ciego, incondicional, irrenunciable, con roles de género bien definidos. A él, la mujer debía de entregar la vida entera y no aceptaba cuestionamientos, dudas o traiciones.

2.1 A primera vista

Las ficciones se tejían con una serie de tópicos y uno de los más usados era el del amor a primera vista. La idea de la atracción instantánea en el amor romántico, ese primer golpe de vista como gesto comunicativo e impacto intuitivo de las cualidades de otro (Giddens, 1998), supone un proceso de atracción para alguien que podía hacer completa y plena la vida de otro: “Al mirarse ambos sus corazones aceleraron sus latidos e inmediatamente comprendieron que habían nacido el uno para el otro” (“El amor de un hombre”, *Para Ti* N° 2420, 21/11/68: 6). El ‘a primera vista’ implicaba un ‘choque’, un impacto a través de la imagen de otro, sordo a la voz de la razón:

“Fernando encontró a Mónica por primera vez en la calle, lugar poco adecuado para hablar si se tiene algún respeto por las convenciones sociales. Pero éstas habían perdido toda importancia en ese momento para Fernando, cuyo corazón acababa de recibir el impacto de un inesperado choque. Llevado por un impulso irresistible, se volvió y comprobó que también ella había hecho lo mismo. Se miraron sin moverse siquiera, tan sorprendidos estaban ambos de su emoción. Nada sabían el uno del otro. Ni sus nombres, ni su edad, ni su situación social; sin embargo, en unos segundos, se habían entregado mutuamente el corazón, su vida...” (“El amor a primera vista”, *Maribel* N°1438, 30/08/60: 7).

En su versión más literaria o poética, el amor a primera vista implicaba a dos sujetos amorosos que se encontraban raptados -flechados, capturados y encantados- por la imagen del otro (Barthes, 2001):

“Desde el instante en que sus miradas se habían cruzado por primera vez, se había sentido atraída por aquel joven. Aquello era lo que llaman el flechazo. Algo nuevo nacía en ella. Algo inédito que jamás había sentido hasta entonces. Le hubiera gustado poder detener el implacable transcurrir del tiempo y prolongar indefinidamente la duración de aquel instante ideal” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N°1461, 14/02/61: 14).

Repetido en las ficciones, era analizado en los artículos de las revistas:

“Se suele leer en las novelas: ‘...no se conocían, pero se reconocieron al encontrarse’.

Palabras que parecen triviales y que, sin embargo, describen un choque, una conmoción pasional profunda, la emoción más inexplicable que puede producirse en la vida de un hombre o de una mujer: el amor a primera vista.

El amor a primera vista existe realmente, no obstante el escepticismo de las gentes cuyos sentimientos son regidos más por la razón que por la emoción. Sucede realmente que entre dos seres, que hasta ese momento nunca se habían visto, se produce ese fenómeno extraordinario, y surge, avasallador, ese deseo de no separarse nunca más, de compartirlo todo.[...] el amor a primera vista, el amor-choque, no necesita ni de una semana, ni siquiera de una hora para trastornar a dos seres. Es como un incendio, como una explosión que no da tiempo a las víctimas de preguntarse: ‘¿Es linda?’ ‘¿Es un hombre para mí?’ ‘¿Le gustará vivir en el campo?’ No, no hay tiempo para plantearse problemas ni cuestiones; nada tiene importancia. Es por sí mismo una felicidad que anula todas las diferencias, todos los obstáculos. Es como es y nada puede hacerse contra él” (“El amor a primera vista”, *Maribel* N°1438, 30/08/60: 7).

Se decía que reunía a veces a seres de caracteres opuestos, que no tenían las mismas ideas ni gustaban de las mismas cosas; que nada compartían fuera de ese amor. Y por ello, también, podía ser efímero:

“A los ojos de los demás puede parecer a veces una pareja ‘despareja’, pero ellos no lo advierten, porque están deslumbrados por sus propios sentimientos. Y es posible que físicamente nada tengan de atractivo; que ella no sea ni elegante ni bonita, que él sea feo. Pero cuando surge el amor a primera vista no se necesita ninguna seducción, porque nadie piensa en juzgar cómo son los ojos, ni cómo es la boca, ni la nariz o el perfil” (: 7).

Se presentaba como maravilloso, pero también como tentador e inquietante: revestía un halo de desconfianza pues era un amor cuyas consecuencias eran más difíciles de prever. Aunque finalmente, se aducía que: “... en materia de amor nada es enteramente previsible” (: 8).

Era frecuente encontrar en las revistas femeninas notas que problematizaban los modos de ser el amor y la sexualidad, y que ponían en duda la circunstancia del amor ‘*at first sight*’: “...finalmente uno se pregunta: ‘¿Es auténtico el amor a primera vista? ¿Es algo duradero? [...] ¿Un amor para siempre?’” (: 8). Las respuestas involucran, nuevamente al imperio del corazón:

“Los amores a primera vista frustrados son casi siempre aquellos en los que el deseo físico prevalece sobre los sentimientos. Apaciguada la atracción de los sentidos, nada queda que una a esos dos seres tan bruscamente reunidos” (: 8).

La escena se separaba claramente de las compulsiones erótico- sexuales del amor-pasión, que se analizará a continuación.

En la reflexión sobre este tipo de amor a primera vista no podía faltar el discurso médico, aunque, a diferencia de la sexualidad, se matizaba su autoridad para referirse a la temática:

“Los médicos opinan que hay un cierto tipo de hombres y un cierto tipo de mujeres más propensos a sufrir el amor a primera vista. Según ellos, se trataría de una cuestión de secreciones glandulares, de hormonas, de actividad circulatoria, la que determinaría la posibilidad de bruscos choques emotivos. Pero en este capítulo de los sentimientos y las pasiones, de haber sido seguidas las opiniones de médicos y filósofos, hace largo rato que los corazones estarían sin trabajo, y que el amor habría sido jubilado” (: 8).

La figura del amor a primera vista le daba importancia a la circunstancia del primer encuentro, remitiendo al “...tiempo feliz que siguió inmediatamente al primer rapto, antes de que nacieran las dificultades de la relación amorosa” (Barthes, 2001: 107). Ese encuentro era vivido como una fiesta, en el sueño de unión total con el ser amado: “...donde a la posibilidad de unión sensual hay que añadir la de unión de los corazones- puede, en este mundo, realizar lo que nuestros límites prohíben: la plena confusión de dos seres, la continuidad de dos seres discontinuos” (Bataille, 2010: 25).

En la escena, lo que se presentaba como una espontaneidad inicial terminaba comprendiéndose como una predestinación:

“Los amantes no podían dejar de encontrarse, estaban destinados el uno al otro incluso antes de cruzarse. Este azar que los pone frente a frente, un día, a una hora, lo reconvierten en fatalidad; es impensable que esto haya pasado. ¡Todo antes que la horrible sospecha de que, si no hubieras sido tú, habría sido otro(a)! Entre las docenas de personas vislumbradas, el rostro amado debía imponerse como el filo de una navaja. Él y ningún otro: éxtasis y estremecimiento” (Bruckner, 2011: 61).

La situación no dejaba de ser angustiante por su generación de expectativas. Al tiempo que se celebraba el encuentro, se protestaba contra el desorden en que sumía a los protagonistas. La colisión amorosa era la irrupción de una verticalidad en la calma plana de la existencia, con su dosis de dolor y goce.

2.2 *Namorar*²⁶

El enamoramiento era un tópico feminizado: "...el enamorado –el que ha sido raptado- es siempre implícitamente feminizado" (Barthes, 2001: 205). Para los sujetos, enamorarse daba relieve a las cosas, hacía al mundo más rico y feliz, si era un amor correspondido, claro. En esta esfera, el mundo quedaba atónito, se desrealizaba, en un: "Sentimiento de ausencia, disminución de realidad experimentado por el sujeto amoroso frente al mundo" (: 97).

También se relacionaba con el recuerdo, con la rememoración feliz y/o desgarradora de un objeto, un gesto, una escena, vinculados al ser amado (Barthes, 2001). La enamorada o el enamorado estaba entregado al culto de las pequeñas imperfecciones arrebatadoras, de los defectos conmovedores que emocionaban más que un cuerpo sexual (Bruckner, 2011).

El enamoramiento también se relacionaba con la juventud. Y aquí un tópico narrativo de importancia era el del primer amor:

"Dominaba a Andrea una extraña sensación, dulce y amarga a la vez. No sabía qué era. Sospechaba apenas que era el amor que llamaba por primera vez en su corazón" ("Andrea", *Para Ti* N° 2339, 08/05/67: 20).

"Su corazón latía más fuerte, pero no tenía miedo. La dominaba una extraña sensación, dulce y amarga a la vez, mezcla de deseo, temor, un poco de tristeza y otro poco de felicidad. Lo mismo que experimentamos cuando llega la primavera, durante los primeros días cálidos, cuando todo parece renacer en la tierra. No sabía qué era. Sospechaba apenas que era el amor que por vez primera llamaba a su corazón" (: 102).

El discurso especialista diferenciaba ese enamoramiento adolescente de los amores maduros, adultos:

"La facilidad de enamoramiento es inversamente proporcional a la intensidad del amor y a la edad del enamorado. Los amores de los adolescentes son fáciles, transitorios y a repetición; los del hombre maduro son intensos, profundos y a menudo definitivos" ("¿Cuánto dura el amor eterno?", *Maribel* N° 1640, 08/64: 12).

El enamoramiento también era desmitificado desde la crítica de la ideología de un autor referente en la época, Erich Fromm, quien exponía que en el marco de las relaciones capitalistas, "...la sensación de enamorarse sólo se desarrolla con respecto a las mercaderías humanas que están dentro de nuestras posibilidades de

²⁶ Es interesante notar que en portugués, la situación de enamoramiento supone un verbo, una acción: la de '*namorar*'.

intercambio” (1966: 14). Así, “...dos personas se enamoran cuando sienten que han encontrado el mejor objeto disponible en el mercado, dentro de los límites impuestos por sus propios valores de intercambio” (: 14).

Fromm cuestionaba la espontaneidad del enamoramiento e introducía la importancia de aprender el arte de amar. Era erróneo suponer que no había nada que aprender sobre el amor y también era errónea “...la confusión entre la experiencia inicial del ‘enamorarse’ y la situación permanente de estar enamorado, o, mejor dicho, de ‘permanecer’ enamorado” (: 14).

Mercantizada, la figura del enamoramiento se usaba para vender automóviles a las mujeres. “*Renault 4, te quiero*”, proclamaba un slogan, mientras una chica joven de cabellera rubia y vestido amarillo se recostaba sobre él, acariciándolo con sus manos y piernas:

“Sí, ella está enamorada de su Renault 4. Antes de tenerlo era una chica distinta. Ahora descubrió que todo es diferente, que vivía encerrada, aburrida. Gracias a su Renault 4, conquistó un mundo nuevo y mucho más divertido. Halló la felicidad de visitar lugares hasta hoy desconocidos, viajar por sierras, playas y montañas” (Publicidad “*Renault 4, te quiero*”, *Femirama*, 06/69: 167).



Figura 36: Publicidad “*Renault 4, te quiero*”, *Femirama*, 1967.

Dentro del enamoramiento también tenía lugar la declaración de amor. Se consideraba a ésta muy importante, al punto que *Maribel* ofrecía un análisis de la caligrafía con que el varón escribía una confesión amorosa, para que la lectora

sepa: “con quien se casa usted” (“Si le escribe: te amo”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62: 30).



Figura 37: “Si le escribe: te amo”, *Maribel*, 1962.

La situación de declaración acarrea toda una serie de problemáticas. Podía suceder que los amantes se resistieran a la confesión para atenuar los riesgos, hacer uso del sugerir antes que confesar, o dejar para más tarde la revelación fatal. Por estos carriles, los enamorados también sufrían, y se pasaban el tiempo descifrando al otro, familiar y lejano a la vez. La enamorada podía preguntarse si era amada o no, bajo la necesidad de actualizar la declaración permanentemente.

2.3 La sufriente obsesión amorosa

La mujer, como principal protagonista de las narrativas rosas, sufría, esperaba, perdonaba, soportaba, complacía y disputaba la posesión de su amado (Giddens, 1998). Algunas veces eran heroínas sacrificadas:

“La tortura a la que se sometió Nyra fue heroica. Algo así como un viento de sublime locura la impulsaba. Se había enamorado insensiblemente, de un hombre al que todos reconocían talento, pero que se embriagaba hasta la repulsión” (“Esos que niegan a Dios”, *Maribel* s/n, 05/61: 10).

Muchas veces eran maltratadas por sus amados: "... amaba a su marido y todo lo hacía para sacarle de la cárcel, aunque éste la repudiara y por celos la insultase brutalmente" ("Una mujer inmoral", *Maribel* N° 1415, 22/03/60: 54).

El amor femenino, con su carga de altruismo, sacrificio, abnegación y entrega podía generar angustia y sometimiento total a la pareja, en una relación de vulnerabilidad ante la violencia. La relación de maltrato podía extenderse ya que se consideraba que el amor (y la relación de pareja) era lo que daba sentido a la vida de la mujer y que romper con él era el fracaso de su vida.

Con este prisma, el amor romántico permitía mirar con mucha tolerancia los defectos masculinos. Como el amor todo lo podía, las mujeres debían de ser capaces de allanar cualquier dificultad que surgiera en la relación, lo que las llevaba a perseverar en esa relación violenta. En este marco, violencia y amor eran compatibles; incluso se comprendía que ciertos comportamientos violentos eran una prueba de amor, como los celos. El afán de posesión y los comportamientos de control ejercidos por el maltratador podían ser considerados como una muestra de amor. Llegaba incluso a sugerirse que el amor sin celos no era amor, trasladando la responsabilidad del maltrato a la víctima por no ajustarse a dichos requerimientos. De esta manera, ciertos discursos en las propias revistas femeninas habilitaban la misoginia, en textos que llegaban a justificar la violencia de género:

"... las mujeres han perfeccionado la técnica de explotar su situación frente al hombre. Si bien la mayoría de ellas posee una notable resistencia física y nerviosa, han sabido usar el impacto que produce su fragilidad y extrema sensibilidad. Cuando llegan a exasperar a un hombre hasta el punto en que éste se ve obligado a tratarlas con justificada violencia, conocen el arte de extraer el máximo de ventajas al demostrarle el sentimiento de su propia culpa" ("La mujer 1963", *Maribel* N° 1573, 23/04/63: 50).

Bajo este discurso, las mujeres se presentaban como arpías de la seducción y la manipulación a través de la culpa, donde su victimización era una mera actuación ya que en realidad serían victimarias del pobre varón manipulado. Así se detallaba el comportamiento femenino en esta situación de 'guerra' doméstica:

"Toda argumentación razonada es inútil. A una conclusión a la que se ha arribado lógica y gradualmente, las mujeres oponen, con una voz dulce, una contradicción irreductible, sin proporcionar la menor explicación sobre las etapas que pasaron para a su vez llegar a ella. La menor debilidad ha sido hábilmente transformada en fuerza. El sexo débil es invencible en su propio terreno" (: 51).

La diferencia se instalaba entre el razonamiento, la argumentación, la lógica y la explicación como capacidades masculinas, frente a la dulzura y las contradicciones irreductibles femeninas, que, no obstante, ganaban la batalla desde su propia debilidad:

“¿Debería encadenarse a las mujeres como se hace con los animales salvajes? La idea no es mala, pero aún en el caso de poder llevarla a cabo, el resultado sería inútil. Ellas encontrarían sin mucho trabajo un hombre dispuesto a librarlas de sus cadenas, o, lo que es más, a aceptar que lo encadenaran con ellas. Hasta el sistema oriental que consiste en cubrir a las mujeres con velos y recluirlas en un serrallo, no deja de ser un engaño, porque el rostro oculto por el velo no hace sino atraer la atención sobre los ojos. Actualmente, es posible afirmar, sin temor a incurrir en error, que en ningún período de la civilización y cualquiera que ella sea, se ha creado un sistema de protección que ponga un freno al poder de la mujer” (: 51).

Amor y maltrato se unificaban en muchos relatos. Los varones podían ser racionales pero también impulsivos; sus actitudes violentas se justificaban:

“Vio venir la mano abierta. La vio venir, feroz, violenta, exacta. Pero no se apartó de su camino. Dejó su cara limpia y desnuda próxima. Y él la golpeó. La cabeza se balanceó y volvió a erguirse. No lo desafiaba, ¿de dónde sacaría fuerzas para eso? Pero ya no le quedaba ni el instinto de defenderse [...] Él quedó mirándola, sorprendido, malévolo, ausente. No era él; María sabía que no era él. Era simplemente un doblez, el peor, de un dolor que se convertía en crueldad” (“Nunca más”, *Vosotras* N° 1332, 15/06/61: 19).

Otra escena de violencia simbólica era la de las discusiones en las historias amorosas. Los cuestionamientos recíprocos se daban muchas veces en un marco de crueldad. En nombre del amor se castigaba y tiranizaba.

A menudo, la escena siguiente buscaba resarcir las malas intenciones con un sentimiento de culpabilidad, una conciencia de la falta, en la cual el sujeto se daba cuenta bruscamente que constreñía al objeto amado en una red de tiranías y se sentía monstruoso (Barthes, 2001). Finalmente, la secuencia se resolvía con el perdón o el desamor. Al considerarse el amor como ilusión, el desamor se definía como desilusión que se asentaba en una contraimagen del sujeto amado, a través de rasgos que hacían alterar su imagen idealizada.

La experiencia del desaire implicaba una herida y estaba asociada a algo visto, pues como dice Barthes (2001): “En el campo amoroso, las más vivas heridas provienen más de lo que se ve que de lo que se sabe” (: 154). Esa imagen resonaba dolorosamente para el sujeto amoroso:

“Nina, derrumbada sobre el sofá, siente un dolor que taladra su vientre, su corazón, su cerebro. Únicamente dolor. Sin cólera. Sin rebeldía. Aquella miserable ruptura

no puede ser verdad. Aquel Bernardo nuevo, desconocido –tan ciego; sordo a sus protestas; bestial-, no era su Bernardo” (“Murallas de angustia”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 10).

El discurso médico, de ‘orientación psico-somática’ analizaba esta situación y afirmaba que las decepciones sentimentales causaban estrés emocional, enfermando a las personas (“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 12). Desde un discurso razonado se comprendía la normalidad de las rupturas de pareja, cuyos motivos podían ser el agotamiento de ‘los estímulos’, “...por insatisfacción o por haber cumplido un ciclo” (: 13), contrariando el dramatismo puesto en las narrativas amorosas.

El discurso psicoanalítico en las revistas también ubicaba a las rupturas dentro de un paradigma de normalidad:

“...cuando una pareja se ve asediada por constantes problemas, la situación de angustia que se desprende de la relación conduce necesariamente al distanciamiento de ambos... Esta es la actitud normal y sana: permanecer unido a un vínculo negativo es una característica de una personalidad neurótica. Si usted ha roto con su novio, porque ha entendido que las relaciones eran insostenibles o porque no le aportaban ningún beneficio, enfrente la situación y trate de no problematizarse” (“Ese muchacho era mi novio”, *Vosotras* N° 1244, 08/02/59: 14).

No obstante, las narrativas el amor o las notas acerca de los amores famosos vivían de la alimentación de los dramas, que, en algunos casos, llegaban a ser comprendidos como tragedia. ‘Ya no lo quiero’ decía la actriz nacional Pinky:

“Siento un vacío de amor que no se puede llenar con un ramo de flores o con un nuevo intento. Ya no lo quiero más, no puedo quererlo más. Él mató mi amor de a poco, ese amor que no tenía límites y que ni siquiera podía medirse de tan grande que era” (“Quiero ser libre y no sufrir otra vez”, *Gente* N°74, 22/12/66: 2).

El amor, tópico predilecto de las revistas femeninas, se enriquecía con las relaciones de los famosos y sus escándalos. Nadie podía sustraerse del amor, incluso los ídolos no podían escapar a “Las razones del corazón” (Sandro y el revés de la trama”, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69: 72). Los relatos acerca de la vida amorosa de las celebridades se acercaban a las narrativas rosas. No faltaban los mujeriegos, las sufrientes o las heroínas. Los escándalos amorosos de los famosos gozaban de un espacio privilegiado tanto en las revistas femeninas como en las de actualidad, aficionadas a publicar romances desavenidos entre las estrellas de cine o televisión. A través de la seducción que genera lo secreto, los chismes acerca de

las intimidades y los nuevos romances de las estrellas eran valorizados y tenían lugar en cada ejemplar. Liz Taylor era una celebridad internacional envuelta en renovados dramas:

“Te daré un hijo aunque muera. Estas dramáticas palabras las pronunció Liz Taylor al casarse con Richard Burton, a pesar de que los médicos advirtieron a la actriz que una nueva maternidad podría serle fatal” (“Una heroica prueba de amor”, *Femirama*, 03/68: 35).



Figura 38: “Una heroica prueba de amor”, *Femirama*, 1968.

Las tragedias amorosas actualizaban la tensión entre Eros y Tánatos, la vida y la muerte, poniendo al ser en cuestión, alcanzándolo en lo más íntimo. Al tiempo que le prometía la felicidad, el amor entregaba al sujeto al sufrimiento, pues la promesa de continuidad que no era accesible más que con la muerte: “...el impulso del amor, llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte”, dice Bataille (2010: 46); y Romeo y Julieta ilustran esta tragedia del amor obstaculizado.

También las ideas de suicidio podían aparecer en el relato amoroso a causa de una ruptura. En medio de una crisis violenta, en cuyo transcurso el sujeto experimentaba un desamor o una situación amorosa como un atolladero definitivo podía pensar en una destrucción total de sí mismo (Barthes, 2001). La angustia se narra como autodestrucción, como una muerte por dentro:

“Su alma no me pertenece...’ Esa certeza repentina la abate y deprime. La empuja hacia una angustia que se cierra sobre su ser como espesas murallas... Está sola.

Abandonada. Sintiendo en su carne, en los cauces de su sangre, una gran sombra negra que como un pájaro negro lo oprime con sus sombrías alas. Y tiene miedo [...] Su corazón late pesadamente, insoportablemente. Entonces camina con piernas inseguras como las de los borrachos, y va en busca de la botella de 'whisky' que Bernardo trajera antes de su partida" ("Murallas de angustia", *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 12).

La pérdida se describía como un desgarramiento en el corazón. "He perdido a Nina [...] Bajo su piel erizada, sudorosa, el corazón pareció sangrar, como desgarrado por feroces dedos." (: 12). Ante la acumulación de sufrimientos que el lenguaje poético narraba como amargura, condena, desesperanza, lo más 'sano', decían los especialistas, era terminar la historia amorosa: el que debía morir era el amor.

A veces el sufrimiento era suscitado por la ausencia del amado, lo cual se tendía a considerar como prueba de abandono. El silencio del amado también era un gran motivo de angustia, ante la falta de explicación de algunos acontecimientos. La protagonista de la historia se veía asaltada por el miedo a un peligro, una herida, e irradiaba el temor a la pérdida y la soledad. En este sentido, la pérdida del amor también podía sentirse tan duramente como una amenaza de muerte (Bataille, 2010).

Una sensibilidad especial hacía del sujeto amoroso un ser vulnerable (Barthes, 2001), donde el propio sufrimiento revelaba la significación del ser amado (Bataille, 2010). Las historias hablaban de una propensión femenina a llorar por amor. La mujer sufriente era una figura prototípica. Para ella, el amor era una fuente de dilemas y eternos desazones:

"¿Qué sería de ella; de ese amor al que se diera sin escatimar sus dones? ¿Qué de su heroísmo, como el de tantas otras mujeres que lo improvisaban arrebatadas de pasión, sobre un camino de fuego y de lágrimas? Bajando al subterráneo de sí misma, vio claramente de qué tristes yacimientos estaba hecho aquel amor. Sin embargo, las imágenes que suscitaba, acosándola, luchaban contra su desesperanza; contra el padecimiento de todo su ser cruelmente herido..." ("Murallas de angustia", *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 14).

El sufrimiento podía devenir obsesión amorosa, donde el sujeto era atravesado por la idea de que estaba o se volvía loco (Barthes, 2001). Esa angustia podía estar acuciada por los celos:

"... sus celos invadiéndolo todo como una ciénaga, corrompiendo su fe; su confianza... Después, filtrándose a través de la puerta tras la cual él acechaba en la oscuridad, la risa de Nina, una voz de hombre, alta y alegre; sonora, doliéndole como latigazos" ("Murallas de angustia", *Maribel* N° 1625, 28/04/64:12).

Las historias hablaban reiteradamente de sentimientos de celos que se apoderaban del sujeto amoroso cuando veía el interés del ser amado captado y desviado por personas, objetos u ocupaciones que actuaban a sus ojos como rivales (Barthes, 2001). Definidos como “insidiosos, atormentadores” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 28), los celos construían otro tópico: el de la rivalidad entre mujeres que disputaban el amor de un varón:

“Junto a su amor en peligro –un peligro sin nombre ni rostro todavía- crecía su furia por la audacia de quien intentaba robarle el marido. Su vanidad, lesionada hasta la exasperación, imaginaba tremendas venganzas. Y hundida en esa butaca de raso color de guinda, fumando nerviosamente, repasaba agravios” (“Murallas de angustia”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 12).

“... él ansiaba escapar, tener la oportunidad de verse con ‘la otra’” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 28).

“Después de verla pasar, altiva, segura de sí misma, se quedó un largo rato sentada frente a la mesa del café, junto a la ventana que daba a la calle, pensando en esa mujer que parecía la dueña del universo. Con que es ella –murmuró, apurando el cigarrillo-. Con que es esa mujer contra la cual tengo que luchar” (“Casi pecado”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 19).

“¡Qué mujeres había en el mundo! Su patrona, tan fina, bonita y elegante, parecía celosa de una solterona tan insignificante como la secretaria de su marido... En fin, ¡los hombres eran tan diablos! Capaces de enamorar a una escoba con polleras por puro capricho” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N°1627, 12/05/64: 27).

Las narrativas también hablaban de celos y rivalidad entre varones: “¿Por qué tenía que pasarle a él esa eterna historia de los dos amigos y una misma chica?” (“Rivales”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62: 10), se preguntaba un protagonista varón. Y agregaba: “Había querido fraternalmente a su amigo Guillermo desde la infancia. Y ahora Silvia, con su cabellera casi roja, se había interpuesto, como una llamarada, entre los dos” (: 11).

Fuera de las narrativas, los celos eran sometidos a diagnóstico psicológico. “¿Cómo pueden curarse los celos?, se preguntaba en *Femirama* (“El veneno de los celos”, *Femirama*, 06/69: 130). El problema se discriminaba por géneros: “Para el hombre los celos son siempre un atentado y una amenaza a su masculinidad y, para la mujer, están más ligados al amor” (: 133).

Un discurso amparado en la ginecología afirmaba que la mujer era más celosa que el hombre porque ‘su arquitectura fisiológica y psíquica’ era más ‘fina’ y desarrollaba más fácilmente ‘sentimientos de inseguridad’ con respecto a la estabilidad de las ‘situaciones afectivamente importantes y significativas’:

“¿Los celos, entonces, son patrimonio femenino? Parecería que sí. Aun dentro de la sociedad moderna actual, la mujer tiene asignado un rol de espera, de pasividad. Para ella la solución de los problemas afectivos está, en cierto sentido, relacionada a la aparición del hombre en su vida y la importancia que este hecho reviste en su plano emotivo es notablemente más relevante que para el hombre” (: 133).

En las historias de amor, los celos justificaban algunas escenas violentas:

“-Gavin... ¿cómo era Stella?... ¿Muy hermosa?...¿Más que yo?

Notó su repentina palidez. El leve temblor en las manos que la tenían.

-No quiero hablar de ella. Por favor...

-¿La amas todavía? ¿Es eso?

Una bofetada estalló en la cara de Mary. Se llevó una mano a la carne castigada, con más sorpresa que dolor.

-¡Era joven y bella!... ¡Murió por mi culpa! ¿No te basta con saber eso?” (“Hechizo hacia el amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65: 62).

Los celos y la violencia se hacían presentes en las narrativas rosas pero también en los correos sentimentales:

“Nuestras relaciones han sido siempre muy atormentadas porque él es extremadamente celoso. De casi todas las fiestas hemos vuelto discutiendo porque no quería ni que mirara ni hablara a ningún joven. En esto llega a extremos ridículos y en algunas ocasiones terribles, porque hasta me ha maltratado y golpeado tres veces” (“Secreto de confesión”, *Para Ti*, N° 2420, 21/11/68: 74).

Ante este caso, el cura de “Secreto de Confesión” en *Para Ti*, aconsejaba no casarse con el varón celoso, aunque la chica pudiese quedar ‘condenada’ a la fatalidad de una ‘soltería inevitable’ con los 24 años:

“Eso de que a estas alturas de sus 24 años, después de seis de noviazgo, se pueden condenar a una soltería inevitable, no es tan cierto como la desdicha que le espera si va al matrimonio con un hombre de celos tan dominadores” (: 74).

La dominación y los celos solían relacionarse a la pasión, definida como violenta y masculina y asociada fuertemente al erotismo.

3. Pasión masculinizada

El erotismo formaba parte de las narrativas amorosas, identificado con la pasión y asociado al amor como fin teleológico. En este sentido, los encuentros sexuales eran considerados como episodios en el camino de una relación amorosa final. En ocasiones, las historias habilitaban al sexo destinado a la relación amorosa. La actividad sexual se justificaba en pos de la consumación del amor.

La pasión mantenía una relación particular con el sexo: era un amor sexual que contenía dentro de sus cauces particulares a la fuerza del erotismo. Entendida como una atracción mutua entre personas que se deseaban y se ligaban, asociaba amor y conexión sexual. Mientras en el amor romántico, el afecto y el lazo tendían a predominar sobre el ardor sexual, la pasión invertía los factores.

En el imperio de la pasión, las emociones suponían escalofríos sagrados, de seres que se buscaban y nunca se cansaban de devorarse. Aquí jugaban su papel las metáforas caníbales. Justificada especialmente en los varones, involucraba a las sensaciones del cuerpo. Buscaba el contacto con el cuerpo del ser deseado, y más precisamente la piel, apuntando a la fusión mutua:

“La pasión nos repite sin cesar: si poseyeras al ser amado, ese corazón que la soledad oprime formaría un solo corazón con el del ser amado. Ahora bien, esta promesa es ilusoria, al menos en parte” (Bataille, 2010: 25).

La pasión era liberadora, pero sólo en el sentido de generar una ruptura con la rutina y el deber. La urgencia del amor apasionado rompía los relojes, no tenía horarios y entraba en conflicto con la vida cotidiana. Era desorganizadora, excesiva, perturbadora del orden:

“...la pasión comienza induciendo desavenencia y perturbación. Hasta la pasión feliz lleva consigo un desorden tan violento, que la felicidad de la que aquí se trata, más que una felicidad de la que se puede gozar, es tan grande que es comparable con su contrario, con el sufrimiento” (: 25).

Se presentaba como ingobernable:

“Ni tiene normas, ni rigen para él las leyes de la razón; irresistible, nada pueden contra él la voz de la prudencia y del buen sentido. Un choque pasional de consecuencias imprevisibles y que, sin embargo, a veces no termina mal...” (“El amor a primera vista”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 7).

Por ello podía ser considerada peligrosa; más aún si se trataba de ‘pasiones prohibidas’. Era delirante, “... pero el delirio no es extraño; todo el mundo habla de él, está ya domesticado” (Barthes, 2001: 127):

“Él le había dado días de embriaguez, de felicidad exaltada. Mary supo qué era el amor de su mano. Aquella llama pasional, aquella ola envolvente que la poseyó la primera vez, que lo sintió cerca se repetía siempre, como una magia, un hechizo. Si Gavin la amaba el resto perdía importancia” (“Hechizo hacia el amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65: 53).

Fervorosa y a la vez, fulminante, tanática: “La pasión, dicen, es irresistible; por desgracia, lo resiste todo menos a sí misma” (Bruckner, 2011: 104). Unida muchas veces a la tragedia, podía suponer un ‘choque’ ‘fatal’ (“El amor a primera vista”, *Maribel* N°1438, 30/08/60), estando destinada a perecer, según Fromm (1966):

“Ese milagro de súbita intimidad suele verse facilitado si se combina o inicia con la atracción sexual y su consumación. Sin embargo, tal tipo de amor es, por su misma naturaleza, poco duradero. Las dos personas llegan a conocerse bien, su intimidad pierde cada vez más su carácter milagroso, hasta que su antagonismo, sus desilusiones, su aburrimiento mutuo, terminan por matar lo que pueda quedar de la excitación inicial. No obstante, al comienzo no saben todo esto: en realidad, consideran la intensidad del apasionamiento, ese estar ‘locos’ el uno por el otro, como una prueba de la intensidad de su amor, cuando sólo muestra el grado de su soledad interior” (: 15).

Pero también las historias hablaban de pasiones inolvidables que perduraban en la memoria. En ellas la pasión se intercalaba con el sufrimiento cuando había que dejarla atrás, transformándose en un recuerdo imborrable:

“Un amor inolvidable pesa en la soledad de Gabriel y Lidia, los protagonistas de esta historia [...] un argumento que envuelve las vidas de los hombres y mujeres que sienten el dolor o la alegría de ser testigos de una pasión imborrable” (“Cuando el otoño es adiós...”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 31).



El amor-pasión se ponía en escena a través de las fotonovelas destinadas al público femenino, como las publicaciones *Nocturno* o *Idilio* de editorial *Abril*. Asimismo, las revistas femeninas contaban con secciones destinadas a estas fotonovelas.

En las narrativas a través tanto de imágenes como de textos, en las revistas femeninas, las historias buscaban domesticar estas pasiones amorosas. Definidas como ‘pasiones encantadoras’, eran correspondidas y felices, perdían su halo masculinista y aspiraban al matrimonio, dentro de los límites que el noviazgo imponía (Varela, 2005).

Pero muchas veces también se asociaban eróticamente a lo prohibido. Estas prohibiciones amorosas tenían que ver con transgresiones de algunas variables sociales, como la clase, la raza o la edad del sujeto amado.

4. Clase, raza y edad: las variables del amor

Las historias de los amores no correspondidos y sus sufrimientos se ligaban, a menudo, a las distancias impuestas por las clases sociales. Las familias adineradas que impedían a sus hijos o hijas casarse con sujetos de otras clases sociales conformaban una escena repetida:

“Si realmente era una princesa o una aristócrata de rancio abolengo, su amor estaba definitivamente condenado de antemano. Y este pensamiento lo torturaba. ¿Cuánto no daría él por poder emanciparse de todos esos absurdos convencionalismos sociales?” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N°1461, 14/02/61: 22).

“-En todo caso, hijita, tendrás que contentarte con tu doctor Leclerc. No deja de ser un muchacho con un excelente porvenir. Y yo no voy a dejar que te cases con un aventurero de los negocios que, al fin y al cabo, nadie sabe de dónde ha salido...” (: 22).

“Ellos tenían dinero. Y debían amar, como consecuencia de ello, en función de ese dinero, esto es, con lujo, brillo y esplendor” (“Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 10).

Pero las narrativas rosas se asentaban en la transgresión de las clases sociales por medio del amor. Lo mismo podía suceder, no sin cierto exotismo, en el amor entre sujetos de diferentes etnias. Una portada de *Maribel* de julio de 1964,

interrogaba: “¿Son felices las mujeres blancas casadas con hombres de color?” (Maribel N°1637, 21/07/64: portada).



Figura 40: “¿Son felices las mujeres blancas casadas con hombres de color?”, *Maribel*, 1964.

Los sentidos del racismo atravesaban las historias de amor de la época:

“...señor Duchet –concluyó el funcionario-, nadie aquí vería con malos ojos sus amores con esa joven nativa; pero todos, sin excepción, empezando por mí mismo, reprobarán la locura que según los rumores está usted dispuesto a cometer contrayendo matrimonio con ella. Sólo le hablo pensando en su bien personal; pero si usted insiste en su idea olvidando las ventajas de una mejor visión para la elección de esposa...” (“El amor de un hombre”, *Para Ti* N° 2420, 21/11/68: 6).

Radicadas en la transgresión, las relaciones interraciales o interétnicas contaban con un componente erótico extra: la fusión de pieles de diferentes colores simbolizaba una sexualidad que rompía con los tabúes culturales:

“Tetua era muy bella y muy apasionada. Poseía un cuerpo voluptuoso, facciones de increíble perfección y la piel bastante más clara que la de sus compatriotas. Sin duda Gastón Duchet sabía lo que hacía cuando desafió la opinión de la colonia europea para casarse con aquella encantadora criatura” (: 7).

La amada de otra raza era definida como ‘criatura’, casi como un animalito. Y aunque se enarbolaba la bandera del amor, el racismo asentado en la importancia del color de la piel clara se fomentaba en estos discursos: “Gastón y Tetua

contrajeron enlace en la catedral cuatro días después. A la ceremonia asistió una reducida cantidad de personas de piel bronceada y ninguna blanca” (: 7).

El amor también trasgredía la variable de la edad: “¿Concibe el amor entre un hombre maduro y una muchacha adolescente?”, preguntaba una narrativa de *Maribel* (“Las diez en punto de la noche”, *Maribel* N°1611: 71). Este era, sin embargo, un prototipo de pareja: el del varón mayor, confiado, protector y la mujercita débil, insegura, que necesitaba de su guía. Por lo general, la muchacha se ubicaba en una posición de inferioridad y el hombre poseía una mejor posición laboral.

Transgresoras eran las parejas compuestas por una mujer madura y un joven. En las mujeres famosas tal inversión estaba permitida: “La edad no tiene importancia cuando se está enamorada”, declaraba Sofía Loren (*Maribel* N°1438, 30/08/60: 33). Las publicaciones femeninas de la década iban construyendo un atractivo de las ‘mujeres con pasado’.



Figura 41: “Una mujer con pasado”, *Maribel*, 1964.

Los especialistas analizaban el caso de “La mujer de hoy y el novio más joven” (*Maribel* N° 1521, 17/04/62: 88):

“Durante mucho tiempo el marido, y, por consiguiente, también el novio, debía ser de más edad que la mujer. Era una costumbre perfectamente lógica. Como la mujer estaba considerada inferior al hombre, pasaba de la dependencia del padre a la del

marido. [...] un número cada vez más creciente elige un novio más joven. Pero en tal caso la oposición es general. La familia, los amigos, los conocidos, lanzan gritos, protestan, se indignan o se burlan [...] la mujer es tratada de vieja loca y el marido de gigoló” (: 88).

Un discurso modernizador y feminista, se enfrentaba a los prejuicios de edad y género, aduciendo:

“La mujer de hoy elige ella misma su vida. Tiene también derecho a ser novia de un hombre más joven y es absurdo e injusto reprochárselo [...] Hay que comprender que la pregunta: ‘¿Qué edad tiene ella?’, pertenece a otro tiempo, y no tienen nada que ver con la felicidad de una mujer, ni con la de su marido” (: 88).

Mientras tanto, las narrativas, un tanto reacias a los discursos modernizadores, seguían difundiendo algunos prejuicios tradicionales acerca de la edad de la mujer para el matrimonio:

“Estás envejeciendo... -pensó-. Pronto tendrás treinta años y la gente se burlará de vos. Dirán que dejaste pasar los años buscando tu oportunidad. No dirán que sos una pérdida, porque tenés dinero... Y el día que no lo tengas, te lo dirán... Entonces, estarás más vieja, Clara... Vieja y sola” (“Historia prohibida”, *Maribel* N°1451, 06/12/60: 10).

No obstante, la transgresión que ganaba el podio a la más comentada era la de la infidelidad en la unión monogámica. Esta prohibición acarrea toda una potencia erótica y era repetida en las historias de amor. Pero además se hallaba más o menos justificada según el género. De la misma manera que con la edad, la infidelidad femenina era aún más transgresora.

5. Eros infiel

La transgresión del principio monopólico que rige el lazo conyugal (nada de relaciones sexuales fuera del matrimonio) rompe con la norma de fidelidad. El engaño tiene un potencial erótico inconfesable: “... el miedo de dejarse sorprender, las citas improvisadas y los secretos compartidos dan a algunas uniones clandestinas una densidad que ya no tiene la anodina relación conyugal” (Bruckner, 2011: 114). Asociada a lo prohibido, implica a la tentación, tan comentada en las narrativas rosas de la época:

“Tenía que terminar con esa tentación que Nina significaba para él. La suya era una vida ordenada, feliz. [...] Un nudo de compromisos morales e intereses materiales; el amor, todavía intenso, que profesaba a Valeria... Sus fortunas, unidas. Toda ella

formaba su existencia. La existencia de un hombre maduro” (Vivir y morir, *Maribel* N° 1618 10/03/64: 56).

En un modelo dual respecto a la experiencia sexual de hombres y mujeres, un acto de adulterio por parte de una mujer era un escándalo; y, en cambio, por parte de los hombres, era considerado como un ‘desliz’ lamentable, pero comprensible. La regla para ellos era: ‘no cometerás adulterio’; a la cual se añadía: ‘excepto en ciertos casos previstos por la costumbre’ (Bataille, 2010). La infidelidad masculina era un tópico legitimado por las narrativas románticas:

“Tu piel me estremecía. Olía a lilas. Tan distintas tus manos de las manos de Luisa. Ella olía siempre a ajo y perejil, a lavandina, a entrecasa. Después supiste todo. Te enteraste de la existencia de Luisa y de los chicos. Recuerdo todavía tu respiración entrecortada al preguntar: -¿Pero es verdad que estás casado? -No pude negarlo. Esperé tus insultos, tus gritos. Luisa lo hubiera hecho. Pero tú no. Lo hubiera preferido mil veces a tener que soportar que me miraras con esa inmensa pena, con ese tremendo desencanto. En ese momento te amé mucho, mucho más. Amé en ti todo lo que había esperado de Luisa y jamás encontré. Amé tu dignidad fuerte e inalterable, tu comprensión, tu dulzura, esa manera tan tuya de proyectarte como mujer. Encontrarte en la confitería aquella primera vez fue como reencontrarme con mi juventud, con los años perdidos” (“Y sé que comprenderás”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 8).

Las infidelidades de los esposos ya maduros hablaban de un retorno a la juventud, de la mano de una pasión con una joven:

“... nunca me sentí junto a ella como me sentía cuando estoy con Nina..., joven, nuevo. Como un muchacho. Celoso, enamorado. Lleno de orgullo, como si fuera el dueño del mundo... Junto a ella no existe el tiempo. ¡Y qué sensación de plenitud! Me parece que nada necesito, hasta que recobro la maldita realidad y me digo que estoy de paso en la casa de Nina y hasta en su vida” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 29).

El adulterio del marido podía comprenderse como una responsabilidad de la esposa. En ocasiones, ésta se culpaba a sí misma por la infidelidad del otro:

“Sé que dejaste de quererme. No te culpo de nada. Sólo quiero decirte que lo supe todo desde el primer momento [...] La culpa de todo la tengo yo. No supe retenerte. Quería retenerte... Pretendí retenerte con tu camisa limpia y bien planchada de todos los días, con tus trajes siempre cepillados y sin una manchita con tus zapatos lustrados, con la comida lista cuando volvías de la oficina, con la casa bien arreglada. Pensé que toda esa coquetería doméstica sería suficiente. Pero no lo fue. Me olvidé de mí. Ya no soy la muchachita que te esperaba en la puerta cuando venías a buscarme para salir a pasear por Palermo. Ya no soy la novia coqueta que cuidaba hasta el menor detalle de su arreglo personal para agradarte. Ahora soy una mujer cansada y de mal carácter. Ahora no me importa que me encuentres despeinada y sin arreglar. ¿Por qué, Mario? ¿Por qué si yo te quiero

mucho más que cuando te esperaba de novia?... ¡Cómo mata la costumbre todo aquello que embellece y alegra la vida! ¿Por qué hay tantas mujeres como yo?” (“Y sé que comprenderás”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 9).

Las infidelidades no hacían más que reafirmar la institución matrimonial. Las mujeres con las que los maridos eran infieles se ubicaban en la posición de la mera ‘aventura’, del ‘error’. Incluso los hijos nacidos de ese ‘accidente de la vida’ podían ser adoptados por el matrimonio ya instituido (“De nuestra siembra”, *Maribel* N°1430, 05/07/60: 84). Pero, algunas veces las historias narraban el resentimiento de las esposas frente al adulterio:

“Con aterradora claridad divisaba esa frontera aparecida de pronto, dividiendo el mundo y la vida en dos. De un lado, ella y Bernardo, con sus existencias donde todo parecía previsto y conocido. Del otro, alguien con el misterio de lo nuevo, atrayendo a un hombre hastiado quizá de la uniforme regularidad de los días.

Aplastó en el cenicero el cigarrillo a medio consumir. Cólera y negrura se le amontonaban en el alma.

-Nada sacaré él, ni la otra, de esta puerca aventura... Aunque Bernardo pretendiera divorciarse, jamás lo consentiré... Por otra parte, lo pensará dos veces; no le conviene.

Mezclaba sentimientos e intereses sin querer, del mismo modo que se mezclaban la ira y el amor” (“Murallas de angustia”, *Maribel* N°1625, 28/04/64: 13).

Aunque, por lo general, esa ira estaba destinada a ‘la otra’ mujer y no al marido infiel:

“Un minuto antes, la voz desconocida, ronca y nasal –una voz desfigurada, sin duda-, había hecho saber con datos precisos la traición de su marido.

-Si quiere cerciorarse, diríjase a calle Venezuela número 411. En el piso catorce, departamento B, encontrará instalada a Nina Azcárate, la amante de su marido. [...] –Iré allá... -dijo en voz alta, y sus labios dibujaron un gesto despreciativo y cruel-. Sí; iré... Y esa pequeña ramera maldecirá el día y la hora en que se le ocurrió ponerse en mi camino” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N°1627, 12/05/64: 30).

La vergüenza de los maridos al ser descubierta su traición también se ponía en relato:

“Desde que su esposa había descubierto su estúpido devaneo amoroso, se sentía ridículo dentro de su hogar. Es que Viviana era demasiado mujer para soportar un engaño.

Y, a pesar de todo, también Viviana se sentía culpable. Porque si su marido había buscado a otra mujer, era, en parte, a causa de su actitud. Después de cuatro años de matrimonio, la rutina había desfigurado un poco esa caricia tierna y espontánea de los primeros días de amor” (“Cuando tú me necesites”, *Maribel* N°1500, 1961: 26).

El paraíso romántico femenino, caído en la rutina y la costumbre, se derrumbaba a los pies de una pasión ‘masculina’ asentada en la infidelidad: “Su hombre es su mundo y descubrir la infidelidad significa sentir hundirse la tierra bajo sus pies, como si se derrumbara el universo” (“El veneno de los celos”, *Femirama*, 06/69: 133).

Ante esta situación, algunas notas venían en socorro de la mujer. El discurso de la psiquiatría analizaba el caso: “Cuando el marido es un donjuán” (*Femirama*, Tomo 8, 05/66: 80). Pero también se estudiaba el caso en que, no siendo un donjuán: “Su existencia conyugal puede parecerle monótona y se concede aquellas ‘escapadas’ que ponen en crisis los matrimonios” (“Crisis en la vida de dos”, *Maribel* s/n, 1964: 30).

Un marco regulatorio delineaba una doble moral, pues la obligación monogámica era, sobre todo, femenina. El adulterio condenable era el de la mujer casada. En cuanto a los varones, las relaciones extramatrimoniales se objetaban sobre todo para evitar los inconvenientes de las descendencias ilegítimas.

Dentro de esta doble moral, sin embargo, se esperaba de un hombre que se casaba, un determinado cambio de su conducta sexual. Se toleraba una cierta variedad e intensidad de placeres en la juventud que era necesario restringir después del matrimonio. El hombre casado podía llegar a tener una amante y frecuentar prostitutas. A la mujer se le imponía que comprendiera esta situación y la mantuviera entre lo no dicho. Se daba así una cierta bipolaridad masculina que tendía a idealizar a la esposa para humillar mejor a la prostituta;

“...con la primera, abrazos caseros de una gran brevedad, sobre todo teniendo en cuenta que la ausencia de anticoncepción colocaba a las mujeres bajo la amenaza de una fertilidad intempestiva con la segunda, travesuras sensuales, toda la gama de posiciones de lo más inconvenientes. Una madre de familia no podía explayarse como una vulgar buscona. El culto romántico a la pureza femenina conducía a la explosión del burdel, el angelismo era el padre de la putería” (Bruckner, 2011: 98).

Se daba a entender que la búsqueda de otros placeres era para el marido una falta acaso bastante frecuente, pero también bastante nimia. Muchas veces se decía que era en el interior del lazo del matrimonio, en función de lo que eran las relaciones afectivas entre los dos –y no en función de los derechos y de las prerrogativas- como debía resolverse la cuestión. En este sentido, los placeres

exteriores del hombre no eran efecto de su superioridad, sino de cierta debilidad masculina que la mujer debía tolerar haciendo una concesión que, a la vez que salvaguardara su honor, probara también su afecto:

“Estaba convencida de que el esposo la quería aún, después de largos años de matrimonio, y que jamás había pensado en dejarla; mas de pronto lo vio aprisionado en una aventura de amor fácil e intrascendente, transformada en urgente urgencia” (“Telón tras un largo acto”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 12).

Una certeza tranquilizadora amparada en esta doble moral delineaba, tanto para los maridos como para las esposas, una frontera entre la relación conyugal y la aventura. Esto diferenciaba dos tipos de mujeres: la esposa que revestía la obligación de respeto y la ‘aventura’, como lugar de la transgresión erótica. Las historias podían valorizar finalmente de manera positiva el adulterio, minimizándolo e idiotizando el error del marido:

“...convertido en don Juan y que estuvo a punto de destruir su vida... ¡Qué idiota! ¡Qué idiota! [...] Me río de la mujer joven que me devolvió a mi hombre, después de una experiencia ingrata que multiplica el valor de lo nuestro” (“Telón tras un largo acto”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 70).

La infidelidad masculina se interpretaba como una aventura inocente, considerada casi una obligación dentro de su grupo de pares:

“... mi marido, aunque efectivamente me quiere mucho, es un donjuán y no deja nunca pasar la ocasión de una ‘aventura inocente’. Sé que jamás se trata de cosas serias, pero me hieren profundamente porque estoy enamorada de él y siento celos. Hace algunos días le pedí que no siguiera con sus galanteos porque me hace sufrir, pero se echó a reír y me dijo que no me preocupe, que él me quiere y me querrá siempre solamente a mí, pero que es lógico y natural que un hombre se permita ciertas libertades, pues de otro modo, ¿qué dirían los amigos?” (“Cuando el marido es un donjuán”, *Femirama*, tomo 8, 05/66: 82).

En *Femirama*, un discurso ‘especialista’ presentaba una tipología de maridos infieles. Distinguía al marido ‘calavera’ o ‘mujeriego’ que tenía aventuras como mero motivo de diversión y tema de conversaciones íntimas entre amigos, del donjuán que revestía otro estatuto. El calavera era un:

“...ejemplar típico del hombre que tiene devaneos amorosos por una simple cuestión de prestigio, por esa mentalidad deformada de ‘comodidad varonil’ que le hace ver como cosa justa y normal el concederse semejantes aventuras ‘inocentes’” (: 82).

El donjuán, en cambio, suponía otras cualidades relacionadas primordialmente con los modos de conquista:

“El donjuán, al revés del ‘calavera’, no ha conocido el amor, el verdadero amor

hacia una mujer, y está destinado a no conocerlo jamás. Esta es la razón de que los donjuanes no sean por lo general celosos, en tanto que los ‘calaveras’ sí lo son, y a veces más aún que la generalidad de los hombres, precisamente porque temen que lo que hacen a los demás en algunas ocasiones les pueda llegar a suceder también a ellos” (: 83).

Se decía que los maridos, por lo general, se ubicaban en el primer tipo, en el cual la infidelidad aparecía como una valorización viril:

“De ahí que muchos maridos fieles den a entender que engañan a sus esposas. Piropean a toda mujer que encuentran en la calle o, como el piropo está en vías de desaparecer, miran las piernas de las que pasan y lo comentan cuando están en compañía de otros hombres. Los hay también que hacen alusión, ante sus compañeros, de aventuras imaginarias, pues ser monógamo es increíble y casi una vergüenza entre los hombres. Y si uno de ellos dice que es fiel a su mujer, pasa generalmente por hipócrita” (“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63: 73).

El valor erótico de la infidelidad masculina se publicitaba en las revistas de actualidad. Componía, por ejemplo, el slogan de una marca de cigarrillos: “los infieles” (Publicidad *Master 91*, *Gente* N° 158, 19/08/68: contratapa).



Figura 42: “Los infieles” Publicidad *Master 91*, *Gente*, 1968.

El anuncio mostraba parte de un cuerpo de mujer, sin mirada, donde aparecía su boca y su torso. Advertía, además, que los infieles debían ser ricos o al menos aparentarlo: “Humo rubio para millonarios. Fiebre de oro en su marquilla dorada. Derroche de placer en sus 91 milímetros. Sí, es la época de *Master 91*. Sea infiel,

pruébelos” (op. cit). Otra imagen de la campaña mostraba a varios de estos ‘millonarios infieles’, observando a una bailarina que se contoneaba sobre una mesa, para su placer.



Figura 43: “Los infieles”, Publicidad *Master 91*, 1968.

Anclado en esta doble moral masculina, el discurso psiquiátrico explicaba que las actitudes del hombre ante el amor “... son siempre las mismas: oscilan como un péndulo entre dos conductas opuestas que se repiten invariablemente: o es amor y se sublima, o es una conquista, un regalo y se mancilla” (: 82). Por tanto, la respetable esposa amada no debía preocuparse por las aventuras del marido, destinadas a otro tipo de mujer, la regalada, la mancillada. Esto sucedía, especialmente, con los varones cuarentones y su deseo de autoafirmar su juventud:

“En la mayoría de los cuarentones se verifica, en el momento en que toman conciencia de su edad, una reacción desproporcionada: quieren ser jóvenes a toda costa. Esto les ocurre especialmente los hombres que han ‘llegado’ socialmente; se abandonan a los excesos y buscan la juventud en la mujer [...] Éste es el período peligroso para el matrimonio y en el que suelen surgir los dramas conyugales [...] muchos hombres de edad mediana atraviesan ‘una verdadera y segunda adolescencia que se manifiesta en el aumento del interés del hombre por las mujeres más jóvenes y en el deseo de mostrarse aún atrayentes y viriles. En tales situaciones la conducta del hombre es frecuentemente irracional y las emociones no son disímiles, por el romanticismo y fantasía, a las de un adolescente de diecisiete o dieciocho años” (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 122).

“El hombre, al entrar en su madurez, necesita, a menudo, la confirmación de que continúa siendo interesante, gusta a las mujeres y es ‘todavía’ capaz de conquistar alguna. Por eso mira a su alrededor, ensaya recursos y busca aventuras. Se lanza al adulterio en un desesperado intento de ‘vuelta atrás’, de renovación glandular, sin querer comprender que el tiempo es irreversible. Esa fugacidad prohibida los atrae porque ‘es fugaz’ y ‘prohibida’, en la mayoría de los casos” (“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 20).

Aunque el matrimonio era considerado como una institución que exigía recíproca fidelidad, las transgresiones eran, para Freud, inevitables. Pero entonces, éstas estaban, por tradición, mejor vistas dentro del género masculino.

La diferenciación entre la sexualidad casta del matrimonio y el carácter apasionado o erótico de los asuntos extramaritales era una distinción bastante común (Giddens, 1998). Por mucho tiempo se había considerado que convenía que la relación conyugal fuera diferente de la de los amantes. El matrimonio traía consigo una “exigencia de ‘des-hedonización’”: las uniones sexuales entre esposos no debían obedecer a una economía del placer. Se consideraba que el marido no debía tratar a la propia esposa como a una amante, y en el matrimonio había que conducirse como marido más que como amante (Foucault, 2011b).

La infidelidad femenina no se interpretaba de la misma manera, estando mucho más asediada por la prohibición moral: “...el hombre encuentra la indulgencia de todo el mundo cuando busca satisfacciones fuera del matrimonio, mientras que una mujer no puede hacerlo” (“La mujer de hoy y el novio más joven”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62: 88).

La propia ley realizaba una mirada indulgente de la infidelidad masculina. El adulterio era considerado un delito; el código penal lo castigaba en su artículo 118 con prisión de un mes o un año. Ante la ley, la diferenciación de género era patente y en este punto el discurso feminista batallaba por la igualdad jurídica y legal, desde una revista femenina como *Maribel*:

“La ley penal diferencia los requisitos para hallar culpable de este delito al hombre o a la mujer. Si se trata de un hombre, es necesario –según el Código- ‘que tenga manceba dentro o fuera de la casa conyugal’. Se requiere continuidad en la relación masculina extraconyugal. Dar trato de esposa a otra mujer, agravando a la propia, ante amigos y conocidos. La simple relación de un momento, sin continuidad, no basta. Otra es la situación para la mujer. La ley penal es más rigurosa. Sólo es menester que ella tenga una sola relación extraconyugal, aun fugaz, para culparla del delito. No existen razones para tal distingo, ¿verdad?, aunque, quienes hicieron las leyes –hombres por supuesto-, esgrimen razones a saber: Se consideró entonces que la naturaleza masculina, distinta de la femenina, no tiene intención de agraviar

a su esposa con una simple aventura de corta duración. El agravio –sostienen- se infiere a la esposa legítima cuando existe una relación extramatrimonial continuada y a ojos vistas de la sociedad. Por el contrario, se ha dicho que la mujer tiene otra responsabilidad. Su papel es de custodia de la casa, la honra y el apellido marital; por ello, basta un solo desliz, aun fugaz, para mancillarla” (“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 21).

El feminismo se enfrentaba a estas prerrogativas masculinas, denunciando una ley desigual, asentada en una supuesta naturaleza de los sexos:

“La violación del deber de fidelidad conyugal –y así lo ha entendido la ley civil a diferencia de la penal- es igual tratándose de ambos esposos. El honor, el respeto y la confianza mutua exigen iguales deberes, y el peso de la ley, al declarar culpabilidad, no debe hacer diferencias en cuanto a la vara con que se medirá a ambos. Admitir franquicias para el hombre, no considerar como delito una fugaz aventura extraconyugal, es dejar una puerta abierta a complacencias o tecnicismos legales, en pugna con la esencia de los valores del espíritu” (“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 21).

La doble vida de los casados era un asunto repetido. Para las mujeres era mucho más difícil mantener una doble vida, y las que podían ejercitar el adulterio sin mortificaciones morales eran probablemente una minoría (Cosse, 2006). Las propias mujeres se mostraban más tolerantes con la infidelidad del varón que con las de sus congéneres. Tal era el mandato de fidelidad femenina que estaba bien visto que la mujer siguiera rindiendo lealtad aún cuando su esposa hubiese muerto:

“Veinte años hacía que Ernestina, la viuda, vestía de riguroso luto. Veinte años cabales que usaba un precioso medallón colgado en el cuello. Veinte años que venía repitiendo, cada día, a quien quisiera oírlo, la misma historia.

-Mi pobre marido...

[...] La viuda se me aparecía como la imagen acabada de la fidelidad conyugal. Había amado tierna e incondicionalmente al elegido de su corazón y amaba, después de haberlo perdido, su imagen diluida en el tiempo” (“El medallón”, *Maribel* s/n, 1964: 54).

La infidelidad de la mujer era temida y se la asociaba con la destrucción del ego del marido:

“También ella, como todos, oyó comentarios sobre la conducta poco edificante de la esposa de Alejandro. Últimamente su flirteo con un conocido play-boy había pasado los límites de lo tolerable. Todos los que conocían a Elcira Monter compadecían al marido” (“¿Es suficiente amar?”, *Para Ti* N° 2400, 08/07/68: 23).

A diferencia de la publicitada infidelidad masculina, los relatos hablaban de mujeres infieles que vivían la situación con mucha angustia: “Su corazón era una trampa... ¿Podía amar a dos hombres al mismo tiempo?... ¿Era honesto o inmoral

no dejar a ninguno de los dos?” (“El salto”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64: 26). Una ilustración mostraba la mirada dramática de una protagonista al abrazar a uno de sus amados.

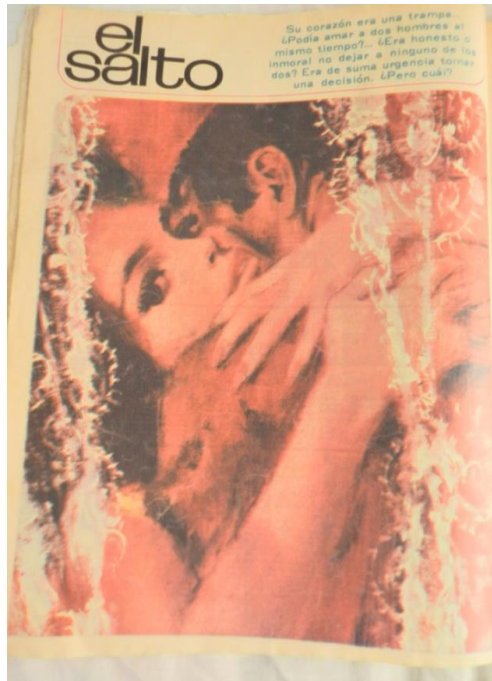


Figura 44: “El salto”, *Maribel*, 1964.

Al correo sentimental también llegaba la problemática de la infidelidad femenina. Una lectora escribía al Padre Agustín en “Secreto de Confesión” –*Para Ti*–: “Tiempo atrás, jugando con fuego, cometí varios deslices (besos, abrazos) de infidelidad hacia mi esposo –a quien adoro-. Además evitamos –ilegítimamente- tener más hijos” (*Para Ti* N° 2283, 11/04/66: 65). Contra todos los pronósticos, el padre respondía misericordioso: “...sus pecados no son tan vergonzantes” (: 65). Los aires de cambio iban también morigerando la condena de la infidelidad femenina.

Algunas notas hablaban de los conflictos de una mujer casada y presentaban alertas para los maridos, aunque no estuvieran destinadas a ellos como lectores. En un guiño hacia las lectoras se cuestionaba que el marido olvidaba ser también un buen amante. Se advertía a los esposos fríos e indiferentes que corrían el riesgo de que tarde o temprano, apareciera un amante para sus mujeres. Se alegaba que muchos maridos, recostados en la seguridad definitiva del acto del matrimonio por

el Registro Civil, veían en sus esposas, con ojos ingenuos y confiados, una mera procreadora y guardiana del hogar.

Se aducía que los maridos engañados eran cada vez más y una de las causas era que el hombre confundía el matrimonio con un puerto de descanso. Los deseos eróticos de las esposas se hallaban insatisfechos.

La duplicidad que ubicaba a la esposa en el lugar del respeto y el recato y a la amante en el lugar de la lujuria se iba desmoronando. Las amas de casa reconocían estar ávidas de sensaciones eróticas, de pasión, que su marido no satisfacía. Y en ese espacio vacío que dejaba el esposo entraba a jugar el amante que reintroducía la pasión en sus vidas. Las narrativas hablaban de mujeres casadas que se permitían flirtear con otros para sentirse admiradas: “A los cuarenta años, Odile había hecho su mejor conquista de mujer casada que, sin dejar de ser fiel a su marido, no puede vivir sin sentirse admirada por los demás” (“El flirt de la señora Lanvin”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 26).

Una nota en *Maribel* analizaba el caso. Sostenía que las mujeres que se casaban alrededor de los veinticinco –veintiocho años: “... (siempre según las estadísticas) casi siempre hacia los treinta y dos- treinta y cinco años, o sea hacia el séptimo año de matrimonio, puede advertir el deseo de sentirse más libre” (“Crisis en la vida de dos”, *Maribel* s/n, 1964: 30). Pero entonces se reimponía el recato de la esposa:

“Lo importante es no concederse ‘evasiones sentimentales’ –aunque fueran sólo platónicas, inocentes- fuera de casa.

Una mujer casada no tiene derecho de buscar la amistad o comprensión de otros hombres: porque de la amistad al ‘flirt’ el paso es muy pequeño” (: 30).

La infidelidad podía haber estado causada por la falta de atención, la distancia, la ausencia (“Ausencia: ¿tumba del amor?”, *Maribel* s/n, 1964: 50). Los discursos especialistas decían detectar las causas de las infidelidades y respondían con una serie de recomendaciones. Se alentaba ‘que no muera el galán’ en el marido, es decir, era importante que siguiera cortejando a su esposa después de casarse, porque “Una mujer no es un objeto, no es una parte del amueblamiento de la casa” (“Crisis en la vida de dos”, *Maribel* s/n, 1964: 38). Se daban cifras: “El 79% de las mujeres se quejan de falta de ternura. ¿Decepción? ¿Desilusión? ¿Incomprensión? No importan las causas. Lo fundamental es no permitir que la

barrera siga creciendo” (“Mi marido no es el mismo”, *Maribel* N°1677, 11/05/65: 25). Al mismo tiempo, las esposas decepcionadas en sus expectativas eróticas, daban sus testimonios:

“Un día terminé por decirme: Se acabó la luna de miel [...] Ahora él me besa pensando en las facturas que tiene que revisar al día siguiente, en la llamada telefónica para ir al club [...] Antes Pablo me besaba como si no nos quedara más que un solo día de vida. Pablo decía ‘mi mujer’ con un tono de protección, como queriéndome preservar de todo peligro. Hoy no puedo recuperar ese tiempo que se ha ido... Seguramente, esta noche también miraremos televisión” (: 25).

Mientras las revistas entregaban en mano a la lectora, por un lado, toda una serie de narrativas rosas que poetizaban el cortejo, el romance y la pasión, por otro, les decían a las esposas que no esperen eso de sus maridos:

“¿Qué no besa a su mujer como antes? Primera razón. La muchachita a quien él festejaba ardorosamente se ha convertido en su mujer. El beso ha dejado de ser un fin en sí. Hay otras maneras de demostrar su amor. Para la mujer cuentan otros razonamientos: no la besa como antes, luego, no la quiere como antes... Empieza la etapa de las actividades de compensación: novelas o televisión, hasta restaurar la imagen fallida del galán romántico, de ese galán que su marido ha dejado de ser” (: 32).

Las respuestas alentaban a sostener la institución matrimonial, instando a las mujeres a comprender una supuesta naturaleza de los géneros frente al amor:

“...el matrimonio no resultó lo que ellas esperaban. ¿Por qué? Porque no supieron establecer diferencias de sensibilidad masculina y femenina, porque no supieron ver el fondo del amor y se quedaron en la superficie” (: 32).

La infidelidad, la caída en la rutina agobiante, las relaciones extramatrimoniales y los celos eran temas privilegiados en la prensa femenina en los '60, a los cuales se sumaba el ‘aburrimiento sexual’ como:

“...una de las principales amenazas de la serenidad matrimonial en las parejas que han superado los cuarenta y cinco años’. Los cónyuges se aman pero su vida íntima se apacigua. Entonces uno de los cónyuges está expuesto a fuertes tentaciones” (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 122).

La exigencia de fidelidad monogámica que tornaba al sexo una exclusividad del matrimonio, con el paso del tiempo, podía transformarse en simple deber y hábito, “mutilando la sensibilidad” (Marcuse, 1967: 62). El propio Freud (1986) sostenía que el amor genital heterosexual era menoscabado por las restricciones de la legitimidad y la monogamia. La conyugalidad olvidaba muchas veces a la sexualidad como fuente de placer en sí (erotismo).

Pero entonces, en los sesentas, estos parámetros estaban cambiando. Las parejas exigían una re-erotización del vínculo conyugal. El erotismo se extendía a los noviazgos, pero también a los famosos '*flirts*'. Acerca de estos cambios trata el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

NUEVAS REGLAS DE JUEGO AMOROSO

“Se suponía que el amor lo resolvía todo, pero se
ha convertido en parte del problema”
(Bruckner, 2011: 141)

“Hay que reponerse de una última ilusión, la de
denunciar el amor como una ilusión” (: 213).

1. La modernización y las problematizaciones del amor

En los '60, tanto desde la moral convencional como desde la por entonces naciente nueva ética del amor libre, el amor se comprendía, casi religiosamente, como salvación. No obstante, unas prácticas amorosas frente a las otras suscitaban reflexiones acerca de las relaciones, a través de una interrogación a la vez teórica y prescriptiva sobre sus formas.

El amor se prescribía y a la vez se problematizaba en la prensa femenina. Toda una serie de especialistas estaban dispuestos a aconsejar su rumbo. “¿Sabe Ud. por qué se ama...?” preguntaba la revista *Vosotras* (Nº 1332, 15/06/61: 27); “¿Cuánto dura el amor eterno?”, cuestionaba retóricamente *Maribel* (Nº 1640, 08/64: 12). Como en la sexualidad, el discurso científico se entrometía en la temática del amor, pero con menos éxito:

“Lo eterno, ¿puede cuantificarse? Un sentimiento, aunque sea amoroso-pasional, ¿puede medirse? Pese a que aún no se ha inventado el ‘erotómetro’ –pequeño aparato para calcular el grado y la intensidad de amor que experimentan los seres humanos–, los mitos inclinan siempre a los espíritus curiosos en búsqueda de la verdad. Quizá la verdad, en este caso, sea de una naturaleza distinta a la científica, sometida a pruebas de repetición y objetivos en cualquier latitud” (: 12).

El amor como salvación, con su cualidad de eternidad, era una definición religiosa y el discurso científico se oponía a esa caracterización: “Frente a la ciencia, el amor perenne es un absurdo biológico” (: 12).

Como problema, el amor también ha estado impregnado por la crítica de la ideología como una ilusión, propensa a ser desmitificada:

“El discurso amoroso enmascara la verdad de la especie: la novela y la propaganda mediática –la publicidad y el cine, la televisión y la prensa llamada femenina– giran alrededor del flechazo, la pasión, el formidable poder del sentimiento, del amor con mayúsculas, ahí donde la razón

desengaña de forma brutal al hablar de feromonas, ley de la especie, destino ciego de la naturaleza que apunta a la homeostasis del redil de los mamíferos con neocórtex” (Onfray, 2010: 114).

El amor, indecible y sin razón, “sublime y abominable a la vez” (Bruckner, 2011: 196), se asociaba a lo idílico en las narrativas rosas de las revistas femeninas: “Un día el amor llamó a su puerta y a ella le pareció algo irreal, demasiado hermoso para que fuese cierto” (“Amanecer de amor”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60: 13). Y en contraposición a ese ‘flechazo’ de Cupido, el discurso científico médico buscaba dilucidar “El secreto de la fascinación en el amor” (*Maribel* N° 1640, 08/64: 64), desde su pretensión de transparencia y neutralidad, no menos ideológica:

“Ya se conoce actualmente lo que es el amor. Ya no es (como decían los cursis de todo pelaje) ‘un no sé qué, que viene no sé cuándo y ataca no sé cómo’. No es así. Felizmente ya se atisba la naturaleza y esencia del amor en su verdadera sustancia; se sabe que el amor es algo sujeto a leyes –como por otra parte, todo lo que sucede en la vida- y capaz de ser hallado y mejorado infinitamente por la cultura intensiva de nuestro ser emocional y el desarrollo armónico de nuestra personalidad” (: 64).

Desde una visión heterosexista, basada en la complementariedad de los sexos, el discurso pretendía explicar el movimiento del amor:

“Sucede que el magnetismo masculino es positivo y el magnetismo femenino es de signo negativo; hay atracción magnética entre los dos sexos, y esa atracción desempeña un papel importante no sólo en la simpatía y en la antipatía, la amistad o la enemistad, sino, más especialmente, en el amor en todas sus formas. La costumbre de recibir las vibraciones magnéticas de una persona crea la necesidad de su presencia. Esto se llama impregnación fluidica” (: 64).

El discurso científico pretendía destapar el velo ilusorio del problema del amor. La naturaleza codificada en vibraciones magnéticas y fluidos rompía con la retórica amorosa.

Pero entonces, los consejeros sentimentales muchas veces se ubicaban en un intermedio entre los discursos de la ciencia y la retórica amorosa de las narrativas más edulcoradas, construyendo unos sentidos del amor más cercanos al arte amatorio:

“El amor no es deslumbramiento. Ni milagro. El amor se conquista día a día y, como toda empresa de conquista, tiene sus reveses. Es necesario dar tiempo al tiempo. Es preciso acostumbrar al hombre, como es preciso que el hombre se acostumbre a la mujer. Un amor se construye con la misma pasión y la misma paciencia que una catedral” (“¿Me lanzo o no me lanzo?”, *Maribel* s/n, 1965: 63).

El correo sentimental era una sección obligada en las revistas femeninas, entendida como un espacio destinado al tratamiento de conflictos amorosos particulares de las lectoras que apuntaba a regular las conductas ligadas su intimidad.

Las mujeres parecían adorar las confidencias amorosas: “¿Hombres o mujeres son más propensos a las confidencias sentimentales?”, se preguntaba en *Maribel* (“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 12). Un médico, como voz autorizada, respondía:

“No he llevado estadísticas, pero he observado en las mujeres un mayor recato y en los hombres una mayor exuberancia y vanidad. Acerca de la calidad de la confidencia diré que las mujeres tratan el tema por el lado del sentimiento puro, mientras los hombres más bien por el de lo contingente, lo pasional o lo aventuroso” (: 12).

Los problemas femeninos en torno al amor se construían como conflictos sentimentales –no pasionales ni del orden de la aventura. La soledad afectiva, las dificultades matrimoniales, los amores contrariados, las relaciones sexuales pre-matrimoniales y los engaños afectivos eran cuestiones recurrentes que edificaban una atmósfera por lo común problemática y doliente.

Para que un problema sea plausible de ser incluido dentro del correo sentimental era condición necesaria la existencia de una tensión entre deseo personal y convención social (Garis, 2010). Los dilemas personas se compartían públicamente y una voz autorizada ofrecía a cambio una consejería amorosa.

Las editoriales decidían publicar cartas que desafiaban las normas. La amenaza de transgresión a la norma social que implicaban los vaivenes del sentimiento amoroso configuraba el aspecto conflictivo de lo sentimental tratado en estos espacios.

En este género, las frecuentes interpelaciones hacían que el discurso adoptase el simulacro de un diálogo, sosteniendo cierta ilusión de una comunicación interpersonal entre consejero/a y aconsejada. El consejero podía responder desde la autoridad o la complicidad, según fuera el caso, definiendo los estándares morales de la revista frente a las preocupaciones seleccionadas de las lectoras. A veces el consejero era una figura famosa, como Palito Ortega o Violeta Rivas, y así se despojaba al asesor sentimental de su carácter enigmático.

Las asesoras más cómplices y amigables, postulaban que los sentimientos tenían un estatuto preferencial para la toma de decisiones. La solución a los problemas era, muchas veces, la que dictaba el corazón, para contribuir a la felicidad de la consultante o apaciguar su angustia.

La dicha se hallaba inevitablemente ligada al amor, de modo que todo aquello que se hacía en pos de este sentimiento era válido:

“En este universo las ‘leyes del corazón’ desplazan a las leyes morales, se configura así un espacio dominado por el “Imperio de los sentimientos”, donde las verdades de la fe o la certidumbre de la ciencia no poseen valor universal. Se instaura entonces una lógica pasional donde quedan relativizadas las razones que no provengan de los sentimientos” (Garis, 2010: 142).

Las consultas hablaban de nuevas incertidumbres acerca de las relaciones amorosas en una sociedad convulsionada por los cambios en los valores que organizaban la vida cotidiana (Cosse, 2010). Los consejos siempre pasaban por el respeto a la dignidad femenina y la ‘valoración propia’, como pautas que habilitaban o no ciertos comportamientos amorosos.

Claro que no interesa aquí el estatuto de verdad o falsedad absoluta de estos testimonios sino su efecto de verosimilitud y el debate en que se enmarcaban, tanto como las decisiones editoriales de publicar estos debates sentimentales. Desde cierta frescura, informalidad y anonimato, las cartas enfocaban la vida privada de las mujeres y sus parejas, en una época en que se modificaban las relaciones amorosas, junto con el régimen sexual y las expresiones del deseo erótico.

Las cartas hablaban de mujeres enfrentadas con mandatos instituidos que las angustiaban o dudas sentimentales sobre cómo conseguir novio, qué hacer frente a una ruptura, cómo actuar frente a la oposición de los padres. Ponían en discurso incertidumbres amorosas - muchas consultas trataban de definir si la conducta tenía carácter normal o patológico-, y expectativas contradictorias frente al amor.

Este capítulo está dedicado a deslindar los discursos amorosos de los que problematizaban al amor, junto a las resignificaciones de la pareja, los noviazgos y la sexualidad. Este tipo de textos cubrían los debates acerca de la crisis de la conyugalidad, la cultura divorcista, en medio de una resignificación y

revalorización de los vínculos amorosos, las uniones libres y una reconfiguración pública de lo íntimo.

2. La ‘prueba de amor’

A pesar de la vigencia de los tradicionales tópicos de los discursos amorosos, la juventud de la época estaba cambiando sus conductas respecto del amor y las relaciones de pareja. Nuevas convenciones sexuales se vertebraban sobre el rechazo de las formalidades (Cosse, 2010). Los jóvenes comenzaban a manifestar públicamente que tenían relaciones sexuales sin estar casados. Los noviazgos se flexibilizaban y el divorcio era un destino que podía tener un vínculo conyugal y el consultorio sentimental constituía un espacio testimonial de estas problemáticas.

En las nuevas parejas el sexo estaba legitimado por el amor, tanto como prueba del matrimonio o como modo de expresar el amor. Los controles de la familia se iban distendiendo a medida que corrían los años, al difundirse la idea de que las relaciones sexuales ‘prematrimoniales’ podían no ser convenientes pero no eran pecaminosas, y lo más importante era la felicidad de los jóvenes en materia de amor (Barrancos, 2010).

Las posiciones modernizantes aceptaban las relaciones sexuales en el marco de una relación auténtica y profunda. La expresión ‘prueba de amor’ era una metáfora frecuente para hacer referencia al primer acto sexual en el marco de un noviazgo.

El derecho de los novios a tener intimidad con el tiempo iba a dar paso a un nuevo mandato de normalidad que suponía una manera de alcanzar el conocimiento mutuo, otorgando a los noviazgos un carácter menos definitivo y más sujeto a la experiencia. Esta idea que inicialmente contrariaba las convenciones instituidas, fue legitimada en defensa del matrimonio. Se argumentaba que una menor rigidez en el plano sexual llevaba a que los novios realizaran una correcta elección. La colección de algunas experiencias se presentaba como un medio para lograr la mejor selección matrimonial. Sin embargo, la búsqueda del compañero adecuado podía prolongarse demasiado y volverse peligrosa para el orden moral.

Un nuevo paradigma amoroso condenaba a la pareja por conveniencia buscaba garantizar la corrección social de la elección. El amor era el único fundamento de las uniones. Ahora bien, este sentimiento podía ser confuso y debía ser regulado en pos de la elección correcta.

Los referentes de la renovación sexológica daban importancia al sexo para la felicidad matrimonial. Esto condujo a desacreditar la luna de miel como espacio para la iniciación sexual de la mujer y de la pareja. Desde el paradigma psicológico, se consideraban los traumas y temores de las recién casadas al desenfreno sexual del marido, producido por el supuesto deseo contenido durante el noviazgo, a los limitados conocimientos sobre la fisiología y las técnicas amorosas y la falta de comunicación en la pareja. Para conocerse, era necesaria la práctica sexual. Se planteaba que tener relaciones sexuales antes del matrimonio permitía discernir si una pareja sentía mera atracción física o estaba unida por el amor, una diferencia sustancial en una época en la cual todavía se escuchaba que los hombres se casaban en buena parte para satisfacer el deseo sexual.

2.1 Recato o deseo sexual femenino constreñido

Hasta entonces, los noviazgos habían sido severamente controlados por los padres. Las relaciones sexuales prematrimoniales eran condenadas y la maternidad soltera constituía un serio estigma social. Las mujeres necesitaban la garantía de casamiento por parte del varón y mientras tanto ellas debían conservar su virginidad.

De esta manera se imponía recato y constreñimiento al deseo femenino. La virtud de la mujer constituía la garantía de su sumisión: una mujer virtuosa debía salvaguardar su pureza, su virginidad o castidad y la fidelidad a los compromisos afectivos.

La virginidad había sido un capital requerido para llegar al matrimonio. A fin de conservar esa pureza sexual, las jóvenes debían defenderse de las seducciones masculinas. El mandato era no permitirse franquías sexuales. Mediante el recato, las mujeres buenas debían contener los impulsos sexuales masculinos, fuente de peligro para ellas, así como contener su propia sexualidad, que podía incitar a los hombres a actuar (Vance, 1989).

Las propias feministas del siglo XIX habían desarrollado una idea de asexualidad como opción para las mujeres respetables, utilizando la contención para enfrentarse a las prerrogativas sexuales masculinas (Vance, 1989).

Con este rasero normativo se estigmatizaban las experiencias de numerosas jóvenes que se apartaban del mandato. La inexperiencia juvenil, el peligro que representaban los engaños de los ‘Donjuanes’, la debilidad ante los dictados de su corazón, podían llevar a caer en la tentación de las relaciones sexuales prematrimoniales y las uniones no del todo legales, fantasmas que amenazaban a la moral de una sociedad que controlaba constantemente la relación entre ambos sexos (Garis, 2010).

Pero entonces, al tiempo en que se rendía culto a la virginidad femenina en su juventud, sucedía lo contrario con la virginidad masculina. Las llamadas manifestaciones o exteriorizaciones amorosas masculinas eran consideradas lícitas en función de una doble moral sexual: “Las exigencias de la castidad son distintas en las relaciones generales de hombre y mujer, en las que establece el noviazgo y en las que surgen del estado matrimonial”, sostenía el padre Iñaki de Aspiazu en “Secreto de Confesión” (*Para Ti* Nº 2375, 15/01/68: 66). Ciertamente, para el varón, el mandato era la rápida iniciación sexual, mientras que para la mujer se exigía virginidad hasta el casamiento.

Estos mandatos de género aceptaban, y hasta a veces glorificaban, la satisfacción del deseo sexual de los varones, pero ordenaban represión o recato en las mujeres, es decir, un control del deseo sexual o, por lo menos, de las actitudes que lo delataban (Barrancos, 2010; Cosse, 2010).

El catolicismo toleraba el desacato de mandatos religiosos por parte de los varones, siempre que se mantuviera en un reducto íntimo: “Ello significaba la normalización de la contradicción entre la moral pública y los actos privados” (Cosse, 2010: 73), manteniendo una moral de las apariencias y de la discreción al buscar el placer sexual.

Mientras una muchacha soltera quedaba ‘deshonrada’ al cometer una ‘falta’ en su conducta sexual, aunque no quebrase ninguna ley, la ‘mala conducta’ del varón se miraba con indulgencia. Esta doble norma se asentaba también en la idea de que los varones necesitaban experiencia sexual para su salud física.

Las mujeres habitualmente llegaban al matrimonio con su ‘virtud’ intacta, mientras que los flirteos masculinos estaban incluidos en la categoría de una sexualidad episódica aceptada (Giddens, 1998). La mujer no tenía derecho, por principio, a semejante desdoblamiento de la personalidad.

El deseo sexual femenino debía constreñirse al matrimonio tradicional y la familia nuclear. Bajo la idea de que una mujer decente no conocía deseo ni placer, se eludían los lenguajes vinculados con el cuerpo, con excepción, claro está, de la celebración excluyente de la maternidad, que parecía incontaminada, como si la concepción hubiera prescindido del contacto carnal:

“El sexo era una prenda que la mujer entregaba al varón cuando, al desposarla, le permitía acceder a la realización completa de su condición como esposa, madre y ama de casa, proyecto dentro del cual la satisfacción sexual de las chicas carecía de importancia” (Cosse, 2010: 75).

Entre las pautas sexuales que regían el cortejo y el noviazgo, el respeto del hombre implicaba que no hubiera contacto sexual. Los novios no debían alcanzar la completa intimidad que pudiera enturbiar la valoración social de la joven. Los sectores sociales preocupados por cumplir con los estándares de decencia vivían sus experiencias amorosas en esta duplicidad, que asumía especial significación durante el noviazgo cuando introducía el problema de limitar el grado de conocimiento que les estaba permitido a los novios.

Las convenciones limitaban la experimentación sexual entre los novios y, como contrapartida, legitimaban la tolerancia con las relaciones sexuales de los varones con otras mujeres, siempre que no estuvieran en situación de reclamar derechos matrimoniales. Pero entonces, de la misma manera en que la reputación social de las muchachas descansaba sobre su habilidad para resistir o contener los acosos sexuales, la de los chicos dependía de las conquistas sexuales que podían lograr.

Para las mujeres casadas, el discurso moralista imponía un modelo de abstención que obligaba a un esquema de comportamiento asentado en el temor. En *Para Ti*, las respuestas del Padre Iñaki de Aspiazu ordenaban castidad, recato, vergüenza y pudor, valores erigidos como virtudes. El cura les advertía que el descuido de estas virtudes femeninas podía acarrear la infidelidad por parte del

marido (“Secreto de confesión”, *Para Ti* N° 2375. 15/01/68: 66). Así, cuando el moralista hablaba de y a la mujer, se trataba siempre de deberes y no de placeres.

2.2. Transgresiones y transformaciones del recato sexual

Existía una tensión continua entre el mandato represivo que pretendía recato y sus transgresiones. Las formas de contacto sexual entre los novios habían convertido al ocultamiento de la violación a la norma en una convención instituida y claro está, ello incrementaba de erotismo –entendido como transgresión.

Se presentaba un problema acerca del grado de intimidad que los novios se permitían. El ‘franeleo’ estaba institucionalizado en los intersticios de la moral pública, así como el ‘chapar’, que no se ocultaba en los grupos de pares (Cosse, 2010).

Darse la mano, besarse y acariciarse en público fueron considerándose crecientemente actitudes comunes en los momentos iniciales de la relación, tal como lo revelaban las notas sobre técnicas para besar y el significado de las diversas maneras de hacerlo. ‘Chapar’, relata Cosse (2010), formaba parte de las habilidades de los varones comentadas por las chicas y distintas parejas podían practicarlo en un mismo espacio físico:

“A un costado de la calzada [...] avanzando en sentido opuesto una parejita: el muchacho, con los pantalones muy ajustados y de tiro corto; una campera veraniega y el pelo desalineado y largo; la chica, de falda estrecha y holgada casaca; la melena lacia cayéndole de cualquier modo sobre la frente, sobre las mejillas; ojos pintados sabiamente. Iban muy juntos, abrazados por la cintura. Se veía que les importaba un bledo la reprobación con que los medían maduras señoras acompañadas por sus cónyuges” (“Murallas de angustia”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 14).

La intimidad sexual tenía significaciones diferentes para cada género: entre los varones reforzaba la imagen viril ante sí mismo y sus congéneres; y entre las mujeres representaba un riesgo para la sacralizada virginidad femenina y, por lo tanto, para la concreción del ideal de mujer de la domesticidad.

También existía una preocupación por la correcta canalización del supuestamente incontenible deseo sexual masculino que conducía a aceptar veladamente la estimulación sexual sin consumir la relación, en los noviazgos. Y se daba un código de honor viril que imponía reserva cuando los contactos con una

chica considerada ‘seria’ habían alcanzado el acto sexual completo (Cosse, 2010). Las jóvenes aparecían como víctimas del deseo sexual de sus novios, pero esto ocultaba que ellas disfrutaban de los contactos eróticos, aun cuando lo viviesen con culpas y temores.

Detrás de los mandatos, los jóvenes tenían convenciones propias mediante las cuales aceptaban contactos sexuales, pero la interdicción impedía hablar en público sobre el tópico. De este modo se favorecía un modo de comunicación elusivo.

La virginidad de las mujeres hasta el matrimonio era apreciada por los dos sexos. Las muchachas más activas sexualmente eran desprestigiadas por las demás y también por los muchachos que trataban de ‘aprovecharse’ de ellas. Si se permitían algún intercambio sexual, pocas chicas pregonaban el hecho. Muchas permitían que esto sucediese sólo una vez comprometidas con el chico en cuestión, como ‘prueba de amor’.

A los consultorios sentimentales llegaban cartas que demostraban los conflictos ante las pautas de la doble moral sexual. Las lectoras exponían las vacilaciones y temores que supuestamente les producían los requerimientos de los novios. Preocupadas por contactos sexuales que no pusieran en riesgo su virginidad, indicaban que la mutua estimulación sexual era una convención implícita en la propia duplicidad de la moral sexual. Tras los eufemismos, la reiteración de las consultas sobre el tópico traslucía que con frecuencia las chicas quebrantaban el mandato de contención sexual. En las cartas, eso era considerado como un avasallamiento de los novios sobre su voluntad, lo que les producía fuertes temores. En su carácter de ‘prueba de amor’, el pedido ponía a las chicas en la encrucijada entre aceptar los requerimientos o rechazarlos, con el peligro de que el casamiento se frustrara.

Una lectora exponía su disgusto por la doble moral masculina en el “Correo del Corazón” de *Maribel*: “Me sentiría lastimada, postergada, si él fuera uno de esos muchachos que ‘respetan’ a la novia abusando de la dignidad de otras mujeres” (“Correo del corazón”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 16). Con este pretexto justificaba haber mantenido relaciones íntimas con su novio. Ante lo cual, la consejera, desde un rol de ‘amiga’, respondía:

“...lamentablemente, más de una mujer arrastra la pesada carga de una ‘prueba de amor’ a destiempo, sin garantías... Las chicas que piensan como tú están en un error, en un gravísimo error. Da la casualidad de que las intransigentes, las ‘de una sola pieza’, son acusadas de mojigatería, pero son también las que se casan más pronto... Sí, por no perder el novio, se corre el riesgo de perder a un futuro marido” (:16).

Muchas veces las consejeras recomendaban a las jóvenes la negativa sexual como una vía para conocer la veracidad de los sentimientos del novio. Pero a pesar de estas recomendaciones, el modelo de noviazgo basado en un larguísimo cortejo previo, la ausencia de coito entre los prometidos antes del matrimonio y la doble norma masculina que permitía a los novios o maridos frecuentar prostitutas o acumular experiencias sexuales con otras mujeres, se iba trastocando. La cópula pre-conyugal se volvía ‘normal’ para los jóvenes, no sin acarrear fricciones con sus padres, formados en un contexto moral más rígido.

Ya a fines de los ’60 las transformaciones resultaban evidentes (Cosse, 2010). Al tiempo que el nuevo periodismo realizaba sondeos de opinión sobre el sexo, la aceptación del sexo por amor iba perdiendo su componente disruptivo:

“Para muchas jóvenes, asumir el sexo por amor podía aparejar fuertes conflictos, pero no era difícil fundamentarlo. El argumento era la máxima expresión del canon romántico que habían abonado los melodramas del cine y la radiofonía y que fue reactualizado en los años sesenta. Ciertas innovaciones en las fotonovelas apostaron a profundizar la interpenetración entre la ficción, la realidad y la sugestión erótica” (Cosse, 2010: 105).

En las revistas femeninas se debatían las ventajas e inconvenientes de la virginidad de las jóvenes. Aunque el tópico continuaba atado al tema del matrimonio, se discutían los desacatos al mandato virginal, entre quienes los apoyaban y quienes los condenaban.

A fines de la década, aunque *Para Ti* mostrara un tono propedéutico y moralizante explícito al respecto, se daba por sentada una inversión del modelo femenino: lo que se había vuelto necesario explicar entre las jóvenes, era la conservación de la virginidad (Cosse, 2010).

En “Secreto de confesión”, en enero de 1968 (*Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 66), el padre Iñaki de Azpiazu respondía a una lectora de 21 años preocupada por el problema del pecado y la ‘pureza’ de su noviazgo, que se hallaba alarmada ante el deseo de manifestarle su cariño al novio. ‘Mis padres nunca me han instruido en

la vida sexual’, sostenía y solicitaba ‘orientación’ al cura, pues andaba ‘escrupulosa, viendo pecado en todos lados’. Echaba la culpa de ello a la influencia de la lectura de un libro llamado ‘*Vida sexual de solteros y casados*’; por ello le preguntaba al padre Iñaki si era ‘conveniente’ dejar de leerlo.

El cura advertía que ‘todo noviazgo, unas veces a corto plazo y siempre cuando es prolongado’ solía crear ‘problemas especiales de castidad, más o menos graves’. No obstante, diagnosticaba a la lectora una enfermedad ‘desde el punto de vista moral’: el ‘escrúpulo’. El discurso religioso se hacía eco del paradigma de la normalidad-anormalidad; ‘los moralistas, como los médicos, tratamos las enfermedades’, alegaba. Sostenía que ‘las causas de esta anormalidad’ solían ser varias: “...en usted están radicadas en la carencia de los conocimientos necesarios y en la consiguiente falta de buen sentido para el enjuiciamiento de los hechos” (: 66). La lectora pecaba por exceso de pudor.

Pero entonces, en la misma sección, otra carta exponía, por un lado, la subversión del mandato al defender las relaciones sexuales dentro del noviazgo: “Estoy convencida que hay que ir al matrimonio con todas las experiencias” (“Secreto de confesión”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 66). Se omitía nombrar las relaciones sexuales, se las llamaba ‘experiencias’ o ‘relaciones totales’ en función del matrimonio. No obstante, seguidamente agregaba: “Lo que quisiera saber es si podré casarme con el traje blanco. Es mi ilusión. Mi novio me dice que sí, puesto que él me considera virgen” (: 66).

Paradójicamente, este discurso, por un lado, ponía en cuestión la virginidad, y por otro conservaba su valoración para el casamiento con la ilusión de casarse de blanco como símbolo de pureza. Frente a la subversión de la norma, el cura confesor arremetía:

“Ya sé que no pocos dan los consejos que usted está siguiendo. También sé que se va extendiendo la costumbre a la que usted se ha entregado. Pues bien, yo le tengo que decir justamente lo contrario... la experiencia enseña que esas relaciones no son una buena preparación psicológica para el matrimonio; muy al contrario, relajan los resortes morales necesarios para la fidelidad futura de los casados” (: 66).

Las prácticas sexuales prematrimoniales eran una ‘costumbre’ que iba difundándose. El cura consideraba que la lectora era seguidora de ‘consejos’ que otros daban, caracterizados como ‘influencias perniciosas’ y le advertía que no se dejase engañar por esos ‘espejismos’. Las recomendaciones del confesor daban a

entender que no era la mujer quien decidía acerca de su vida sexual, ella estaba influenciada. El discurso respondía a la creencia de que, tendientes a inclinarse hacia el ‘pecado’, las mujeres debían ser aconsejadas a fin de enderezar su camino (Morant, 2006).

Las prácticas sexuales designadas como una ‘precoz práctica de la vida sexual’, ‘relaciones prematrimoniales’, ‘esas relaciones’, ‘vida prematrimonial íntegra’, se asociaban en el discurso moralista a lo ‘inadmisible’, lo ‘moralmente condenable’, por ser una vida ‘psicológicamente relajadora, socialmente anárquica y reprobable’. Se condenaba tal ‘falta de frenos’, que perjudicarían la fidelidad en el matrimonio, al ‘relajar los resortes morales’ y los discursos y prácticas que se contraponían a la ‘función procreadora’, asociada a una ‘existencia digna’.

Nuevamente, para defender su postura, el enunciador religioso apelaba a una ciencia, la psicología -que como disciplina había ganado terreno y publicidad en los medios de comunicación-, resaltando la importancia de ‘preparación psicológica’ para el matrimonio, y remarcaba, como poseedor de ‘el punto de vista psicológico’ los problemas de la ‘precoz vida sexual’. Utilizaba como recurso argumentativo el decir que ‘la experiencia’ enseñaba que estas prácticas acarrearían la falta de fidelidad de los futuros casados, desde una presunta capacidad para predecir el futuro, en función de una cierta experiencia que, aunque imprecisa y vaga, hablaba a través de hechos o casos que tampoco enunciaba. Este tipo de discurso ponía de manifiesto una modernización de los argumentos para defender los valores católicos tradicionales.

Aunque las declaraciones, las campañas normalizadoras y la lucha contra la pornografía de la iglesia católica bregaban por la castidad prematrimonial, el argumento pragmático basado en la adecuada elección matrimonial junto al paradigma afectivo iban ganando posiciones en la habilitación del sexo fuera del matrimonio.

Con la resignificación de la iniciación sexual, cuestionada la importancia de la virginidad femenina, también se criticaba el debut sexual de los varones con prostitutas. El psicoanálisis contribuyó al descrédito de la prostitución para la iniciación sexual masculina, desde un paradigma amoroso que buscaba convertir al debut en la ‘primera vez’: el amor legitimaba al sexo más que cualquier otro argumento.

Aunque se criticaba que la virginidad fuese necesaria para la respetabilidad femenina y requisito para el matrimonio, ésta no dejaba de ser un valor. Para las chicas, siguió siendo comprendida por varias décadas más como una entrega (Giddens, 1998).

La ceremonia del compromiso matrimonial todavía seguía en uso durante los años '60. Si bien no autorizaba públicamente a tener sexo, la pareja comprometida 'hacía el amor' con el discreto consentimiento de la familia (Barrancos, 2010). Ahora bien, los varones aceptaban las relaciones con la novia, pero en caso de que ellas ya no fueran vírgenes, les exigían explicaciones.

También comenzaba a criticarse el término 'prematrimonial' en tanto que antesala de un casamiento. En 1965, la extensión a las mujeres del examen prenupcial obligatorio contenía, implícitamente y tal como lo ha señalado Valeria Manzano (2010), un reconocimiento de los cambios en los comportamientos sexuales prematrimoniales de las jóvenes. Desde un paradigma afectivo como 'prueba de amor', o con denominaciones más ligadas a los discursos de la sexualidad (intimidad sexual, relaciones prematrimoniales, acto sexual), los contactos eróticos no directamente ligados a la conyugalidad se habían habilitado.

La castidad comenzó a ser descalificada aduciendo que podía aparejar trastornos psicológicos. Ante este panorama, los consejeros siguieron defendiendo el valor de la virginidad pero cambiaron los argumentos para hacerlo. La idea de la pureza sexual retrocedió frente a la importancia adjudicada a la edad, el carácter de la relación y a los problemas de un posible embarazo.

La cuestión comenzó a ser considerada desde un ángulo subjetivo, lo cual facilitó que la norma se relativizara al hacerla depender de la concordancia con los principios propios, de la llamada 'tranquilidad de conciencia'.

La virginidad también comenzó a discutirse en el plano fisiológico, planteando que muchas mujeres carecían de himen (y otras lo perdían antes de la iniciación sexual) y rechazando que simbolizase el honor masculino.

Los noviazgos se ataban a nuevas regulaciones para establecer una relación y comprometerse afectivamente. Las pautas sexuales que regían el cortejo entre un varón y una mujer desde que se conocían hasta que formaban una pareja: el curso socialmente esperable de la relación entre un hombre y una mujer: la atracción, la unión y la procreación (Cosse, 2010) se resignificaban. Ya en los años '50, las

pautas rígidas en las relaciones de noviazgo, organizadas en estadios en función del matrimonio, habían comenzado a ser erosionadas por la aparición de una sociabilidad más distendida, un trato más desenvuelto y relaciones más flexibles (Cosse, 2010).

3. Sexo o amor

En la década se otorgó importancia a la sexualidad unida a la afectividad y esto colaboró en la construcción de una nueva moral sobre el comportamiento erótico. El sexo con compromiso afectivo era un patrón legitimado pero no sucedió lo mismo con el sexo integrado al flirteo. Se advertía sobre los efectos negativos de las relaciones sexuales desde lo genital y sin contenido afectivo.

Pero entonces, el movimiento de la *nouvelle vague*²⁷ había derrumbado tabúes al disociar al sexo del amor. El sexo fuera de la pareja constituida fue una pauta que se expandió en ciertos círculos sociales, como los estudiantes politizados y la cultura del rock.

El cine de la *nouvelle vague*, reseñado por el nuevo periodismo²⁸, provocaba discusiones sobre las convenciones instituidas en las relaciones de pareja. Mostraba nuevas formas de relación marcadas por la incertidumbre, los vínculos fugaces, rápidos y espontáneos, circunstanciales, forjados por una atracción casual.

Las revistas femeninas hacían frente al discurso de esta nueva ola construyendo relatos sobre los íconos eróticos que vivían en la vacuidad de relaciones sexuales sin compromiso afectivo.²⁹ Las lecciones resultaban obvias: la pureza era la mejor arma de seducción de las chicas, y nada valía, ni siquiera para los varones, el sexo sin amor.

²⁷ *Nueva ola*, denominación que la crítica utilizó para designar a un nuevo grupo de cineastas franceses surgido a finales de los '50.

²⁸ Asistir a este tipo de películas en el cine demarcaba una pertenencia sociocultural y un rechazo a la censura y las cruzadas moralistas en el escenario autoritario del país. Las notas sobre literatura y arte en las cuales se retrataba un clima cultural de nuevos modelos de sexualidad y de relación de pareja construían nuevos sentidos en torno a las relaciones que las dotaban de cierto *glamour* (Cosse, 2006).

²⁹ Para revistas del estilo *Playboy*, como *Adán*, en cambio, el sexo ocasional reforzaba la virilidad ante los congéneres y se asociaba a círculos de artistas, ejecutivos, intelectuales y periodistas presentados como una especie de nuevo *jet-set* (Cosse, 2010).

No obstante estos esfuerzos por contenerlo, el paradigma de relaciones contingentes, no destinado al matrimonio, se iba difundiendo:

“Disociar, definitivamente, el sexo de la procreación fue una de las grandes proezas de la década. Desde la minifalda hasta la moda unisex, desde las ideas de Herbert Marcuse a favor del ‘fortalecimiento de los instintos vitales’ hasta la consigna del ‘amor libre’ de los hippies, el sexo ya no fue entendido como la mojigatería de antaño: bastaba entrar en una boite a media noche o el cine nuevo que llegaba de Europa –si bien algunas veces sesgado por la censura- para percibir una sensibilidad erótica diferente, aunque no necesariamente condujera a una consumación más libre del sexo” (Pujol, 2002: 63).

El sexo se había disociado de la reproducción, tras la difusión de la anticoncepción; y ahora se disociaba también del amor. Menos atadas a las antiguas convenciones, las nuevas formas de ser el amor engendraban códigos nuevos:

“Tiene 23 años y no se le conoce ningún romance anterior, ‘salvo –comentó una señora mientras se retocaba el peinado- los infaltables ‘flirts’ de toda chica, pero claro, con muchachos desconocidos” (“La modelo y el príncipe”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65: 6).

La nueva sociabilidad (Cosse, 2010) permitía un mayor acercamiento erótico entre varones y mujeres. El flirt quedaba asociado y legitimado a una cierta edad, la adolescencia:

“La adolescencia es la época del ‘flirt’, durante la cual se manifiesta el deseo de amar a la persona pero sin que ésta sepa aún exactamente cuál es el tipo de hombre o de mujer al que desea hacer objeto de su amor” (“Cuando el marido es un donjuán”, *Femirama*, tomo 8, 05/66:).

El flirteo y el festejo eran momentos por excelencia del juego, la seducción y la incertidumbre. Pero esto no implicaba que carecieran de reglas diferenciales según los géneros (Cosse, 2010): los varones seguían ocupando el rol de los perseguidores y los atrevidos; en cambio, a las mujeres les correspondía aún insinuar, esperar y decidir, su prerrogativa era tener la última palabra:

“Al igual que los otros patrones, la aceptación del sexo sin que existiese una relación entrañaba fuertes diferencias según el género. Para los varones, entroncaba con la exaltación de la conquista y reafirmaba la noción de virilidad. En cambio, desde un punto de vista femenino, legitimar el sexo por fuera del matrimonio e incluso del compromiso afectivo, reenviaba a las nociones de pecado y a las imágenes de la ‘mala

mujer'. Por eso, era vivido con especial ambivalencia por las chicas” (Cosse, 2010: 109).

Asaltando estas nuevas tendencias eróticas, la publicidad hacía del coqueteo una estrategia persuasiva para vender sus productos. El juego de seducción se entrelazaba a los productos, como por ejemplo los cigarrillos. *Le Mans* se asentaba en la audacia masculina para conquistar chicas de miradas inocentes.



Figura 45: “...audaces”, Publicidad *Le Mans*, *Gente*, 1970.

El cortejo debía desprenderse de cualquier simulación; era más rápido y supuestamente espontáneo. Asociada con las generaciones jóvenes y el estatus, la rapidez para establecer vínculos dotaba de un *glamour* descontracturado a estos círculos prestigiados social y culturalmente.

La nueva sociabilidad había flexibilizado el momento del encuentro. El flirteo se hacía más fluido y directo y se aceptaba más rápidamente la expresión de la atracción y el deseo. Se legitimaba un trato más directo y espontáneo entre chicas y varones, con contactos rápidos que no significaban necesariamente un compromiso futuro. Un coqueteo distendido admitía la expresión del deseo y el contacto entre los jóvenes, con el acortamiento de los avances preliminares. También las publicidades de bebidas alcohólicas se valían del flirteo en la construcción de sus anuncios.



Figura 46: “La ginebra del que ‘sabe’”, Publicidad Ginebra Llave, *Maribel*, 1962.

Las narrativas rosas hablaban de una nueva espontaneidad construida entre los jóvenes modernos: “Me gustó tu naturalidad de muchacha moderna, tu falta de esos prejuicios que ahogan la espontaneidad, que mecanizan” (“Y sé que comprenderás”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 7).

Se construían nuevos escenarios de contactos sexuales entre los jóvenes, como los automóviles y los albergues transitorios. Los hoteles alojamiento se convirtieron en el espacio paradigmático del sexo furtivo:

“En 1960, en la ciudad de Buenos Aires se aprobó una ordenanza que habilitaba a los hoteles para alquilar habitaciones por horas, lo que dio lugar al surgimiento de emprendimientos dedicados exclusivamente a ofrecer cuartos por hora para tener sexo. Tal habilitación contó con el rechazo de las organizaciones católicas, cuya movilización logró que los hoteles debieran estar alejados de las escuelas y las iglesias, pero no la derogación de la norma. La pidieron una y otra vez, explicando que los albergues se usaban para ‘algo’ que era contrario a la ‘moral natural’, fomentaban las uniones por ‘el mero goce sexual’ y sustituían el ‘fin noble del matrimonio por la sola satisfacción de las pasiones’. Los enconos moralistas no tuvieron éxito” (Cosse, 2010: 112).

Ante estos cambios, siempre reaparecía la importancia de las convenciones

sociales, del ‘qué dirán’. La exaltación de la naturalidad no significaba la ausencia de regulaciones sobre lo que era esperable y adecuado. Las nuevas costumbres sexuales conmovían a la sociedad y el flirt también era condenado en las revistas femeninas: “Conformarse con aventuras pasajeras porque no se tiene suficiente paciencia o empeño, es elegir el peor de los caminos”, se decía en *Maribel* (“¿Me lanzo o no me lanzo?”, *Maribel* s/n, 1965: 63).

Las nuevas reglas contaban con muchos discursos opositores. Los discursos católicos más tradicionalistas asociaban estas costumbres a la subversión y a las frivolidades de los nuevos ricos: eran resultado de la pérdida de la espiritualidad cristiana y el avance del individualismo. Desde posiciones menos religiosas también se advertía acerca de la peligrosidad del flirteo, especialmente para las jóvenes:

“Siempre hemos dicho que el flirt, por el flirt mismo, es peligroso [...] no hace sino ‘abaratarse’ y disminuir una relación honesta. [...] tanto ellas como la mayoría de los hombres desean construir sus vidas sobre algo más sólido que un pasajero y efímero placer” (: 62).

Pero aunque los discursos opositores a los amores contingentes aducían que la felicidad de las uniones irregulares era efímera, ya se había legitimado eso que Roland Barthes (2001) denominó como “Errabundeo”, la “suerte de difusión del deseo amoroso” (:110), errante, de amor en amor, que resignificaba el noviazgo, ya no comprendido únicamente como antesala del casamiento.

Con la habilitación de los noviazgos transitorios, los casamientos se postergaban y las rupturas se integraban al horizonte de posibilidades de una relación.

Las declaraciones de amor sin compromiso matrimonial se relacionaban a las transformaciones del código amoroso y la renegociación del pacto sexual. El amor se separaba del matrimonio, aunque muchas veces estas nuevas convenciones quedaban asociadas a círculos famosos y de la vanguardia o el populismo: “-¿Y Rubartelli? -Es mi amado. -¿Y por qué no se casan? -Porque nos amamos.” (“184 centímetros de fama y elegancia”, *Gente* N°190, 13/03/69: 70), respondía una modelo extranjera, actriz de *Blow-up* a un reportero de *Gente*.

Estos nuevos estilos de parejas no estaban exentos de compromisos. Las nuevas reglas acarrearán también inseguridades para las mujeres. La seriedad del

vínculo era un problema reiterado en las cartas de lectoras que apuntaban a la concreción del contrato matrimonial. Si bien las experiencias de noviazgos se habían relajado, la boda continuaba siendo el horizonte esperado por la mayoría de las chicas.

4. Eros conyugal: vida afectiva bajo contrato

En la mitología helenística, *Eros* tenía otro aliado/enemigo, con el cual a veces se lleva bien y otras veces no tanto, además del *Tánatos* o pulsión de muerte: *Gamos*, lo sagrado del matrimonio, del lazo conyugal (Foucault, 2011b). A través del eros conyugal se resolvía la vida afectiva por vía del matrimonio. Esta configuración sostenía que el matrimonio, más que cualquier otro lazo, era capaz de acoger la fuerza del amor.

Durante el siglo XX, la década del '60 instituyó una revalorización de la pareja, dando importancia a la reciprocidad del amor bajo una promesa de fidelidad mutua. Entendido por mucho tiempo, principalmente, como un contrato, el matrimonio por amor había ganado la jugada, gobernando todo un “imperio de los sentimientos” (Sarlo, 2011). Los discursos exaltaban la dimensión afectiva de la relación conyugal.

En las parejas tradicionales, el marido era quien confería una nueva identidad a la mujer, marcaba su pasaje a la vida adulta y evitaba el fracaso tan temido de no ser elegida. Los matrimonios arreglados aún se conservaban en círculos aristocráticos o monarquías extranjeras y eran noticias que continuaban ocupando espacio en las revistas femeninas y de actualidad. Por ejemplo, en Dinamarca, el mismo país donde se ponderaba la liberación sexual, los matrimonios comunitarios, los amos de casa y las madres solteras, se casaba en 1964 Ana María, la princesa que, tras cumplir su mayoría de edad, contrajo matrimonio “con el apuesto rey Constantino de Grecia” (“Nace la reina más joven del mundo”, *Claudia* N° 87, 08/64: 44). La ‘moderna’ revista *Claudia* daba prensa a este casamiento de estilo medieval y aducía al respecto: “La boda regalará al mundo la sonrisa feliz de una reina de dieciocho años” (: 44). La importancia de los regalos en el cortejo, la envidia de las condiscípulas, las serenatas que él le ofrecía, los viajes en cruceros o en yates, eran relatadas en una nota que poco tenía de

lenguaje informativo. No obstante de tratarse de un matrimonio arreglado, el discurso lo legitimaba por ‘la fuerza en el amor’. Aún en estos casos se revestía a la alianza, al contrato matrimonial, de amor romántico. El romance exigía la libertad de los jóvenes para escoger como cónyuge a quien su pasión indicara, interfiriendo con la voluntad de racionalizar la selección matrimonial en función de objetivos familiares.

En una encuesta denominada “Proceso a la soltería”, publicada en revista *Maribel* en 1964 (s/n, p.18-19), las conclusiones afirmaban que las mujeres se casaban por decirle que “Sí al amor”:

“Considerando las posibles causas que llevarían a una mujer al matrimonio, dividimos la cuestión en cuatro polos extremos: por amor, por tener hijos, por sentirse protegida o por dejar de trabajar. Sin vacilar, se contestó que por amor. El amor es la máxima y única garantía del vínculo, y la condición para que se cumpla todo lo demás. Pero no faltaron las que alegaron la gran necesidad de tener un hijo para proyectarse, y alguna que deseaba sentirse protegida” (: 18).

Las revistas femeninas estaban plagadas de discursos e imágenes que proclamaban un ideal de conyugalidad. La constitución de la pareja heterosexual y la formación de una familia aparecían como procesos que transcurrían por etapas en la juventud y que representaban hitos claves para el pasaje a la vida adulta. El principal acontecimiento en la vida de una mujer seguía siendo la boda, y luego, claro, la maternidad.

4.1 Bodas: la caza y el casamiento

La significación del casamiento implicaba un status social, que si bien difería según el género, determinaba el carácter normal o anómalo de la trayectoria personal para mujeres y varones (Cosse, 2010). La institución del matrimonio continuaba erigida como mandato imprescindible para la vida de las mujeres:

“Muchas vidas terminaron por resolverse de acuerdo con las pautas tradicionales y la maternidad como rol identitario supo truncar los estudios universitarios de unas cuantas mujeres jóvenes de los 60. Para ellas, el feminismo fue un concepto tan remoto como el de la psicodelia” (Pujol, 2002: 65).

La mujer moderna que postulaban las revistas femeninas no confrontaba con el ideal marital y procreador. La circulación de nuevas imágenes no restaba vigencia

al modelo doméstico basado en las condiciones de esposa, ama de casa y madre. Éste se había renovado y habilitaba que las jóvenes solteras trabajaran y estudiaran, con nuevas formas de sociabilidad y experiencias renovadas, pero la importancia de la pesca de marido persistiría por décadas.

Tanto el discurso moral religioso como el discurso especialista coincidían en pensar al matrimonio y la maternidad como destinos de la mujer, que daban sentido a su papel en la familia y la sociedad, y permitía la asunción plena de la condición femenina. Cuando en una entrevista a una actriz -Mary Santpere-, se le preguntaba: “-¿Cuál es la mayor justificación de su vida?”; ésta respondía: “-La de toda mujer: casarse, tener hijos” (“Mary Santpere: Los hombres las prefieren simpáticas” *Para Ti*, N° 2400, 08/07/68: 52).

La boda seguía siendo un objetivo vital en el horizonte femenino, los expertos enseñaban a las lectoras cómo cazar y conservar a un hombre: “Todo lo que tenían que hacer era dedicar su vida desde su más tierna adolescencia a encontrar un marido y a traer hijos al mundo” (Friedan, 2009: 52). En esta cacería, ironizaba Friedan (2009):

“Las mujeres pasaban de un club político a otro, se matriculaban en cursos nocturnos de contabilidad o navegación, aprendían a jugar al golf o a esquiar, se apuntaban sucesivamente a distintas congregaciones religiosas e iban solas a los bares, en su incesante búsqueda de un hombre” (: 61).

El hallazgo del hombre indicado se convertía en un proyecto vital; “...la única pasión, el único anhelo, el único objetivo que se le permite a una mujer es la búsqueda de un hombre” (: 74). Las narrativas rosas expresaban este mandato:

“-¿Qué te marchas a Escocia a pasar las vacaciones? ¿Estás loca? ¿Te vas tan lejos justamente ahora que tienes a ese muchacho Eric, a tus pies? Escucha, Ángela: hace cerca de cuatro años que estás en Nueva York. ¿Y cuántos buenos candidatos conociste en ese tiempo? Eric ‘es’ un buen candidato. Un excelente candidato, joven, buen mozo, rico. ¿Y quieres irte ahora, cuando evidentemente él está tratando de decidirse?” (“¿Dónde estás mi amor?”, *Para Ti* N° 2459, 25/08/69: 8).

El hombre libre, como candidato, finalmente caería preso de la mujer. Pero entonces, para ello era muy importante el cuidado de su cuerpo y su belleza, con la intención de seducir al hombre perfecto.

La boda marcaba una ruptura en la vida de las mujeres y era equivalente a entrar en la edad adulta. Suponía todo un ritual. En relación al sexo, si se había

conservado la mística de la virginidad, implicaba el derecho del esposo que se adueña de su esposa en la noche de bodas, un verdadero rito de toma de posesión (Perrot, 2008).

La imagen de la pareja casándose era prototípica. Una ilustración en *Maribel* a principios de la década mostraba el rostro de la novia, llena de asombro e inocencia, mientras el novio observaba su boca.

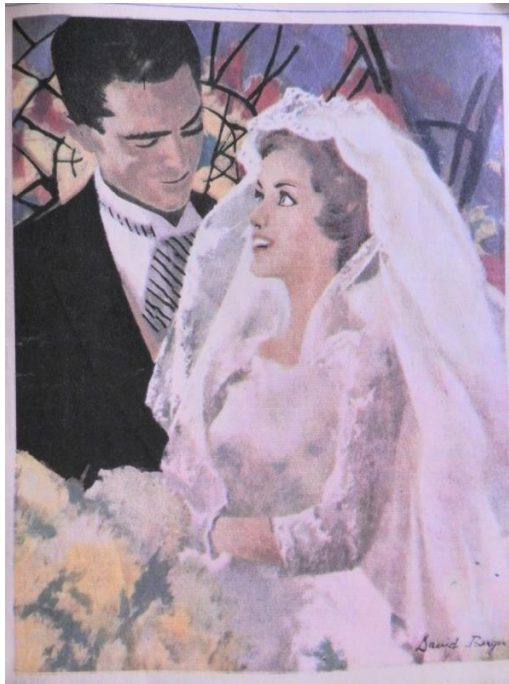


Figura 47: “Telón tras un largo acto”, *Maribel*, 1960.

Las bodas entre famosos eran notas de suma importancia para las revistas. Por ejemplo, el casamiento de Violeta Rivas y Néstor Fabián, dos exponentes de la nueva ola juvenil, era anunciaba que finalmente la actriz alcanzaría la felicidad completa: “El triunfo estaba alcanzado, pero algo le faltaba. De pronto conoció a Néstor Fabián... y su felicidad fue completa” (“Violeta Rivas, en la jaula del amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/60: 20-21).

Hasta los hippies apostaban a contratar el amor y se casaban en la época: “Un casamiento como cualquier otro... pero ¡con más pelo y más color!” (“El primer casamiento ‘hippie’, *Femirama* N° extraordinario, 04/68: 206).



Figura 48: "El primer casamiento 'hippie', *Femirama*, 1968.

El lazo conyugal proclamaba la eternidad del amor: la pareja debía estar junta para toda la vida. Pero entonces, el modelo que se estructuraba en los '60 exaltaba un ideal de compañerismo, aunque sin olvidar la jerarquía de roles y la organización doméstica, bajo la figura patriarcal de un varón protector y proveedor. Cuando la división de roles de género no cumplía con este mandato, era sancionada:

"No había previsto cuánto costaba una familia, aun de dos personas. Todo había sido suficiente para ella, y ahora nada alcanzaba. Julio no pedía nada, había que reconocerlo. Inclusive, era ella la que, los domingos, insistía para que entraran en un cine o en una confitería. Luisa hacía el papel del marido, y aquél era el gran equívoco. Lo había sido desde el primer día" ("Una casa para dos", *Maribel* N° 1573, 23/04/63: 18).

"Es terrible eso de dar a un hombre cuando es él quien está hecho esencialmente para gastar a manos llenas protección y ternura. Así ha sido y será siempre el mundo, y, por eso mismo, es quizá un nuevo error el que está cometiendo Luisa" (: 29).

Las irregularidades se discriminaban: aquí se ubicaban los nacimientos ilegítimos, los concubinatos, las madres solteras. Las diferencias eran concebidas como desviaciones de la normatividad social que suponía un modelo de domesticidad y un familiarismo. El modelo era e interpelaba sobre todo a la clase media, definiendo lo que supuestamente era natural, deseable y correcto:

“El hombre ideal, el que cumple con las exigencias de la mujer contemporánea, es el que, por sobre todas las cosas, se siente compañero de aquella a quien ama. Capaz de dar en la misma medida en que recibe, pero para esto tiene que haber madurado espiritualmente y ser inteligente.

Por supuesto que estas premisas no pierden de vista la cortesía, la caballerosidad y la sencillez, cualidades muy apreciadas por la mujer que se precie de tal” (“Proceso a la soltería”, *Maribel* s/n, 1964: 19).

El matrimonio se fundaba en una relación desigual, basadas en una idea de naturaleza de los sexos, en la que nuevas valoraciones del compañerismo suponían considerar al cónyuge en una dinámica de complementariedad (Cosse, 2010). La mujer debía velar por el bienestar de su marido, comprendiéndolo, y éste debía expresarle su consideración y respeto:

“... la postura del hombre de hoy es otra, su actitud ha cambiado. La ‘mujer-objeto’ ha pasado a ser su aliada ante cualquier tipo de necesidades. Se apoyan mutuamente, y el marido no se siente disminuido en su hombría porque ayude a su mujer en las tareas del hogar. Y la esposa trata de tener un trabajo que se conecte, de alguna manera, con el de su esposo, y de escucharlo cuando viene de su diaria labor; es decir, menos ceremonias y más comprensión” (“Proceso a la soltería”, *Maribel* s/n, 1964: 19).

Se difundían en las revistas test del tipo: “¿Es usted buena compañera de ‘ellos’? [...] Sepa usted si es la compañera ideal de un hombre” (*Maribel* s/n, 1965: 64). El compañerismo, con los tintes políticos de su significación suponía una reciprocidad en el acto de amar, con relaciones sexuales asentadas en el afecto y el consentimiento mutuo. La relación sexual en la vida conyugal debía servir de instrumento para la formación y el desarrollo de relaciones afectivas. Así, el matrimonio era susceptible de integrar las relaciones de placer y de darles un valor positivo, como parte del juego de las expresiones afectivas entre los esposos.

4.2 Eros y Gamos: el placer en el matrimonio

El discurso moralista cristiano alentaba un amor heterosexual y monogámico que condujera a la amistad e integrara al placer con el principio de una finalidad procreadora. La conyugalidad era condición del ejercicio legítimo de la actividad sexual pues la mayor parte de la tradición cristiana mantenía que el sexo era pecaminoso, pero podía redimirse si se realizaba dentro del matrimonio, con propósitos de procreación y siempre que los aspectos más placenteros no se disfrutaran demasiado. La actividad genital ‘querida por Dios’ se limitaba al

matrimonio. El placer sexual era en sí mismo una mancha que sólo la forma legítima del matrimonio, con la eventual procreación, podía hacer aceptable:

“...el nexo entre relación sexual y matrimonio se justifica por el hecho de que la primera lleva en sí misma las marcas del pecado, de la caída y del mal, y de que el segundo puede darle una legitimidad sobre la que incluso debemos preguntarnos si la absuelve enteramente” (Foucault, 2011b: 202).

La cuestión del placer no se excluía pero se reglamentaba el lugar que debía dársele, las precauciones que se debían tomar contra él, y las concesiones que debían consentirse. Dentro de este marco de prohibición, la norma rigurosa funcionaba de manera silenciosa: la pareja legítima, con su sexualidad regular, tenía derecho a discreción, dejando en una región de sombra al sexo conyugal. Los criterios de respetabilidad y decencia implicaban un principio de reserva, un pudor que significaba la exclusividad de un apego. La respetabilidad del matrimonio involucraba un compromiso entre la actividad sexual y el honor que invertía públicamente a la mujer casada:

“En este movimiento, la pureza, fundada en la prohibición –la pureza que es propia de la madre, de la hermana-, se transfiere poco a poco, en parte, a la esposa convertida en madre” (Bataille, 2010: 226).

En los '60, la intervención de la Iglesia en la sexualidad conyugal y su rechazo a las prácticas no reproductivas iba perdiendo vigencia. Las restricciones tendían a flexibilizarse. En 1965, el Concilio Vaticano II concluía con la declaración de que el matrimonio y la familia estaban siendo atacados por la poligamia, el divorcio y el amor libre.

No obstante, la sexualidad conyugal era considerada positivamente, postulando que la procreación era uno de los fines del matrimonio, pero no el único (Felitti, 2012). El matrimonio era el marco de la sexualidad lícita, responsable y auto-regulada. Los discursos religiosos asumían que el erotismo se ubicaba en el corazón de la conyugalidad, el placer sexual estaba en el centro de la relación matrimonial como principio, como prenda de amor y de amistad.

En ese sentido, Bataille (2010) consideraba al sexo conyugal también como una transgresión, pues: “El acto sexual tiene siempre un valor de fechoría, tanto en el matrimonio como fuera de él” (: 116). Además, podía suponer una expansión de la vida sexual, con la secreta comprensión de los cuerpos que se

establecía con el tiempo, a diferencia de las uniones furtivas y superficiales, que no podían organizarse.

Una *ars erótica* se introducía en el núcleo de la relación conyugal y buscaba ahora la realización de un placer sexual recíproco como elemento clave para el sostenimiento de la relación amorosa.

Los discursos de la educación sexual aducían que el placer y el matrimonio debían dejar de estar disociados:

“El tradicional concepto cristiano de que el acto sexual debían realizarlo los cónyuges con el propósito específico de procrear no fue nunca, en realidad de verdad, completamente convalidado por la forma en que los seres humanos lo usaron en la práctica, vivieran dentro o fuera de una sociedad cristiana.

Hoy las grandes religiones, una por una, han afirmado claramente la coigualdad entre el papel del hombre y el de la mujer en el acto sexual: con fines de reproducción, desde luego, pero también para establecer y profundizar la relación importancia entre la pareja unida en matrimonio” (“Nacemos ya sexuales”, *Life* en español, Vol. 32, N°8, 07/10/68: 53).

“En un porcentaje muy alto de personas se comprueba que el hombre de nuestro tiempo disocia su objeto amoroso en dos: 1) el objeto sexuado con el cual logra el placer sexual y 2) el objeto poco o menos sexuado con el que organiza la familia. Esta disociación propende a transformar en un acto parcial tanto la conducta sexual como la procreación. Son dos objetos distintos, frente a cada uno de los cuales el sujeto no participa de un modo integral, por lo que adquiere una insatisfacción básica. La única manera de integrar la relación es que los dos objetos amorosos resultantes de la disociación se refundan en el único y verdadero objeto: la pareja suficientemente sexuada y apta para organizar la familia. A ello se ha opuesto hasta ahora la mala educación sexual que hemos padecido y cuya funesta influencia no se debe a la falta de información anatómica o fisiológica sino a la represión sistemática y disociadora de una cualidad del hombre” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* en español, Vol. 34, N° 2, 28/07/69: 40).

Con el desarrollo de los saberes de la sexualidad, el placer conyugal pasaba a ser supervisado por la medicina y la psicología. El goce había comenzado a ser valorizado para el fortalecimiento del matrimonio desde los nuevos enfoques sexológicos (Cosse, 2010). Estos discursos fomentaban forjar vínculos de pareja sanos y normales, que requerían del sexo para realizarse completamente.

Desde estos discursos, el aprendizaje sexual, reservado antes para las primeras etapas del matrimonio, en el caso de las mujeres, pasaba a ser un aprendizaje de la adolescencia. Con una sexualidad más segura, aunque frecuentemente más exigente, los cónyuges recién casados tenían ya cierta experiencia sexual.

La pareja se erotizaba e integraba la sensualidad y el deseo sexual como elementos esenciales del enlace. En esta área, la pasión se superponía al romance

y ganaba importancia la intimidad. Las mujeres esperaban recibir, así como proporcionar, placer sexual, llegando a considerarse una vida sexual plena como un requisito clave para un matrimonio satisfactorio. Del marido se esperaba que sea, también, un buen amante. Este ideal de pareja tenía como prototipos a los romances famosos: “Liz ha encontrado en Burton lo que nunca conoció. Marido y amante. Un hombre que la mimaba y ama, pero no como a una muñeca sino como a una adorable mujer” (“Liz Taylor. Dominada y dichosa”, *Maribel* N° 1681, 08/06/65: 3-5).

Las revistas femeninas presentaban fantasías de matrimonio ideal con su cuota de sensualidad y erotismo. El momento sublime era el de la boda, pero luego había que esmerarse por disfrutar de las delicias del hogar y de la pareja. Cuando esto no sucedía una serie de recomendaciones eran ofrecidas por las revistas femeninas a sus lectoras para recuperar el amor en la conyugalidad.

4.3 La felicidad conyugal y las evaluaciones del matrimonio

Dora Barrancos (2010) se atreve a sospechar que dentro del paradigma sexual doméstico reinante hasta los '50, la felicidad conyugal plena era un bien seguramente escaso porque:

“...pese a que muchos matrimonios resultaban consecuencia de amores sinceros, el conocimiento carnal era mínimo y las expectativas, los sueños y los embelesos de muchas mujeres chocaban dramáticamente con la realidad cotidiana de cónyuges poco atentos a su disfrute, pródigos en malos tratos o negligentes” (Barrancos, 2010: 153).

Tal paradigma suponía que la felicidad conyugal requería esfuerzo, sacrificio y tolerancia, especialmente en el caso de las mujeres cuyas responsabilidades no sólo atañían a la organización doméstica: “De su comportamiento también dependían la carrera, el ánimo e incluso las infidelidades del esposo” (Cosse, 2010: 126).

En las revistas femeninas de los '60, las notas de tintes tradicionales explicaban aún cómo cuidar al marido, recomendando tenerle la comida lista cuando llegase, compartir sus preocupaciones pero nunca agregarle problemas y aceptarlo sin reproches si volvía después de una ‘escapada’ con otra mujer. La esposa virtuosa era una amante disponible y fiel:

“La púdica cónyuge ideal, casi santa, maternal, asegura el reposo del guerrero capitalista exhausto, encerrándose en el hogar, rechazando cualquier pasión culpable y usando muy lícitamente, pero con moderación, su propio cuerpo” (Muchembled, 2008: 253).

Pero la felicidad conyugal también dependía de los cuidados del esposo. Una publicidad de crema de afeitar *Palmolive*, de 1961, mostraba cómo la barba de un marido podía arruinar un matrimonio. Ante la desatención de su mujer, el protagonista se interrogaba: ‘¿Para esto me casé?’. Pero entonces ella le recomendaba la crema de afeitar que usaba su ‘papá’.



Figura 49: “¿Para esto me casé?” Publicidad *Palmolive*, 1961.

La astrología también se apuntaba para ayudar a conservar el matrimonio y llegar a ‘festejar sus bodas de oro’. Según el signo del marido, se aconsejaban comportamientos femeninos, como:

“No trate de dominarlo, a breve plazo perderá su amor y su tiempo. Trátelo con cariño y afecto. ‘Persuada’, no imponga, hable poco y escuche mucho, suminístrele adecuadas dosis de elogios diarios, no critique su espíritu jovial ni suponga que veranean en la montaña si él ha resuelto que sea en el mar” (“Entre su marido y usted... los astros”, *Maribel* N° 1641, 18/08/64: 56).

Podía aconsejarse que ‘una mesa bien servida’ era “el estimulante más efectivo que su marido conoce” (:56). Un discurso amparado en el habla de los astros, le

decía a la esposa: “Téngalo presente y recuérdelo en algunas ocasiones: él es el amo y señor de la casa” (: 56). Daba además otras recomendaciones, dependientes del signo del marido, como:

“...póngase sus mejores galas, repase el esmalte de sus uñas, compruebe la verticalidad de sus tacos y la pulcritud de sus medias [...] le gustan las mujercitas despiertas y bien informadas. Lea, entérese y discuta [...] cocine, señora, cocine [...] Muéstrese siempre elegante, que no la descubra con la cara encremada o los ruleros puestos” (: 56).

El discurso de la astrología no sólo aconsejaba, también advertía, en un tono comprensivo: “Usted ya sospechará que la fidelidad no se encuentra entre las virtudes de su cónyuge” (:56), o más amenazante:

“No se le ocurra mentirle, tiene rayos equis en los ojos; no se le ocurra mostrarse violenta, él siempre, siempre, puede ser más violento aún y aunque tenga el cuerpo de la Venus de Milo y los ojos de ‘Liz’ Taylor no debe pensar que puede darle celos [...] si usted aumenta de peso después del matrimonio le dirá sin mayores miramientos que él se casó con veinte kilos menos [...] Haláguelo, no le mienta, no lo engañe y no lo interrumpa en sus interminables disertaciones, aunque se aburra a morir o se caiga de sueño”. “¿Por qué no prueba ser como a él le gusta? [...] No trate de controlarlo, de encarcelarlo ni coartarlo” (: 57).

Este tipo de textos que, tras la boda como final feliz de tantas historias de amor, en la realidad, la felicidad no era espontánea y costaba esfuerzos:

“Mucha gente (sobre todo las mujeres) se casa con la convicción de que su caso es del todo particular y su amor distinto al de los demás. Por consiguiente, esperan que el futuro se revele como una perpetua novela rosa, basada sobre un sentimentalismo que tiene poco que ver con el sentimiento” (“Crisis en la vida de dos”, *Maribel* s/n, 1964: 25).

En *El arte de amar*, Erich Fromm (1966) advertía que:

“Esa actitud –que no hay nada más fácil que amar- sigue siendo la idea prevaleciente sobre el amor, a pesar de las abrumadoras pruebas de lo contrario. Prácticamente no existe ninguna otra actividad o empresa que se inicie con tan tremendas esperanzas y expectativas, y que, no obstante, fracase tan a menudo como el amor” (: 15).

Pero sucedía también, que las mujeres olvidaban sus supuestos deberes, les hacían recriminaciones a los maridos, descuidaban seducirlo diariamente, se quejaban del tedio de la vida conyugal y del trabajo hogareño (Cosse, 2010) y vociferaban este malestar en las revistas femeninas.

Los nuevos tiempos traían interrogantes acerca de la felicidad matrimonial. En

las páginas de las revistas proliferaban los test para evaluar el matrimonio, revelando una creciente preocupación por los placeres y las obligaciones de la vida privada (Pujol, 2002).

Las revistas femeninas daban cuenta de la infelicidad que podía acarrear también el matrimonio: “Casarse... el sueño de tantas mujeres, ¿significa siempre ser feliz?”, interrogaba *Para Ti* (“Tener un marido”, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69: 23). La revista incluía testimonios que demostraba que felicidad y conyugalidad no eran sinónimos:

“Cuando yo era soltera casi me habían convencido de que era la mayor felicidad de una mujer el tener un marido... por lo menos esa era la suprema aspiración de nuestras madres, la mía y la de mis amigas; no es que quisieran casarnos en cualquier forma, ni con cualquiera, no confundamos... sino que, para darles a ustedes un ejemplo, se hubieran muerto de desesperación al vernos renunciar firmemente al matrimonio” (: 23).

En muchos casos, las mujeres se sustraían a la autoridad de sus padres por medio del matrimonio. En ese caso, el matrimonio era utilizado como medio de lograr una autonomía, aunque les acarrearía probablemente una dependencia material y económica. También muchas mujeres se casaban para poder tener libremente un amante. Pero entonces, para las mujeres, las cargas matrimoniales eran mucho más pesadas que para los varones.

Además, se asumía que las crisis abordaban a la pareja. La vida conyugal distaba mucho de las imágenes de armonía y felicidad, y las narrativas hablaban a menudo del aburrimiento en la pareja.

Las revistas femeninas se permitían una discusión sobre los mandatos conyugales, ya que suponían que ésta sería tolerada –o incluso festejada– por las lectoras. La adaptación a la vida conyugal era un tópico recurrente, junto con las notas sobre esposas desilusionadas, los temores de los maridos y las discusiones de las parejas (Cosse, 2010).

Desde la antropología, la prestigiosa Margaret Mead analizaba estos problemas, como lo hacía Erich Fromm desde la psicología. Mead explicaba los problemas de la conyugalidad:

“...el matrimonio sufre presiones extraordinarias debido a las esperanzas que se ponen en él. ‘El ideal es tan elevado –dice la doctora Mead– y las dificultades tantas... que se impone un examen a fondo de la relación entre el ideal y la práctica’” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 52).

En un panorama que traducía una incertidumbre acerca del futuro, los discursos de la sexualidad ponían en cuestión la propia ‘revolución sexual’, los vínculos conyugales, la falta de entendimiento, el descontento conyugal y la fidelidad:

“Aún antes de la actual revolución sexual había problemas de sobra en las relaciones personales, pero éstos hoy son más evidentes que nunca. El número de divorcios es muy elevado y lo sería más todavía si muchos matrimonios no se esforzaran por mantener los vínculos conyugales. Por desdicha, esta precaria relación no significa a menudo otra cosa que la aceptación común de un arreglo apenas tolerable. En las circunstancias más favorables, la crónica falta de entendimiento que aflige a tantos matrimonios crea una aguijante sensación de descontento e inseguridad. Añádase un ingrediente –la predominante tolerancia en lo relativo al sexo- y se multiplican las confusiones y las dudas. Cada día se hacen más raras las normas fijas de fidelidad” (: 51).

Las evaluaciones acarreaban prescripciones, por ejemplo, acerca de cómo hacer que el matrimonio sea más estimulante, ya que el hábito solía apagar la intensidad del amor. Las notas ponían al descubierto las continuas negociaciones entre la realidad y el ideal de las parejas. Los testimonios (reales o no, no importa) dejaban entrever a veces una domesticidad sofocante y la percepción de que el matrimonio estaba en crisis: “...lo que comenzó a ser percibido en crisis no fue la validez del matrimonio sino de un modelo conyugal: el doméstico”, sostiene Cosse (2010: 131).

Los cuestionamientos de los años ’60 no impugnaban el valor de la unión estable, monogámica y heterosexual sino su estilo doméstico. Se ponía en debate situaciones conyugales que en otros tiempos eran silenciadas, se despreciaban los fingimientos y renunciamentos, al tiempo que se hablaba de nuevas aspiraciones y expectativas en relación a las parejas.

Ante el diagnóstico de la crisis matrimonial, la prensa femenina aconsejaba a la esposa sostener la institución del matrimonio y soportar los períodos turbulentos, haciendo un llamamiento al “buen sentido” (“Crisis en la vida de a dos”, *Maribel* s/n, 1964: 25).



Figura 50: “Crisis en la vida de dos”, *Maribel*, 1964.

Las mujeres querían ‘sentirse conformes’: “Tengo más de lo que alguna vez soñé, pero no me siento conforme... A veces pienso si no sería mejor que me independizara y me fuera a vivir a otro lado con mi hijo” (“Los especialistas contestan”, *Femirama*, Tomo 6, 03/68: 183). Una década atrás, el modelo de mujer pregonado por la prensa femenina era el de un ama de casa sacrificada. No importaba su conformidad, sino la de su marido. Separarse tampoco estaba entre el horizonte de sus expectativas, por el contrario, ‘ser separada’, como definición identitaria, era vergonzoso.

Pero entonces, ante la crisis conyugal, la especialista Delia del Solar en *Femirama* instaba a la lectora a ‘aceptar lo que le tocaba’ si se sentía descontenta con su matrimonios. Frente a la infelicidad conyugal, aún se negaba la posibilidad de quebrar el vínculo y rehacer otro. Si bien la sacramentalidad del matrimonio iba perdiendo vigencia, la imagen del matrimonio como obligatorio e indisoluble, seguía presente, y ello implicaba un esfuerzo por parte de las mujeres para su mantenimiento. Se apelaba a la resignación para sobrellevar el matrimonio. El estatus de la mujer casada que predicaba este discurso era el de una mujer dependiente:

“La felicidad no está en relación directa con las comodidades materiales ni con el dinero. A veces consiste solamente en tener un compañero bueno y un hijo sano, a

quienes tenemos la obligación de brindar un verdadero hogar... No persiga usted lejos de su hogar lo que tiene al alcance de la mano” (:183).

Respecto a la disconformidad en torno del marido, se decía en tono imperativo: “Quiéralo así como es, por su bien y por el bien de su pequeño [...] Acepte las cosas como son y confórmese con lo que tiene, que es mucho” (: 183). Las recomendaciones, más que consejos para la amiga lectora eran órdenes y prescripciones, ancladas en un modelo de domesticidad que apelaba a la resignación femenina para sobrellevar las penalidades del matrimonio. Exhortaba a procurar la armonía doméstica, la tolerancia de los defectos del marido y el cumplimiento de las obligaciones maritales.

También se publicaban notas del tipo: “Cómo deben ser ella y él para ser felices” (*Femirama*, N° extraordinario, 04/68: 74-81), que trataban “sobre la higiene mental y física del matrimonio” (: 74); o cuestionaban el mandato conyugal reproductivo: “¿Son desgraciados los matrimonios sin hijos?” (*Maribel*, 1964: 18-19).

En *Maribel*, un discurso con tintes feministas arengaba a sostener igualitariamente el peso de pareja entre los dos cónyuges:

“Mutuas fueron las promesas al casarse. Mutuos deben ser los esfuerzos, los deberes y los sacrificios que se hagan para llevar adelante esa frágil embarcación que constituye la dicha matrimonial. Frágil embarcación que debe soportar embates, tentaciones, desalientos y fatigas; pero que, cuando lleva a bordo espíritu de sacrificio, ilusión, responsabilidad, amor, tolerancia y respeto, se convierte en un acorazado invencible, emergente sobre las crestas tempestuosas, rumbo a esa lejana isla llamada Felicidad” (“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 21).

Pero entonces, las separaciones y divorcios cobraban cada vez mayor publicidad y se ubicaban en el horizonte de las parejas sumidas en la infelicidad.

4.4 Divorcios y algo más

El tema del divorcio fue incorporado en la prensa femenina referido inicialmente a la realidad de otros países, concebidos a la avanzada de las transformaciones modernas. Al referirse al contexto nacional, las editoriales eran más cuidadosas.

Los famosos, sobre todo si eran extranjeros, podían permitirse estas transgresiones, que poco a poco iban calando en la vida de sus contemporáneos.

Las celebridades estaban habilitadas para las sucesiones de matrimonios y divorcios.

Brigitte Bardot, ícono erótico internacional de la época, parecía liderar esta escena de amores y desamores de la farándula. Los repasos sobre sus múltiples relaciones amorosas la caracterizaban como una mujer con necesidad de un varón protector (“Pasarán más de mil hombres, muchos más...”, *Gente* N°150, 15/08/68: 16-18).

Gente también cubría los divorcios entre los famosos locales: “Quiero ser libre y no sufrir otra vez”, decía Lidia Elsa Satragno –Pinky- (*Gente* N°74, 22/12/66: portada). Entre las razones del divorcio, la actriz exponía la necesidad de sentirse deseada:

“Me sentía tan mal que cada día le preguntaba a mis amigos si ellos me veían linda aún [...] Yo era fea, me sentía fea. Un día fuimos a una fiesta y al acercarme a un grupo vi cómo un señor de unos cuarenta años, muy buen mozo, dejaba de hablar de pronto y me miraba. ¿Sabe qué pasó? Me di cuenta que hacía mucho tiempo que no me miraban así y me fui” (: 2).

El discurso proferido por Pinky era un ejemplo de que las mujeres se volvían exigentes con los maridos en el plano erótico. Betty Friedan había registrado esta problemática en Estados Unidos:

“He oído hablar a muchos médicos de la existencia de nuevos problemas sexuales entre marido y mujer –un apetito sexual en las esposas tan grande que sus maridos no consiguen satisfacerlo. ‘Hemos convertido a la mujer en una criatura sexual’ dijo un psiquiatra en la clínica de asesoramiento matrimonial Margaret Sanger” (Friedan, 2009: 65).

Las revistas desplegaban notas que analizaban los motivos de las separaciones. En este marco, el adulterio era comprendido como ‘la causa más grave del divorcio’ y una de las más frecuentes:

“Adulterio, al margen de su significación jurídica –quebrantamiento de la fidelidad conyugal- tiene otra, honda y humana. Es el fin de muchos sueños. La muerte de una confianza y el descubrimiento o la evidencia de una traición [...] Lamentablemente, es común en esta época. Existió siempre; pero ahora, con el ‘vivir desesperado’, a ritmo vertiginoso, ha proliferado en exceso” (“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 20).

Pero también se exponían otros motivos como el “...exceso de tareas -tiranías de los horarios- disociación de la familia [...]¿qué lejos quedaron los diálogos floridos del noviazgo, los ideales compartidos (la casita blanca, refugio en medio

de la tempestad)” (: 20). Otra razón que se daba era la falta de inquietudes comunes que marcaban una diferencia de género entre el hombre público y la mujer doméstica:

“Si uno de los cónyuges –por ejemplo el hombre- evoluciona de acuerdo con el tiempo y los imperativos que vivimos, posee inquietudes, amistades, intereses, extraños para su esposa. Ella permanece ‘ajena’ al idioma de su marido, o viceversa. La mujer, cierto es, debe cumplir en el hogar una tarea fundamental, consagrarse a los hijos y poner en marcha ese complicado e importante engranaje. Pero, una esposa inteligente no olvida jamás el mundo exterior de su marido” (: 20).

Los especialistas aducían que era un ‘tiempo de rupturas y fracasos de la pareja’, éstos se debían también a que los cónyuges que no crecían juntos y se distanciaban en mundos distintos e intereses no compartidos (“Los argentinos opinan sobre su mujer ideal”, *Femirama*, N° Especial Navidad, 12/67: 50).

La ley de divorcio iba a demorar dos décadas más para sancionarse en el país. Por entonces, las parejas viajaban al exterior para divorciarse. Las historias de amor narraban estas peripecias: “Entonces decidimos aquello. Yo debía abandonar mi hogar y viajaríamos a Montevideo para tramitar mi divorcio y nuestro casamiento” (“Y sé que comprenderás”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68: 8).

Mientras las feministas en Argentina luchaban por la institución del divorcio vincular, con la reforma del Código Civil de 1968, el gobierno dictatorial del general Onganía aprobó una ley que facilitaba el divorcio, lo cual contravenía su línea ideológica -la defensa de la familia y los valores occidentales. Aunque la fórmula no conformó ni a los católicos tradicionalistas ni a los divorcistas, la nueva regulación facilitaba las separaciones. A fines de la década, el divorcio en Argentina era un dato innegable.³⁰

Desde un discurso psicológico, Eva Giberti, alentaba las separaciones frente a las complicaciones conyugales. Sostenía que la gente vivía ahora mucho más tiempo y los matrimonios podían llegar a vivir hasta 40 o 50 años juntos: “Lo cual puede ser muy complicado para algunos” (“El futuro es ahora”, *Gente* N° 282,

³⁰ La introducción del divorcio vincular en la Argentina llegó recién en 1987, cuando se sancionó la ley de divorcio: “...mucho más tarde que a casi todo el resto del mundo” (Torrado, 2003: 277). Tan tarde, que para la época, ya se había generalizado la práctica de la cohabitación ‘de prueba’ respecto a la primera unión y de la cohabitación permanente respecto a las uniones subsiguientes: “O sea, cuando se le otorgó la oportunidad de divorciarse, una gran parte de la población había llegado a la conclusión de que era mejor no casarse” (: 277). Esta práctica ya había sido largamente adoptada de hecho por parejas desavenidas “...que preferían vivir de acuerdo a sus sentimientos más bien que de acuerdo a prescripciones legales” (: 277).

17/12/70: 102). Desde el argumento cuantitativo de la cantidad de años de casados, la psicóloga sostenía la posibilidad de "...aceptar un nuevo tipo de familia donde el divorcio fuese una alternativa y no una catástrofe" (: 102).

Al hilo de estos cambios el concepto de felicidad conyugal se había resignificado y se aceptaban las separaciones ante la infelicidad del matrimonio. Hasta *Para Ti*, la revista femenina de perfil más tradicionalista, manifestaba que el aumento del divorcio era una tendencia mundial y no podía dejar de debatirlo entre sus páginas.

Las cartas de lectoras mostraban las vacilaciones femeninas ante el divorcio. Las mujeres hablaban de su preocupación por dejar a un hombre al que se creía que ya no se amaba pero que garantizaba comodidad y seguridad. El divorcio implicaba cuestionar valores instituidos que en muchos casos habían regido la estructura familiar de origen y era vivido con vergüenza en muchos círculos sociales, entendido incluso como un fracaso social femenino.

Podía considerarse un desenlace posible del matrimonio, pero la separación seguía siendo difícil. En este punto también persistían las diferencias de género y los prejuicios. Los divorcios acarreaban problemas especialmente para las mujeres, tal como exponía Silvina Bullrich en *Maribel*:

"En la Argentina no hay ninguna ley que obligue a la mujer a llevar en sus documentos públicos el nombre del marido, prueba de ello la libreta cívica; sin embargo, aún divorciada por culpa de él, encuentra infinitos escollos de leguleyos caprichosos cuando desea suprimirlo de su pasaporte o de otros papeles, o para firmar con su propio e irrenunciable nombre de soltera" ("El voto como símbolo de responsabilidad", *Maribel* N° 1583, 02/07/63: 5).

El proceso de divorcio en el exterior generaba muchos inconvenientes:

"La mujer no puede seguir admitiendo que para cruzar el charco e irse a Uruguay con su hijo de veinte años tenga que remover cielo y tierra en busca de la firma de un marido que a lo mejor no ha visto a ese chico desde hace diecinueve años y está viviendo en Hawaii con una hawaiana" (: 5).

Bullrich sostenía que la mujer argentina se hallaba 'dobleada por su debilidad':

"Cree en el matrimonio más que en el amor, le teme al divorcio como los ricos le temen a cualquier intento de minifundio o los empleados a cualquier reforma a la ley de jubilaciones; quiere ser protegida porque tiene miedo. No se da cuenta que la única protección verdadera viene siempre de uno mismo; ella no pide armas para defenderse, sólo quiere que otro la defienda, con o sin armas, pero que sea otro, que sea el esfuerzo ajeno, el trabajo ajeno. No quiere apoyarse en sí misma, no está segura de ser un ser humano; quiere apoyarse en el hombre que ya no la

quiere, en el hijo que a duras penas puede comenzar a formar su nuevo hogar, en pensiones que desangran al país y puede más o menos conseguir apoyándose en algún abuelo importante; en resumen: quiere lo ajeno, no quiere lo propio; reivindica lo que no le pertenece, pues no es lo bastante fuerte para reivindicar lo que le pertenece” (: 5).

Las mujeres separadas o divorciadas eran prejuizadas, como así también aquéllas que sostenían relaciones amorosas con hombres separados. De estas prohibiciones hablaban las narrativas, potenciando su aspecto culposo:

“-Pienso lo que piensa toda la ciudad... Que estás viviendo en un error. Que Gabriel es separado y que siendo su amante, poco a poco perderás tu dignidad... Tu honor de mujer honesta... Bueno. Ya estaba dicho. Ya, que no era digna. Que los había manchado” (“Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 10).

La mancha, lo indigno gozaba de la sanción y por ello mismo, de un potencial erótico, tal como ha enseñado Bataille (2010). Pero entonces, esta mancha se iría desdibujando con el afianzamiento de los divorcios y la aparición de las más controvertidas uniones libres (Cosse, 2010).

5. Las uniones libres

Mientras el marco regulatorio argentino sostenía que el adulterio era un delito, el ‘amor libre’ no estaba prohibido por la ley. Pero en el país esta noción se tradujo por la de las uniones libres, difundidas especialmente entre jóvenes de clase media. Las uniones se comprendían como relaciones sostenidas en la autonomía, la racionalidad y la naturalidad. En este sentido, el término ‘relación’, cobraba importancia, significando un vínculo emocional estrecho con otro. Suponía una asociación sostenida entre dos personas, que proseguía sólo en la medida en que producía la suficiente satisfacción para cada individuo (Giddens, 1998). Desvinculaba el amor y la conyugalidad. Una lectora escribía al “Correo de Corazón” de *Maribel*, en 1964:

“El matrimonio y el amor son maravillosos, pero no están necesariamente ligados entre sí. Hay amor sin matrimonio y matrimonio sin amor... Aspiro a casarme. Me parece una excelente manera de organizar la sociedad, pero no acepto convertirme en propiedad privada de un hombre por medio de la libreta de casamiento. El amor es un sentimiento que está por encima de las convenciones. Cuando es auténtico, es superior a cualquier concepto de moral y no puede aumentar o disminuir por una bendición y cuatro firmas” (“Correo del corazón”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 16).

La noción de amor libre que comenzaba a difundirse era diferente de la de poligamia, asociada, por lo general, a sociedades donde los varones podían tener muchas mujeres y no a la inversa.

Como sucedía con otras transgresiones, al hablarse de amor libre se hacía referencia a jóvenes de otras latitudes, como los de Estados Unidos: “En torno a unas cuantas universidades se han formado clubes para la práctica del amor libre que organizan fiestas de jóvenes desnudos” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 51). Bajo este espectro, la revista *Life*, a fines de la década, avizoraba el fin del mandato de la fidelidad conyugal, con la edificación de un nuevo ambiente moral:

“Cualquier hombre o mujer que viva en ese nuevo ambiente moral tendrá evidentemente oportunidades mucho mayores para las aventuras amorosas, aunque ese aumento de oportunidades podrá tal vez quitarles parte de su carácter de aventuras. Para los esposos de uno u otro sexo que tengan ya esa inclinación, la tentación a las escapadas de la fidelidad conyugal serán irresistibles. El hombre o la mujer que no sienta personalmente esa tentación pero esté expuesto al aguijón de los celos, se sentirá inquieto ante la posibilidad de que la otra parte tal vez no resista con igual éxito a la tentación. Es tradicional que el celoso cuente por lo menos con la simpatía de sus amigos pero puede llegar a descubrir que para la mayoría de esos amigos es absurdo esperar fidelidad de nadie. Desde luego, el efecto de esas presiones será diverso según los individuos, pero tales preocupaciones podrían destruir un matrimonio ya inseguro” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español, Vol. 34, 28/07/69: 51).

Los amores libres parecían desmoronar el mandato de fidelidad, cuestionado el matrimonio:

“Reemplazados los antiguos temores por las nuevas libertades, ¿se deshacen las bases de la fidelidad? ¿Se hace anticuada la idea de la fidelidad en las relaciones sexuales fuera del lecho conyugal? Y si se aceptan, ¿qué será del matrimonio mismo? ¿Nos casamos por amor o en busca de compañía o de seguridad? ¿Son estas cosas duraderas? ¿Deberíamos estar dispuestos a cambiar el compañero o compañera de vida cuando alguno de los dos cree que ha llegado el momento de hacerlo? ¿Son ridículos los lazos legales del matrimonio? ¿Es el ideal un acuerdo simplemente personal, sin ley ni ceremonia, un arreglo de compañerismo como los que son cada día más frecuentes entre los estudiantes universitarios?” (: 52).

La noción revalorizaba el amor como una esencia incuestionable de los nuevos modelos de relaciones afectivas. Sus prácticas sacudían las fórmulas amoratorias convencionales y debatían el significado opresor del matrimonio legal. Como una sugerente transformación de las convenciones sustituía la hipocresía de los vínculos por los sentimientos auténticos. La ‘autenticidad’ era un nuevo valor

unido a la ‘espontaneidad’. Las relaciones debían ser desinhibidas y profundas para permitir la realización y el crecimiento personal.

En el país, las uniones libres proclamaban con entusiasmo los valores del emparejamiento libre de tutelas, tratos justos en la vida doméstica y asomos de liberación sexual. Si bien estas prácticas estaban lejos de ser hegemónicas, hablaban de una “transmutación del amor romántico” (Giddens, 1998: 38) que problematizaba los sentidos comunes acerca de la pareja.

Cada vez comenzaba a ser más reiterado que los novios anunciaran que se iban a vivir juntos sin que mediara el acto legal matrimonial. La cohabitación era una nueva forma de unión que prometía renegociar cotidianamente el vínculo y priorizar la compañía y la armonía sexual. Y además, la ‘unión libre’ podía revocarse cuando la pareja así lo decidiera.

Entre los jóvenes de algunos sectores sociales, la resignificación de la importancia de las uniones se potenció con la creciente cotidianidad compartida, emanada de la radicalización cultural y política.

“La transitoriedad de los vínculos signaba las relaciones amorosas surgidas en una dinámica grupal caracterizada por la profunda camaradería, las rivalidades, el erotismo y el compromiso afectivo” (Cosse, 2010: 158).

Esta costumbre se irradiaba sobre todo en grupos de militancia política activa, seguramente como conducta transgresora que aumentaba el desafío al orden social (Barrancos, 2010). La experimentación con nuevos tipos de uniones quedó asociada, en sus comienzos y a diferencia del divorcio, a círculos reducidos que se concebían a la vanguardia del cambio cultural, como los jóvenes intelectuales, politizados, del entorno del rock y el hipismo. Entre los círculos militantes de la izquierda, la unión libre era aceptable y no tanto así, el amor libre.

Con el consensual diagnóstico de la crisis del matrimonio, la significación de las uniones, lejos de corroer la importancia del amor, lo revalorizó. Según Cosse (2010), esto reafirmó la importancia de la nuclearidad, la pauta heterosexual y la estabilidad de la pareja.

Ante la crisis de un estilo de relación de pareja y la redefinición del sentido de las uniones, se dio continuidad al valor de la relación estable y heterosexual como espacio apropiado para la sexualidad y la reproducción. En tal sentido, la homosexualidad, el amor libre y las nuevas modalidades de convivencia colectiva

fueron temas menos frecuentemente abordados por las revistas femeninas y en los cuales predominaba una mirada distante, salvo en el caso de una revista internacional como *Life*.

Las alternativas al matrimonio de por vida priorizaban el bienestar afectivo ante las obligaciones sociales. Esto no significaba, como suponían las voces tradicionalistas, que se concibieran vínculos carentes de intensidad y compromiso afectivo. La crisis del matrimonio tuvo como correlato al apogeo de la pareja (Cosse, 2010). En ella se depositaron nuevas expectativas de unión, comprensión, realización personal y entrega mutua. El valor otorgado al compañerismo se potenció aunque no dejaba de tratarse de ‘compañeros en la desigualdad’ de géneros (Cosse, 2010).

Las exigencias amorosas se habían renovado, ya que las nuevas pautas incluían la posibilidad de separación. Con esta posibilidad en el horizonte se reactualizaban las autoexigencias para sostener un vínculo que se había vuelto renovable y revocable.

Entre estas exigencias, el erotismo y la intimidad de la pareja ganaban el podio de los requisitos para sostener y alimentar el vínculo amoroso.

6. Erotismo e intimidad en la pareja

La modernización cultural influyó sobre la vida privada (Pujol, 2002), por ejemplo, con el despliegue de lo privado a través de los medios de comunicación (Preciado, 2010). Este proceso de construcción pública de lo privado era visible en el correo sentimental, donde se exponían problemáticas íntimas y se prescribían acciones que intentaban regular aspectos concretos la vida privada de las consultantes. Esta relación entre la intimidad y los medios de comunicación cobró relevancia dentro del debate público:

“Cuando el Código Civil consagra la intimidad como un derecho de las personas, hace referencia explícita a los medios de comunicación y al carácter dañino que puede tener en ellos la difusión de la vida ajena. El reconocimiento legal de este delito en la reforma de 1968 indica cómo los medios se vinculan con la redefinición de lo privado y lo público” (Aguilar, 1999: 269).

Los '60 fueron testigos tanto de un proceso de politización como de mercantilización de la vida privada, con la “extensión del ámbito de mercado, de la información y de lo político hacia el interior doméstico” (Preciado, 2010: 44). Lo privado mercantilizado se asoció a las cualidades hedonistas del confort y el bienestar, con tintes de un *american way of life*.

En un plano político, las condiciones culturales que separaban lo visible de lo invisible y que habían fundado el régimen de lo privado y lo público estaban cambiando. Lo íntimo, aquello que sólo se compartía con las personas en quienes se confiaba; como “...un asunto de comunicación emocional” (Giddens, 1998: 81), había sido por mucho tiempo definido como un acotado reino femenino. Por ejemplo, el diario íntimo había estado destinado a una escritura eminentemente femenina, como un reducto propio de la joven soltera que permitía una expresión personal (Perrot, 2008) vedada en el ámbito de lo público.

Pero el reino femenino de la intimidad y la vida privada estaba siendo cuestionado por las feministas, tras las obras de Betty Friedan o Simone de Beauvoir, que denunciaban al paraíso doméstico como una arquitectura penitenciaria en que las mujeres se encontraban encerradas, mantenidas a distancia de la esfera pública.

Las revistas femeninas habían sabido cooptar esta intimidad y tematizarla. Los discursos en torno a las transformaciones que afectaban al matrimonio y la vida personal, los vínculos afectivos y sexuales aparecían como preocupaciones principalmente de las mujeres (Giddens, 1998).

Las cartas de lectoras detallaban problemas y tornaban públicas las cuestiones íntimas. Las intimidades espectaculares ganaban espacios. La visibilidad de lo privado en la vida de los famosos suponía una producción pública y mediática y una espectacularización de la domesticidad.

Aún con cierto recato, la cama se iba tornando pública: “El sexo y la privacidad doméstica que un día habían sido sólidos, por decirlo con Marx, empezaban ahora a desvanecerse en el aire” (Preciado, 2010: 37). Herbert Marcuse (1993), observaba con alarma esta situación y sostenía que se desarrollaba una “...invasión del hogar privado por la proximidad de la opinión pública, abriendo la alcoba a los medios de comunicación de masas” (: 49). La

habitación aparecía cada vez más como un espacio a la vez íntimo y sobreexpuesto.

Las revistas femeninas y de actualidad se posicionaban como una pequeña ventana a través de la cual acceder a la privacidad de los famosos. Desde cierto voyerismo, sus intimidades eran uno de los tópicos más preciados en revistas como *Gente*.

En los textos, los detalles psicológicos permitían bucear la región íntima de los personajes y en un proceso de exhibición pública de lo privado, un *striptease* asentado en una técnica periodística retrataba a través de entrevistas y fotografías la vida privada (Preciado, 2010).

La producción y exhibición de la intimidad era una construcción discursiva recubierta de ficción y distancia a la vez. Las espectacularizaban una intimidad que aparecía como lejana. Ésta venía de la mano de una exhibición de los cuerpos. Un erotismo asentado en la mostración fotográfica de la desnudez ganaba terreno. A esta dimensión erótica se destina el próximo capítulo. Tras analizar los discursos de la sexualidad y el amor, en las próximas páginas se abordan las construcciones semióticas de los cuerpos eróticos en los discursos de la moda, la publicidad y la salud, en torno a las significaciones de la belleza, la sensualidad, la desnudez, la exhibición y los imperativos de juventud y cuidado del cuerpo.

CAPÍTULO VII

EL EROTISMO EN LOS CUERPOS

“El erotismo en los cuerpos se mueve, no implica propiedades eternas sino que se entrelaza con el cuerpo en las fluctuaciones de la historia física, estética, política, ideal y material”
(Perrot, 2008: 51).

1. La dimensión erótica del cuerpo

El erotismo explota los aspectos seductores y sorprendentes de los cuerpos sexuados (Bataille, 2010), que, lejos de ser estancos, van trocando posiciones con el paso del tiempo. Aquí juegan un papel importante los discursos del cuerpo erótico y su performatividad inherente (Butler, 2007). Como “...superficie grabada de los acontecimientos” (: 255), el cuerpo deviene erótico cuando entra en un juego de seducción.

La dimensión erótica en los cuerpos se dirime sutilmente en las acciones de ocultar y mostrar, siguiendo códigos tácitos pero muy precisos que rigen las apariciones de tal o cual parte del cuerpo. La desnudez no es sólo exposición. En el desnudo se juegan los valores del secreto y de peligro próximo, que le dan su cualidad de revelación y de medio de tentación. La desnudez es inaprensible, dice Bataille (2010), tanto como el placer sexual, y puede indicar cierto corrimiento de la prohibición o cierta transgresión:

“...la prohibición de la desnudez y la transgresión de la prohibición de la desnudez constituyen el tema general del erotismo, quiero decir de la sexualidad transformada en erotismo (la sexualidad propia del hombre, la sexualidad de un ser dotado de lenguaje)” (Bataille, 2010: 262).

En el juego de las transgresiones, el uso de transparencias en las vestimentas resultaba un medio de sugestión, al mostrar y ocultar el cuerpo a la vez. La extrañeza que genera un cuerpo semivestido, cuyo ropaje subrayaba la transgresión erótica, se dirime en una dialéctica entre pudor y seducción que afecta al cuerpo y su destape (Preciado, 2010).

Lo erótico, entonces, no es la mera exhibición de un cuerpo desnudo, sino la construcción de esa desnudez, como revelación de belleza y encanto sugestivo. En

este juego cobraban relevancia las poses del cuerpo, las posturas seductoras. La sugestión pasaba por los modos de sentarse, de pararse; pues, como dice Bruckner (2011): “No basta con quitarse la ropa para desencadenar la confusión erótica, se necesita una gracia, un arte que no todos poseen” (: 78).

En los '60, la prohibición de la desnudez iba siendo cuestionada. Podía aparecer como fragilidad o como turbación (Bruckner, 2011), como en el caso de la publicidad de *Vogue*, aparecida en *Femirama* (Nº extraordinario, 06/69: contratapa).



Figura 51: Publicidad *Vogue*, *Femirama*, 1969.

Pero entonces, la erotización no deja de ser una producción normativa del cuerpo, especialmente en el caso de las mujeres. Muchas veces, la imagen del erotismo ha sido la de la ‘bella chica desnuda’ (Bataille, 2010).

Michelle Perrot (2008) ha sostenido en su historia de las mujeres que “La mujer es ante todo una imagen. Un rostro, un cuerpo, vestido o desnudo. La mujer es apariencias” (: 62). Y Judith Butler (2007) ha enseñado que las fantasías se instauran y circunscriben en la superficie de los cuerpos, generizándolos. La figuración fantaseada y fantástica del cuerpo se relaciona a una estilización corpórea del género.

1.1 Norma erótica o transgresión normada en los cuerpos femeninos

El cuerpo de las mujeres ha sido vigilado y normado: “Aunque deseado, a lo largo de la historia el cuerpo de las mujeres también es un cuerpo dominado, sometido, a menudo apropiado incluso en su sexualidad” (Perrot, 2008: 98).

Pierre Bourdieu (1999) ha caracterizado lo femenino como un hábito que hace de la experiencia femenina del cuerpo, un cuerpo-para-otro, incesantemente expuesto a la objetividad operada por la mirada y el discurso de los otros. El cuerpo femenino atractivo, disponible a la mirada del otro, se presenta como “...una forma de complacencia respecto a las expectativas masculinas, reales o supuestas” (: 86). Esta afirmación es discutible pues divide a los géneros en tanto sujetos y objetos de deseo; olvidando asimismo que la propia posición de objeto supone deseo. De todos modos, no puede desconocerse esta objetualización e instrumentalización del cuerpo como posesión -el ‘tener un cuerpo’- y vigilarlo. En este punto, la vigilancia y autorregulación no son lo mismo que el cuidado del cuerpo:

“El sistema mediático y publicitario promueve, por medio de la estimulación sensual, modelos corporales idealizados— modelos que, por lo demás, son presentados como la clave de acceso a la felicidad y la plenitud; concomitantemente, se promocionan, en un registro avalado por la autoridad experta, las técnicas disponibles para alcanzar dichos ideales. El dispositivo médico, en cuanto mecanismo de subjetivación, converge así con la lógica y el poder de interpelación del espectáculo” (Córdoba, 2010: 162).

En los ’60, los discursos de la salud habían entrado en el cuerpo erótico. La importancia otorgada al equilibrio corporal, los regímenes, se asociaban también a la promoción del bronceado y el ejercicio físico. “Tener una nueva figura... es fácil”, prometía *Maribel* (Nº1583, 02/07/63: 6) al tiempo que ofrecía un programa de ejercicios para ganar y conservar una silueta bien proporcionada: “Todas las mujeres, todos los días, deben hacer un ejercicio para el talle, un ejercicio para el busto, un ejercicio para la cintura y la cadera” (: 6).

Pero entonces, las imágenes de los cuerpos femeninos no sólo los encorsetaban; en la época nuevas poses, vestimentas e imágenes también lo liberaban, erotizándolo:

“La imagen puede ser una tiranía, porque las confronta a un ideal físico y vestimentario al que deben someterse. Pero también es la celebración de ellas mismas, fuente posible de placeres, de juegos sutiles” (Perrot, 2008: 31).

La publicidad mostraba cuerpos femeninos en actitudes que prometían ciertas cuotas de erotismo, distendiendo las fórmulas más circunspectas que dictaban el modo de ser femenino (Barrancos, 2008). El lenguaje corporal parecía ser el lugar de las nuevas conquistas. Los cuerpos comenzaban a presentarse, con mayor frecuencia, en situaciones de movimiento y dinamismo. Las mujeres ganaban licencias para desarrollar prácticas deportivas y disfrutar del tiempo para el ocio al aire libre. Se soltaban el pelo, usaban minifaldas (Worsley, 2004). Las jóvenes ganaban más experiencia en materia de sensualidad y, en ese sentido, “...hubo un auxilio excepcional con la lectura y con el cinematógrafo que acercaron modelos femeninos transgresores” (Barrancos, 2008: 113).

Mientras ciertos procesos de emancipación de las mujeres se materializaban sutilmente en sus cuerpos, sin embargo, se seguían sosteniendo obligaciones derivadas de la condición genérica, marcando la pervivencia de ciertos mandatos dominantes en relación a las fantasías eróticas que volvían ambiguas las conquistas.

2. El cuerpo fantaseado: la sensualidad y lo deseable

El erotismo se juega en el plano de la fantasía. Revistas del estilo *Playboy* lo sabían muy bien y nutrían las fantasías masculinas a través de ilustraciones de jóvenes atractivas. Las *playmates* eran chicas que se desentendían absolutamente del amor y el casamiento y los controles de los padres. En el país estaban representadas por las chicas *Divito*³¹.

31 José Antonio Guillermo Divito (1914 -1969) fue un dibujante, humorista, caricaturista, historietista y editor argentino. Ícono del humor gráfico argentino en las décadas de 1940 a 1960, fue fundador y director de la famosa revista *Rico Tipo*.



Figura 52: “Chicas Divito”, *Gente*, 1969.

Estas chicas insinuantes se caracterizaban por sus físicos sensuales y voluptuosos, pero muy estilizados, de pequeñísimas cinturas y amplias caderas, bustos prominentes, y largas y torneadas piernas de tobillos finísimos. Sus rostros tenían enormes y vivaces ojos, con grandes pestañas y cejas muy marcadas, labios gruesos y sensuales y una nariz mínima. Sus vestimentas eran ceñidas a sus cuerpos, señalando su voluptuosidad sensual. Suponían una irrisión, una impostura turbadora. En relación a la voluptuosidad, los cuerpos encontraban aquí otro estatuto, como lugares para el despliegue de los placeres.

Pero a diferencia de aquellas *playmates* de cuerpos voluptuosos, las revistas femeninas mostraban imágenes corporales de un erotismo moderado. Las poses sugestivas incluían posiciones corporales femeninas descontracturadas, aunque muchas veces con un dejo de inocencia en ellas.



Figura 53: “Con un detalle de crochet”, *Chabela*, 1968.

También se presentaban cuerpos femeninos de posturas desafiantes que dejaban la inocencia a un lado. Las poses sugestivas del cuerpo femenino podían usarse en el discurso publicitario para vender jabones de lavar la ropa (Publicidad *Woolite*, *Para Ti* N° 2366, 13/11/67: 56).

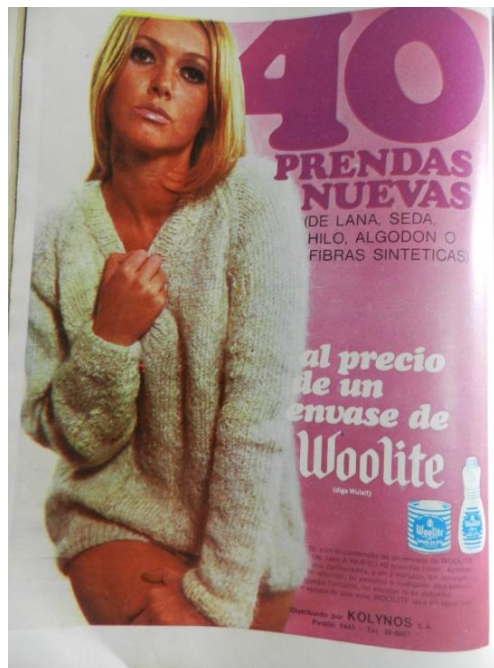


Figura 54: Publicidad *Woolite*, *Para Ti*, 1967.

Pero entonces cobraba forma un nuevo valor: la audacia. Los textos la centraban en la personalidad y las imágenes la asociaban a lo provocativo y lo desafiante. Las audaces miraban a la cámara de frente, con una pose llamativa.



Figura 55: “Yo soy una cámara”, *Para Ti*, 1967.

Asociada a lo sexual, la audacia postulaba a las chicas como objetos de deseo pero a la vez mostraba el deseo femenino. Había que comprender que a las chicas les gustaba el sexo; y éste, sostiene Preciado (2010): ‘Era un mensaje muy importante, tan importante como todas las luchas feministas’” (: 63). Las audaces asociaban la sexualidad al entretenimiento.

La audacia femenina incluía hábitos de conducta como fumar en público, difundido desde fines de los años 40, junto con la legitimación del uso de nuevos vestuarios como los pantalones (Barrancos, 2008).



Figura 56: “En su rostro la natural audacia del maquillaje joven” Publicidad *Miss Ylang*, *Femirama*, 1968.

Las chicas y sus costumbres juveniles eran una arena de confrontaciones entre la apertura al cambio y el encono moralista. Las innovaciones expresadas en las formas de vestirse, de actuar en público y de manejar el cuerpo, que desafiaban las convenciones instituidas, se asociaban a la intención de conquistar nuevos espacios de libertad y romper con las ideas de recato y pudor de los mayores (Cosse, 2010).

El pudor obligaba a cuidar las apariencias. Las moralejas de las diversas notas periodísticas destinadas a analizar los comportamientos de las jóvenes en torno a su sexualidad ponían en evidencia toda ambigüedad de aquellos años: las mujeres jóvenes solas debían divertirse, pero con cierta prudencia.

La audacia se comprendía como un modo de desafiar al pudor desde una cierta convocatoria sexual. Los discursos moralistas hallaban a la sensualidad audaz como culpable por la posibilidad de conllevar una degradación, y encarnar, por ello, un peligro (Bataille, 2010) para el orden sexual.

Relacionado al sentimiento de obscenidad, el pudor buscaba reglamentar la exhibición del cuerpo y lo no mostrable (Bleichmar, 2014). Pero entonces, el pudor dependía de las circunstancias; indicaba Bataille (2010): “...el escote, incorrecto al mediodía, es correcto por la noche. Y la desnudez más íntima no es obscena en la consulta de un médico” (: 223).

Las narrativas rosas también instalaban el pudor frente a lo voluptuoso considerado como obsceno del cuerpo femenino:

“Pagó el café y el mozo clavó los ojos en su escote, sin el menor respeto. [...] recordó los gritos de su madre, ya lejanos, atrás, apilados en un montón de sucesos que no quería remover. ‘¡Te contoneas como una bataclana!’ ‘¡No te ajustes tanto la cintura!’ ‘¡Ese corpiño!’ ‘¡Haces tan evidente tu pecho que nadie puede alejar sus ojos de allí!’ Instintivamente se llevó una mano al escote, tratando de taparse púdicamente. Y tuvo ganas de salir corriendo, de correr y correr hasta llegar a un lugar desolado y desierto, lejos de los ojos que la asediaban, que la cercaban, que la envolvían en una red transparente de la que rara vez podía escapar sin la sensación tremenda de haber sido acariciada, golpeada, manoseada” (“Casi pecado”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 19).

Sin embargo, lo que ofendía al pudor estaba cambiando en los '60. Al tiempo en que se trastocaba la moral de la exhibición, el cuerpo femenino se transformaba en un campo de batalla. Se cuestionaba la vieja moral burguesa que rechazaba toda exhibición de desnudez y se ruborizaba ante cualquier alusión a la sexualidad. En los intentos por recobrar aquella moral, los ímpetus censuradores atacaban la visión del cuerpo desvestido y la osadía erótica.

La exhibición iba ganando terreno. Sus estrategias ofrecían a la mirada el objeto de deseo, produciendo una ficción de realismo y proximidad (Preciado, 2010). Se ornamentaba un espectáculo de la exhibición corporal. El uso de primeros planos anatómicos parcelaba los cuerpos y las manipulaciones fotográficas construían ópticamente cuerpos ideales. Las imágenes del cuerpo erótico jugaban con la regulación de la mirada y la figuración estetizada del cuerpo, como estrategias de seducción. La retórica del striptease (Preciado, 2010) tenía lugar como técnica de construcción de estas imágenes, con el auxilio de nuevas técnicas fotográficas a colores que se aliaban para producir un efecto de realismo e inmediatez desconocido hasta entonces.

Pero para que ese espectáculo revistiera la cualidad de sensual, debía suponer algún halo de mística asociada a lo bello.

2.1 Belleza erótica

Las imágenes eróticas buscaban fascinar y uno de los caminos para ello se trazaba a través de la belleza. Al ofrecerse el objeto erótico como bello: “La belleza es su sentido. Constituye su valor. En efecto, la belleza es, en el objeto, lo

que lo designa para el deseo” (Bataille, 2010: 148). El papel de la belleza en el erotismo torna al cuerpo poético, divino, fascinante.

La importancia dada a la estética erótica lograba que tanto mujeres como varones se dedicaran a cultivar su atractivo. En el marco de lo que Pascal Bruckner llamó como una “ingeniería erótica añadida a una empresa altamente moral de mejora de uno mismo” (Bruckner, 2011: 153), la tendencia no haría sino incrementarse a través de las décadas subsiguientes: “En suma, no hay derecho a ser fea. La estética es una ética” (Perrot, 2008: 63).

La belleza instauraba una jerarquía estética y moral, centrada en un canon de juventud y culto a la personalidad. Cuando “...lo ‘personal’ se convirtió en moda” (Pujol, 2002: 221), la belleza también se individualizó. Se exaltaba la delgadez de la modelo *Twiggy* o la gran nariz de Barbra Streisand.

La teoría de Erich Fromm (1966) ligaba la belleza a la potencialidad para ser amado:

“Para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar. De ahí que para ellos el problema sea cómo lograr que se los ame, cómo ser dignos de amor. Para alcanzar ese objetivo, siguen varios caminos. Uno de ellos, utilizado en especial por los hombres, es tener éxito, ser tan poderoso y rico como lo permita el margen social de la propia posición. Otro, usado particularmente por las mujeres, consiste en ser atractivas, por medio del cuidado del cuerpo, la ropa, etc.” (Fromm 1966: 12).

Para la cultura de la época, lo que equivalía a ser digno de ser amado era una mezcla de popularidad y *sex –appeal*:

“Una mujer o un hombre atractivos son los premios que se quiere conseguir. ‘Atractivo’ significa habitualmente un buen conjunto de cualidades que son populares y por las cuales hay demanda en el mercado de la personalidad. Las características específicas que hacen atractiva a una persona dependen de la moda de la época, tanto física como mentalmente” (: 13).

Los ’60 configuraron distintos tipos de belleza femenina, con carácter modélico. La mítica Marilyn Monroe había sido objeto de culto a fines de los ’50 y principios de los ’60. Construido como ícono erótico, el cuerpo considerado bello se introducía en la dimensión de lo fabuloso.

A mediados de la década, se preguntaba en *Maribel*: “¿Qué es una mujer bella?” (Nº 1640, 08/64: 50-53):

“Una mujer hermosa no es siempre poseedora de líneas perfectas clásicas o proporcionadas. En cambio, una mujer bella es siempre algo más: es como la pincelada final que ilumina la obra maestra de un pintor. La belleza será siempre más un sentimiento que una idea, de ahí que sea difícil definirla con conceptos y tengamos que recurrir a la ayuda de las metáforas” (: 51).

La nota presentaba la imagen de un rostro de perfil, de cutis terso, con el mentón levantado, labios rojos y cejas y pestañas negras y bien definidas.



Figura 57: “¿Qué es una mujer bella?”, *Maribel*, 1964.

El texto distinguía entre las mujeres bellas y las bonitas y graciosas:

“Hay algunas mujeres que llaman poderosamente la atención; atraen las miradas como si la claridad que de ellas emana oscureciera a cualquier otra imagen cercana. Encandilan, influyen en el mundo que las rodea, cantan..., seducen..., enamoran. Se dice que son bellísimas. Hay otras que agradan, pero sin levantar por ello tormentas de pasión en el corazón de los hombres. Son mujeres bonitas, graciosas, pero sin llegar a ser realmente bellas. Pero, ¿cuál es la diferencia entre unas y otras?, se preguntarán las lectoras. ¿Qué tienen las mujeres bellas que no poseen las demás? Gracia..., encanto, seducción, juventud muchas veces. Sí, si... muchas palabras se han inventado para explicar distintas impresiones que el paso de una de estas mujeres excepcionales produce en las demás” (: 51).

El criterio de demarcación era el poder de encantamiento. De él hablaban las narrativas: “Hay una irresistible belleza en las mujeres, exasperante mezcla de

bruja, diva y santa, la cual percibo rápidamente. De estas mujeres me enamoro fácil y profundamente” (“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 13). Podía definirse también como *charme*:

“¿Cómo definir el ‘*charme*’? ‘Un encanto mágico’... un encanto que nace tanto de una sonrisa como de una mirada o de una intención, de un gesto o de una manera de ser. ¿Es seducción o gracia? ¿Inteligencia o intuición? ¿Belleza o armonía? ¡Qué más da! Existe o no. En todo caso hay que crearlo o descubrirlo” (“*Charme*”, *Maribel* s/n, 1964: 58).

Uno de los focos de “Ese algo llamado encanto” (*Maribel* N° 1479, 20/06/61: 62) era el rostro, y dentro de éste: la mirada. El ‘rostro encantador’ construía una ‘belleza singular’.

Cuando el encanto se relacionaba a la inocencia se llamaba ángel: “Su ‘ángel’ la tornaba irresistible a los ojos de todos los muchachos que la conocían” (“Una mujer irresistible”, *Cristina* N° 854, 08/65: 40). Ese modelo angélico definía a la feminidad como una criatura de éter y sueño, una encarnación sin carne, como un cuerpo eterno, inmortal, incorruptible (Onfray, 2010).



Figura 58: “*Charme*”, *Maribel*, 1964.

Desligado de la inocencia, el encanto podía asociarse a la noción de ‘*glamour*’. Este se construía preferentemente en las ilustraciones.



Figura 59: “Glamour de Verano”, Publicidad *Angel Face*, *Maribel*, 1960.

El *glamour* dotaba de elegancia a un prototipo de mujer que se distinguía tanto de la inocente como de la rebelde. Alejada de las melenas juveniles, construía distinción a través de la elegancia. Se asociaba a la mujer madura e imponente, con actitudes dominantes como signos de distinción antes reservados exclusivamente a los varones, como fumar, conducir un automóvil, leer el diario en público o ir al café.



Figura 60: “Si lo que Ud. busca es la mejor calidad...”, Publicidad *Parliament*, *Para Ti*, 1966.

Resultaba claro el signo de estatus de esta aspiración glamorosa, que apostaba a diferenciarse a través del valor otorgado a los estándares de consumo y el gusto estético para cierta clase media-alta con aspiraciones de ilustración y ascenso social.

La elegancia se asociaba a una imagen de éxito e independencia, sin que esto resultara perturbador para el orden de género. El prototipo se encarnaba en mujeres que trabajaban fuera de la casa, directivas, profesionales o artistas que seguían su vocación. No eran obreras, maestras u oficinistas, aquellas para quienes el trabajo constituía una obligación (Ballent, 2011).

Para las mujeres que no eran ‘naturalmente’ elegantes, las revistas daban consejos para conseguir este charme, a través del uso del maquillaje, las tinturas para el pelo, el culto al cuerpo, la juventud y la esbeltez:

“...dejemos este plano de lo abstracto y vayamos a las realidades. Y una primera realidad concreta para alcanzar la belleza, como ya lo sabemos, son el maquillaje y el peinado. Precisamente el mensaje del Consultorio intenta convertir a cada mujer en una hábil maquilladora, capaz de crear una nueva cara sobre la suya, haciendo resaltar los mejores rasgos y disimulando aquellos que quitan belleza y atractivo” (“¿Qué es una mujer bella?”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 51).

Con el auxilio de la cosmética, ya no se podía ser fea. La desgracia de las feas se desmentía: todas las mujeres podían intentar ser bellas. El mercado de la cosmética esparcía el mandato de belleza, apuntando especialmente a las lectoras de revistas: “Antes de perfumarse Ud. hace muchas cosas... Entre otras, ponerse aún más linda para él, que es feo”, indicaba una publicidad de cosméticos (Publicidad *Coty*, *Claudia* N° 87, 08/64: 34).



Figura 61: “La mujer tiene además, una boca, dos ojos y una cara bonita”, Publicidad Coty, *Claudia*, 1964.

Pero no se trataba tan sólo de maquillaje ni de vestimentas; los deberes incluían toda una serie de comportamientos encantadores:

“Saber vestirse, conversar, arreglar la mesa, elegir el menú y los vinos, jugar a las cartas, son menudos secretos personales que otorgan ‘*charme*’ a una mujer, ¡y que embellecen la vida!” (“*Charme*”, *Maribel* s/n, 1964: 60).

Para aumentar sus encantos, se recomendaba a las mujeres ser ‘auténticas’, una receta infalible para convencer y seducir (“El secreto de la fascinación en el amor”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 65). Las narrativas ponían en relato estos encantos:

“...Nina: su manera de hablar; de moverse; de sonreír; de entornar los ojos... Su cuerpo largo, lleno de sugestión. Cualquier trapo quedaba bien sobre ese cuerpo. Pensó que había visiones que parecían baratos cuando los llevaban ciertas mujeres y algodones que resultaban suntuosos cubriendo figuras como las de Nina” (“Murallas de angustia”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 14).

“Cristina se acercó luciendo un dos piezas capaz de despertar a Ramsés de sus vendas milenarias” (“La tercera llave”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64: 20).

“La joven que avanzaba por entre las mesas no parecía darse cuenta de las miradas de admiración que su paso suscitaba. Acostumbrada a recibir el homenaje que todos rendían a su belleza, las consideraba sin duda como algo absolutamente trivial. Alta, rubia, con una silueta esbelta, modelada por uno de esos vestidos que sólo saben cortar los modistas parisienses, su entrada causó sensación” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61: 10).

No obstante, el aspecto seductor acarreaba un peligro: la vanidad, contra la cual advertían las revistas femeninas. Se decía que la belleza femenina podía verse menguada por "...una seguridad en sí misma, un airecito de suficiencia... Algo que la empaña" ("Una mujer irresistible", *Cristina* N° 854, 08/65: 40). La vanidad era considerada un pecado:

"Tenía un hermoso par de ojos negros, una espesa cabellera sedosa y un bien formado esqueleto que recubría con una piel fina, y delicada [...] Su inteligencia era aguda y su atracción absoluta. Podría haber sido una excelente chica, pero pecaba cada cinco minutos... de vanidad" (: 40).

"Estudió los trajes colgados en el ropero y se asombró íntimamente al darse cuenta de que toda su ropa había sido escogida con voluptuosidad. Los vestidos amplios mostraban íntegramente su espalda pálida, los vestidos rectos, aún los cerrados, eran de colores excitantes o llevaban recortes que insinuaban tan claramente sus curvas que evitaban la necesidad de desnudarla con la imaginación para saber cómo estaba hecha [...] le encantaban esas cosas, las adoraba, se las probaba con deleite, se estremecía saboreando de antemano la envidia de las mujeres y la codicia de los hombres [...] ella era sólo el reflejo de esa gran hoguera, apenas un pecado envuelto en seda roja, ensayando sonrisas sensuales y nuevas maneras de escandalizar a la gente" ("Casi pecado", *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 20).

Las narrativas hablaban de mujeres que gobernaban los juegos de seducción, que buscaban conscientemente erotizar, interpelar el deseo. Para ello se muñían de maquillajes, perfumes y vestimentas:

"Delia se acercó. Su vestido claro marcó cada una de sus formas plenas, cimbreantes. Es hermosa, pensó Clara. Hermosa y joven. Joven y rica. Bueno, todo aquello que buscaban los hombres. Y Delia lo sabía. Incluso hasta sabía –cosa que ella había tardado cierto tiempo en descubrir– cómo llevar a un hombre a sus pies, enloquecido de pasión" ("Historia prohibida", *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 10).

Pero además, el encanto tenía que estar revestido de un halo de misterio. La figura erótica era muchas veces una mujer convertida en un objeto discursivo misterioso y engañoso. Lo secreto interpelaba la curiosidad. "El último secreto de Sarah Bernhardt" titulaba una portada de *Maribel* en 1964. Tras una mirada profunda e inquietante, un rostro pálido y una boca color carmesí, contrastante con su oscuro y corto cabello, esta mujer parecía esconder oscuros misterios. La imagen invitaba a las lectoras a conocerlos.

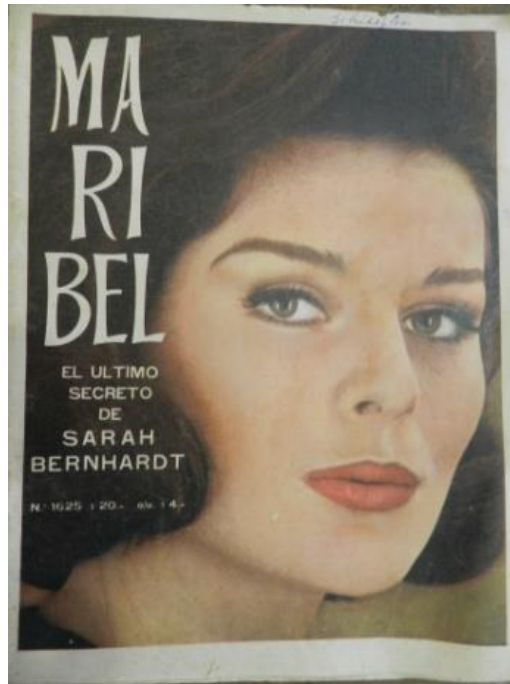


Figura 62: “El último secreto de Sarah Bernhardt”, *Maribel*, 1964.

Un mundo femenino secreto y engañoso ocultaba aquellas partes del cuerpo que podían decepcionar al ser descubierto. No obstante, la ambigüedad ejercía un poder atractivo, inquietante. Lo que se guardaba en secreto, lo que obligaba al silencio, se ocultaba en un reducto íntimo pues no podía ser público, jugaba un papel primordial en la construcción del erotismo. La insinuación de un territorio vedado era un lugar común para la interpelación del deseo.

La imagen misteriosa de una narrativa rosa titulada “El secreto de Olga” se componía de una ilustración del rostro de una mujer de tez muy blanca, cabello rubio corto, unos ojos negros muy delineados y una boca grande y roja. Su mirada era esquiva, hacia un costado y abajo, transformando al rostro en inquietante: “Era una mujer extraordinariamente bella y de excepcional elegancia. Rodeada de misterio, nada tenía de particular que se la tomara incluso por una princesa que viajaba de incógnito” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61: 10-11).



Figura 63: “El secreto de Olga”, *Maribel*, 1961.

Lo misterioso levantaba la sospecha del engaño:

“... sabía que su belleza despertaba apetitos que algunos hombres remuneraban bien.

Aprendió a hacer trampas, a hacerse valorar de cierta manera. Aprendió a conocer las miradas y su significado. Aprendió a mentir, a engañar a los hombres, a extorsionarlos sin piedad” (“Casi pecado”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 24).

La publicidad utilizaba esa seducción que ejercía el misterio. En los cuerpos, las telas con transparencias cubrían y a la vez mostraban regiones que no debían ser visibles: “Misterio...Seducción...Tul...” (Publicidad *Noveltex*, *Maribel* N°1521, 17/04/62: 79).



Figura 64: “Misterio...Seducción...Tul...”, Publicidad *Noveltex*, Maribel, 1962.

El misterio se unía a lo fascinante, ejerciendo su seducción al demostrar que algo se ocultaba.



Figura 65: “Así de fascinante...”, Publicidad *Angel Face*, Maribel, 1960.

Pero entonces, a fines de la década, el juego de seducción se vería afectado por las tendencias hacia la exhibición del cuerpo se iban incrementando.

Aunque seguía después de la muerte –al tiempo que se conformaba su mito-, la clase de belleza del estilo Marilyn Monroe iba perdiendo fama entre las chicas (Pujol, 2002). Los cuerpos eróticos debían afinarse.

3. La moral de la exhibición

Una condición sobreexpuesta iba alcanzando al cuerpo y a la sexualidad que eran, al mismo tiempo, publicitados. Preciado (2010) asocia esta exhibición a los regímenes de control sobre el cuerpo propios del, por entonces, emergente capitalismo farmacopornográfico:

“El cuerpo y la sexualidad, producidos y representados por las tecnologías visuales y de la comunicación, se ven también convertidos en dígito, al mismo tiempo información, valor y número” (Preciado, 2010: 195).

Una pedagogía mercantil de la desinhibición pretendía aligerar las reticencias:

“El desnudo público como categoría social y política, como transgresión legal o moral, pero también como espectáculo, es una invención reciente. Sólo la modernidad ha estilizado al desnudo femenino hasta transformarlo en una práctica al mismo tiempo codificada y mercantilizable” (: 75).

La seducción abría un mercado de la ‘liberación’ erótica. En este sentido, autores como Pierre Bourdieu (1999) han cuestionado la exhibición del cuerpo entendida como liberación.

Frente a los que consideran a la exhibición controlada del cuerpo como un indicio de liberación, el autor indica que el cuerpo femenino es convertido en objeto simbólico y colocado en un estado de dependencia, una heteronomía a la cual se suma el deseo –o la necesidad- de gustar. A través del cuerpo, la mujer debe agradar a los hombres, ser-para-ellos: “...el cuerpo de la mujer es un objeto que se compra: para ella, representa un capital que se encuentra autorizada a explotar”, había dicho De Beauvoir (2007: 166). Bourdieu retoma esta crítica a la idea del cuerpo como capital para la mujer, que combina:

“...poder de atracción, y de seducción conocida y reconocida por todos, hombres y mujeres, y adecuada para honrar a los hombres, de los que depende o a los que está vinculada” (Bourdieu, 1999: 44).

La coquetería era, para De Beauvoir (2007), una atadura a la belleza, un mandamiento. En esta línea reflexiona Perrot (2008):

“La belleza es un capital en el intercambio amoroso o en la conquista matrimonial. Un intercambio desigual en el que se supone que el hombre, el cautivador, es el único activo, mientras que su compañera debe contentarse con ser cautivante, pero ¡qué ingeniosa en su supuesta pasividad!” (: 63).

En la prensa femenina de los '60, la exhibición del cuerpo comenzaba a ser cada vez más tolerada e incluso estimulada, siempre y cuando las líneas de las siluetas que la protagonizaban fueran perfectamente lisas, rectas y bien definidas, destaca Paula Sibilia (2012). La medida del pudor se redefinió y comenzó a aplicarse con estricta severidad a las imágenes corporales y eróticas con derecho a ser exhibidas. Al mismo tiempo se fue desarrollando un “mercado del embellecimiento, del placer y del bienestar, desdoblado así nuevas reglas morales y otros grilletes para esos cuerpos liberados del antiguo poder disciplinario” (: 22).

El culto al cuerpo no respondía entonces a un cuerpo sublevado, liberado, sino a un cuerpo comprendido como posesión y mercantilizado. Así lo exponía Foucault en los '70:

“Como respuesta a la insurrección del cuerpo encontramos una nueva embestida que no tiene más la forma del control-represión sino la del control-estimulación: ‘¡Ponte desnudo... pero sé delgado, hermoso, bronceado!’” (: 105).

La moral del embellecimiento y la exhibición gestaba nuevos tabúes eróticos como el de la vejez (Sibilia, 2012). La seducción parecía tener edad. Del paso del tiempo comprendido como desgracia, hablaban las historias de amor:

“Súbitamente, Odile se apercibió que los hombres no volvían la cabeza a su paso [...] Ninguno le dirigía una mirada de ferviente admiración, una de esas miradas incendiarias a las que estaba acostumbrada. [...] Cuando más, algún caballero entrado en años se volvía para mirarla con una expresión en la que la admiración incondicional iba matizada por una especie de melancolía, como si admirara más bien en ella el recuerdo de una belleza del pasado... [...] Frunciendo el entrecejo, Odile se dijo que sin duda le había llegado su turno. Sabía perfectamente que todas las mujeres bonitas están condenadas de antemano a tener que hacer frente a esta situación. Acostumbradas a producir durante años y años un efecto fulminante ante toda persona del otro sexo, cualesquiera sean su edad, estado o condición, un buen día empiezan a darse cuenta de que el señor que se halla sentado en frente en el autobús continúa leyendo el periódico como si tal cosa; que otro caballero las cruza al entrar en el banco sin tomarse la molestia de mantener la puerta abierta y ceder

el paso, que un tercero lleva su grosería hasta disputarles el taxi que los dos han parado al mismo tiempo. Cuando estos síntomas empiezan a manifestarse, no hay nada que hacer. La mujer bonita tiene que resignarse a la idea de que el momento en que los hombres dejarán de admirarla se acerca a pasos agigantados, lo que no deja de ser una prueba que no siempre está preparada para soportar con paciencia” (“El flirt de la señora Lanvin”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 27).

Para evitar las marcas en el cuerpo de los años, las notas daban consejos para mantenerse siempre jóvenes y evitar el envejecimiento. Se recomendaba ‘alternar reposo y movimiento’, usar cremas y hacer dieta, cuidar la vista y el uso de anteojos, visitar al dentista, llevar una alimentación justa y no ponerse ninguna limitación para los deportes (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 116-122).



Figura 66: “¡La mujer no quiere envejecer!”, *Maribel*, 1964.

Mientras un ícono erótico de la época como Brigitte Bardot buscaba mantener su mito adolescente pasados los 30 años de edad, se sobreentendía que: “No hay temor que iguale al de una mujer hermosa que va perdiendo su juventud” (“Cuarenta años...”, *Maribel* s/n, 05/61: 8). El tabú de la vejez desarrollaba una ‘moral de lo liso’ (Sibilia, 2012) donde la arruga o las canas pasaban a ser obscenas, ya que desmejoraba el aspecto femenino. Esta moral exigía un cuidado y prohibía el café, la sal, el viento, el frío, pero también las angustias y disgustos

(“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 116-122). Para mantenerse joven, la mujer moderna debía ser feliz, lo cual implicaba ser activa, juvenil y sensual como condiciones si no suficientes, al menos necesarias de la felicidad.

4. La moda en los cuerpos

Los estilos corporales en los '60 componían distintas y nacientes estéticas. El cuerpo como significación era patente con la construcción de estilos y los modos en que se encarnaban corporalmente. En él se anudaban elementos de la estética política, de la cultura de masas y de las significaciones de lo nacional, con las ambigüedades que estos sentidos acarreaban (Varela: 2010). Ante este clima de época, donde se fusionaban diferentes niveles de compromiso ideológico, la manera de exhibirse se convertía en un elemento signifiante. Las vestimentas del cuerpo formaban parte de los compromisos simbólicos, desde un lenguaje no verbal.

La adopción de un estilo vestimentario por parte de las mujeres argentinas de clase media urbana se relacionaba con la elaboración de un rol social. Cuando se seleccionaban unas prendas y se descartaban otras, buscaban distinguirse.

El cuerpo se semiotizaba a través de la proliferación de imágenes estilizadas. La moda ubicaba al cuerpo en la cultura de consumo. Como dispositivo, colonizaba en parte la regulación de prácticas corporales.



Figura 67: “Moda: vidriera de ideas”, *Femirama*, 1969.

La variedad de modas se ampliaba entre una miríada de estilos. Seguían llegando nuevas tendencias que devenían una pauta cultural fundamental asociada muchas veces a una ofensiva contra los estilos tradicionales. Era un terreno fértil para la experimentación y la búsqueda de cambio. Las indumentarias coloridas, asociadas a la insolencia y la sensualidad iban cristalizando imágenes de la década:

“Mientras uno desespera por el destino de la juventud que pasa por una crisis de acrisolamiento y pone avisos en los diarios para llegar a un ‘matrimonio en serio’, quiero decir para hallar una cara mitad que aún no se haya hundido en las abismales aguas del ‘rock’ y del ‘hot-dog’, con mostaza, la calle muestra que no hay tal crisis. Que se puede inventar cualquier cosa y vivir de cualquier modo en este Buenos Aires. Desde ponerse un pelapapas último modelo a modo de rulero o usar un pantalón que trata de borrar la larga trayectoria viril del hombre” (“El amor y los fantasmas del ‘tiro-corto’”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 64).

Se criticaba la hibridación de lo ‘nacional’ con los estilos del norte – como si antes no hubiese existido: “... no podemos creer que nosotros, porteños de ley, somos esa pareja que lleva el cabello lacio, pollera y pantalones largos y un cinturón ‘far-west’ colocado cadera abajo” (: 65).

Las minifaldas habían causado alboroto a principios de la década. La prenda estaba asociada a la libertad de las jóvenes frente al estilo de sus madres y abuelas. En muchos hogares argentinos fue objeto de encontronazos entre padres e

hijas. Así, el fenómeno de la moda, considerado superficial, daba cuenta de prácticas cargadas de una sutil politicidad (Carrascal, 2010).

Con el acortamiento de las faldas, la moda se hacía más osada. Las jóvenes se exhibían. Si bien la mayoría de los argentinos seguía apegada a un estilo más tradicional, el impacto visual de la minifalda, los *hot pants*, los pantalones a rayas y los vestidos de terciopelo hacía notoria la velocidad de los cambios en la moda:

“Bajo el modelo *Beatle*, con la elegancia londinense levemente transgresora, los 60 iniciaron su parábola juvenil para internarse, ya sobre el final del decenio, en un estilo más desalineado y barbudo, en el que las sandalias, las camisas con volados, las botas, los chalecos de gamuza, las blusas tejidas con la técnica africana *batik* y las vinchas impusieron entre los jóvenes los aspectos externos del movimiento hippie” (Pujol, 2002: 59).

La estética futurista, la psicodelia (Pujol, 2002), el pintoresquismo pop (Varela, 2005) y el romanticismo hippie construían modas a la vez que esbozaban unas siluetas andróginas, dentro de las cuales la modelo *Twiggy* marcaba un nuevo modelo de cuerpo femenino: “La femenina silueta curvilínea y encorsetada volvió a derivar en una imagen de andrógina adolescente y una imparable ‘cultura de la juventud’” (Worsley, 2004: 490).

Las chicas se cortaban el pelo como varones y ellos se dejaban crecer el cabello. Estos aspectos mostraban un cierto aligeramiento en la división de roles sexuales: la moda unisex tendía a barrer la antinomia moda femenina-masculina (Pujol, 2002), por ejemplo, con el uso de los jeans.

A fines de la década, en el país, la estética pop se vería reemplazada por un estilo más rebelde, con el desarrollo de una estética política en oposición a la cultura de masas. Aún aquí la moda volvió a cooptar la tendencia del estilo guerrillero, realzando el ‘*look*’ de los jóvenes militantes (Varela, 2010).

Este estilo suponía una estética corporal y afectiva que unía erotismo y violencia. Los anuncios que resaltaban el valor de la valentía. En una publicidad de *Chevrolet*, la por entonces modelo Susana Giménez, adoptaba una posición desafiante y brava.

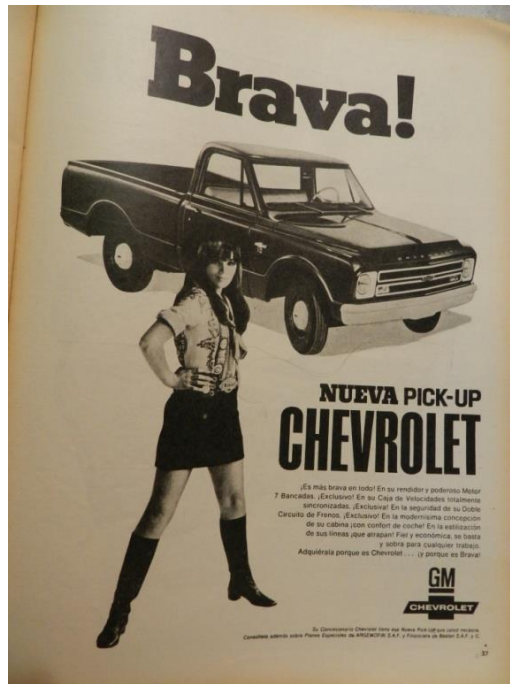


Figura 68: “Brava!” Publicidad *Chevrolet*, *Gente*, 1968.

El discurso publicitario era capaz de hibridar la guerrilla con el status y la clase social alta, relacionando la figura del guerrillero unificada a la del *playboy*:

“Sólo si reúne la audacia de un guerrillero y la solvencia de un *playboy* es usted apto para vestir *Sportline* [...] La línea masculina que invita al desafío [...] Las prendas *Sportline* no son para cualquiera, requieren personalidad y status (son atrevidas y caras) [...] Hemos investigado. Tomamos como base los 13 millones de hombres que integran la población de la República Argentina. El resultado es como para preocupar. De 40.000 sólo 64 están en condiciones de vestir *Sportline*” (Publicidad *Sportline*, *Gente* N° 205, 26/06/69: 73).



Figura 69: “...la audacia de un guerrillero y la solvencia de un *play-boy*” Publicidad *Sportline*, *Gente*, 1969.

Desde un discurso apolítico, la moda era un tema feminizado. Cuando en 1968 la marca de automóviles como Renault quería vender sus coches a las mujeres, vestía al coche de moda. En el anuncio el auto aparecía estacionado frente a la vidriera de una boutique. El texto agregaba: “... incorporamos el nuevo *Renault 4* al mundo de la mujer, y lo incorporamos con todo el cúmulo de belleza y sensaciones que la mujer merece” (Publicidad *Renault*, 1968).



Figura 70: "...la última moda", Publicidad *Renault*, 1968.

Inserta en la cultura de consumo, la moda postulaba lo nuevo como condición del goce, dependiente de la generación del deseo y del gusto por la novedad (Córdoba, 2010). El principio de seducción que ejercía la moda se relacionaba también a los sentidos que asumían las zonas ‘erógenas’ del cuerpo.

Si se comprende que todo contexto sociohistórico jerarquiza eróticamente determinadas partes corporales por sobre otras; los códigos vestimentarios se conforman a la zona erógena más investida de sentido en cada momento cultural o invisten de sentido a ciertas partes del cuerpo, transformándolas en seductoras. Aunque es muy difícil determinar la zona erógena privilegiada en cada caso por la indumentaria, esto permite pensar los modos de figuración del cuerpo (Córdoba, 2010) y las contiendas en torno a los sentidos de la moda que se desataban en las páginas de las revistas femeninas.

4.1 La erotización de los detalles corporales

El cabello de las mujeres ha cargado históricamente con sentidos de lo erótico: “El cabello es la mujer, la carne, la feminidad, la tentación, la seducción, el pecado”, sostiene Perrot (2008: 70), como “...símbolo de la feminidad, una síntesis de sensualidad, una gran herramienta de seducción, un tizón de deseo” (: 64). El pelo participa de la puesta en escena de la seducción.

Con las resonancias del hipismo en la moda aparecieron las jóvenes de melenas sueltas. El cabello se maridaba con la rebeldía. Tanto el pelo corto como las largas melenas parecían ser signos de emancipación.

El valor de la elegancia, en cambio, se asociaba al peinado. Extravagantes, añiados o señorones, los peinados restaban a la erotización pero ganaban en simpatía: “No quiero ser ‘*sexy*’ ni mujer fatal”, declaraba la actriz Violeta Rivas (“Violeta Rivas, en la jaula del amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65: 21), conocida por su uso de vinchas como marcadoras de virtud y en cierta forma, de infantilidad (Varela, 2005).

El cabello también requería juventud: “Cabellos permanentemente jóvenes” ofrecía la publicidad de la tintura y shampoo *Helene Curtis* (*Maribel* N° 1640, 08/64: 53), junto a la imagen de un rostro de mujer de cabellos cortos y ondulados con mucho fijador, ojos y cejas bien definidas y coloreados, una boca delineada, mientras, paradójicamente ofrecía naturalidad y cabellos llenos de vida y belleza.



Figura 71: “Permanente juventud en sus cabellos”, Publicidad *Helene Curtis*, *Maribel*, 1964.

A principios de la década la belleza se condensaba en el rostro femenino. El retrato de mujeres era característico de las portadas de las revistas femeninas, cuando aún prevalecían las ilustraciones (Cingolani, 2008). Éstas mostraban el

maquillaje de moda por esos años: la tez pálida, labios rojos, delineado de ojos de un negro intenso y pestañas postizas.

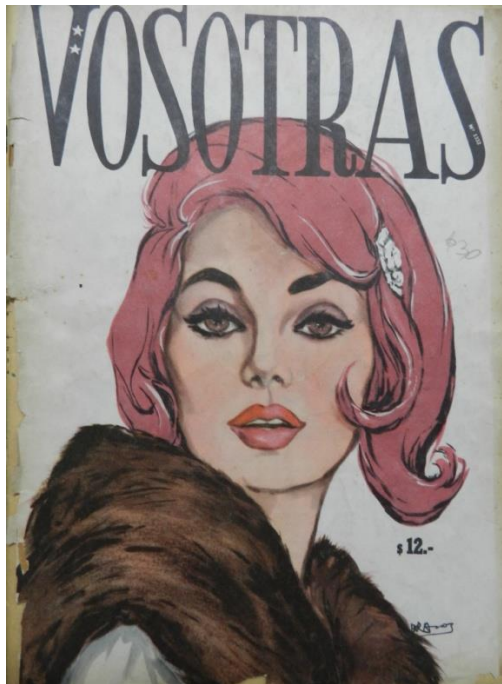


Figura 72: Portada *Vosotras* 1961.

Dentro del rostro, la boca revestía un papel protagónico en la puesta en escena de la seducción. Definida como zona erógena, se cristalizaba tanto en las imágenes como en los textos como punto nodal del sentido erótico:

“... hoy su belleza tenía una cautivante tentación en sus labios, el insinuante encanto de *Tangee* estaba entre ella y el amor... Porque *Tangee* pone en los labios sugestiva suavidad, un exquisito perfume y atrevidos tonos que dan el matiz exacto para transformar a la mujer en belleza” (“¡Oh!...¡Es ella!” Publicidad *Tangee*, *Maribel* s/n, 1964: 23).



Figura 73: “¡Oh!...¡Es ella!”, Publicidad *Tangee*, *Maribel*, 1964.

La boca resaltada indicaba la posibilidad del beso, el contacto de los labios:

“-Desgraciadamente, no disponemos más que de un solo vaso, dijo mostrando un cubilete plegable de plata. De modo que tendremos que beber los dos en él.

Olga asintió con la cabeza.

-Dése prisa en comenzar, Gastón –añadió-. De lo contrario no le quedará nada que llevarse a la boca.

El joven enrojeció de placer. Era la primera vez que le había llamado Gastón a secas. Su mano tembló al verter un poco de sidra en el vaso. Con un gracioso mohín, Olga acercó sus labios al recipiente de plata.

-Al beber después de usted voy a descubrir sus secretos, -dijo Gastón” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N°1461, 14/02/61: 22).

Junto al desarrollo de la cosmética, el atractivo se ubicaba también en los ojos, o, más bien, la mirada seductora. Los delineadores prometían convertir los ojos femeninos en ‘atractivos y fascinantes’.



Figura 74: “Sus ojos son... atractivos?”, Publicidad *Elizabeth Arden, Para Ti*, 1967.

La mostración de la piel en ciertas partes del cuerpo era una de las principales estrategias en el juego visual erótico del mostrar y el ocultar. El escote femenino era resaltado como un punto erótico corporal. Por ello, en caso de que el pecho de la lectora no se viera bien, la industria cosmética ofrecía cremas mágicas que prometían embellecerlo.



Figura 75: “La belleza de su busto”, Publicidad *Cremas Indígena Montenegro, Maribel*, 1964.



Figura 76: “Sta-up-top”, Publicidad *Warner's, Maribel*, 1960.

Las ilustraciones apostaban a desnudar alguna parte del cuerpo, de manera insinuante. Las fotografías también jugaban con la insinuación de la desnudez, haciendo foco en el torso o en la espalda.



Figura 77: “El pelo es el único vestido personal-natural de la mujer...”, Publicidad *Panten, Para Ti*, 1967.



Figura 78: “La verdad vestida...”, Publicidad *Singer, Para Ti*, 1969.
 La conjunción de la espalda desnuda y la sugerencia de un escote descubierto era una estrategia replicada en los anuncios, de alta carga erótica.

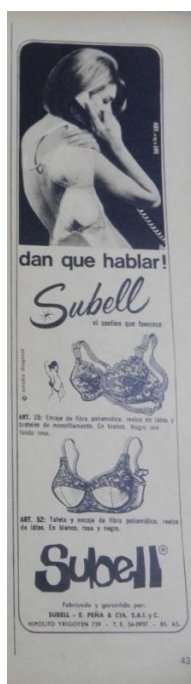


Figura 79: “Dan que hablar”, Publicidad *Subell, Femirama*, 1967.

El juego erótico entre la desnudez y la inocencia era una estrategia repetida. Podía observarse en publicidades de jabones o de bronceadores que abonaban la nueva importancia otorgada al bronceado y al estilo veraniego.



Figura 80: “Jabón de tocador”, Publicidad *Prosan*, *Femirama*, 1966.



Figura 81: “Diviértase al sol sin temor...”, Publicidad *Coppertone*, *Para Ti*, 1968.

El torso también se desnudaba promocionando el bronceado, las bikinis y el abdomen plano.

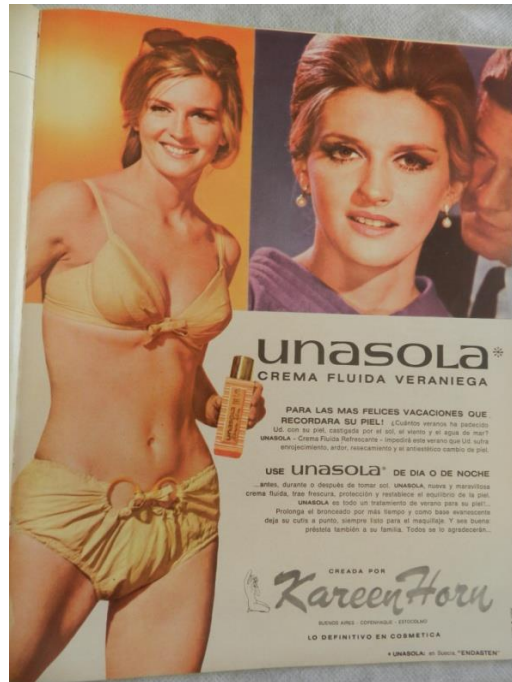


Figura 82: “Crema fluida y veraniega”, Publicidad *Kareen Horn*, *Femirama*, 1969.

Con la moda de las minifaldas, las piernas también se exhibían. El uso de faldas cortas y botas altas ponían el foco en ellas, mostrándolas y ocultándolas al mismo tiempo.



Figura 83: “Llaman la atención”, Publicidad *Medias Evelina*, *Maribel*, 1962.



Figura 84: “Botas anchas”, Publicidad *Good Year*, 1968.

Con todos estos detalles de la moda que realizaban eróticamente ciertas partes del cuerpo, la seducción se complejizaba y se sofisticaba. Mientras tanto, la ceremonia de la seducción iba cambiando, sus tareas eran asumidas tanto por varones como por mujeres. Las figuraciones de la seducción femenina contaban con prototipos corporales. Entre los estereotipos seductores se encontraban el ama de casa cada vez más erotizada, la joven rebelde, la *playmate*, la glamorosa, la misteriosa o la peligrosa, hasta la diva escandalosa. Las revistas femeninas los proponían y ofrecían así parámetros para las jóvenes, interesadas en ser populares o atractivas para conseguir gustar a los chicos (Friedan, 2009).

El próximo capítulo analiza la construcción de figuraciones corporales seductoras tanto femeninas como masculinas, bajo la hipótesis del mandato a la erotización del género femenino en la época, pero también la construcción erótica de lo masculino que realizaban las revistas femeninas a través de los íconos sexuales en boga durante la década.

CAPÍTULO VIII

FIGURACIONES CORPORALES ERÓTICAS

“La liberación de las costumbres ha favorecido, pues, la emancipación de las mujeres, los cuerpos circulan más fácilmente, bajo reserva de ser ‘deseables’”
(Bruckner, 2011: 36).

1. Erotismo doméstico

La seducción iba ganando terreno en el ámbito doméstico y también se iba tornando un deber, tanto para ellas como para ellos. Con el tiempo, nadie estaría exento del deber de gustar, incluso después de veinte años de matrimonio.

Las revistas femeninas enseñaban que dentro de la vida doméstica, el ama de casa podía enfatizar su *glamour* y estar perfectamente maquillada mientras pasaba la lustra-aspiradora. La mujer doméstica, identificada con la condición de hija, esposa o madre, era un agente anónimo de resexualización que participaba de una resignificación erótica de la vida cotidiana. En esta órbita, la joven esposa era uno de los personajes más típicos, prototipo de las chicas jóvenes y lindas, que podían ser seductoras, pero que ya no tenían necesidad de serlo todo el tiempo porque ya habían cumplido su objetivo en la vida: se habían casado por amor y quizás ya estaban realizadas a través de la maternidad.

Una mirada antierótica sobre la maternidad imponía que hasta una *femme fatale*, al convertirse en madre, debía perder a menos en parte sus encantos seductores. Caso contrario, se la condenaba:

“Así era la Claudia Cardinale que empezó a sofisticarse cuando, una vez que había tenido su hijo en Londres, decidió que el dinero y la fama podían llenar más su vida que el amor de su hijo” (“Claudia Cardinale: la mujer que no supo interpretar su mejor papel: el de madre”, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67: 6).



Figura 85: “Claudia Cardinale: la mujer que no supo interpretar su mejor papel: el de madre”, *Para Ti*, 1967.

Un estilo de encuesta muy difundido en las revistas de época preguntaba a diversas celebridades masculinas cómo debía ser la esposa perfecta. Entre las respuestas repetidas se encontraban: ‘muy femenina’; ‘tendrá que estar siempre a mi lado’; ‘bonita’, ‘sencilla y afectuosa’, ‘amistosa con la gente y no engreída’, ‘fuerte, paciente e inteligente’; ‘tranquila y dulce’ (“Cómo debe ser la esposa perfecta”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 78-79).

La pregunta acerca de qué mujer querían los hombres se respondía mediante una serie de cualidades femeninas a la carta que ponía en palabras los deseos masculinos.

Mientras una actriz afirmaba que: “Los hombres las prefieren simpáticas” (*Para Ti*, N° 2400, 08/07/68: 52), revalorizando la actitud por sobre la belleza, se repetía que, además de las cualidades físicas-corporales, eran necesarias la “...ternura, amor, comprensión, apoyo y debilidad al mismo tiempo” (“Los argentinos opinan sobre su mujer ideal”, *Femirama*, N° Especial Navidad, 12/67: 50).

El escritor Ernesto Sábato, cuya descripción por parte de la revista no dejaba de nombrar que era “Casado. Con hijos”, respondía desde un discurso maternalista, basado en la fragilidad de la mujer:

“-Fuerte y tierna para que nos ayude a enfrentar y vencer las duras vicisitudes de la vida, con esa potencia materna que la auténtica mujer tiene siempre latente no sólo para sus hijos, sino para ese primer y último hijo que es su compañero. Y, paradójicamente, con esa *indefensidad*³² que en otros momentos de la existencia la hace necesitar el apoyo y la fuerza de su hombre. En suma, esa alternativa capacidad de fortaleza y debilidad que nos ayuda a sobrevivir en la adversidad y a protegerla en sus momentos de desamparo. Y sensible, inteligente, sutil, comprensiva. Capaz de comprender que los hombres somos en buena medida como los niños: disparatados, fantásticos, exploradores, huidizos, aventureros. ¿Es mucho pedir? No, si se tiene presente que nos preguntan por la mujer ideal” (: 51).

Otros encuestados –empresarios, periodistas, médicos- respondían que esperaban de ella ‘una belleza ‘tranquila’’, no demasiado bonita, pero que ‘sepa escuchar y aconsejar’, que ‘sea capaz de ser compañía y necesite además compañía’, ‘que ayude a resolver problemas y no agregue a los mismos, otros nuevos’, ‘que no se estanque y suba con nosotros integralmente’, y que: “Lo demás lo completará el hombre” (: 52).

Se reclamaba a la mujer doméstica una ‘ternura inmensa’, pero a la vez ‘una dosis suficiente de pasión por la vida misma’. Se reiteraba su posición como complemento y acompañamiento en los derroteros más aventureros reservados para los varones: “La mujer de hoy es la promotora N° 1 de su marido, si se aplica con inteligencia a la tarea [...] La veo ‘en función de...’. Como siempre que hay que ver a la mujer” (: 52). A “La mujer ideal la hallamos en aquellas que fueron suaves imágenes al lado de grandes hombres” (: 55), sostenía un neurocirujano; y agregaba: “...la naturaleza ha reservado para ella el dominio de la afectividad, con la que domina la inteligencia y la voluntad, poniendo estos tres gigantes del alma al servicio del amor y del bien” (: 55). Se cubría de inocencia a la mujer doméstica y se le demandaba que esté al servicio del varón burgués moderno, cuya aspiración era tener una ‘mujer-secretaria’:

“¿Cómo es la mujer ideal? [...]: compañera, comprensiva, madre cariñosa y preocupada por sus hijos, hacendosa, etc. Pero es verdad también que la vida moderna, y en especial profesiones como la mía –que nos obligan a viajar con frecuencia y estar alejados del hogar por muchos días-imponen un nuevo tipo de mujer. La ‘mujer ideal’ de nuestros días debe también saber desenvolverse en toda circunstancia y en tareas que no hace mucho no le eran propias o parecían reservadas al marido. Es decir, que además de las virtudes exclusivamente domésticas nuestra mujer ideal, muchas veces, tiene que hacerse tiempo para atender negocios y actuar un poco como secretaria. Por eso esta ‘mujer-secretaria’ de nuestros días debe reunir otras cualidades y un tipo de inteligencia que quizás nuestras madres o abuelas no necesitaron” (: 55).

³² Se trata de una cita textual.

No obstante, se marcaba que la inteligencia de la mujer no debía superar la del varón:

“Las muy inteligentes son peligrosas; las tontas, hartantes. Inteligencia sí, pero no superlativa. Inteligencia para saber interpretar, comprender, aconsejar con criterio pero sin suficiencia. La necesaria para saber demostrar que ‘no es más’, aunque lo sea. Compañera, amiga, comprensiva y consejera cuando se recurra a ella. ¿Culta? Sí, muy culta y educada sin hacer ostentación de sus conocimientos. Agradable para uno y para los demás. La mujer debe ser algo así como la jefa de relaciones públicas del hogar. Coqueta también. Es uno de los atributos femeninos” (: 53).

Era mejor que la mujer soñada hablara poco y no mostrara un desarrollo intelectual demasiado grande que empañara al varón (: 54). Esto demostraba que muchos varones temían a las mujeres independientes y determinadas, aun entre los más esclarecidos que celebraban su inteligencia y el brillo de sus argumentaciones. La historiadora supone que un registro seguramente bastante repetido era enamorarse de una muchacha de genio y vivacidad, pero casarse con otra que daba más garantías de seguir el molde clásico del acatamiento.

En relación a la apariencia, la mujer ideal se componía al modo de un bricolaje, o, más bien, un pastiche:

“... una espléndida combinación formada por las piernas de Miss Mundo, el color de los ojos de Liz Taylor (dicen que son violetas, como las violetas), el busto de Sofía Loren o Claudia Cardinale, toda la concentrada tentación diabólico-angélica de Brigitte Bardot, los pies de alguna japonesita (cualquiera) y ya en el toque final de esta enumeración espiritual, la necesaria manera de ser afín, nacional, entrañablemente nuestra (por sus gustos, los tangos, los atardeceres, el agua de colonia que use, las calles de Buenos Aires) de Chunchuna Villafañe o Mónica Mihanovich” (: 54).

No obstante, la encuesta daba lugar a discursos de corte feminista como el de Rodolfo Kuhn, director cinematográfico y de televisión -de filmes como ‘*Los jóvenes viejos*’, ‘*Pajarito Gomez*’, ‘*Noche Terrible*’-, quien recomendaba leer a Simone De Beauvoir:

“-Una ‘mujer ideal’ serviría para tener una ‘relación ideal’. No me interesa. Las mujeres reales son mucho más fascinantes. Permiten tener relaciones reales. Para esto hace falta desearse y tener una ‘amistad ideológica’ (véase Simone de Beauvoir). De estas dos cosas por ahí aparece una pareja no convencional donde nadie se someta al otro y donde se comparta una forma de vivir. Creo que esto cuesta trabajo pero vale la pena. Y no se puede hacer con la ‘mujer ideal’. Ésta forma parte de la imaginación adolescente o de la publicidad. O también de esa filosofía machista tan arraigada en Buenos Aires por la cual se idealiza a la mujer como un objeto frágil e inalcanzable. Y si por casualidad se la alcanza se la sigue

tratando así: como a un objeto de lujo. Yo quiero una mujer con la que pueda tener una relación a fondo, donde nos podamos cuestionar, donde podamos descubrir juntos el verdadero sentido de vivir, donde compartir sea realizarse. Y para eso tampoco sirve la ‘mujer ideal’” (: 53).

El tema obsesionaba a las revistas, cuyas notas aunaban ideales de género y nacionalismo: “-¿Cómo debe ser la mujer argentina?” (“Hoy se confiesa: Pablo Moret”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60: 70). Un galán del momento respondía:

“-Tal como es. Con ese tipo de criolla –y me señala una buena cantidad de preciosas mujeres que pasan por nuestro lado-, con esa picardía riente en sus ojos negros y ese garbo y distinción que le permite ser equiparada con las más hermosas mujeres del mundo. Sí, sí. Tal como es, está muy bien” (: 71).

Ese nacionalismo distinguía entre las mujeres de la capital con las del interior. Se decía que las ‘chicas del interior’ eran “más espontáneas, más cariñosas y mucho más amables” (: 71). Cuando se le preguntaba a este actor: “-¿Con ‘chicas’ de qué edad sale preferentemente?”; él respondía: “-No mayores de 18 años” (: 71); una afirmación que décadas más tarde, dada la importancia creciente de la división entre la adolescencia y la adultez, podría escandalizar a muchos, pues se trataba de menores de edad.

Del otro lado del espectro de la mujer doméstica comprensiva o de la adolescente inocente y cariñosa, se hallaban las *femmes fatales*, prototipos por excelencia de una erótica del peligro.

2. La *femme fatale* o la mujer como peligro

Temidas y deseadas, las mujeres fatales eran modernas y urbanas o salvajes. “Ellas les dan miedo, pero las aman igual”, dice la historiadora Michelle Perrot (2008: 31), afirmando que entre sus pliegues y sus piernas guardan armas de seducción.

En una mixtura entre Eros y Tánatos, la seducción que ejerce lo tanático se traduce en el vicio y las tentaciones, como prolegómenos del pecado que se asocia a este prototipo erótico de mujer. Como pecadora que induce al varón al camino del vicio y encarna sus pasiones, vuelve al sexo maligno. En este sentido, su imagen se acerca a la de la bruja, una tentación del demonio bajo la ideología religiosa cristiana:

“...las brujas tienen fama de montar a los hombres –algo que en la cristiandad es contrario a la posición considerada natural-, o de tomarlos desde atrás: en definitiva, de hacer el amor como no se debe” (Perrot, 2008: 84).

El juego también se asienta en la pretensión erótica de dominar a esta temible mujer cuya sexualidad parece no poder satisfacerse jamás. Implicaba la tentación de acercarse al peligro de una sexualidad desenfrenada encarnada en la imagen de la mujer sexualmente voraz.

La *femme fatale* coexistía en las revistas femeninas con las figuras de la pasividad femenina y tendía a erosionar la imagen de inocencia connatural de la mujer en el plano sexual. Descrita como fuerte, independiente, sin tutela masculina, era el opuesto de la esposa y madre casta, sumisa, dócil, amante de los relatos románticos. Encarnaba así un grave peligro y una amenaza por vivir fuera de los lazos sagrados del matrimonio.

En los '60, las mujeres para las cuales era posible vivir múltiples experiencias sexuales seguían conformando una minoría. Las mujeres que habían conquistado su independencia sexual constituían objetos de codicia y los discursos acerca de ellas ejercían una considerable fascinación que oscilaba probablemente entre los sueños de transgresión sin riesgo y la satisfacción de ver el delito castigado. En los relatos ficcionales o las narraciones de vidas de las famosas que eran íconos eróticos, el fantasma de la mujer rebelde era devuelto a su lugar y acababa consintiendo y aceptando el orden del mundo. Tal era el caso de Elisabeth Taylor, quien había logrado ser ‘domada’ por su marido, Richard Burton (“La mujer domada”, *Gente* Nº 83, 23/02/67: 8).

En medio de una cultura de la celebridad en desarrollo que suponía toda una serie de mecanismos de construcción de las figuras cinematográficas y televisivas, donde la fama iba pasando cada vez más a ser un producto y no el resultado de un talento, las mujeres de la farándula gozaban de otro rango de libertad permitida. Las escandalosas marcaban la diferencia en su desvío de la norma.

Las narraciones de sus vidas privadas formaban parte de la construcción de formas de la fama asociadas al sensacionalismo, es decir, el tratamiento mediático de temáticas ligadas a lo cotidiano, lo personal y lo íntimo, destacándose una fisura entre lo público, lo privado y lo íntimo. El periodismo se conectaba con una

estética melodramática acerca de la vida personal de las celebridades. Cuando una estrella aparecía en las revistas, nunca se la presentaba haciendo o disfrutando su trabajo como actriz, cantante o lo que fuere: "...a menos que al final hubiera pagado por ello perdiendo a su marido o a su hijo, o admitiendo de alguna otra manera su fracaso como mujer", alegaba Betty Friedan (2009: 91), quien se había desempeñado como periodista.

La figura de la diva, encarnada en nuevos íconos que importaba el *star system* estadounidense y europeo, era la de una provocadora, también denominada '*vamp*'. En el país, el sistema de estrellas con 'la criollización del *glamour* hollywoodense' (Varela, 2010) permitía dosis de desenfado y transgresión a algunas divas sexuales como Libertad Leblanc. Pero entonces, cuando las revistas deseaban hablar de escándalos eróticos, preferían a las celebridades extranjeras, alejando a las transgresiones del territorio nacional.

En primer plano se ubicaba Brigitte Bardot o 'B.B.', como la denominaban sintéticamente –no casualmente era 'bebé', un vocablo que se utiliza como piropo-. Bardot no era una modelo tradicional, tenía más de 30 años, había pasado por varios matrimonios y amantes:

"Brigitte Bardot, ese monstruo rubio, fascinante, arbitrario, acabó de archivar su penúltimo romance, Gunther Sachs, para lanzar al mundo otro desafío: el de su futuro matrimonio con Luigi Rizzi, un italiano 8 años menor que ella y dueño de la fábrica de los Rolls Royce. Este es el último, pero no el definitivo, así al menos lo prueba esta galería de romances" ("Brigitte Bardot: Pasarán más de mil hombres, muchos más", *Gente* N° 160, 15/08/68: 16).

Su belleza erótica era fascinante, monstruosa, caracterizada por "... ese egoísmo que convirtió a B.B. en una especie de animal intuitivo, sensorial, repleta de descontroles y dueña de todo lo que deseaba. Eso modeló su carácter frívolo y fascinante" (: 17). A diferencia de un donjuán, no era sólo una conquistadora; ella pasaba por múltiples romances y se casaba. Una revista de actualidad de la época como *Gente* adoraba publicar fotos de su pasado amoroso: "...la larga lista de nombres que Brigitte acopió a lo largo de sus recientes 32 años" (: 17). Los triángulos amorosos, los romances cortos de "...la N° 1 de las estrellas sexys del mundo" (: 17) eran temas privilegiados. Bardot era juzgada y amada a la vez, perseguida a través de sus historias amorosas.



Figura 86: “Brigitte Bardot: Pasarán más de mil hombres, muchos más”, *Gente*, 1968.

La rivalidad femenina era un tópico valorizado para el caso de las celebridades. El periodismo sensacionalista de la época había construido una disputa entre Bardot y Catherine Deneuve, ‘superestrella de Francia’, “...la número dos en popularidad después de Brigitte Bardot, su eterna rival en el cine, y también como ella lanzada –a la fama y al amor- por Roger Vadim” (“Catherine Deneuve, operación sonrisa en Hollywood”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 41).

Deneuve era descrita como “...una mujer de gran temple tras su frágil apariencia” (: 41), “...rostro de mirada triste y su fascinante modestia” (: 43). A diferencia de Bardot, se decía que no tenía: “Nada de caprichos ni de desplantes de ‘vedettes’” (: 43). Las imágenes la mostraban sobria, hacían foco en su rostro de mirada penetrante y sus cabellos claros.



Figura 87: “Catherine Deneuve, operación sonrisa en *Hollywood*”, *Femirama*, 1969.

Los críticos la denostaban por su belleza sin talento: “Ella también pone la cara y chau” (“¡Delon... Delon... qué lindo sos!”, *Gente* N°217, 18/09/69: 86)³³. Pero al mismo tiempo valoraban su faz enigmática y por ello mismo, erótica: “La Catherine no es una gran actriz, pero es otra tipa misteriosa, enigmática, indescifrable” (: 86).

Al mismo tiempo se promocionaban otras famosas bellezas del cine norteamericano como Jane Fonda y Raquel Welch. “La turbulenta vida de Jane Fonda” era publicada por *Maribel* (s/n, 1964: 42-43), con una imagen a doble página de la diva recostada boca abajo en una cama, su torso desnudo y su rostro con el característico maquillaje de la época: ojos y pestañas muy delineadas y una boca roja.

³³ El análisis de esta nota sobre Alain Delon se amplía en el próximo apartado.

palabras que elegía la revista *Gente* (Nº190, 13/03/69: 66) para definirla, al tiempo que mostraba fotografías de la actriz blonda de larguísimas piernas, de frente y de cuerpo entero: “La más alta, la más bella, la más todo” (: 66); con su rostro de ojos fuertemente delineados:

“Tiene la cintura al aire. El pantalón caído sobre la cadera. El escote amplio enredado entre cadenas. Y cadenas sobre la camisa de mangas largas, violetas y sobre la cintura. *Verushka* camina como *Verushka*. Como una reina normanda. Los fotógrafos se inclinan a su lado, la rodean [...] mujer agresiva, felina, casi brutal, que se contorsiona en las fotografías del ‘*Vogue*’. No parece a pesar de todo la misma mujer-pantera de la secuencia de ‘*Blow-up*’. Aunque tenga exactamente la misma cara o la misma figura. Cuando el flash no la bombardea tiene la expresión dulce y un aire juvenil. Casi parecería ser más joven” (: 69).

La ambigüedad entre la mujer fatal y la niña tímida aunaba dos imágenes eróticas en una. Una fotografía la mostraba tirada en el piso, con sus brazos abiertos y un fotógrafo encima de ella, tal como en la famosa escena del filme. Pero se cuidaba de distinguir el erotismo de lo vulgar: “Su natural aristocracia –es condesa Von Lehndorff- le permitía las poses más arriesgadas sin caer en la vulgaridad” (: 69). La aristocracia aparecía como naturaleza pero a la vez como pose: “Vestirse ‘a lo *Verushka*’ parece residir en una misteriosa dosificación de exotismo, agresividad y desnudez” (: 69). A propósito de su estatura, la fascinación erótica se relacionaba a lo monstruoso:

“-Creo que todo fue difícil para mí desde el comienzo. Tal vez desde el día que nací, cuando horrorizó a mis padres ese inmenso bebé desproporcionado. Tan feo y tan largo. Que además no se compuso nunca, porque pareció seguir creciendo para siempre... siempre...” (: 70).

La revista *Gente* gustaba de disociar irónicamente el talento de la imagen erótica femenina e inscribir a la muchacha en el sistema patriarcal: quién era su padre y su marido:

“Es hija de un pastor berlinés y está casada con un periodista de Hollywood que – antes de conocerla- llevaba en su haber más de 5.000 entrevistas, pero luego del matrimonio parece ser que se quedó más tiempo en casa, ya que disminuyó notablemente su ritmo de trabajo, nadie sabe por qué” (“Yo no soy Cassius Clay’, *Gente* Nº 74, 22/12/66: 41).

A menudo se hablaba de la fragilidad interior de esas mujeres devoradoras ‘por fuera’, finalmente domadas por algún novio o marido:

“...Elke aseguró que ‘si mi marido me dejase estaría perdida, completamente perdida’. Por supuesto que el marido ni piensa en ese tipo de bromas y ocupa su tiempo en escribir un libro sobre la vida de los artistas. A este libro le dedica todo

lo que en el día le queda libre, después de atender gustosamente a Elke. Es decir, 17 minutos [...] el afortunado marido la define como ‘un coctel de pólvora y jalea de frutillas con el que me desayuno cada mañana’. Elke, por su parte, afirma que ‘soy totalmente insegura’, cosa que muy pocos creen, pero nadie se atreve a desmentirla. Dice, además, que lo peor que le podría pasar en su carrera sería meterse demasiado en el personaje que representa para el público. Es decir, envanecerse” (: 41).

La ‘mística de la feminidad’ (Friedan, 2009) se imponía incluso para los íconos femeninos transgresores, conteniendo su voracidad sexual. A Elisabeth Taylor, se la presentaba primeramente como una mujer fuerte, desinhibida, decidida:

“Liz era un fenómeno apasionante que ningún escritor hubiera osado inventar: Elisabeth Taylor. Trabajó desde los once años. Se casó cinco veces. Triunfó de las enfermedades, las campañas envenenadas en su contra. Filmó treinta y cuatro películas. Dominó a los tiránicos productores. Impuso su voluntad imperiosamente.” (“La mujer domada”, *Gente* N°83, 23/02/67: 8)

Pero, felizmente, hasta ella había sido sometida:

“Tiene ahora treinta y cinco años y siente la dulce felicidad de inclinarse sumisa, doblegada a la voluntad de Richard Burton, cuyo nombre tiene siempre en los labios, cuyas decisiones son para ella inapelables y que abrió en su vida los anchos y nuevos horizontes de un amor en el cual ella se siente integrada con lo mejor de su femineidad [...] Contenta de doblegarse. Es una fierecilla domada. Y ha sido ésta una de las cosas más lindas que jamás haya visto” (: 8).

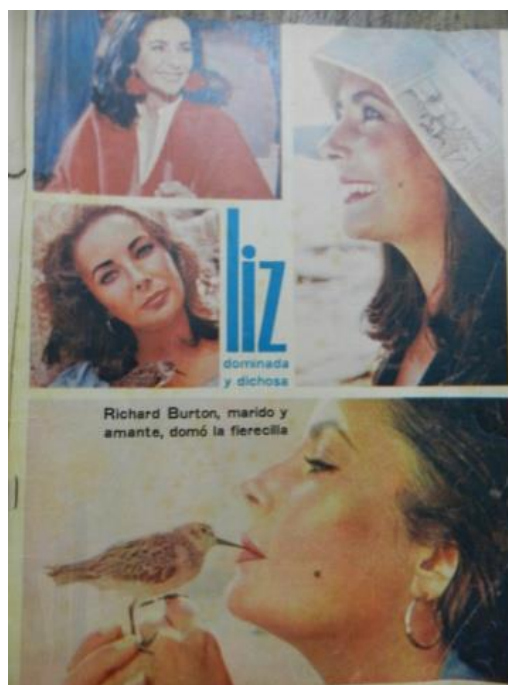


Figura 89: “Liz Taylor. Dominada y dichosa”, *Maribel*, 1965.

El mundo femenino podía quedarse tranquilo, estaba a salvo si una mujer como Liz Taylor había sido domada: "...he vivido años de capricho en capricho, ahora me encanta descubrir e incluso manifestar que es él quien decide, quien domina" ("Liz Taylor. Dominada y dichosa", *Maribel* N° 1681, 08/06/65: 3). La novela de amor, finalmente, triunfaba:

"Es la Gran Leyenda, una fábula, una novela. La bellísima muchacha que se hace grande y se casa con el príncipe encantador. Y que, como estamos en los tiempos modernos, se casa con varios príncipes. Y vive feliz con cada uno (al comienzo) y luego se siente desgraciada. La muchacha fabulosa que, además, triunfa de todas las enfermedades, vence a la propaganda adversa, supera los papeles equivocados y a los tiránicos dueños de los estudios. Siempre bella, siempre fuerte, siempre triunfadora. Que ha encontrado al verdadero príncipe. Tal vez para siempre" ("La mujer domada", *Gente* N°83, 23/02/67: 9).

El cuento del príncipe azul seguía vigente, aunque actualizado: los príncipes podían ser varios y las historias de amor no eternas. Taylor, casada, domada, entraba en la órbita de las mujeres virtuosas: "Se imaginan a Liz una mujer fatal. Es un ama de casa, tranquila sentimentalmente. Las 'fatales' tienen un ejército secreto de amantes. Liz se casó con los hombres que amó" (: 9). La mujer fatal se fusionaba con la inocencia requerida para la doméstica. Pero entonces, por el camino inverso, las domésticas se iban uniendo cada vez más a las filas de las provocadoras.

El temido encanto femenino reunía dos modelos: el de la adolescente inocente y el de la incitadora, la juventud y la experiencia. Las que sabían usar ambos prototipos a su antojo eran definidas como coquetas, que tejían estrategias para manejar a sus enamorados o para atraerlos con el fin de rechazarlos. En esta área, el poder femenino se unía a la seducción entendida como manipulación:

"Ahí es donde se oculta la gran reserva del poder femenino. Las mujeres no extraen su fuerza del talento [...] las mujeres saben que el mejor proceder para atraerlos y convertirlos en instrumento de sus designios es, precisamente, el hacer valer su femineidad" ("La mujer 1963", *Maribel* N° 1573, 23/04/63: 50).

Frente al peligro de los encantos femeninos, con mujeres coquetas que se permitían cambiar de pareja con un brío que parecía reservado al donjuanismo (Lo Duca, 2000), los varones no eran los seductores sino los seducidos. Pero entonces, la seducción masculina también se renovaba en los '60, sofisticándose y a la vez tecnicizándose a través de los nuevos *playboys*, *dandis* y galanes de todo tipo: jóvenes, maduros, rebeldes o más tradicionales.

3. Seducción masculina

En las revistas femeninas, la seducción masculina contaba con sus prototipos. Caracterizados por sus actitudes, sus poses, su relación con las mujeres, entre ellos se encontraban: el rebelde, el maduro seductor, el aniñado, los donjuanes y *casanovas* y su versión actualizada: el *playboy*. Sin embargo, ninguno logró monopolizar el concepto de belleza masculina, que, como el femenino, también sufrió modulaciones.

Hasta mediados del siglo XX, el ideal masculino había exigido asumir una posición viril activa y dominante en la seducción del sexo femenino (Cosse, 2010), que jugaba más bien un rol pasivo y defensivo, aun cuando cediera a las propuestas de él. La masculinidad viril suponía manifestaciones de la virilidad que la enaltecían y se situaban en la lógica de la proeza o la hazaña (Bourdieu, 1999). Las imágenes de la valentía masculina estaban compuestas de toda una serie de personajes fuertes y se manifestaban en valores asociados al liderazgo y la fortaleza.

La virilidad suponía un tipo de deseo sexual masculino que se presentaba como algo intrínseco, incontrolable y fácilmente excitable mediante cualquier demostración de deseo y sexualidad femenina (Vance, 1989). El varón era comprendido como portador de impulsos sexuales que una vez desatados podían ser irrefrenables, lo cual era complementado por la imagen de la mujer perturbadora del control y causante de esos ‘instintos’ (Lenarduzzi, 2012).

El macho viril era dominante, protector, envolvente se publicitaba: “Ellas sienten latir al hombre en el Playthompson” imponía el anuncio de una publicidad de trajes masculinos, que se presentaban como aptos “para las cuatro temporadas del amor” (“Ellas sienten latir al hombre en el Playthompson”, *Gente* N°217, 18/09/69: 23). La ilustración mostraba a una blonda de largas uñas con el saco sobre sus hombros de un varón que se hallaba detrás de ella, acomodándose su corbata:

“Ellas aman sentir sobre sus hombros desnudos, el eléctrico tacto, el cariño envolvente de su tela que late.

Ellas sienten un clima de fuerza varonil en el interior de susurrante seda, de este traje pura alma. Haga la prueba, cúbrala con su saco. Usted sentirá que la toca. Ella sabrá que Ud. la abarca y, protectoramente, la domina” (: 23).



Figura 90: “Ellas sienten latir al hombre en el *Playthompson*”, *Gente*, 1969.

Pero entonces, durante la década el ideal viril también estaba mutando. Mientras en años anteriores cabía esperar que un hombre se casara y mantuviera a una mujer –como varón proveedor y reproductivo- y quien no lo hiciera así era considerado sospechoso, en determinado momento, los hombres se hicieron más prudentes respecto a asumir las cargas matrimoniales. La figura masculina nacional del guapo ya no se estilaba:

“La guapeza, entendida como documento de hombría, ya no se estila. El guapo de hoy, si existe, ya no se estila. El guapo de hoy, si existe, asume otras particularidades, de postura, de procedimientos y de ambiente” (“Guapos”, *Gente* N° 89, 06/04/67: 32).

El ‘auténtico’ guapo ‘legendario’, caracterizado por ‘la bravura’, ‘el coraje’ –lo que luego se llamaría como violencia de género- sólo permanecía ‘en la memoria del vecino más viejo de cualquier suburbio’ o yacía ‘arrinconado en la letra de algún tango’, en anécdotas como:

“... cuando enardecido discutía con su concubina de turno se armaba de un martillo y hacía trizas todos los espejos de los muebles del dormitorio. Después los mandaba a reponer hasta la próxima divergencia [...] asentaba su prestigio de implacable déspota acomodándole a su cónyuge una ‘marimba’ cotidiana. Cuando la martirizada falleció se hizo presente en el velorio luciendo al cuello un pañuelo de color rojo insolente” (: 32).

El guapo como varón violento legitimado décadas atrás ya no tenía adeptos. Sin embargo un tipo de belleza explícitamente viril, “una idea más clásica del ser

masculino” (Pujol, 2002: 221) sobrevivió. En ese espectro resaltaban las figuras que componían los galanes románticos.

3.1 Galanes románticos

Las imágenes de los galanes debían bastar a las figuras de los conquistadores de tiempos atrás: el donjuán y el Casanova. Definidos como seductores románticos eran sujetos que padecían una fijación erótica: cada nueva mujer despertaba en ellos la promesa de satisfacción más plena que nunca llegaría (Lo Duca, 2000 [1965]).

Con una pasión amorosa pasajera e intermitente, eran expertos en la astucia de despertar el deseo femenino; pero además, como varones, debían inhibir su vulnerabilidad. Eran maestros en la retórica del amor romántico.

El donjuán no era discreto con su inmensa erotización de la vida, todo lo contrario. Y el *casanova* se había consagrado al placer de la desfloración femenina, reafirmando con su transgresión el culto de la virginidad como base moral de la burguesía.

Pero entonces, el siglo XX fue testigo de la construcción de otros estilos de galanes legendarios. En la década del '20, uno de ellos fue Rodolfo Valentino, el actor “...más famoso de la historia del cine, el mejor pagado, el más amado y deseado por una legión de admiradoras” (“Rodolfo Valentino”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 141). Su ‘azarosa y apasionante existencia’ lo había convertido en un ‘mito’, que no casualmente en los '60 se actualizaba a través de un filme protagonizado por el también famoso y popular actor italiano Marcello Mastroianni.

Valentino era descripto como “...un hombre inteligente, educado, de buena familia y sumamente astuto’, un ‘muchacho alto, esbelto, sano’, de “sugestiva fascinación en la mirada” (: 146). Lo más sorprendente que este hombre había hecho era: “...enloquecer a miles de mujeres por su prestancia y por su mirada fascinante” (: 140). Una de sus cualidades más apreciadas era la horda de fanáticas:

“Las mujeres comienzan a enloquecer por él, le escriben millares de cartas por día, lloran y se exaltan viéndolo en la pantalla en el papel de ‘*sheik*’ que se bate y es herido por una joven blanca. ‘*Sheik*’ se convierte en una palabra de moda. De un hombre se dice que es ‘*sheik*’ o que no lo es, los muchachos llevan el cabello a lo ‘*sheik*’, se populariza un *fox-trot* que se llama ‘El *sheik*’. Sentado en un trono de mil doscientos cincuenta dólares por semana, Rodolfo Valentino asiste a su apoteosis” (: 144).

Cuando en los años veinte, el cine era aún una novedad sensacional, se convirtió en “...el hombre ideal para millones de mujeres” (:140). Tal fue la fascinación que ejerció que “...algunas, ante la noticia de su muerte, se suicidaron...” (: 140).

Construido como divo y como leyenda en una nota de *Femirama* a él dedicada, se aclaraba que nunca había sido pobre, pues la solvencia económica era muy importante para el rol de seductor:

“Antes de convertirse en Rodolfo Valentino, Rodolfo Guglielmi pertenecía a una familia burguesa. Era meridional, pero rico; había estudiado, se había recibido y había tenido una vida brillante en París y en la Costa Azul [...]. Por lo tanto no es verdad que fuese un pobretón” (: 140).

Se lo describía como bello pero también inteligente, sensible, voluntarioso. Pero lo más importante en la edificación de su estatus era el relato de sus romances. Su anecdotario amoroso era casi cinematográfico. Se narraban sus *affaires*, con jovencitas o con mujeres mayores, como una noble inglesa, ‘dama de cierta edad pero aún atractiva’:

“Durante una semana *lady* Barrimore y Rodolfo viven una especie de luna de miel en el gran Hotel *Excelsior*. Ella exhibe a Rodolfo como un objeto de su propiedad, un brillante, un collar. Lo presenta a sus amigos, diciendo:
-Miren, qué buen mozo. ‘*Very exciting*’, ¿no?
Rodolfo la deja hacer, pues la atmósfera lujosa del gran mundo lo embriaga. Sin embargo, pronto se aburre de la comedia. Deja una nota al portero del hotel y parte a Castellaneta. La fugaz aventura con la noble inglesa dejará huellas profundas en el joven meridional” (: 141).

Sus juegos de seducción implicaban al romance como valor. Él mismo lo admitía:

“...sin duda mi éxito se lo debo a esto: a que yo apporto un elemento novelesco y romántico a la terrible mecanización que aflige a la vida de hoy, la vida de todos. Sí, créanme. Yo apporto un poco de romance a la realidad, y por eso me quieren” (:148).

Su figura podía ser asociada a la del hedonista parisino, de corte aristocrático, a diferencia del modelo hedonista burgués que se impondría en los ’60: “Rodolfo Guglielmi es un muchacho provinciano al que París colma de satisfacciones y de emociones. El dinero se va en caballos, champaña y hermosas mujeres” (:142). Se decía que brillaba por ‘sus excepcionales exhibiciones de bailarín’, que era un

aficionado pero con la perfección de un profesional: “Cuando después atraviesa la sala moviéndose al ritmo del tango, las mujeres sólo tienen miradas para él” (: 142). Mientras que el tango tenía su momento de fama como baile sensual, A Valentino se lo caracterizaba como ‘gigoló’, abocado a la tarea de seducir a las damas:

“Elegantísimo, engominado, lanzando miradas lánguidas y sonrisas de propaganda de dentífrico, se inclina con mucha distinción para invitar a las señoras. Rodolfo gusta. Más de una bella y rica dama de la alta sociedad va al Bustanoby por él” (: 143).

El divo hasta había cumplido, en su vida ‘real’, el estereotípico rol erótico del jardinero que seducía a la esposa de su empleador: “Rodolfo fue despedido cuando el señor Bliss cuando éste se dio cuenta de que el bello jardinero, además de cultivar sus terrenos, se ocupaba asiduamente de su mujer” (: 143).

Su mito se construía como el de un varón capaz de seducir y enamorar instantáneamente a una mujer: “... bailó con Rodolfo, comió con él, se enamoró y le propuso que la siguiera a Hollywood” (: 144). Así, el divo se tornaba un peligro tanto para las mujeres como para el resto de la masculinidad.

Sus historias conyugales abonaban el mito transgresor: fracasos matrimoniales, acusación de bigamia, divorcios y múltiples peripecias amorosas que eran seguidas por la prensa. No obstante, el actor decía querer una mujer de estilo doméstico y reproductivo: “-Yo no me casé para tener una socia, una directora artística o técnica, sino para tener una mujer que no me diera guiones o argumentos, sino hijos. Eso es lo que pretendo” (: 146).

Pero entonces, su masculinidad amenazante pasó a ser amenazada por una aparente feminización: “Se murmuraban extrañas historias que ponían en duda sus facultades masculinas” (: 145). El periódico ‘*Chicago Tribune*’ en 1926 lo había acusado de utilizar cosméticos, pomadas, incluso el lápiz para labios y ojos: “Sin duda alguna estos refinamientos se los debemos a ‘hombres’ como Valentino, ese monigote que no se atreve a dar dos pasos sin usar la pinza para las cejas” (: 146). Aparentemente, apabullado por aquella acusación, Valentino había muerto muy angustiado.

No obstante, en los ’60, la revalorización del estilo gigoló o donjuán heterosexual implicaba a varones que se entregaban cada vez más a las fauces de la cosmetología, las peluquerías y la moda y el estilo unisex. En la década se iba

acentuando la idea de que la masculinidad no estaba en los bíceps ni en los métodos tradicionales de seducción: “Así como el busto dejó de ser condición *sine qua non* para la belleza femenina, los hombres (preferentemente los actores, claro) pudieron ser atractivos sin hacer pesas” (Pujol, 2002: 221).

La masculinidad se encontraba en un brete ante las nuevas reglas en los juegos de seducción, donde las mujeres comenzaban a estar más dispuestas a vivir su sexualidad:

“Son seductores, sí, en la medida en que están preocupados —sobre todo— con la conquista sexual y con el ejercicio del poder. ¿Pero qué premio ofrece una victoria cuando la victoria es tan sencilla? ¿Qué se puede saborear aquí cuando el otro no sólo consiente sino quizás busca la experiencia sexual de forma igualmente impaciente? [...] la afirmación del poder en la seducción, allí donde las mujeres son vencidas o se las mata simbólicamente, podría parecer superficialmente de lo más desafiante, cuando el individuo se enfrenta con alguien que afirma su igualdad frente a él” (Giddens, 1998: 53).

Los problemas de la masculinidad que habían estado ocultos, como las necesidades de expresión sexual femeninas (Giddens, 1998), comenzaban a tener presencia discursiva. Los privilegios masculinos no dejaban de ser una trampa y encontraban su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que imponían en cada varón el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad (Bourdieu, 1999).

El humor de la época ironizaba acerca de las limitaciones y contradicciones de estos cambios culturales, al convertir en objeto de risa los límites del estilo de mujer liberada o de los maridos incapaces de manejar a las esposas. La ironía partía de concebir natural y deseable el dominio del varón sobre su mujer, interpelando al lector mediante guiños de complicidad masculina:

“No resulta casual que la reafirmación de la virilidad mediante la conquista fuese simultánea a los nuevos temores que despertaba la legitimación de la satisfacción sexual femenina. Ello reconfiguraba la percepción de la virilidad, que pasó a medirse no sólo por la capacidad de conquista sino también por la habilidad de satisfacer sexualmente a la pareja. Esto hizo público, de un modo inédito, la inquietud ante la imposibilidad de lograrlo” (Cosse, 2010: 109).

Se decía que la masculinidad estaba amenazada por una cierta feminización y

que su edad dorada se hallaba en caída. Por un lado, las figuras de los *beatniks* y los *hippies*, con su prédica del abandono material, ponían en tela de juicio la imagen del varón convencional, trabajador. Por otro, los nuevos *dandis* despreciaban, tanto como aquéllos, el matrimonio y las obligaciones domésticas (Giddens, 1998). Éstos últimos demostraban que el cultivo del atractivo no correspondía sólo a las mujeres. Mientras sofisticaban su imagen, tecnificaban sus conquistas.

3.2 La conquista tecnificada

La retórica de la conquista, conocida por cazadores de mujeres como donjuanes y *casanovas*, se asentaba en unas viejas mañas edulcoradas. Pero en los '60, el discurso científico venía a gelidificar la poética de la conquista amorosa y a desmitificar la fascinación en el amor:

“... en la conquista amorosa, como afirma la psicología moderna, se consigue impresionar la sensibilidad, la imaginación y la inteligencia del sexo opuesto. Operan en esta acción combativa dos clases de armas: la irradiación magnética, que impregna y atrae la parte física e instintiva del sujeto, y la acción psicológica, que impresiona su imaginación y su inteligencia” (“El secreto de la fascinación en el amor”, *Maribel* N° 1640, 08/64: 65).

Así como el discurso científico corroía el halo místico de la seducción, los avances de la técnica llegaban al área de la conquista para interpelar el deseo – quizás mediante esta ‘irradiación magnética y la acción psicológica- y ya no despertar el amor de la presa.

Los seductores tecnificados de los '60 ya no pretendían enamorar a las mujeres. La conquista se unía a la razón instrumental, con un uso más eficiente y eficaz frente a unas mujeres más dispuestas al sexo. La modernización sesentista tecnificó la caza, dejando de lado, de alguna manera, al romance. Pero por lo general, los varones seguían teniendo que tomar la iniciativa y la conquista seguía siendo una forma de ejercitar su poder viril, bajo el supuesto de su predisposición ‘natural’ a la seducción y la disociación entre amor y sexualidad, a diferencia de las mujeres.

Las hazañas de conquista reafirmaban la autoestima masculina y el modelo viril pero ahora podían aprender técnicas de seducción a la manera de especialistas y esto también suponía cierto refinamiento en sus modales, sus actitudes, sus maneras de vestir.

En la seducción cuidada que ofrecía la figura del *dandy*, éste se proponía como objeto de deseo a la vez que como sujeto de un deseo siempre insatisfecho: “El

mujeriego aparece como una figura que ‘las ama y las deja’. De hecho, es bastante incapaz de dejarlas, ya que cada abandono sólo es un prelude de otro encuentro” (Giddens, 1998: 54). En conjunto, el donjuán, el Casanova, el *playboy* y el *dandy* manifestaban el carácter compulsivo de la sexualidad masculina; pero con los últimos, la conquista sexual se había sofisticado, dejando de lado sus componentes románticos.

Todos ellos se postulaban en contra del matrimonio que exigía a los varones resignar los placeres de la vida juvenil. La figura europea del *dandy* y la norteamericana del *playboy* se oponían a los héroes viriles, desde su posición de astutos. Como versión moderna del gentilhomme, el *dandy* rompía con el estereotipo del personaje masculino fuerte. El *playboy* se posicionaba como un ejecutivo o un varón exitoso capaz de regalarse los placeres que le apetecían. Creación icónica de la revista de Hugh Hefner, era un modelo masculino, estimulado por filmes de espías apolíneos y mujeriegos al estilo *James Bond* - cuya primera película apareció en 1962. Amante impenetrable, misterioso, seductor, camaleónico y sofisticado, daba importancia a los triunfos sexuales de un varón maduro que como un ‘acróbata sexual’ conquistaba a jovencitas risueñas y pícaras, preferentemente blondas.

En una imagen que podría asociarse varias décadas más tarde a la pederastia, la relación entre el varón maduro y astuto con inocentes jovencitas era un cliché de la época (“Cuatro veces 007”, *Gente* N°75, 29/12/66: 40-41). Fuera de la ficción cinematográfica, así se mostraba también al modisto Bill Blass, con dos señoritas en su regazo.



Figura 91: “Cuatro veces 007”, *Gente*, 1966.



Figura 92: “Bill Blass”, *Femirama*, 1966.

Pero además de las jovencitas, los filmes de super-agentes presentaban otro tipo de personajes femeninos eróticos, igualmente *sexys* pero sin inocencia: las ‘combatientes femeninas’ o las espías, compuestas por mujeres fuertes e inteligentes.

Dandis y *playboys* podían ser modistos pues se preocupaban por el vestir. Sensibles a los dictámenes de la moda, querían tener una presencia seria pero a la vez juvenil, pulcra, sin ser anticuada. La publicidad los tenía en el centro de la mira para venderle placer a través de sus productos.

La noción de *playboy*, indica Preciado (2010), construía un nuevo consumidor masculino urbano al tiempo que diseñaba un nuevo tipo de afecto, de deseo y de práctica sexual distinto al que dominaba la ética del decente trabajador y buen marido. Su estilo de vida, no regido por las leyes sexuales y morales del matrimonio heterosexual, era superficial y escapista, al tiempo que reafirmaba su estatus social.

Desde este modelo de masculinidad se cuestionaba y resignificaba la domesticidad hegemónica con su masculinidad y feminidad mítica. Difundía: “...una subjetividad ‘conejo’, adolescente, rápida, saltarina” (: 57), “...totémica, politeísta y amoral” (: 57), que disfrutaba “...no tanto con la captura sino más bien con el juego con una gran variedad de piezas (varios ligues sexuales, efímeros y sin consecuencias)” (Preciado, 2010: 57).

A diferencia de la masculinidad pesada, era ligera y lúdica; revalorizaba la soltería pues, a diferencia de las mujeres, para los varones el casamiento consumaba el ideal doméstico pero también coartaba su virilidad juvenil. Mientras aparecía como una necesidad para las mujeres, para el hombre, era un compromiso plagado de pérdidas, como la sociabilidad masculina, el flirteo desenfadado y la disponibilidad de dinero para el ocio (Cosse, 2010). Para ser libre, el varón debía permanecer soltero, disfrutando de los frutos de su trabajo sin los requisitos sociales de una esposa o de un hogar familiar (Giddens, 1998).

El soltero de nuevo tipo conservaba las prerrogativas y el ejercicio de su libertad, aun no estando necesariamente solo o sin pareja oficial. Aun comprometido en una historia amorosa, apreciaba su independencia y gozaba de su soberana autonomía. El prototipo se aliaba con la figura del ejecutivo emergente, en caso de que estuviera casado, la vida familiar se tornaba un refugio de fin de semana. En este sentido, sus aspiraciones sexuales se seguían manteniendo disociadas de su esfera doméstica, a través del paradigma de la doble moral.

La figura podía ir acompañada de una esterilidad voluntaria. Una subjetividad

celosa de su libertad, su autonomía, su independencia, no podía conservarse con un hijo a su cargo. Ese soltero urbanita era el nuevo hedonista, dedicado a su propio placer, podía noviar con chicas bellas sin compromisos. El *playboy* transformó radicalmente la imagen del soltero que dejaba de ser un futuro marido para convertirse en un seductor en serie (Preciado, 2010).

Con la mecanización del filtrado, el soltero podía permitirse una actitud frívola con las mujeres, facilitando el disfrute del sexo instantáneo, con el objetivo de vencer fácilmente las resistencias de su presa femenina a la práctica sexual y pueda organizar múltiples encuentros sexuales (Preciado, 2010). Se trataba de nuevas formas de administrar el sexo, enfrentadas al mito romántico de la pareja heterosexual enamorada, por medio de un tipo de seducción dirigido a mujeres de nuevo estilo.

Con su aptitud para mecanizar la seducción, el moderno aventurero sexual rechazaba el amor romántico y utilizaba su lenguaje sólo como retórica persuasiva para obtener sus fines hedonistas. Era un malabarista de tensiones morales y una variante de la nueva figura de consumidor apolítico creada por la sociedad de la abundancia y de la comunicación (Preciado, 2010).

Transformar al hombre heterosexual en *playboy* supuso inventar un topos erótico alternativo a la casa familiar. Por tanto, advierte Preciado (2010), la liberación sexual no fue sólo femenina. La figura introdujo un nuevo ideal de sexualidad, asentada en una heterosexualidad libertina y polígama caracterizada por la diversión: "...una bajtiniana fantasía carnavalesca pop en la que dominaban la desnudez femenina, la poligamia, la promiscuidad sexual y una aparente indiferencia sexual" (: 132).

Playboy construía un placer de género para el soltero codiciado, al joven galán, al tipo rico o el ejecutivo deseable, difundiendo toda una "...organización sexopolítica, más próxima a la fantasía de un harén en la era de las telecomunicaciones que de un modelo capaz de implantarse socialmente desplazando a la institución matrimonial" (: 206). La figura del solterón se había trastocado: tornando a la soltería una opción posible y adornada.

Sin embargo, las revistas femeninas seguían presentando el peligro a la soltería inevitable en el varón:

“-¿No teme ser solterón?

-¡Si yo hubiera vivido todos los idilios que me han atribuido en las revistas, Don Juan y Casanova serían dos ingenuos y tímidos adolescentes a mi lado! Las publicaciones tienen una especie de monomanía en inventarme romances y hasta en casarme.

-¿Y usted le teme al matrimonio?

-Temor, precisamente, no. Pero lo pensaré muy bien antes de dar el paso. No quiero que me suceda como a muchos de mis amigos de Hollywood, que a los pocos meses de casados descubren una ‘incompatibilidad de caracteres’ con su mujer y... todo termina en divorcio.

-Pero si lo sigue pensando tanto, ¿no teme convertirse en solterón?

-Creo que aún me queda tiempo... Acabo de cumplir 28 años” (“El ‘Dr. Kildare’ teme al mal de amores”, *Maribel* s/n, 1964: 65).

En la prensa femenina, así como los galanes maduros eran reconocidas figuras eróticas, los *teenagers* iban ganando lugar en la escena, como consumidores de la nueva imagen masculina, urbana y juvenil:

“Ahora que parece haber terminado la época de la mujer-niña comienza la del hombre-adolescente. La fantasía de la moda se ha centrado en ‘él’. El hombre de gris con el saco cruzado de corte inglés, parece haberse convertido en una imagen antigua y nostálgica, mientras el norteamericano deportivo, que dispone de todos los colores para sus trajes es el nuevo ídolo de la elegancia masculina” (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 120).

Ser y parecer joven era un imperativo de época tanto para ellas como para ellos. Muchos actores buscaban congelarse en una imagen eternamente juvenil, como James Dean, prontamente convertido en ícono *teenager* tras su muerte:

“El miedo de crecer, de cambiar, de comprometerse que atormenta a los jóvenes de hoy tiene su mejor representante en este personaje insobornable. James Dean no cambiará jamás, no crecerá ya más, no se comprometerá nunca porque está muerto. Es el adolescente divinizado y exaltado. Y un detalle muy sugestivo: su cadáver no quedó desfigurado a consecuencia del accidente que le costó la vida; es decir, se tornó en una suerte de ser angélico, una imagen legendaria” (“James Dean”, *Maribel* N°1573, 23/04/63: 5).

El actor era un ícono de la joven rebeldía, del “...placer especial en romper las reglas sociales” (: 5); “Modelo ideal de adolescente, Jimmy encarnaba todas sus alegrías y todos sus complejos” (: 6). Contra la pulcritud en el vestir, abonó a una moda desalineada:

“James Dean se ha convertido en un ser mítico, en un ídolo como lo fue Rodolfo Valentino en su época. Detrás de las estatuas, los discos, los libros, la venta de recuerdos personales, los 300 clubs ‘James Dean’ en el Japón, etc., está la imagen imborrable de aquel muchacho delgado, cargado de espaldas, miope, despeinado, que tartamudeaba ligeramente y se vestía con negligencia” (: 3).

Los relatos de las vidas de estos galanes se construían post-mortem a la manera

de un guión de película, tal como en el caso del paradigmático Valentino:

“Había tenido una pena de amor. Todos sabían que estaba enamorado de Anna María Pierangeli, la estrellita italiana. A la señora Pierangeli no le gustaba aquel joven mal trajeado, con ojos de mal dormido, que para colmo profesaba la religión cuáquera. Por otra parte Anna-María hablaba siempre de fastuosidades, vivía pendiente de lo que hacían las otras estrellas. Jimmy, no conformista por naturaleza, espació las visitas. Se sentía demasiado libre para aceptar todos aquellos convencionalismos. El resto es cosa sabida. Anna-María se casó con un cantante de moda llamado Vic Damone, un auténtico marido a la italiana, y Jimmy contempló la ceremonia desde su moto, junto a la puerta del templo. Cuando el cortejo abandonaba la iglesia, Jimmy se puso a tocar furiosamente la bocina, levantó su brazo a guisa de saludo y se perdió a toda velocidad, envuelto en una nube de polvo y humo” (: 6).

Su muerte sería el inicio para una fantástica reconstrucción de su propio mito:

“James Dean había muerto, pero la leyenda se iniciaba. En cinco meses el correo póstumo de Jimmy pasaba de las 2500 a 5300 cartas mensuales. La juventud de América recurría a un muerto para confiarle sus contrariedades sentimentales, sus frustraciones, sus disputas familiares, sus dudas y secretos. [...] James Dean representa al rebelde que se ha mantenido firme en su ideal: el joven, víctima de la época, que no pudo encontrarse a sí mismo, siempre hambriento de amor y de comprensión, siempre solitario, luchando contra el miedo de vivir” (: 7).

Dean se convertiría también en una especie de deidad pagana, rebelde y escéptica que no creía ni en el pasado ni en el futuro.

Pero entonces, la época contaría con otro galán de facciones aniñadas que perduraría vivo y en el podio por muchos años: Alain Delon. Se había hecho famoso con su ‘pelo corto, cara de nene’, y su ‘fama de galán maldito’, aunque se decía que no era un gran actor, pero: “las chicas quieren ir a verlo y arrastran al novio, al marido y al papá” (“¡Delon... Delon... qué lindo sos!”, *Gente* N°217, 18/09/69: 86).



Figura 93: “¡Delon... Delon... que lindo sos!”, *Gente*, 1969.

Nuevamente el misterio abonaba el mito erótico, junto a la violencia erotizada:

“... un frasco misterioso que contiene una chimichurria rara que nunca se sabrá bien qué es. Para las mujeres son ingredientes maléficos con los que adoban su pastel romántico: un asesinato por amor, un sádico capaz de llorar después de azotarlas, un terrible indiferente, un celoso con estertores de angustia, cualquier cosa” (:86).

Se decía que las mujeres lo amaban y los varones envidiaban su ‘pinta’:

“Él pone la cara, el frasco. Lo de adentro lo ponen ellas. Para los hombres, ya se sabe, es un idiota que nació lindo, mal actor por donde lo busquen y ‘qué diablos tiene ese tipo que yo no tenga’. Pinta, viejito, pinta. Pinta y misterio *Para Tirar al techo*. Una chica de la redacción me dijo los otros días: ‘Para mí es diez puntos; no, qué estoy diciendo, once puntos. Un gato de ojos verdes que se despereza lánguidamente sobre un almohadón de seda roja’. Chau, pensé yo muerto de envidia, ésta desenroscó la tapa y puso adentro al toga siniestro de sus sueños” (: 86).

Delon era el galán del momento y *Para Ti* se sumaba a la moda del poster para que las chicas colgaran la imagen de su rostro sus ‘cuartos propios’: “Respondiendo a los insistentes pedidos de nuestras lectoras, con este número regalamos a usted un poster en colores de Alain Delon” (“Alain Delon”, *Para Ti* N°2452, 25/08/69: poster).

Una legión de actores *teenagers* resaltaba su juventud para resultar atractivos. En esta línea, el actor Dirk Bogarde, hipotetizaba que su semblante infantil: “Consigue

despertar el instinto maternal que hay en toda mujer. No olvidarse que todas las niñas juegan con muñecas” (“Los hombres frente a mi cámara”, *Maribel* N° 1474, 16/05/61: 28).

Se los construía como niños nada inocentes, más bien pícaros y traviosos, pero también solitarios y enigmáticos o asediados por una pena de amor. Las notas periodísticas en las revistas femeninas no dejaban de recalcar que los galanes, por muy mujeriegos que fueran, no dejaban de ser sentimentales y por lo general no gustaban de autodenominarse *playboys*. Así lo remarcaba George Hamilton quien identificaba a éstos últimos como vagos y afeminados. Frente a ellos se definía como “...ejemplo clásico de exuberante masculinidad” (“La historia de George Hamilton”, *Femirama*, Especial Navidad, 12/67: 168). En un culto al entretenimiento, se mostraba ocupado por diversas actividades conocidas por el público: esquiaba, hacía ejercicios, comía en buenos restaurantes, salía a bailar:

“Soy parte de esta época en que se vive a ritmo rápido. Y eso no significa ser un ‘*playboy*’. Los ‘*playboys*’ que conozco, y he conocido muchos porque he actuado siempre en los altos círculos, son básicamente muy desgraciados. No tienen amarras ni seguridad. No funcionan [...] No se puede ser ‘*playboy*’ y trabajar al mismo tiempo. Yo trabajo mucho y me divierto mucho [...] Admito que la definición concuerda con mi imagen y el sello de ‘*dandy*’ que me han puesto. Ya le dije que me gusta la ropa buena, lo cual no creo que sea un crimen. En realidad, en un mundo donde se hace alarde de desprolijidad, es tiempo de que un hombre les recuerde que ‘el hábito hace al monje’. A mí al menos la apariencia me ayudó para probar lo que valía” (: 168).

Hamilton decía haber construido su imagen siguiendo los parámetros de la historia de vida de Rodolfo Valentino y endeudándose para adquirir un *Rolls Royce* y una mansión que le diera status: “Mi forma de vivir es una inversión en mí mismo” (: 168), aducía. Al mismo tiempo, las mujeres de su vida amorosa formaban parte de su construcción de galán: “Debo admitir que mi ambición era convertirme en un ídolo de la antigua escuela como él y que mis ardides para introducirme en Hollywood eran la copia de viejas leyendas” (: 162).

La figura del *playboy* había emergido con fuerza en los años ’50 y se había difundido a principios de la década. *Femirama* posicionaba a Günther Sachs como: “Un *playboy* de los años cincuenta”, caracterizado por una agitada vida sentimental, ejemplo de un hedonismo masculino fruto, en los países del norte, de una época de posguerra:

“...hasta los dieciocho años, o sea a fines de 1951, no había visto más que guerra,

bombardeos y miseria. De ahí que tuviera un gran deseo de salir y divertirse, de conocer mundo, mujeres, gente *chic* y centros nocturnos. En su hogar le soltaron las riendas y Günther viajó. Así fue como descubrió la ciudad ideal, el lugar de sus sueños, *Saint Tropez*. Y allí fue donde se convirtió en *playboy*.

Desde que finalizó la guerra no se ha oído hablar de *playboys* alemanes. Entre otros motivos porque los alemanes no tienen ni la psicología, ni la mentalidad de un *playboy*. Tampoco poseen las maneras galantes, el humorismo y la fantasía necesaria. En una palabra, no tienen el ‘tipo’. Pero Günther sí. Con él nace el primer *playboy* alemán de los años cincuenta, a pesar de que el tío le negó el ‘von’ que habría sido un arma muy útil” (“Günther Sachs sin máscara”, *Femirama*, N° extraordinario, 04/68: 85).

Su última conquista había sido nada menos que Brigitte Bardot. Por su fama de *gigoló* y de vivir a costa de las mujeres que enamoraba, se decía que había disfrutado de una luna de miel gratuita y que había vendido a buen precio la exclusividad de las fotografías de su boda con Bardot. Parecía que los *playboys* mantenían su vida hedonista desde las cuentas bancarias de sus conquistadas.

La moda juvenil iba convirtiendo los treinta años, y la cercanía de los 40, en un motivo de angustia para ellos. Pero aún más para las mujeres, incluso para una diva como Bardot:

“... se ha convertido en el marido de la legendaria Brigitte Bardot. Y se ha casado precisamente con BB que ha pasado la barrera de los treinta años, los contratos han disminuido, las fotos se tornan más esporádicas y la conquista de los maridos se hace más difícil, por lo cual es también más difícil dejarlo escapar (aunque Günther, naturalmente, no tienen ningún deseo de huir).

Günther tiene actualmente treinta y cuatro años y esto lo angustia. Realmente no se puede tener todo: buena vida, hermosa mujer, espléndidos amigos, dinero sin trabajar, un buen físico por el cual suspiran muchas mujeres... y además ser un jovenzuelo” (: 85).

Los galanes se caracterizaban por sus legiones de admiradoras. Se decía que las fanáticas eran chicas soñadoras que suspiraban frente a los astros de cine y televisión, reflejo de “...una faceta del alma femenina, que erige ídolos para admirar y hombres para amar” (: 50). El varón, en cambio, era construido como más realistas, pues no amaba “...platónicamente la imagen inaccesible que se le proyecta desde la pantalla” (“Los argentinos opinan sobre su mujer ideal”, *Femirama*, N° Especial Navidad, 12/67: 50).

Las estrellas debían contar con unas agitadas vidas sentimentales, reiterados matrimonios, noviazgos y compromisos, para tener prensa en las revistas del corazón. Muchas veces las celebridades eran construidas como aquellas que no se atrevían a enfrentar la responsabilidad de los compromisos y por ello se separaban

reiteradamente. Por su parte, denunciaban la construcción mediática de su vida íntima.

En esta escena también había lugar para los galanes feos con ‘personalidad’, como uno de los nuevos cultos sesentistas. Tal era el caso de Belmondo, “un galán feo” (“Belmondo, el inocente”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64: 21) que resaltaba por su actitud ocurrente: “-¿Puedo preguntarle en qué piensa cuando filma una escena de amor? -En mi cuenta del gas” (: 21).

Definido como la ‘antítesis’ de los *playboys*, decía no gastar su dinero “...en los *night clubs* manteniendo queridas de rumbo” (: 21) o cambiando un automóvil por semana. Alegaba que su vida era reposada y familiar.

Los galanes mayores de 40 años se veían obligados destacarse a pesar de su falta de juventud: “La fascinación que ejerce a los cuarenta y tres años Paul Newman entre el público femenino es envidiada por más de un galancito veinteañero” (“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 06/69: 120).

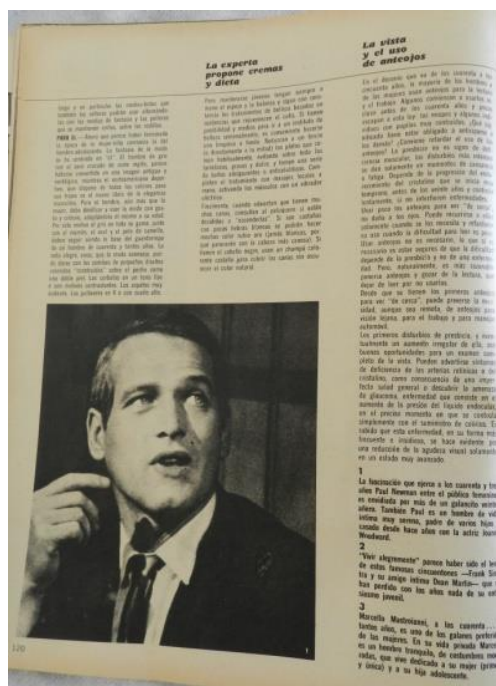


Figura 94: “Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama*, 1969.

Aquí también se ubicaba el actor italiano Marcello Mastroianni, “...a los cuarenta... y tantos años, es uno de los galanes preferidos de las mujeres” (: 120). Se afirmaba entonces que un cuarentón con talento no debía preocuparse ya tanto de su belleza, a diferencia, claro está de las cuarentonas.

En el país, el espectro de galanes nacionales cubría diferentes prototipos, con un cariz más autóctono.

3.3 Galantería nacional

En Argentina, el nuevo hedonismo se encarnaba en un personaje moderno, tecnócrata, que apuntaba a disfrutar de la buena vida regalada por los excedentes de la producción (Pujol, 2002). Los *playboys* tenían sus versiones locales en los modelos del automovilista o golfista, que tomaban *Martinis* y conducían autos importados. Su caricatura criolla era Isidoro Cañones³⁴.

La figura del ejecutivo, como varón liberal y formal, consumidor de cigarrillos o *whiskey*, era un target que estaba en el centro de la mira del discurso publicitario: se sabía que el ejecutivo buscaba distinción. A él estuvo destinada la revista *Adán*, que, al estilo de *Playboy* buscaba: "...vender belleza dentro del envase de la autoafirmación y gratificar el narcisismo y la autoestima" (Pujol, 2002: 68). Fundada en 1966 por Editorial *Abril*, intentó modelar una nueva masculinidad asociada a una clase ejecutiva en desarrollo, combinando hedonismo, consumo y apertura cultural, pero no sobrevivió a su bajo nivel de ventas ni a un contexto signado por la censura.

Pero además, se propagaba un discurso masculino asociado al orgullo nacionalista. La revista de actualidad *Atlántida*, en julio de 1969, lo registraba a través de la pregunta: "¿Qué ven en usted las extranjeras?" (*Gente* N°215, 04/07/69: 72):

"Tanto como cualquier argentino, usted cree en su fama internacional como 'hombre'. Pero, ¿conoce usted sus encantos? [...] Europeo por excelencia, frente a la revolución sexual; [...] con experiencias recogidas en sus giras latinoamericanas [...] usted podrá descubrirse y descubrir por fin qué dicen las mujeres de todo el mundo sobre el tan mentado 'argentine lover'" (: 72).

La masculinidad construida como objeto de deseo femenino contaba con sus íconos nacionales como Atilio Marinelli, resaltado con una pátina de lo autóctono y lo criollo:

³⁴ Isidoro Cañones es un personaje de historietas de Argentina, creado por Dante Quintero. Creado como personaje secundario de Patoruzú, pero con el tiempo ganó suficiente popularidad como para tener su historieta propia. El personaje figuraba al *playboy* mayor de Buenos Aires y su vida, conviviendo con su barra de amigos, su bella joven cómplice Cachorra, su tío autoritario, el coronel Cañones.

“Veintinueve años y un rostro que conserva algo de adolescente. Tiene seguridad en sus conceptos. Su manera de hablar y de sonreír no deja duda sobre su auténtica sinceridad. Nacido y criado en un pueblo de la provincia de Buenos Aires (Juárez) y radicado con un hermano en nuestra capital, a los 14 años, sin embargo, aún conserva esa pátina inconfundible de quien, como él, respiró el aire del campo y tuvo como cuna, el amor, la fe y el sacrificio” (“Atilio Marinelli, el galán de moda”, *Maribel* N°1586, 23/07/63: 26).

Como galán nacional se construía a través de todo un relato propio del romanticismo, acerca del campo argentino. Para pintar este cuadro se hablaba de su inscripción como hijo de inmigrantes italianos, atados al sacrificio y la pobreza, pero con felicidad y fe religiosa.

De esta manera se construía localmente un tipo de galán opuesto al *playboy*: apasionado, trabajador, católico y amante de la familia. Se sabía buen candidato para el matrimonio y buscaba para ello una mujer que encajase en la ideología doméstica:

“-¿Qué tipo de mujer le agradaría? ¿Rubia o morocha?

-No tengo preferencias en ese aspecto. No importa si no fuera bonita. La belleza del alma es la que me interesa. Claro que si además viene acompañada por la belleza física, mejor. Pero lo esencial es que sea de su hogar... y dulce como mi madre. (¿Tomaron nota, chicas? Nada de sofisticarse ni adquirir apariencias de ‘vamp’. Mujercitas genuinas, auténticas y sencillas son las que siempre tienen más chance)” (: 26).

También cobraban fama aquí los galanes que nada tenían de aquella belleza añorada. Un ejemplo paradigmático era Sandro, quien se convertiría en un ícono erótico nacional, con una horda de admiradoras que lo seguirían amando por décadas. Roberto Sánchez era un tipo de galán que, ya desde el uso de un seudónimo, desdoblaba su vida privada de su vida pública: “... creo que el hombre, no el cantante, tiene derecho a que su intimidad no sea invadida”, sostenía (“Sandro y el revés de la trama”, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69: 72). Las mujeres se desataban con sus sensuales movimientos, expresado y poniendo en escena al deseo femenino.

Desde diferentes estilos de seducción masculina, se desataban las pasiones femeninas. Los galanes las conquistaban y enamoraban desde una lejanía que les recordaba que no podrían tener a ese objeto de deseo.

4. Seducidas y abandonadas

Acuciadas por los relatos rosas en que la protagonista amansaba, suavizaba y alteraba la masculinidad aparentemente intratable de su varón, muchas mujeres soñaban con ser las domadoras de estos conquistadores compulsivos. Pero aún seguían cayendo presas de la caza masculina.

Frente a los seductores sesentistas, *Maribel* advertía a las mujeres una serie de cuidados frente al ritual de la cacería:

“El hombre es, delante de la mujer, un conquistador. Quiere hacerla suya, pasajera o para siempre, y pues ya no se usa el que la rapte o la compre, le hace la corte, la halaga, le promete el sol y la luna. La ame sinceramente o no, es él quien actúa.

La mujer sufre su asedio. Es la presa y el botín. Ella puede sugerir que quisiera ser conquistada; tiene incluso muchos medios para hacerlo, pero representa la parte pasiva en este eterno duelo, y su victoria consiste en ser vencida.

Naturalmente, lo propio de cada sexo no tiene nada de absoluto, varía según el carácter individual. Hay mujeres conquistadoras, como hay hombres que prefieren ser conquistados. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres quieren someterse; la mayoría de los hombres, subyugar. Todo nuestro concepto de amor está basado en la idea de que el hombre ataca y persigue, mientras que la mujer se deja atrapar.

El conquistador puede ser monógamo en el más amplio sentido de la palabra y contentarse con la conquista de una sola mujer. Pero la convicción de que hacer conquistas es signo de virilidad está tan enraizado en los hombres, que determina toda su moral sexual. Consideran como un derecho y casi como un deber el ver en la mujer el objeto de caza” (“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63: 73).

Femirama alertaba a las lectoras, a través de un discurso psiquiátrico que analizaba al donjuanismo:

“El donjuán [...] es incapaz de amar ni siquiera temporalmente a un solo tipo de mujer, porque busca a la mujer no es cuanto a mujer sino en cuanto a sexo. Su actitud, por consiguiente, es la misma actitud indiferenciada que tiene el macho en casi todas las especies animales [...] lo esencial de la personalidad del donjuán: la búsqueda, casi diríamos obsesiva, del amor puramente físico, biológico, que precisamente por ser tal, una vez satisfecho no tiene ya razón de existir, y por otra parte el insaciable espíritu ‘de caza’ que lo empuja incesantemente hacia nuevas aventuras y nuevas conquistas [...] los hombres suelen creer, o mejor dicho son inducidos a creer por uno de los muchos prejuicios que imperan en la sociedad, particularmente en los pueblos latinos, que el hombre, para serlo verdaderamente y estar considerado como tal tanto por las mujeres como por los demás hombres, debe demostrar su virilidad mediante renovadas conquistas. Las conquistas, en definitiva, se convierten así para él en una cuestión de prestigio, casi diríamos en un ‘deber social’” (“Cuando el marido es un donjuán”, *Femirama*, tomo 8, 05/66: 82).

Maribel aconsejaba líneas de conducta femenina para defenderse de ‘los seductores profesionales’: “Hay que desconfiar de ellos” (“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63: 73). Se los caracterizaba como unos

filibusteros dichosos que exhibían sus trofeos femeninos para atraer a otros. En sus empresas de seducción, los émulos más o menos amorosos de Don Juan, podían mentir, engañar y hacer falsas promesas, ya que todo estaba permitido para conquistar a una mujer: “Cuando el enamorado balbucea, el seductor desfila; despliega su destreza, sus oros y sus púrpuras y va hacia su punto débil, infalible” (Bruckner, 2011: 52). *Femirama* alertaba a las lectoras acerca de sus argucias, para no caer en sus trampas:

“No se crea, sin embargo, por eso que el donjuán es un individuo bárbaro y agresivo, únicamente dominado por sus instintos; muy al contrario, por lo general recurre continuamente a sutiles argucias para representar la comedia del amor y es así como consigue conquistar en realidad a muchas mujeres” (“Cuando el marido es un donjuán”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 83).

Para los seductores la infidelidad se presentaba como un deber y gustaban de la idea de ‘una novia en cada puerto’, como: “...ese Don Juan marinero que en cada puerto tiene un amor” (“Una novia en cada puerto”, *Maribel* N°1665, 16/02/65: 26). Pero además, el donjuán se seducía a sí mismo, ya que hacer la corte era, en primer lugar; mostrarse orgulloso, y entregarse al embellecimiento de sí mismo (Bruckner, 2011).

De todos modos, las revistas femeninas exculpaban a estos donjuanes argumentando que aún no habían hallado el ‘verdadero amor’:

“-¿Es cierto que tiene usted una novia en cada puerto?
-La mayor parte de esos idilios los fabrican los periodistas [...].
-¿No será que aún no encontró el verdadero amor?
-No se... Yo le aseguro que siempre me parece que he hallado la mujer ideal, pero la ilusión no dura mucho” (“Una novia en cada puerto”, *Maribel* N°1665, 16/02/65: 26).

Los conquistadores fascinaban a la presa y después la abandonaban sin escrúpulos. Las chicas sesentistas buscaban el placer del cuerpo y la promesa de una unión conyugal. Caer en brazos de un mujeriego, seguro de poder escapar fácilmente a sus promesas, continuaba suponiendo para ellas un deshonor.

Estos prototipos conquistadores no eran sólo una amenaza para las jóvenes en condiciones de ser seducidas sino también para otros varones. Dedicados a la contemplación y la conquista, que suponían toda una inversión de tiempo y energía, los seductores eran sospechosos por ser capaces de corromper hasta a las mujeres casadas. Como amenazantes objetos de deseo femenino, eran aventureros sexuales que desafiaban no sólo a cada mujer sino a las normas sexuales

domésticas y familiaristas. Como subversores de la virtud, ponían en cuestión el orden masculino de protección sexual y de control (Giddens, 1998). Eran temidos por la competencia masculina, pues, en términos de conquista, las posiciones ganadores-perdedores eran una constante donde los seductores triunfaban.

Maribel se oponía a que las mujeres asuman el rol de conquistadoras. Distinguía roles de género en los juegos de la seducción, alegando que las mujeres preferían amar a seducir:

“¿Hace falta, pues, que las mujeres los imiten y se transformen también ellas en conquistadoras cínicas, para probar que hemos llegado a ser iguales a los hombres? Aunque lo quisiéramos, pocas de entre nosotras serían capaces de ello. Somos mujeres, y esto quiere decir que preferimos amar a seducir, ser buscadas que estar al acecho. Corresponde a nuestra naturaleza (constitucional o adquirida) ser la pieza que pisa la liga o cae en la trampa” (“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63: 73).

No obstante estas recomendaciones de género que daban las revistas femeninas, tanto las mujeres como los varones se construían como sujetos u objetos de seducción. El mito del príncipe azul parecía ser también un sueño masculino y no sólo femenino. No sólo las chicas sufrían el malestar, los jóvenes también soñaban con escapar de la insipidez de su vida, con despertarse radiantes de elegancia, de fama y amados.

Tradicionalmente, los varones habían estado obligados a dar el primer paso en la conquista y se exponían a los peligros de la vejación o el ridículo. Ahora las mujeres, con su nueva libertad, podían tomar la iniciativa y ser a su vez rechazadas, corriendo el riesgo de caer en las mismas torpezas: “Ya no existe en don Juan desde que hay doña Juana” (Bruckner, 2011: 46). No obstante, a muchos y muchas les molestaba esta inversión de roles que postulaban los nuevos tipos de seducción, poniendo frente a frente a dos individuos que se jugaban la piel en esta empresa.

El próximo capítulo se dedica a abordar la dimensión crucial de la construcción del deseo y del placer erótico en las revistas femeninas, bajo el supuesto de que lo femenino no se construía sólo como objeto de deseo sino también como feminidades deseantes mientras que la construcción de los galanes demostraba que lo masculino también se postulaba como objeto de deseo. En las próximas páginas se analizan las narraciones o figuraciones de los placeres y deseos y sus tópicos en las revistas femeninas de los '60 en el país.

CAPÍTULO IX

PLACER Y DESEO EN ESCENA

“El feminismo debe aumentar el placer y la alegría de las mujeres, no sólo disminuir nuestra desgracia”
(Vance, 1989: 48).

“A la desgracia de ser tratado como un objeto sexual, disponible a placer; corresponde la otra desgracia de no ser nunca esperado ni deseado”
(Bruckner, 2011: 36).

1. Placeres bajo presión

La puesta en escena del placer y el deseo constituye una dimensión crucial para analizar el erotismo en las revistas femeninas de la década. En momentos en que se comenzaba a atender cada vez más al problema de la satisfacción y el goce femenino, con el psicoanálisis en boga, una concepción de placer sobrevolaba los discursos.

Desde la teoría psicoanalítica, el placer se definía por la forma orgásmica del goce sexual y se asociaba a una energía libidinal, sexual, salvaje e imperiosa que se concentraba en las zonas erógenas. Desde la izquierda freudiana y frente a una configuración genital del placer, Marcuse (2010) postulaba que éste residía en el encuentro inocente, desprejuiciado y armonioso del individuo con el mundo.

En oposición a esta corriente teórica, Foucault (2011a, 2011b, 2006) comprendía al placer corporal desde su inscripción en una historia del poder y los regímenes de normalización que pretendieron fijarlo, clasificarlo e instruirlo. Su rastreo de la *ars erotica* en la Grecia Antigua, se encontró con un placer entendido como un arte, una práctica y una experiencia, que suponían un fin en sí mismos e involucraban al cuerpo y al goce. Las *aphrodisias*, que los latinos tradujeron por venérea, remitían a los “‘placeres del amor’, ‘relaciones sexuales’, ‘actos de la carne’, o ‘voluptuosidades’” (Foucault, 2006: 35), los gestos y contactos que buscaban cierta forma de placer y eran comprendidos como obras de la diosa Afrodita, artesana que a través de los cuerpos y bajo el efecto del placer, ligaba y fundía al mismo tiempo las almas (Foucault, 2011b).

Las *aphrodisias* se relacionaban a actos que surgían de un campo agonístico de fuerzas difíciles de dominar. Por su vivacidad, servían a una razón que aquellos que las practicaban no tenían siquiera necesidad de conocer (Foucault, 2011b). El placer sensual aparecía como una fuerza que persuadía, seducía y triunfaba, “siempre susceptible de exceso y de sublevación” (: 89). Por esta misma dificultad de dominarlo, el placer sexual era caracterizado como ontológica o cualitativamente inferior, puesto que era común a los animales y los hombres y dependía de las necesidades del cuerpo (Foucault, 2006).

A partir de allí, la sensibilidad y la sensualidad se asociarían a impulsos ciegos e indiscriminados, opuestos a la razón, instaurándose un dualismo que asumiría diferentes matices a lo largo de la historia de Occidente.

La moral de la carne propia de la pastoral cristiana, prescribiría el placer. La voluptuosidad no debía ser buscada como fin de la práctica sexual. Ahora bien, esto no desvalorizó al placer, por el contrario, Foucault demostró que se orquestó todo un sistema de vigilancia para poner atención al mismo y, por su parte, Bataille (2010) indicó que bastaba una prohibición para encender el deseo y el placer del acto.

En la ciencia sexual, el concepto de sexualidad acarrió una dificultad para dar lugar al placer en esta concepción. Este fue traducido en la ciencia de corte positivista y ‘fisiologizado’, entendido como efecto de disposiciones anatómicas y de los procesos físicos (Foucault, 2011b).

Desde sus diferencias, tanto el enfoque de la moral cristiana como el de la ciencia positivista participaron en diferente grado del dualismo que se encargó de oponer la razón a la sensibilidad.

En términos morales, el placer se encontró en una encrucijada entre lo vulgar y lo noble, lo pecaminoso y lo virtuoso. El moralismo cristiano entendía que el disfrute instantáneo particular, el placer material asociado a lo sensual, no garantizaba la felicidad (Entel, 2008). Contra esta concepción se levantaría el nuevo hedonismo de los ’60.

2. Hedonismo pop: imperativos de placer y consumo

En los años '60 del siglo XX, el hedonismo reverdecía. Esta corriente trasladaba la felicidad al plano del placer, jerarquizando la satisfacción de las necesidades sensibles bajo el imperativo del goce y renunciando a pensar en términos de pecado, de culpa o vergüenza (Entel, 2008). Así lo documentaba la revista *Life*:

“Lo que observamos actualmente es el desarrollo de una conducta sexual que se agota en sí misma, cuyo fin es ella misma y las sensaciones placenteras que su ejercicio provoca. La motivación, el carácter esencial de esta conducta es, pues, hedonista: la producción del placer sexual individual” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* Vol. 34, Nº 2, 28/07/69: 40).

La antigua moral nobiliaria del exceso y de la magnificencia, del consumo sin freno, inspiraba a gozadores que rechazaban la culpabilidad (Muchembled, 2008). Estos parámetros eran promovidos por la revista estadounidense *Playboy*, inventora, según Preciado (2010) de un topos erótico asociado a un placer de género derivado de una producción de la masculinidad.

La vida hedonista de la década vendía una imagen del placer y de la buena vida que se asociaba fuertemente al consumo y se transformaba en eslogan. Apuntaba a un varón de entre 30 y 45 años, ejecutivo, enemigo del matrimonio.

Más que libertario el hedonismo era publicitario, relacionado a las mutaciones de mercado que, en nombre de sus intereses bien comprendidos, se sublevaba contra el orden moral:

“La prominencia de la sexualidad podría ser interpretada en términos de un desplazamiento, desde un orden capitalista —que se basa en el trabajo, en la disciplina y en la autorrenuncia— a otro preocupado por el consumismo, y por ende, por el hedonismo” (Giddens, 1998: 107).

Una gran área de la vida social se vio beneficiada por estos cambios: el mercado de la erotización. Junto a la liberación llegó, dice Foucault (1979): “... una explotación económica (y quizás ideológica) de la erotización, desde los productos de bronceado hasta las películas porno” (: 105). El sexo convertido en mercancía declaró el matrimonio por conveniencia entre mercado y erotismo, como también lo registró Giddens (1998):

“La sexualidad produce placer y el placer, o al menos la promesa del mismo, proporciona una ventaja para los bienes del mercado, en una sociedad capitalista. La imaginaria sexual aparece, casi por doquier, en el mercado como una especie de artimaña gigantesca para la venta” (: 107).

El erotismo como espectáculo se tornaba una fuente potencial de producción de placer y capital, destinado a un consumo sexual. La fe marcusiana ante las capacidades creativas de la fantasía erótica para quebrar el orden social y sexual se hacía trizas ante el potencial de la creación imaginaria y fantasiosa del erotismo dentro del capitalismo y su industria cultural.

El placer comprendido como algo exclusivamente subjetivo, donde sólo valía el interés particular, acercaba el hedonismo con el individualismo de mercado (Entel, 2008). No era una economía austera, más bien todo lo contrario, una del derroche y del gasto fastuoso, donde el placer se desvanecía en la misma compra, tras la posesión del objeto y un goce efímero.

Ya los griegos alertaban que la experiencia de las *aphrodisia* que asociaba entre sí actos, placeres y deseos, traía consigo el peligro de la servidumbre. Asimismo, el imperativo hedonista y de consumo erótico acarrea sus esclavitudes y la revista *Life* también lo registraba en 1969: “Es evidente que al optar por una conducta altamente hedonística, el hombre cae fácilmente presa de factores ajenos que lo quieren dominar” (“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life* en español Vol. 34, Nº 2, 28/07/69: 40). Lo mismo advertía *Maribel*, amparándose en la filosofía hindú:

“Si eres uno de ellos, puede que te ayude conocer aquel precepto de la filosofía hindú, que proclama que el placer es uno de los fines legítimos de la vida. Te sugiere que vayas tras él, si lo deseas realmente, pero te advierte que si pretendes convertirlo en el único objetivo de tu vida, no te reportará otra cosa que hastío y desencanto” (“¿Te sientes culpable?”, *Maribel* Nº 1479, 20/06/61: 74).

Marcuse no aceptaba, sin más, la perspectiva hedonista del goce que entendía a la felicidad como entrega al placer inmediato, pues sostenía que ese punto de vista era coherente con la sociedad antagónica de clases que aceptaba al mundo tal como era. La entrega al placer efímero evitaba pensar en las posibilidades de una transformación más profunda. Pero además, el hedonismo naturalizaba el placer como algo dado y valioso en sí, e incluso lo cosificaba:

“Cuando la ‘rebelión amoral’ sólo pretende eludir el orden dado sin salir de él, elude o esquivo las contradicciones, se sitúa más allá del bien y del mal. Su astucia consiste en autoprohibirse la historia en función del instante del goce. Pero resigna la posibilidad de felicidad como perduración” (Entel, 2008: 28).

El imperio del placer buscaba subvertir el orden del tiempo repetitivo, la prudencia en la acción, el ahorro, la sumisión, a partir de la soberanía del capricho, los gastos suntuarios. Pero entonces, este imperio se veía cooptado por las lógicas de mercado: individualista, el hedonista se convertiría cada vez más en un sujeto de la eficiencia y la técnica de los placeres. Así, la transgresión se convertía en rutina y perdía su carácter subversivo, asociada al consumo. El erotismo se transformaba en consumo tanto como la pornografía, construyendo placeres de género.

2.1 Placeres eróticos o pornográficos

Tradicionalmente la novela sentimental o ‘rosa’ estaba considerada como el equivalente femenino de la pornografía masculina. Mientras lo erótico se narraba a través del sentimentalismo de las novelas rosas y de los melodramas radiofónicos y televisivos, lo pornográfico mostraba. La diferencia radicaba en que el deseo femenino se ponía en escena en la narración desde un punto de vista psicológico, armonizando la progresión narrativa con la motivación erótica (Gubern, 2005).

Sin embargo, esta diferenciación es discutible pues se asienta en el presupuesto de que el texto escrito permite imaginar o activar la imaginación del lector y lo icónico “...bloquea la imaginación del voyeur, sujeto a la imposición de lo imaginado y antes visualizado por otro” (Gubern, 2005: 17). La diferencia entre lo erótico y lo pornográfico no es tan tajante, si se comprenden los relevos y mediaciones entre un tipo y otro de discursos. La distinción tampoco puede asentarse entre un erotismo textual y una imagen pornográfica, ya que tanto textos como imágenes participan del erotismo. A nivel icónico, el erotismo también se relaciona con la fuerza performativa de la fotografía o la ilustración para producir significación. No sólo el porno juega con el *voyeurismo* que implica al mirón, o la mirona, en un compromiso con lo mirado, también en el erotismo la mirada del espectador juega un papel crucial en el deseo de ver.

Estos discursos se distinguieron desde una cierta moral que asociaba al porno con lo bajo y lo erótico con lo alto, asociado el primero a un estilo más directo y el otro indirecto, grosero o refinado, cantidad o calidad, banal u original, material o espiritual (Maingueneau, 2008). Y se generizaron, presuponiendo la existencia - o la construcción- de un 'ojo' (una mirada y una subjetividad) masculino o femenino que, como espectador o lector formaba parte de la imagen porno o de los textos eróticos. Pero si se sostiene meramente que la pornografía está dirigida desde y hacia una visión masculina del sexo, se cae en una esencialización del punto de vista generizado³⁵. Un enfoque semiótico permite comprender, en cambio, que la mirada masculina no supone necesariamente un sujeto empírico varón:

“Hoy parece claro que cuando hablamos de 'ojo masculino' no nos referimos a una cualidad biológica sexuada sino a una estructura política de la mirada. El ojo masculino, al mismo tiempo sujeto de la representación y (al menos idealmente) receptor universal de la imagen pornográfica, es cuidadosamente extirpado del espacio de la representación fotográfica. Pero sus huellas impregnan la imagen, a menudo en forma de objeto que acompaña al cuerpo desnudo y que queda atrapado dentro del marco de la representación. El objeto puede constituir una referencia a la tecnología codificada como masculina (teléfono, martillo, automóvil, etc.) o representar un signo fácilmente reconocible de hábitos culturalmente connotados como masculinos (pipa, corbata, cigarro, etc.)” (Preciado, 2010: 70).

Buena parte del movimiento feminista siguió esta división genérica de los discursos pornográficos y eróticos, y se mantuvo hostil hacia lo pornográfico, denunciado como una humillación machista y pública de la mujer. Esta postura antipornográfica ha reaccionado y presionado por el control de estas expresiones. En estas campañas militantes contra el porno, los argumentos feministas muchas veces convergieron con los de la derecha política, puritana (Gubern, 2005; Vance, 1989; Rubin, 1989)³⁶.

³⁵ En su análisis de la revista *Playboy*, Preciado (2010) destaca que, curiosamente, el fotógrafo que más influyó en la creación de un estilo propio en *Playboy* no fue un hombre, sino la fotógrafa americana *Bunny Yeager*, rompiendo de esta manera con las críticas esencialistas contra el 'ojo masculino' y el 'sexismo masculinista' de la revista.

³⁶ Esta posición antipornográfica del feminismo tiene sus detractoras, que prefieren indagar el origen del atractivo del porno, que apoya la pornografía, sosteniendo que puede enriquecer los intercambios sexuales (Vance, 1989; Rubin, 1989). Aquí se ubica la cineasta *Erika Lust*, con su *Porno para mujeres* (2008).

Frente a estos discursos, Preciado (2010) redefine lo pornográfico en relación con la revista *Playboy*, como:

“... el modo en que hacía irrumpir en la esfera pública aquello que hasta entonces había sido considerado privado. Lo pornográficamente moderno era la transformación de *Marilyn* en información visual mecánicamente reproducible capaz de suscitar efectos corporales” (Preciado, 2010: 27).

Desde esta perspectiva, lo pornográfico no era la utilización de ciertas fotografías consideradas obscenas por las instancias gubernamentales de censura y vigilancia del decoro, sino la exposición de lo secreto, lo íntimo. Y en este sentido, la línea de frontera con el erotismo también se desdibujaba.

Maingueneau (2008) sostiene que la pornografía no se contrapone al erotismo, sino que forma pareja con él. En la permeabilidad de los dos regímenes, lo erótico pretende ser superior por su rechazo a lo pornográfico, mientras que lo pornográfico se presenta como un discurso verdadero frente a la hipocresía del erotismo que pretende ocultar lo inocultable. Existe para el autor un contraste entre las respectivas estrategias de escritura pero se debe evitar medir al uno con la misma vara que al otro. El campo del erotismo se halla más vinculado con la estética, el doble sentido, lo indirecto, etc., y es por ello que la literatura mantiene una relación privilegiada con él. Como ella, juega con el desplazamiento y el ornamento para seducir al lector (Maingueneau, 2008). En esta línea, el lenguaje del erotismo supone, por ejemplo, palabras cuyo acto de nombrarlas implica una transgresión. Ahora bien, cuando estas palabras pasan a nombrarse desvergonzadamente puede pasarse de la transgresión a la indiferencia. El lenguaje soez cae así en la degradación y el rebajamiento (Bataille, 2010).

Durante la época muchos países despenalizaban la venta libre de la pornografía. Ahora bien, liberada de su espíritu transgresor, ya no era un objeto codiciado como antes:

“La venta libre de pornografía en Dinamarca tal vez sea el síntoma más característico de la nueva actitud de tolerancia en este campo. Leo Madsen, a quien se considera el rey de la pornografía, empezó hace siete años a edificar un imperio editorial basado en revistas obscenas. El consideraba su obra como una cruzada. Pero ahora que la pornografía está legalizada, Madsen encuentra que el negocio se acabó. Sin embargo, se siente personalmente animado por la falta de interés en su producto. ‘Reconozcámoslo –dice-, la gente no quiere pornografía. Lo que quiere es amor’” (“Experimentos matrimoniales, *Life* Vol. 34, Nº 7, 06/10/69: 49).

Ante la falta de grilletes para contenerla, la pornografía perdía en parte su sentido transgresor. El amor iba pasando a ser un nuevo tabú y transgresión. Como temática entraba perfectamente en la órbita del erotismo, ofreciendo no sólo una puesta en discurso del deseo y el placer, sino también sentidos referentes a la pasión o el romance.

3. Sentidos del goce

El goce erótico asociado a un sentimiento de libertad, plenitud y plétora, supone para Bataille (2010) una experiencia personal, íntima, contradictoria, de lo prohibido y de la transgresión. Se relaciona también metafóricamente con el fuego o lo que arde y así era narrado en las historias de amor: "... su piel respondía a la suya, su sangre ardía junto a él" (Vivir y morir, *Maribel* N° 1618, 10/03/64: 65).

También se lo simboliza como "...la experiencia de un estallido, de una violencia en el momento de la explosión" (Bataille, 2010: 98), un desequilibrio, un desorden, una perturbación erótica que da un sentimiento que lo supera todo y hace vacilar "...el expresivo orden de una realidad parsimoniosa y cerrada" (: 110). El éxtasis supone desviación, arrobamiento, como una manera de liberarse de la conciencia de sí y confundirse con el universo, por medio de una exuberancia que atenúa la facultad de discernimiento.

La experiencia orgásmica que hace que la satisfacción sexual sea vivida como una experiencia magnífica, superior, sin parangón con ninguna otra experiencia de satisfacción de deseos (Adissi, 2006), supone también una embriaguez, en un estado en que el goce supera las posibilidades que había considerado el deseo. Las narrativas rosas en las revistas femeninas, relacionaban lo erótico al delirio, lo embriagador, la pérdida de la conciencia, mezclando pasión y hasta reproducción:

"Hombre y mujer. Delirio. La suma de un delirio. Y un deseo insaciable de alcanzar y traspasar las fronteras que encierran a cada criatura.

-Bernardo... -suplicó Nina lánguidamente, con una voz distinta, casi religiosa-. Quiero un hijo; un hijo nuestro... ¡Dámelo, por favor!

-Calla, Nina, calla ahora... -susurró él, hundido en la embriaguez que lo arrastraba y deglutía en ráfagas de locura. [...] Un silencio tenso y grave llenó todos los huecos, se extendió sobre ellos; alrededor de ellos" ("Los frágiles paraísos", *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 30).

El goce se relacionaba a lo voluptuoso, como deseo de exceso, irrefrenable:

“El aire, cálido y voluptuoso, desleía la voluntad, mandaba en las venas como si fuera el más embriagador de los vinos... Los hombres eran como lobos... Y las mujeres como ella, acababan por ser sus presas” (“Vivir y morir”, *Maribel* N° 1618 10/03/64: 41).

En este marco, el goce unido a la transgresión era desequilibrante, desbordante, pero permitía recobrar luego el orden:

“Sí, el amor los amparaba contra la hostilidad del mundo, devolviéndoles el equilibrio, borrando todos los miedos, y las fórmulas usadas, y las palabras envejecidas” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 30).

La voluptuosidad se comprendía como un género de placeres violentos, inciertos y provisionales, al que se tendía por la fuerza de un deseo.

3.1 Fulguraciones del deseo

El deseo sexual era comprendido desde el psicoanálisis como una energía salvaje e imperiosa, que recorría todo el cuerpo y se concentraba en determinadas ‘zonas erógenas’ y que además, se oponía a la ley.

Foucault criticó esta idea de un deseo original y a la vez reprimido; que situaba a las disposiciones sexuales como impulsos prediscursivos, con un objetivo y un significado previo a su aparición en el lenguaje y la cultura (Butler, 2007).

Judith Butler (2007) sostiene que el deseo no está dado sino que se construye y se prohíbe; pero a la vez se desplaza, fluye o persiste en torno de algunos objetos. Su carácter es imaginario, fantasmático, por tanto, “...pone de manifiesto que el cuerpo no es su base ni su causa, sino su ocasión y su objeto” (: 159). Su condición imaginaria sobrepasa al cuerpo físico; por ello la suposición que une el deseo con un origen meramente corporal es una fantasía literalizadora.

Ante el problema de “la ubicación o la prohibición de los placeres en zonas ‘erotogénicas’ específicas” (: 156), Butler aduce la existencia de una ley diferenciadora de géneros que dictamina, concreta y prohíbe placeres, clasificándolos, naturalizándolos en zonas del cuerpo. Cuando se afirma que los placeres radican en el pene, la vagina y los senos o que surgen de ellos, tales descripciones pertenecen a un cuerpo que ya ha sido construido o naturalizado como concerniente a un género específico, es decir, “...algunas partes del cuerpo

se transforman en puntos concebibles de placer justamente porque responden a un ideal normativo de un cuerpo con género específico” (: 158).

Desde una teoría de la performatividad Butler procura demostrar que los placeres corporales no son causalmente reductibles a esta esencia presuntamente característica de cada sexo. Rebate la idea de una supuesta continuidad entre sexo, género y deseo; y su complementariedad en un binarismo de género.

La autora recupera una mirada psicoanalítica de corte lacaniano para pensar el deseo y la ley. En esta línea otro autor que ha seguido un enfoque lacaniano ha sido Roland Barthes.

Barthes (2001) sostiene que el deseo es la espera y se asocia a la falta: “...el deseo, lo es de carecer de lo que se tiene –y de dar lo que no se tiene: cuestión de suplemento, no de complemento” (: 246). Y aduce que la cultura de masas suscita el deseo a través de su organización, como una máquina de mostrar el deseo: “...he aquí lo que debe interesarte, dice, como si adivinara que los hombres son incapaces de encontrar por sí solos qué desear” (: 158). De esta manera, el deseo es modelado según posicionamientos y expectativas sociales, por tanto, es regulado y clasificado.

Cabe preguntarse cómo se construía el deseo erótico en los discursos de las revistas femeninas de los '60. Puede responderse que las fantasías femeninas se ponían en discurso a través de varios recursos, incluidas las figuraciones del placer, las alusiones a la actividad sexual, las escenificaciones eróticas basadas en ciertos clichés, las temáticas prohibidas que se ponían en relato. Las próximas páginas están destinadas a analizarlas.

3.2 Alusión e ilusión: las fantasías

La puesta en palabras del deseo no deja de ser problemática: “Qué decir acerca de esa actividad frenética y muy poco elegante que es entregarse al deseo” dice Ercole Lissardi (Picabea, 2013: 2), quien entiende por erótica “...a la proporción de obras que tratan temas eróticos, o sea, del deseo” (: 2).

En la experiencia de las *aphrodisias* se entendía que la expresión del placer y del deseo poseía una fuerza singular que estaba “...más allá incluso de las palabras” (Foucault, 2011b: 18). En este sentido, cabe pensar en una

imposibilidad propia del deseo de ser verbalizado, tal como sostiene Butler (2007):

“En su lugar aparece el signo que está apartado de manera parecida del significante y que desea recuperar ese placer irrecuperable en lo que significa. El sujeto, que se crea mediante esa prohibición, sólo habla para trasladar el deseo hacia los reemplazos metonímicos de ese placer irrecuperable en lo que significa. El lenguaje es el remanente y una realización alternativa del deseo no saciado, la elaboración cultural variada de una sublimación que nunca se sacia realmente. El hecho inevitable de que el lenguaje nunca consiga significar es la consecuencia necesaria de la prohibición que es el fundamento de la posibilidad del lenguaje y que determina la futilidad de los gestos referenciales” (: 114).

Para Bataille (2010), el deseo es irreductible, por tanto hay una dificultad de hablar de la experiencia erótica que, además, “...nos obliga al silencio” (: 258), al secreto, para conservar su halo de fantasía.

En los '60 el lugar de lo íntimo y lo secreto se desplazaba. La experiencia erótica seguía situándose fuera de la vida corriente, pero ya no ocupaba un lugar tan al margen de la comunicación de las emociones. Como tema prohibido empezaba a ser cada vez más publicitado.

La perspectiva foucaultiana rebate esta idea del secreto. Foucault (2011a) ha sostenido que del sexo se ha hablado prolíficamente, especialmente desde mediados del siglo XIX pero al decir esto se refiere a la proliferación de discursos de la sexualidad que no eran específicamente discursos eróticos, aunque no dejaran de estar investidos por el placer y el deseo.

Los discursos eróticos ponen en palabras e imágenes al deseo y las fantasías, y a la vez se construyen a sí mismos como objetos de deseo. En esa puesta en discurso del deseo se producen efectos de desplazamiento, reorientación, intensificación y modificación del deseo mediante la construcción de fantasías. Éstas últimas se presentan como figuraciones o, más bien, fulguraciones del deseo, ilusiones con las cuales se pretende suscitarlo.

El reino del erotismo es el de la sugestión o la alusión. En los discursos eróticos, la producción de placer se relaciona con el placer de la mirada o de la inmersión, desde la lectura, en una narrativa erótica que va desnudando aquellos actos que deben mantenerse en secreto.

El erotismo juega con la fantasía, lo ilusorio: “El campo del erotismo está condenado a la astucia. El objeto que provoca el trance de Eros se da por distinto de lo que es” (Bataille, 2010: 275). Se relaciona con la fechoría y lo no dicho, se deja entrever, como en esta nota periodística que relataba una historia de Valentino: “La rubia y riquísima viuda *lady* Barrimore lo recibe en su dormitorio. El diálogo dura dos horas. Luego, ambos descienden al hall. La lady se ve rozagante y rejuvenecida” (“Rodolfo Valentino”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66: 141).

Su juego se fundamenta en el ocultar y el mostrar (Perrot, 2008), por eso, las imágenes que excitan el deseo suelen ser turbias y equívocas (Bataille, 2010), al modo de figuraciones o fulguraciones donde el deseo se suscita en el intersticio entre lo expuesto y lo que se esconde.



Figura 95: Publicidad 'Ann Dey', Para Ti, 1967.

Las imágenes eróticas insinúan el deseo: “El licor que se toma ‘juntos’”, proponía una marca licorera, con la mirada penetrante de una mujer con dos copas en la mano (Publicidad *Liquore Strega*, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67: 3). El anuncio sugería una escena íntima, como espacio para la imaginería erótica.



Figura 96: “El licor que se toma ‘juntos’”, Publicidad *Liquore Strega, Para Ti*, 1967.

Las fantasías se construyen mediante tópicos como los de la prohibición, la tentación, el secreto, lo misterioso, lo peligroso. El placer que surge desde el sentimiento de lo prohibido (Bataille, 2010), se sitúa en medio del complejo de prohibiciones que lo limitan. Barthes (2001) comparte esta mirada al sostener que: “...si es verdad que no hay deseo sin prohibición [...] es preciso, por un lado, que esté presente como prohibido (sin lo cual no habría deseo válido)” (: 159). Por supuesto, éste no está siempre prohibido, sino sólo en determinados casos.

En las revistas femeninas, la transgresión erótica se asentaba en el dejar entrever lo secreto: “Lo que genera placer es el paso incesante de uno a otro de los polos opuestos, la transformación de lo privado en público opera como un mecanismo de excitación sexual” (Preciado, 2010: 59). Así se producía, se difundía y se consumía en pequeñas dosis a través de esas páginas.

3.3 Escenas eróticas: el contacto corporal

Las escenas eróticas figuraban al placer y el deseo erótico. En los textos ficcionales de las revistas femeninas analizadas, las secuencias eróticas implicaban una sensualidad narrativa. Éstos no eran precisamente obras eróticas pero contenían casi obligadamente este tipo de secuencias discursivas que admitían perfectamente el disfrute. A pesar de –y en relación con– sus contenidos moralizantes, las narrativas rosas ofrecían a las lectoras escenas estimulantes para

la imaginación erótica y hasta podían funcionar como una escuela de saberes y técnicas de seducción, que quebrantaban algunas inhibiciones sexuales.

Algunas escenas estandarizadas transformaban al erotismo en cliché, especialmente en relación a los espacios y situaciones donde tenían lugar, por ejemplo, la noche, que formaba por lo general parte de la escena, como momento erótico privilegiado.

La voluptuosidad se desplegaba en las narraciones e imágenes del contacto corporal. Las escenas eróticas se resolvían por ejemplo, con el beso, que ocupaba un lugar privilegiado. Se ponían en relato las sensaciones del cuerpo por ‘el roce de unos labios’, en el marco de una escena: “Llovía, estaban en la bohardilla de él, y se besaron...” (“Aquel roce de unos labios”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60: 6). Las narrativas reiteraban una y otra vez los besos apasionados de los amantes: “El espejo brillaba como un fanal pálido en la penumbra, sumiéndolos en una oquedad densa y sombría de besos; de locas caricias que sofocaban las palabras” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 30). La secuencia podía componerse de una sucesión de acciones esperadas como la de acariciarse, quitarse la ropa, recostarse, dando preeminencia a la narración de las sensaciones corporales:

“...sintió el tibio calor de su carne [...] poniendo sobre los labios de la amada su boca temblorosa. La muchacha se abandonó a la caricia, se estremeció entre los robustos brazos que la estrechaban” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N°1461, 14/02/61: 22).

En las imágenes, la mirada de los amantes dirigida hacia la boca insinuaba pasión. Cuando los actores abrazados miraban mutuamente las bocas uno del otro, lo que se sugería era la fusión del beso.

líneas con una especie de sensual avidez, sintiendo al contacto del papel algo irrazonablemente físico que la conmovía y exaltaba” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 28).

El juego con el contacto ínfimo de la piel era muchas veces parte de las estrategias publicitarias de perfumería caracterizadas por hacer uso reiterado de la sugestión y la sensualidad ligadas a los sentidos del tacto y el olfato.



Figura 99: “Encantador, sugestivo... y francés”, Publicidad *Carven*, *Femirama*, 1967.

Las significaciones del beso también se analizaban en las revistas, desde discursos de corte argumentativo. Como con otros tópicos, el sentido de la acción de besar estaba generizado, revestía diferentes significaciones para varones y mujeres:

“Hablemos del beso. Para el hombre carece de esos incentivos afectivos que la mujer coloca en primer plano. Besar a una muchacha jamás ha significado para un hombre comprometer su futuro. El beso es para ellos el preludio de una concreción amorosa. La muchacha, en cambio, se dice: ¡Cuánto lo quiero! Lo considera un medio de expresión amorosa, una medida cabal de su amor” (“Mi marido no es el mismo”, *Maribel* N° 1677, 11/05/65: 32).

El beso en espacios públicos era muchas veces una transgresión al orden público. Un discurso progresista, no sin cierto romanticismo, abogaba por el besar como un

derecho: "...se trata del derecho de los novios a besarse en los bancos de los jardines públicos a la hora borrosa y sentimental del crepúsculo" ("Besos en primavera", *Maribel* N° 1474, 16/05/61: 70). Cuestionaba su censura y represión en los espacios públicos:

"Algunas veces ha tenido el mal pensamiento de sospechar si los policías celosos no serán simplemente envidiosos. ¡Hay tantos puritanos que no son sino ayunadores del amor! Sin descartar a algunos de los voluntarios de esas ligas de moralidad que se dedican a cachear rincones oscuros, bancos apartados, troncos de árboles demasiado copudos, como detectives de la debilidad humana [...] Jovencitas y jovencitos de Palermo: en Londres, al menos, besarse nada más, y abrazarse un poco, no es delito ni falta. Es... juventud" ("Besos en primavera", *Maribel* N° 1474, 16/05/61: 70).

Pero entonces, la potencia erótica se hallaba justamente en infringir las convenciones censuradoras o represoras. El sentimiento de lo prohibido al realizar una acción vedada abonaba la escena del placer y el deseo.

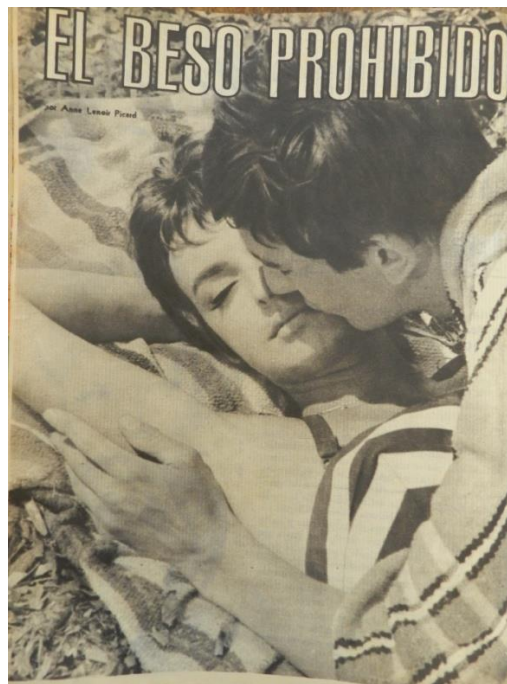


Figura 100: "El beso prohibido", *Maribel*, 1964.

3.4 Lo prohibido

Las narrativas rosas se hallaban plagadas de amores prohibidos. Su fuerza erótica radicaba en la transgresión de la veda, lo cual generaba gozo y angustia a

la vez: "... nadie sabría que ella se iba porque amaba a un hombre prohibido. El mismo hombre que amaba a su hermana" ("Historia prohibida", *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 11).



Figura 101: "Historia prohibida", *Maribel*, 1960.

La experiencia del erotismo requiere del sentimiento de angustia por infringir la prohibición, sostiene Bataille (2010). En este punto donde se vincula al placer intenso con la angustia, juega su rol una sensibilidad religiosa, basada en la culpa.

La prohibición supone la creación de deseos, acciones e, incluso, prácticas sociales relacionadas con la erotización de ese tabú (Butler, 2007) y el goce adicional de jugar con lo prohibido:

"Sintió como si se tratara de otra mujer el aliento tibio de Ricardo en su cuello. Junto a su boca. Desesperadamente, vio llegar los labios de él y estallar, con miedo, con culpa, en los suyos.
Entonces, había vibrado su sangre. Su alma. Su piel.
Y había tenido que recurrir a todas sus fuerzas para que él se fuera sin besarla otra vez..." ("Historia prohibida", *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 30).

La experiencia juzgada culpable y cargada de pecados tiene "... un sabor más áspero: el atractivo del fruto prohibido" (Bataille, 2010: 244), más aún cuando se relaciona a la perversión:

“Una ráfaga de aire caliente le golpeó la cara, se le deslizó por el cuello, por el pecho. Toda su carne se estremeció. Pensó en las otras. Esas que como Nina Azcárate conocían las caricias del hombre. Pero ella no. ¡Ella nunca! Si por lo menos no fuese tan estúpidamente honesta... Quizá podría aún conocer los secretos del amor... Había por las calles, de noche, tantos hombres solos, aburridos... Imaginó perversas aventuras que le erizaron la piel” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 28).

Desde la prohibición, el erotismo puede ser juzgado como una actividad degradante. Y en esa misma mancha radica otro potencial de lo voluptuoso:

“-¡No me mires! –ella se apartó trezándose con rapidez el cabello, sosteniendo las horquillas entre los labios-. ¡Debo parecer una gitana! ¡Y soy como las gitanas! ¡Vengo a la orilla del río a hacer el amor! [...]
-¿Por qué?
-Porque estoy fea y sucia...
-Sucia de mi amor, de mis caricias... -le levantó la cara, la besó en los párpados y en las mejillas mientras seguía-. Quisiera verte siempre así... Que nunca te limpiaras... ¡Que cada mancha quedara para siempre en tu piel, para que no pudieras olvidarte de esto! (“La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 29).

Las narrativas asociaban lo degradante a la dimensión de la animalidad, de lo salvaje, que, lejos de los discursos racionales de la sexualidad, se asociaban al erotismo:

“Se había entregado a Paolo con el ímpetu de un animal, de una hembra joven, sin preámbulos ni requisitos... ¡Ni siquiera le había pedido que le prometiera casarse con ella! ¿De qué le hubiera valido?” (: 30).

El goce orgásmico implicaba una pérdida de control sobre sí misma, se volvía un emblema del desorden del mundo avivado por las formulaciones peyorativas, morales o científicas, frente al mismo (Muchembled, 2008). El goce sexual femenino aunaba placer y sufrimiento.

3.5 Goce o padecimiento del placer

En todo placer está presente el sufrimiento, pues no existe un placer puro. Así, el goce supone ambas caras: la propia excitación se manifiesta como una tensión y toda tensión tiene un carácter displacentero, pero lo destacable es que es también vivida como placentera (Adissi, 2006).

El trastorno angustioso, que aprieta la garganta, aparece como parte del placer erótico (Gubern, 2005) y funda su vínculo inextricable con el dolor. Las

sensaciones voluptuosas se presentan como una experiencia corporal ambigua que mezcla satisfacción e insatisfacción.

En las revistas femeninas de los '60, las narrativas ficcionales o la puesta en relato de la vida de los famosos jugaban con esta intrincada trama de sensaciones. Por ejemplo, un ícono erótico como Jane Fonda se caracterizaba por su 'turbulenta vida'. Una imagen mostraba a la actriz junto a un partenaire sexual en un filme, que remitía a una sensación de goce mitigado por la angustia o trastorno.



Figura 102: “La turbulenta vida de Jane Fonda”, *Maribel*, 1964.

Las historias describían al orgasmo femenino como una mezcla de placer y dolor:

“Era ella la que gemía...

Se sorprendió de su urgencia, de su propia voz... Se sorprendió y al mismo tiempo supo que ella era verdaderamente esa, esa mujer que tiraba abajo sus propias defensas, que arrullaba, que gemía, que suplicaba...

Con los ojos cerrados, no se resistió cuando él la arrastró hacia el fondo del huerto, hacia el bosque. Se dejó llevar ansiosa y al mismo tiempo temblando, con las manos abandonadas a los costados, como desmayada, pues sabía lo que iba a suceder... Y cuando cerca del río —el río estaba allí, oía su voz vieja, la voz que había acompañado sus soledades de niña y de muchacha y luego su vasta, exasperada soledad de mujer-, al reparo de unas matas que la luz lunar transformaba en exóticas ramazones de plata. Paolo cayó sobre ella y el perfume de los tréboles aplastados fue el perfume mismo del amor; no luchó, no se negó, ni

siguiera profirió una queja cuando el dolor inauguró su carne, pues aquel dolor, como el del alumbramiento, era un dolor vivo, casi alegre, un dolor de vida...” (“La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 27).



Figura 103: “La hiedra”, *Vosotras*, 1961.

El orgasmo femenino se ponía en relato junto a la fascinación que derivaba de su halo misterioso, invisible o inverificable, difuso:

“Y en el último instante, la cabeza rodando en una agonía sobre la hierba, sus pechos blancos de luna en las manos de Paolo, el éxtasis pesándole en los párpados con su promesa liberadora, su arrullo se convirtió en un grito ronco, áspero, salvaje, que hizo enmudecer a los nocturnos habitantes del bosque y sonó bajo el cielo negro, bajo los árboles negros, como la voz misma de la creación” (“La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 28).

La publicidad también hacía uso del atractivo de la escenificación del goce y su relación con la interpretación voluntaria del placer femenino, es decir, la posibilidad de la mujer para simular el orgasmo como un frenesí de lo visible mediante la imagen de la mueca en su rostro en el instante de éxtasis y en la repetición de la frase: “y otra vez” (Publicidad *Cremestick Coty, Femirama* N° extraordinario, 04/68: 223).



Figura 104: “Otra vez...” Publicidad *Cremestick Coty*, *Femirama*, 1968.

El encuadre elegido era el rostro femenino con su expresión dislocada por el goce, entre el placer y el dolor, momento que en el erotismo se constituye en espectáculo supremo, como culminación del rito, junto a la reiteración de eventuales exclamaciones características que impiden, por supuesto, verificar la autenticidad del orgasmo femenino, sujeto a una relativamente fácil simulación.

Las imágenes del éxtasis presuponían un goce estético, hablaban de una potencia fascinante y misteriosa del desborde femenino. A través de estas estrategias, el placer, pasaba en los '60 a ser un efecto del tráfico continuo de información e imágenes (Preciado, 2010). La sensualidad vergonzosa del cuerpo se ponía en tela de juicio por la irrupción en las escenas pública y privada del orgasmo femenino (Muchembled, 2008).

En las imágenes, el erotismo suponía una estética y una construcción semiótica de la mirada erótica. Entre las superficies de significación erótica, el aspecto visual de estas discursividades operaba como una poderosa estrategia de captación.

A diferencia del porno más común, polarizado por la genitalidad, las construcciones del erotismo fijaban el deseo en el rostro, el busto femenino o las piernas, a través de la sinécdoque. La selectividad del encuadre hacía de la imagen un medio para reconstruir los trayectos de la mirada. La escena propiamente

sexual era suprimida mediante la elipsis o sustituida por una metáfora (Gubern, 2005), con formas alusivas para referirse al acto sexual que remarcaban el carácter pecaminoso del sexo que seguía operando.

El erotismo, una actividad paradójica, mezcla de goce y dolor, de pasión y peligro, de inocencia y culpa, suponía tanto la vida como la muerte. Sin estas paradojas, la actividad erótica se convertía, según Bataille (2010), en un horror o en una trivialidad, como actividad comercial, como práctica higiénica o mera diversión.

3.6 La muerte erótica

La actividad erótica no es para Bataille (2010) un ‘exilio de la muerte’, tal como la comprende Foucault (2008a), sino que supone en sí misma, una pequeña muerte. El goce entrelaza muy íntimamente el disfrute físico con ese sentimiento. El erotismo es una exuberancia de la vida hasta en la muerte como experiencia del “...aspecto lujoso de la muerte” (: 63).

El orgasmo, comprendido como una muerte pequeña, como “...verse uno al otro morir y resucitar un momento después” (Muchembled, 2008: 144), pone en escena la dimensión mórbida de la sexualidad, traduciendo a la vez una fascinación, una curiosidad y un miedo al cuerpo.

La unión entre placer y sufrimiento que identificaba a la voluptuosidad femenina podía llegar a simbolizarse como desbocada y hasta demoníaca, hilando una metáfora aterradora que vinculaba a la llamada muerte pequeña del orgasmo con sufrimientos asociados a los tormentos eternos de las pecadoras.

La actividad erótica implica una pequeña muerte además, por la fusión, la supresión del límite, la indistinción y confusión de objetos distintos, lo cual hacía desaparecer al yo, a la unidad, como un momento de disolución del sujeto: “Toda operación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta el punto del desfallecimiento” (Bataille, 2010: 22). Eros y Tánatos, pulsión de vida y pulsión de muerte, no se oponen desde esta mirada, sino que más bien se implican. La muerte ejerce una fascinación erótica.

Las narrativas rosas ponían en relato este entrelazamiento pasional entre la vida y la muerte:

“Se darían el uno al otro perdidamente. Y desde ya, rendida, complaciente, experimentaba esa misma fiebre que la envolvía cuando ella y Bernardo se entregaban a su amor.

¡Qué largas las horas!

¿Cuándo palidecería el cielo y, apagándose las estrellas, comenzaría a surgir el alba?

Y, entretanto, ella recordaba detalle por detalle, el placer y la angustia de que estaban compuestos sus encuentros con el amante. La ansiedad, la ilusión... todo ese bagaje de que se componía la aventura. La única de su corta vida, saboreada con su piel, con todos sus sentidos. Por la que podía vivir o morir” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 29).

El goce erótico podía ser destructivo y las pasiones fervorosas pero a la vez fulminantes. Esta dimensión fulminante de la pasión amorosa, que entrelazaba lujuria, placer y defunción, se simbolizaba muchas veces con la imagen de la mujer desnuda y desvanecida, como la cautiva que se desmaya para sobrellevar el oprobio, actualizando la tradición del rapto, el sexo y la violencia:

“Tómame y llévame lejos. Lejos de Ricardo. Lejos de la vida...

Y Gabriel la miraría. Y la besaría. Y ella sentiría sobre sí aquella pasión húmeda, falsa, casi fruto del instinto” (“Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 30).



Figura 105: “Si usted quiere morir en sus brazos”, Publicidad Colonia Valet Gillette, Femirama, 1967.

En la idea de la conquista seguía presente la idea de la captura: “...aprisionó a la joven entre sus brazos con tal fuerza que a Olga le fue imposible resistir por más tiempo” (“El secreto de Olga”, *Maribel* N°1461, 14/02/61: 22). Se sostenía que las mujeres deseaban ser capturadas. Una imagen simpática del rapto era utilizada por la publicidad de crema *Pond's* (*Femirama* N° extraordinario, 04/68: 225).



Figura 106: “Un momento...!” Publicidad *Pond's*, *Femirama*, 1968.

En el extremo de la conjunción del eros con su par destructivo, la pasión erótica se asociaba a la violencia. El amor-pasión comprendido como “sentimiento violento” (“El amor a primera vista”, *Maribel* N°1438, 30/08/60: 7), se vislumbraba tanto en las narrativas eróticas como en las publicidades:

“Las manos del hombre, enredándose en los cabellos de Nina, echaron hacia atrás, y con violencia, su cabeza. La boca se apoderó de aquella otra boca. Las caricias recomenzaron salvajes, desesperadas” (“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64: 30).

La marca de automóviles *Falcon* en 1969 retrataba una erótica de la violencia asociada al amor con la figura de un gran corazón que incluía dentro de sí, a modo

de ruegos masoquistas: “Castigame, maltratame, explotame, soy todo tuyo. *Falcon*”.³⁷



Figura 107: “Castigame, maltratame, explotame, soy todo tuyo”, Publicidad *Falcon*, 1969.

Una puesta en escena del juego entre violencia y erotismo, como parte de un *happening* del Instituto *Di Tella* era registrada por una crónica de la revista *Gente*, en 1966:

“Claro, los hombres se pusieron muy agresivos con las muchachas. Parecía que las estaban castigando. Pero no: esa era la intención del espectáculo. Después del placer viene el dolor. [...] Lo cierto es que en la lucha entre hombres y mujeres [...], bikinis y melenas, quedó un saldo de nada. ¿Qué se quiso demostrar? ¿Que el hombre es más fuerte que la mujer?” (“¿Adónde llegará esto?”, *Gente* N°73, 15/12/66: 9).

La poderosa tensión entre el peligro y el placer sexual se desataba en los vaivenes entre el constreñimiento, la represión, y a la vez, la exploración y el goce. El deseo que también “...es siempre una fuerza terriblemente destructora” (Muchembled, 2008: 305), se relacionaba al valor de atracción que ejercía lo peligroso.

³⁷ No casualmente durante la década siguiente, esta marca de automóviles sería signo de la represión militar.

Una interpretación erótica del peligro implicaba un deseo desbordado e incontrolable que no podía ser raptado, ni encerrado, ni comprendido. Las historias de amor narraban este aspecto seductor de la muerte.



Figura 108: “Ella y la muerte”, Maribel, 1965.

Pero la dimensión de la muerte se hallaba incluso en la ternura, como otra forma del amor que, sin embargo, según Bataille (2010), introducía “...en el ansia de los corazones el mismo elemento de desorden, la misma sed de desfallecer y el mismo regusto de muerte” (: 246) que se hallaba en el ansia de los cuerpos.

“Se acercó a ella y le apoyó las manos en los hombros; luego la atrajo hacia sí y besó su boca temblorosa, hondamente turbado por su inmovilidad, en tanto ella sentíase desfallecer en sus brazos y suspendida en ese minuto perfecto, estremecida más allá de su carne, pensaba: ‘¿Por qué no me moriré ahora?’” (“¿Es suficiente amar?”, *Para Ti* N° 2400, 08/07/68: 24).

La sensualidad trastocada en ternura era una forma equilibrada y moderada del amor, que se manifestaban a través del abrazo, la caricia, cumpliendo el sueño de unión total con el ser amado a través de una afectividad y un goce asociado a una calma casi mortuoria.

Además de esta seducción de la muerte, otras variables funcionaban como prohibiciones que tentaban a la transgresión erótica. La clase y la raza eran

parámetros sociales que podían ser quebrados mediante la fusión e indistinción que instalaba el erotismo.

3.7 Eros, clase y raza

Como en el amor, los prejuicios de raza y clase jugaban su papel en la transgresión erótica. Los preconceptos racistas presentes en la sociedad argentina de la época se hacían patentes en las revistas femeninas. Mientras las historias de amor se asentaban en el triunfo del sentimiento a pesar de las diferencias, los discursos eróticos alimentaban las fantasías en torno a estos preconceptos.

En cuanto a las relaciones interraciales o interétnicas, una escena tipificada obedecía a la fantasía de la rendición erótica de la mujer burguesa y blanca, europea, ante el poder viril en su estadio más brutal y primitivo, encarnado por el hombre de raza negra o amerindio: “Ese hombre oscuro, con aire gitano, es el que transforma a la blanca y germana condecita de arrebatos de niña en la diosa sensual del siglo XX” (“184 centímetros de fama y elegancia”, *Gente* N°190, 13/03/69: 70).

El varón oscuro manchaba la palidez asociada a la inocencia de la mujer blanca y la incitaba a la transgresión erótica. Y por él, ella sucumbía.

La fantasía funcionaba también con la relación de género inversa, la del varón europeo y la mujer salvaje o nativa, junto a la transgresión de los órdenes de clases sociales (“El amor de un hombre”, *Para Ti* N° 2420, 21/11/68: 6).

En una ambientación autóctona, varias historias narraban la llegada de chicas ‘del interior’ a la capital, con la finalidad de trabajar como empleadas doméstica: “Vino a Buenos Aires como tantas, apretando un mundo de ilusiones en sus manos frías y enrojecidas. No, no imaginaba que tan pronto buscaría el camino de regreso” (“Linda”, *Maribel* N°1640, 08/64: 27). En estos relatos, los prejuicios de clase y la discriminación racial se entrelazaban con otros tabúes y situaciones sexuales que podrían ser consideradas perversas:

“...no aguanto esas manos negras sobre mi plato. Arreglátelas para que no me ande manoseando la comida [...] ¿La hiciste bañar?
-Sí, además aparece limpia; le revisé la valija.
-¡Pero ese color, che; ese color!
‘Andá, hace el racista ahora. Ese color, ese color... Claro, la miss rubia te gustaba porque se hacía la gata por los rincones y se te apoyaba en el hombro cuando servía la comida. Claro que cuando hubo que pagarle sueldo a fin de mes se te acabaron

las ganas de preguntarle 'how do you do' y sacar a relucir tu lastimoso ciclo básico, aprenda inglés por correspondencia. Por lo menos con esta negrita...'

-Uno nunca sabe si están enfermas. Acostumbrados a dormir amontonados en esos ranchos. No vaya a ser que nos meta la boca en los vasos. ¿Le dijiste que se lave la boca aparte?

-Le dije.

-Los microbios se te pueden filtrar en cualquier momento.

'Y el lápiz de labios de la inglesa seguramente venía esterilizado, ¿no?'

[...] Sabés que siempre fui delicado con estas cosas. Europeo che, ciento por ciento europeo. No puedo evitarlo, me revientan los aborígenes. Debe ser una fijación infantil. Desde que tuve la 'nurse alemana'.

'Sí, dale, empezá con la historia de tu niñez ahora. La institutriz alemana que te bajaba los pantalones y te hacía cosquillas mientras tu madre se decía de todo con tu padre en la habitación de al lado'" ("Linda", *Maribel* N°1640, 08/64: 27).

Esta historia, cargada de detalles perversos, hacía uso de la fascinación de la 'mancha' que ejerce una piel oscura sobre una piel pálida y narraba elípticamente la violación de la empleada por parte del empleador:

"La puerta entreabierta.

-Abrí de una vez.

[...] El olor fuerte, insoportable. El olor del vino blanco o del whisky o de las dos cosas mezcladas.

[...]El olor en la cara, haciéndole picar los ojos.

Y las manos tendiéndose, temblorosas, agitadas.

-¡Sos linda; nunca te dijeron que sos linda!

[...] Linda, linda, linda. Las manos encima, empujándola. Y el olor fuerte, pegajoso, repugnante [...]

-Vení, vení, no seas arisca.

'No, no, no. ¿No!'

-Linda, linda, linda.

'No'.

-Sí, cerrá. Dejá, cierro yo.

Dejá, cierro yo, dejá.

-Linda, linda mía. [...] El olor a vino inundándola. La puerta cerrada" (: 30).

Las narraciones hablaban de violaciones, pero también de los acosos sexuales, como persecuciones obsesivas de varones hacia mujeres:

"Nadie le había explicado nunca qué significado podía tener esa palabra que ahora comprendía tan bien. Acosada. Así se sentía: acosada. Y sin valor para nada más que para dejarse arrastrar por cualquier marea" ("Las diez en punto de la noche", *Maribel* N° 1611, 21/01/64: 65).

Las ficciones contaban historias de jóvenes que comenzaban a trabajar y caían

bajo el acoso de sus empleadores, o en la prostitución.

“... ella era distinta, era mucho más hermosa. Se lo decían los hombres por la calle. Se lo decían los compañeros de trabajo.

Y se lo dijo el patrón, con la voz gangosa, con la voz ronca, cerca de la oreja, casi besándola. Le dijo:

-Una chica como vos no tiene por qué doblarse sobre la máquina y arruinar así su belleza” (“Casi pecado”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 24).

Las lectoras también escribían a los correos sentimentales, preocupadas por el acoso en sus trabajos. Una carta de una lectora joven, autocalificada como sería y proveniente de un ‘hogar bien constituido’, hablaba de su indignación frente al acoso:

“Dicen que soy bonita, cualidad que nunca me importó demasiado, pero que está convirtiendo mi búsqueda de trabajo en un verdadero martirio. Durante seis meses he vagado por las empresas teniendo que abandonar los trámites cada vez más decepcionada cuando creía que el esperado puesto era mío, porque los jefes de personal y los gerentes me han invitado a salir, a tomar una copa, o se han excedido en sus elogios sobre mis dotes físicas.

No creo que mi aspecto deje vislumbrar la oportunidad de una aventura [...] Lo que no puedo explicarme es que personas que ocupan cargos importantes en empresas grandes y calificadas se arriesguen a ofender a las muchachas con necesidad de trabajar que provienen de hogares serios y bien constituidos” (“Correo del corazón”, *Maribel* N° 1500, 1961: 79).

La prostitución se ponía en relato, junto a los avatares de estas mujeres y la descripción de los ambientes dentro de las casas de meretricio, el miedo a los proxenetas, la maternidad, los clientes, la relación con la policía:

“Ella era joven aún. Pero gastada, envilecida hasta la médula. Larsis, el muy cochino, pretendió ‘negociarla’. Pero ella escapó, con Janina, muy pequeña entonces. Escapó llevándose un montón de libras inglesas. Se convirtió en ‘patrona’. Un ‘cliente’ le aconsejó que se instalara en la provincia. Ella, que vivía atemorizada por el miedo de que Larsis, en sus periódicos viajes, acabara por dar con su paradero, abandonó Buenos Aires... De este modo fue como paró cerca de ‘San Sebastián’, donde abrió una ‘casa’. A Janina –un estorbo- la dejó en el pueblo cercano, al cuidado de una familia humilde. Ella, Tirza, supo arreglárselas, organizar... A los criollos les gustaba el alcohol, el juego, las mujeres. Eran generosos, derrochadores. La caña corría que era un gusto; las manos rudas se estremecían de placer sobre las sedas baratas que vestían las ‘muchachas’... Rescatadas por breves momentos de sus duras tareas, de la verde soledad de la pampa, concurrían con sus mejores pilchas a esas noches de jolgorio... También allí, como en Salónica, el aire era cálido. A veces, una luna roja y enorme asomaba

sobre los sauces como un redondel de sangre, y una música de guitarras enardecía la atmósfera.

Todo marchaba como una máquina bien aceiteada. El comisario, arreglado con un tanto por mes, hacía la vista gorda. Se iba uno, nombraban otro, pero siempre se entendía con ellos” (“Vivir y morir”, *Maribel* N° 1618, 10/03/64: 47).

Las temáticas de la prostitución, el acoso, la violencia, la discriminación racial y de clase convivían en las narrativas pero también en las notas de opinión y en las cartas de lectoras. Si bien los relatos pretendían dejar alguna moraleja, se servían de estos temas y de la fascinación erótica que ejercían al jugar con lo prohibido o lo degradante. Se trataba del placer turbio pero intenso de lo prohibido, donde tampoco faltaba el tabú del incesto y el atractivo que ejercían las meretrices.

Mediante estos discursos, las propias narrativas se construían como objetos de deseo. La actividad erótica intercalaba sujetos y objetos de deseo y placer, posiciones que no se correspondían tajantemente entre uno y otro género, aunque no dejaban de hablar de relaciones eróticas de poder.

4. Sujetos de deseo y objetos de deseo

Una erótica, organizada desde la era cristiana sobre el modelo de relación entre varón y mujer trazó una línea divisoria entre los actores activos y pasivos de la escena de los placeres. Por un lado, los sujetos de la actividad sexual (que, sin embargo, tenían cierta dificultad en lograr ejercerla de manera mesurada y oportuna, es decir que estaban sometidos a sus pasiones) y, por el otro, los compañeros-objetos, con quienes se ejercía (Foucault, 2006). Esto trazó una división genérica de los roles eróticos: masculinizando al sujeto de deseo y feminizando al objeto.

Para los griegos de la Antigüedad Clásica, al término *aphrodisia* correspondía al verbo *aphrodisiazein*, referido a la actividad sexual en general. El valor activo del verbo se relacionaba con el papel masculino de la relación sexual y con la función activa definida por la penetración. El papel pasivo en la unión sexual se reservaba al compañero-objeto: aquí se ubicaban las mujeres, pero también los muchachos y los esclavos. La actividad sexual así percibida respondía a una

dominación del modelo viril: "...es el acto masculino el que determina, regula, atiza, domina. Él es el que determina el principio y el fin del placer" (Foucault, 2006: 121).

Estos sentidos en torno a un deseo masculinizado, asociado con la agresividad y la posesión, como "...deseo agresivo de los hombres" (: 137) continuó vigente en la cultura erótica. No dejaba de ser una ficción teatralizada de la sexualidad donde existían dos polos: uno activo y uno pasivo.

La distinción entre el sujeto deseante y el objeto deseado, el Eros y el Anteros, otorgó a cada posición una inscripción de género. La dicotomía sexualizó y generizó al deseo, instaurando un binarismo a partir de un lugar biológico que prescribió una dirección del deseo de supuesta complementariedad entre ambos sexos (Butler, 2007; Lenarduzzi, 2012).

Esta feminización del objeto de deseo atraviesa la obra de Bataille (2010), quien en 1957 escribía:

"Al ser los hombres quienes toman la iniciativa, las mujeres tienen poder para provocar el deseo de los hombres. Sería injustificado decir de las mujeres que son más bellas, o incluso más deseables que los hombres. Pero con su actitud pasiva, intentan obtener, suscitando el deseo, la conjunción a la que los hombres llegan persiguiéndolas. Ellas no son más deseables que ellos, pero ellas se proponen al deseo" (: 137).

Las escenas eróticas en las narrativas rosas de las revistas estudiadas no hablaban de la penetración, aunque elíptica y metafóricamente podían referirse a ella. Lo que se ponía en relato eran las sensaciones del cuerpo y el placer, con sus cualidades e intensidades. No obstante cabía allí también un juego de superioridad e inferioridad, en una relación de dominación y sumisión. Se trataba de la victoria, por el lado de los conquistadores, y la derrota por el lado de las mujeres que 'sucumbían' a la pasión masculina. El acto sexual se construía como una relación de dominación, incluso con violencia³⁸, como en el caso de la narración de violaciones.

³⁸ No cabría hablar aquí de la noción de violencia simbólica, de Pierre Bourdieu, como "...violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento" (Bourdieu, 1999: 12). Desde el análisis de estos discursos los sentidos de la violencia son la violencia, por tanto no valdría la distinción.

4.1 Encantada de ser sumisa

Bataille ligaba al objeto de deseo con una actitud pasiva y con la belleza, que debía ser cuidada: "...una mujer se toma a sí misma como un objeto propuesto continuamente a la atención de los hombres" (:137), decía. Al desnudarse, la mujer se revelaba como objeto de deseo de un hombre; "...propuesto para ser apreciado individualmente" (: 137). Y apreciarlas implicaba piropearlas. Se decía que el piropo venía a "...rendir homenaje a la gracia femenina" ("Radiografía del piropo", *Maribel* N° 1641, 18/08/64: 4) y se asociaba con una valoración de lo local, del humor y la picardía:

"Tiene credenciales de porteño de ley. Las muchachas se sonríen al oírlo y, a veces, hasta miran al piropoador. Nació en una esquina de barrio, acuñado por algún compadrito que quiso conquistarse reputación galante. El piropo es el poema del pueblo, 'que tiene su corazoncito'" (: 4).

Los cumplidos provenían de una 'galantería gratuita', que no buscaba recompensa:

"... el piropo verdadero es aquel que se dice porque sí, sin ánimo de conquista, tan sólo buscando asombrar a aquella a la que está dirigido y halagarla. Los muchachos de barrio lo vienen repitiendo desde tiempo inmemorial, más para lucirse entre sus compañeros para hacerse fama de intrépidos y de ingeniosos, que para despertar la admiración de la mujer que está obligada a hacerse la que no oye (aunque noventa y nueve de cada cien casos que hemos consultado reconocen sentirse felices cuando se las admira por la calle, y hasta esperan arrancar un piropo cuando pasan frente a un grupo de muchachos)" (: 6).

El piropo se presentaba como un valor nacional: "En las ciudades europeas [...] la argentina se siente perdida, fea, deslucida, porque ningún hombre le dice nada al pasar, ninguno le susurra al oído cuando se cruza con ella en la calle" (: 6). Pero además, tenía lugar especialmente como una práctica de camaradería y erotismo varonil:

"Los hombres son así: temen el ridículo. Nunca van a decir una galantería cuando están solos, sin compañía. Esos que suben mudos a un ascensor con una mujer son los mismos que le dirán mil cosas por la calle si van con un amigo. Todo es cuestión de sentirse resguardado, y admirado..." (: 6).

Pero entonces, el piropo ingenioso, con juegos de palabras, se diferenciaba de la grosería, que, sin embargo, había contribuido a darle al piropo porteño: "...un algo de picante, de cómico [...] Los más ingeniosos son a veces difíciles de

sobrellevar con dignidad sin dejar traslucir esa sonrisa involuntaria que despiertan” (: 6).

Los vientos de cambios llegaban hasta la actividad del piropo: ahora las mujeres se animaban a retrucarlos o bien a susurrarlos –o hasta gritarlos- ellas mismas:

“Se ha dicho que las mujeres también deberían piroppear a los hombres, pobrecitos, que a veces se sienten tan elegantes con su nueva corbata angosta o su sombrero *Bat Masterson* y nadie les dice nada. [...] los piropos forman una institución que está cayendo en desuso. O quizás la culpa la tenga esta ajetreada vida moderna que poco tiempo deja a los hombres para holgazanear, y que además ha dado gran emancipación a la mujer. Porque, ¿quién se va a animar a repetir un piropo si se lo retrucan con ingenio?” (: 6).

Ante la pregunta que rige esta indagación acerca de cómo se construía el deseo feminizado, desde Bourdieu (1999) debería decirse que éste se construía desde una mirada dominante masculina que ubicaba a lo femenino como objeto. Pero cabe cuestionar si existía como tal esa mirada masculina o si era parte de un haz de relaciones que involucraba y construía toda una configuración del deseo.

En “La dominación masculina”, Bourdieu (1999) desarrolla los sentidos comunes que diferencian al erotismo de la pornografía, en una distinción sexual y generizada del deseo:

“A diferencia de las mujeres, que están socialmente preparadas para vivir la sexualidad como una experiencia íntima y cargada de afectividad que no incluye necesariamente la penetración sino que puede englobar un amplio abanico de actividades (hablar, tocar, acariciar, abrazar, etc.); los chicos son propensos a «compartimentar» la sexualidad, concebida como un acto agresivo y sobre todo físico, de conquista, orientado hacia la penetración y el orgasmo” (Bourdieu, 1999: 34).

La dicotomía funcionaba en los ‘60 diferenciando el deseo masculino de la ternura femenina: “En la mujer, el sentimiento amistoso, la ternura, son los primeros en asomar la cabeza; en cambio, en el hombre, las primeras manifestaciones de amor se entremezclan al deseo” (“Correo del Corazón”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64: 45).

Lo que Bourdieu (1999) llama dominación masculina supone la subordinación erótica femenina. En este punto, el autor ha denunciado la postura sexista donde, para una mujer, su subordinación se convierte en su placer, como subordinación

erotizada, o incluso, en su límite, el reconocimiento erotizado de la dominación. Él la denomina como la dimensión masoquista del deseo femenino, es decir, esa especie de “erotización de las relaciones sociales de dominación” (: 35), entendiendo que para muchas mujeres, un estatuto dominante de los hombres es excitante.

De esta ‘sumisión encantada’ no es posible escapar por los caminos de la toma de conciencia y la voluntad. El sometimiento se ejerce con la contribución – mayormente no consciente- de quienes lo soportan, a través de lo que Bourdieu ha denominado como violencia simbólica, una dominación inscrita de manera duradera en los cuerpos.

Pero entonces, la posición feminizada del objeto de deseo no dejaba de ser excitante y de encender el propio deseo y placer. Así lo vislumbraban las publicidades de *Mi Placer* (*Maribel* N° 1438, 30/08/60: 12).



Figura 109: “Mi placer” Publicidad, *Maribel*, 1960.

Se decía de un ícono erótico como Brigitte Bardot que ella necesitaba tener: “...la certeza de que es siempre deseada. No admite que haya en un hombre otros intereses que puedan alejarlo de ella” (“Pasarán más de mil hombres, muchos más...”, *Gente* N°150, 15/08/68: 18). Además, los íconos eróticos masculinos analizados en el capítulo anterior demostraban que los varones también podían ubicarse en esa posición.

La escena erótica desbordaba las categorías de sujeto-objeto, activo-pasivo, y también masculino-femenino. En las narrativas, la feminidad se construía como deseable y deseante a la vez, como objeto pero también como sujeto del placer:

“Amor desnudo. El deseo de él la vistió de deseo. Y se sintió vivir hasta la última fibra de su cuerpo, sin esforzarse, sin tener nada que aprender, no como cuando Gantine se empeñaba en despertar su sensualidad, y ella se quedaba a su lado más por curiosidad que por pasión, como si la obsesionara el secreto poder de su cuerpo.

Ese poder que fluía fácilmente cuando la tocaba Paolo y que le permitía sentirse hermosa, perfecta, mágica en su capacidad de sentir y dar placer” (“La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61: 27).

En los juegos del deseo, también se encontraban los papeles del gato y el ratón. Las mujeres, en tanto objeto, debían resistir la seducción masculina, no dejarse engañar ni poseer así sin más, debían ser esquivas. Esta histeria requerida a la feminidad subrayaba su valor erótico.



Figura 110: “¿A plena vida?”, Maribel, 1964.

La huida o la fingida huida, atizaba el fuego del deseo; pues la aparente negación del ofrecimiento, aumentaba el valor de lo ofrecido. El objeto de deseo tenía que provocar su persecución y para ello debía escabullirse. Para el polo masculino, la cuestión era saber a qué precio y en qué condiciones ella cedería.



Figura 111: “Ni diosa, ni monstruo...”, *Maribel*, 1960.

Pero la publicidad también le indicaba a la mujer que no huya y se deje ‘caer en la tentación’, en el pecado. El abandonarse al placer sexual cobraba cada vez más relevancia y hasta podía ser considerado como un derecho femenino al erotismo.



Figura 112: “Déjese tentar”, Publicidad *Windsor, Para Ti*, 1967.

4.2 Fantasías liberadoras

Las fantasías podían asociarse a las ansias de autorrealización y placer, cuando el goce se comprendía como liberador. A través de la transgresión erótica, las fantasías sexuales podían dinamitar, al menos por unos instantes, distinciones opresivas, entre lo activo y lo pasivo, lo dominante y lo sometido, lo masculino y lo femenino.

En el imaginario erótico que se configuraba difusamente en las revistas femeninas de los '60, el placer de las mujeres no se minimizaba ni la exploración de las experiencias placenteras tanto en las narraciones, como en las notas o en las publicidades. La construcción de objetos de deseo desbordaba las prohibiciones y tabúes, subrayando como deseable esta fascinación por la transgresión.

Las notas de opinión y las encuestas no hablaban del placer y el deseo erótico sino más bien de la sexualidad o el sistema de alianza. No obstante, también en éstas el placer se postulaba como afirmación vital, fuente de poder, deseoso de contacto humano y no como aquello que debería temerse, o como algo destructivo, debilitador o corrupto. Se iba afirmando como un derecho femenino fundamental femenino.

La historiadora Dora Barrancos (2011) ha sostenido que en los '60 las mujeres comenzaron a cuestionar con más fuerza las obturaciones al deseo sexual y entonces el placer apareció como uno de los lugares desde donde la rebelión frente a los viejos mandatos era posible. La autora también ha considerado al erotismo como conquista feminista de aquella década, en torno a los derechos de las mujeres al placer y al deseo. No obstante, cabe interrogarse si este movimiento del placer y del deseo femenino puede relacionarse tan sólo con el feminismo.

La afirmación es discutible si se tiene en cuenta las respuestas contradictorias que el movimiento ha brindado frente al problema del placer. Una corriente dominante dentro del feminismo ha respondido muchas veces tenazmente a las manifestaciones eróticas, analizándolas y juzgándolas desde el marco interpretativo de la opresión de género o de la dominación.³⁹

Textos e imágenes en las revistas femeninas de los '60 reivindicaban el derecho femenino al placer y las emociones eróticas. En las publicidades era

³⁹ Es posible pensar, aquí, el propio placer de la denuncia o de la censura, el goce de la crítica y el poder de la censura de cierto feminismo encargado de controlar la pornografía o las imágenes que posicionan como objeto al cuerpo de la mujer.

posible encontrar la promoción del placer femenino y su expresión. El placer se asociaba a la felicidad de las mujeres.

La prensa femenina era uno de los escenarios de las resignificaciones del derecho femenino a lo erótico, junto a la construcción de nuevos modelos de femineidad.

Pero el derecho también suponía responsabilidades. Por ejemplo, en el caso de los besos en el espacio público que cargaban con el peso de la prohibición, y por ello mismo de la transgresión, se cuestionaba las diferencias de género en torno a sus responsabilidades:

“Prohibido, ¿para quién? Los hombres son culpables de sus arrebatos amorosos en la vía pública... ¿Y las mujeres? ¿Hay que proclamar su inocencia? [...] curioso hecho de que todavía exista un hombre, y con más razón un juez, que en 1964 condena al hombre y absuelve a la mujer en casos de intercambio de besos en la vía pública. Desde el momento que los besos prolongados y repetidos constituyen un dar y un recibir, es preciso que la mujer consienta, más aún, que sea cómplice. ¿Cómo podría ser, luego, irresponsable?” (“El beso prohibido”, *Maribel* N° 1646, 22/09/64: 37).

Seguía funcionando un ‘prejuicio que tal vez podría justificarse en otros tiempos’: “...durante siglos, según las costumbres y las leyes, la mujer era sólo un instrumento del hombre, y éste el único responsable de sus actos” (: 37), pero a la vez seguía vigente “...la vieja cuestión de que es la mujer quien, desde la época de Eva, ejerce el papel de provocadora en las relaciones con el otro sexo” (: 37).

Ahora bien, en términos de igualdad de derechos frente a los actos eróticos, ambos géneros eran responsables:

“Hoy, con la plena posesión de sus derechos y deberes, resulta absurdo pensar que los besos de la mujer pesen menos en la balanza de la justicia que los de su ‘*partenaire*’. Si es verdad que el amor engendra un estado de exaltación cercano al delirio, el hecho no es menos real para el hombre que para la mujer. No es admisible entonces –si alguna vez lo fue, yo lo dudo– que la mujer que se hace abrazar sea la víctima inocente de un seductor: ya lo acepte, ya lo provoque, o ya tome la iniciativa en cualquier caso sabe perfectamente lo que hace. Y esto se aplica también a situaciones más graves, como la llamada ‘prueba de amor’. [...] La absolución que nos hace inocentes a costa de quitarnos responsabilidad no condice con la independencia conquistada hoy por la mujer, quien, si ha obtenido sus derechos, se ha obligado al mismo tiempo a responder por ellos” (: 37).

El placer entendido como derecho traía aparejadas nuevas exigencias de las mujeres a sus parejas; y presumía tácitamente el miedo al fracaso masculino frente al deseo femenino. La exigencia del placer sexual recíproco formaba parte de la

reconstitución de la intimidad (Giddens, 1998), junto a la difusión de la píldora y la pérdida del miedo a los embarazos repetidos y una liberación erótica que daba protagonismo a la voluptuosidad y el goce femenino.

Con la promocionada intensificación de la vida conyugal, se le daba cada vez más importancia a la reciprocidad del placer, como un intercambio en el que se atendía al goce del otro, es decir, a la satisfacción de ambas posiciones: un cierto derecho democrático al goce. En este marco, surgiría también el temor a la mujer insatisfecha al tiempo que iba cobrando cada vez más fuerza un nuevo ideal femenino deseante.

Con la insinuación de deseo femenino a la vista, las imágenes de tintes eróticos en las revistas femeninas imponían tácitamente exigencias de placer que querían ser satisfechas.



Figura 113: Publicidad *Régé Dama*, *Claudia*, 1964.

Las ficciones traducían el interés que despertaba el erotismo para las lectoras. Si bien estas narrativas rechazaban las osadías contra el orden de género, también se desestimaba a las jóvenes sin pulsiones pasionales. Dice Cosse (2010): “Cada vez más, la actitud activa de las chicas en la seducción fue considerándose natural” (: 52).



Figura 114: “Casi Pecado”, *Vosotras*, 1961.

Los discursos e imágenes posicionaban a las mujeres como sujetos deseantes e instaban a las lectoras a prestarse atención a ellas mismas, a descubrirse, dejar la inocencia a un lado y reconocerse como sujetas de deseo frente a objetos masculinos: “Él. Su perfume varonil. Aquella mezcla de tabaco y colonia fresca. Su voz serena, casi respetuosa. Y sus ojos” (“Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60: 10).



Figura 115: “Lo más excitante de Brillantina Palmolive... es el hombre que la usa”, Publicidad, 1964.

Las publicidades y narrativas ponían en relato la atracción sexual, claramente diferenciada del sentimiento amoroso:

“... ese hombre es mi tipo –continuaba su monólogo interior-. Siento que sólo alguien como él podría atraerme. Será una reacción química, sexo, qué se yo. Pero lo cierto es que sólo pensar en él me produce una sensación peculiar. Tal vez en alguna parte, alguna vez, volveré a encontrarlo, o a alguien como él. Pero aunque no lo encuentre, al menos sé ahora que si un simple extraño puede hacer eso conmigo, despertar semejantes sensaciones, ejercer sobre mi esa tremenda atracción, no es justo para Eric dejarle creer que puedo llegar a amarlo” (“¿Dónde estás mi amor?”, *Para Ti* N° 2459, 25/08/69: 9).

En estos discursos, el mitificado sujeto masculino de deseo veía la intromisión de un ‘objeto’ femenino que le devolvía la mirada y desafiaba su lugar y autoridad en el juego erótico. El deseo femenino, que había estado ubicado muchas veces en el terreno de lo sentimental, ganaba otro potencial erótico asociado explícita y meramente a lo sexual. El movimiento inverso sucedía con el deseo masculino, que, prototípicamente sexual, había olvidado el papel sentimental que el nuevo estilo de pareja exigía.

4.3 Obsesiones de deseo

Los discursos analizados en este capítulo pueden interpretarse como partes de la resignificación del placer y el deseo femenino que operó en los '60 y tuvo una de sus concreciones en la prensa de masas destinada a la mujer.

Una cierta multiplicidad de vivencias y placeres eróticos se difundían al tiempo que se desinscribían de un lugar más tradicional y dominante que ubicaba a lo femenino como objeto de deseo. Las posiciones deseantes y objetos de deseo eran tanto masculinizadas como feminizadas.

Pero además iba cobrando relevancia un placer acerca de los saberes eróticos. Los conocimientos de la ciencia de lo sexual como así también del arte erótico se difundirían cada vez más en la prensa femenina. Más allá de que se aconsejara usar el placer con moderación, los saberes y experiencias eróticas ya no se confiaban en secreto sino que se exponían, reconfiguraban el lugar de lo dicho y lo no dicho.

Se propagaba una sensibilidad erótica que tenía como eje al ejercicio de la sexualidad, aunque quizás sea pretencioso definir este movimiento como el inicio de la libertad sexual. Sin caer en los términos de revolución erótica, mientras Marcuse (2010) invitaba a pensar que en la década se estaba gestando una nueva sensibilidad, menos centrada en la genitalidad, que erotizaba al cuerpo en otras direcciones, la prensa femenina mostraba algunas transformaciones que trastocaban la simbolización del erotismo e intervenían en la reconfiguración del deseo y los placeres.

La década abría nuevos horizontes a partir de una resignificación erótica en torno a las exploraciones sexuales, corporales, amorosas y las relaciones de géneros.

La época fundó para Giddens (1998) una sexualidad más plástica o un eros más liviano según Onfray (2010), donde la relación sexual se descargaba de la gravedad y seriedad. No obstante, este erotismo 'liviano' desarrollaba nuevos tabúes asociados al cuerpo como la vejez o la fealdad, excluyendo o desestimando a muchos del derecho al placer.

Lo erótico se iría tornando una obsesión junto a los nuevos mandatos de la pareja feliz y recíprocamente satisfecha o de los cuerpos que debían ser eróticos:

“La insatisfacción es tanto más fuerte cuanto que se impone el hedonismo como norma. Se organiza el mercado de la frustración para revendernos el embeleso y la intrepidez en forma de consejos, cuidados, enredos. Nuestra época ‘liberada’ hace más amarga la suerte de los solitarios, de los segundones reenviados a su anonimato cuando todo el mundo se supone que goza” (Bruckner, 2011: 47).

El deseo se cristalizaría nuevos objetos, y el erotismo se tornaría a veces en una compulsión; Lo Duca vislumbraba este panorama en su *Historia del erotismo* de 1965:

“El erotismo de hoy no está amenazado sino por su inflación paraerótica. Por el cine, la prensa y la publicidad- no especializados, bien entendido- se transforma en un erotismo larvado, sin posibilidades de satisfacción, por lo tanto obsesivo” (Lo Duca, 2000: 90).

Las revistas femeninas publicaban referencias a las problemáticas que acarrea la liberación sexual. Eva Giberti exponía los dilemas entre la obsesión erótica y el puritanismo:

“...no se debe tomar como campeones de la libertad a los que se ocupan de la erotización de la sociedad. ¿Qué es la erotización? Lo dice muy bien Pauwells: ‘Es una violencia ejercida contra la persona. Es la seducción que reduce a los seres a objetos sensuales. Es también una persecución: todo amor movido tan sólo por el placer arranca el corazón y corta la cabeza del objeto deseado. Pero cuidémonos bien de aceptar toda censura y de dar lugar al puritanismo, que es otra manifestación de violencia ejercida contra la libertad y la complejidad de la persona. No se puede elegir entre dos tiranías. El sexo es una llave, pero la obsesión sexual es un muro que la erotización y el puritanismo crean cada uno a su manera’ (Giberti, E. “El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel*, s/n, 1964: 26).

La liberación era problemática y la revista *Life*, a tono con las reflexiones contemporáneas, se preguntaba cuál sería en la nueva era el papel de las relaciones sexuales. Daba por sentada la emergencia de una nueva era en torno a la sexualidad al tiempo que cuestionaba que:

“... tal libertad podría traer una enorme declinación en la calidad de la vivencia sexual, así como un trastrueque fundamental en el papel de uno y otro sexo [...] Ese trastrueque no daría a ninguno de los dos sexos nada de qué alegrarse” (“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life* en español Vol. 34, 28/07/69: 54).

Se exponía que, tradicionalmente, el varón había llevado una vida sexual mucho más libre que la mujer. Según las convenciones, él buscaba el deleite

sexual, era el atacante, el ansioso cazador, el juvenil aventurero. En la relación sexual, la mujer era quien concedía favores, el hombre quien los conquistaba. La mujer guardaba su castidad como un tesoro y la usaba como cebo para el matrimonio. Una de las razones por las cuales el hombre se casaba era la de asegurarse la posesión de un placer difícil de conseguir de otro modo. La mujer se sometía a su pasión en cumplimiento de su deber de esposa. Pero entonces, las mujeres se habían ido emancipando cada vez más de esa mística:

“Oyen y leen mucho sobre el orgasmo femenino, sobre el supremo goce que puede y debe ser, sobre su inalienable derecho a disfrutar de un placer sexual intenso y frecuente... sí, hasta los 70 y 80 años. Ahora sabemos que las necesidades sexuales de la mujer son por lo menos tan grandes como las del hombre y que el orgasmo femenino es el más intenso y prolongado. La capacidad sexual masculina –pese a los don Juanes y los Casanovas de la historia- parece esencialmente más limitada que la femenina, y el apetito sexual del varón satisfacerse más fácilmente que el de la mujer. Se satisfarían con mayor facilidad si la mujer se lanzara a la conquista. El varón no tendría que salir de caza. Muy pronto, inclusive, podría verse en la situación de tener que huir, al superar las oportunidades a su capacidad para aprovecharlas.

La mujer, que antes competía por el hombre como compañero matrimonial, puede encontrarse compitiendo por él como compañero en la vida puramente sexual. Se habrá convertido en perseguidora encarnizada de hombres vacilantes y esquivos (aunque la vacilación y la esquividad se deben simplemente a la saciedad, o a que se han hastiado de una mercancía tan al alcance de la mano). Hoy mismo, a medida que aumenta la edad de una mujer, ésta descubre que disminuye el número de hombres entre los cuales puede elegir” (: 54).

Las nuevas mujeres se presentaban como devoradoras, desenfrenadas, y, por tanto, como una amenaza para la masculinidad:

“Con tantas oportunidades para el desenfreno, es posible que los hombres se desgasten todavía más pronto. Y es también posible que a fin de que se conserven más, las mujeres –sobre todo si pueden empezar a tener hijos sin llevarlos en su seno y liberarse así de su milenaria servidumbre- terminen por trabajar mientras los hombres, más delicados, se queden en casa y se cuiden bien. Pero a medida que la oferta de varones disponibles disminuya en un mundo donde la satisfacción sexual fuera un derecho femenino universal, ¿qué harían las mujeres? ¿Se produciría un retorno a la poliandria? ¿Se volverían a las de su propio sexo?” (: 54).

El ‘trastrueque’ podía conducir a un caos en los roles de género. Finalmente, la nota calmaba el pánico y auguraba un horizonte:

“Cualquiera fuese el rumbo que se tomare, el concepto de adulterio desaparecería, perderían sentido palabras como ‘preconyugal’ y ‘extraconyugal’ y nadie pensaría en poner etiqueta de ‘promiscuo’ a las actividades sexuales. Después de todo, ¿por

qué no tener la misma libertad para ensayar una variedad de partícipes en el acto sexual como para elegir entre platos y restaurantes distintos? El amor, el matrimonio y la familia han durado mucho y prestado buenos servicios, pero es evidente que no van a sobrevivir en la nueva era si nosotros no lo queremos. Sea cual fuere nuestra actitud, parece que puede darse por firmemente establecida una mayor libertad sexual y por aceptado finalmente, aun entre muchos sacerdotes, que la relación sexual es, o debe ser, algo bueno y placentero” (: 54).

El discurso de la revista se acercaba a las teorías posmodernas de géneros y sexualidades al decir que “...podría ser útil dejar de pensar en el sexo exclusivamente con respecto a la relación sexual, si lo considerásemos como algo que una persona es y no como algo que hace” (:54). La posición teórica comprendía a la sexualidad como “...todas las vivencias y todas las ideas que, desde la infancia a la vejez, han contribuido a su masculinidad o su feminidad” (: 54).

Pero entonces, el desenfado femenino también marcaría una tensión entre placer y peligro sexual en la vida de las mujeres (Vance, 1989). Ellas quedaban más expuestas y por ello, muchas veces también, vulnerables sexualmente:

“El desenfado y la impulsividad sexual adquieren un precio muy alto, ya que las mujeres no sólo deben pensar en las consecuencias que a ellas mismas les suponen sus actos, sino también en las consecuencias que éstos tienen en los hombres, cuya ‘naturaleza’ sexual es, se supone, lujuriosa, agresiva e impredecible” (: 14).

En medio de la ruptura del antiguo pacto que oponía la seguridad a la libertad sexual, Bruckner (2011) hace hincapié en el miedo de las mujeres a las represalias y al castigo por su actividad sexual:

“Es exacto que las brutalidades contra las mujeres aumentan a medida que aumenta la independencia; incluso se corre el riesgo de asistir a una explosión de violencia nunca vista para castigarlas por levantar la cabeza. El resentimiento de algunos hombres hacia ellas se parece al furor de un propietario que reacciona a la abolición de la esclavitud. Los avances en la libertad de las mujeres van a la par con el odio a las mujeres libres. Sería absurdo deducir de ello una reprobación de la seducción; ésta persiste, afortunadamente y por la propia voluntad de las mujeres. Participa también del gran proceso igualitario puesto que debe sustituir la autoridad por la persuasión y porque se tiene en cuenta el consentimiento del otro en lugar de forzarlo” (: 59).

El erotismo se volvía casi obligatorio, con la caída de algunos tabúes y la creación de otros, el derecho de las mujeres a disponer en mayor medida de su cuerpo. El retroceso de las reticencias eróticas se compensaba con un aumento de las exigencias; sería cada vez más necesario ‘garantizar’ un buen sexo si no se quería ser rechazada o rechazado: “Fin de la culpabilidad, principio de la ansiedad” (: 154).

Los nuevos mandatos exigían juventud, cuerpos esbeltos, mujeres libidinosas, varones capaces de satisfacerlas, amores que garantizaran buen sexo.

Tornado una actividad recreativa, el erotismo perdía toda su fantasmagoría asociada a la prohibición: “Una manera de convertir a la sexualidad en algo tan inofensivo como un vaso de agua” (: 165). Las teorías de la liberación sexual habían olvidado pensar la compulsividad del placer y el deseo ‘liberados’. El soñado deseo liberado también implicaba sufrimiento, puesto que se aspiraba a lo que no se tenía:

“... la emancipación no ha hecho menos problemática la vida erótica de nuestros contemporáneos, que se ha degradado en ansiedad, en comercio pornográfico, en terapia, el amor sigue siendo un pueblo encantado del que se excluye a los viejos, los feos, los deformes, los que no tienen dinero, la crisis de la identidad masculina sólo ha agitado un poco el poder del primer sexo, la tiranía de las apariencias y de la juventud persiste más que nunca” (: 37).

Las escenas eróticas y las narraciones o figuraciones de los placeres y deseos, los discursos del goce femenino y el contacto corporal, las relaciones entre erotismo y muerte, placer y sufrimiento, mostraban una cierta liberación de las fantasías eróticas pero a la vez nuevas opresiones del deseo obsesivo. Ante los imperativos hedonistas, de belleza corporal, sexológicos, pornográficos, el tradicional horizonte amoroso femenino se reconfiguraba mientras las relaciones sexuales y de géneros se resignificaban en función de esos nuevos mandatos.

A MODO DE CONCLUSIONES

“Ésta es la astucia de la razón amorosa: cada generación sólo puede cargar con un papel histórico limitado antes de que sus actos y sus intenciones se vuelvan contra ella y se le escapen” (Bruckner, 2011: 31).

“...nuestras pasiones siguen rebeldes a la vulgata progresista que amonesta y a la vulgata nostálgica que fustiga; se despliegan, indiferentes al hecho de saber si son morales o están conformes con el sentido de la historia” (: 227).

Los discursos están destinados a una existencia transitoria, según una duración que a nadie pertenece (Foucault, 1992), pero esa existencia puede marcar huellas que indiquen derroteros a discursos venideros. Durante los ‘60, los cambios culturales que afectaron desde distintos frentes a las concepciones del erotismo dejaron fuertes rastros en la cultura erótica desde las relaciones sexo-génericas, los modos de interpretar el amor y la sexualidad o la puesta en escena de los cuerpos, los deseos y placeres. En este sentido, la tesis constituye un aporte para los estudios de la prensa femenina, abordada ampliamente por investigaciones de géneros y sexualidades (Pauwels, 2010; McRobbie, 1998; Greco, 2005; Dillon, 2011; Muñoz Ruiz, 2002; Cosse, 2011; Bontempo, 2011), pero escasamente indagada desde el punto de vista de la construcción del erotismo y su relación con el derecho al placer.

Para la realización de este trabajo de análisis fue necesaria una definición contextual histórico-cultural del erotismo y de la prensa femenina, a fin de situar las fluctuaciones de sentidos en las dimensiones de análisis propuestas. Si bien los cambios no pueden ubicarse linealmente en una progresión cronológica, en conjunto y a manera de espiral, fueron resignificando los modos de comprender el erotismo.

En la selección del corpus estuvo implicada la decisión de no analizar contrastivamente los discursos ideológicos de cada editorial, sino abordar el problema del erotismo anclado en una época y un espacio donde los sentidos del mismo fueron reconfigurados en conjunto. El foco estuvo puesto en interpretar analíticamente y construir dimensiones teóricas para abordarlo en las revistas

femeninas de los '60. La variedad y cantidad de revistas demostraron que las diferencias entre unas y otras editoriales, en torno a estas problemáticas, no revestían una distinción significativa en la construcción de los sentidos de época en torno a lo erótico. La mayoría de los ejemplos fueron seleccionados de una revista como *Maribel* que, a diferencia de la rimbombante *Claudia* -caracterizada como una publicación femenina a la vanguardia- no ha sido analizada por otras investigaciones del campo de estudios de los géneros y sexualidades o de la historia de los medios.

Las revistas femeninas de la época no eran inocentes o reticentes en relación al erotismo ni tampoco eran voceras de la liberación sexual. Por tanto, es forzoso ubicar a las diversas editoriales en uno u otro lado del espectro. Esas clasificaciones no resultan demasiado útiles para pensar un movimiento cultural histórico, pleno de cambios, resistencias, contradicciones y paradojas, relacionado al erotismo y la femineidad.

En medio de una ruptura cultural, las resignificaciones del erotismo en la época supusieron una importante desculpabilización en el ámbito erótico. Si bien mucho se ha hablado de la liberación sexual durante la década, no se la define como una liberación erótica. Estos términos resultan, con todo, problemáticos, si se comprende con Bataille (2010) que el erotismo supone una actividad de transgresión -que sin embargo no deja de estar organizada-. Cabría pensar si este concepto de liberación no termina ganando terreno al propio erotismo que necesita de la prohibición para transgredirla, y ahogando la posibilidad de concretar sus manifestaciones. No obstante, es claro que el erotismo se las ingenia para sobrevivir. La época acallaba algunos viejos tabúes o prohibiciones sexuales asociados al puritanismo pero construía varios nuevos como los relativos a la vejez, la fealdad o la gordura del cuerpo.

Las nuevas libertades acarreaban innumerables paradojas. Las permisividades albergaban otras esclavitudes que ponían en cuestión la mentada liberación, pues, como ha señalado Foucault (2006): “Ser libre en relación con los placeres no es estar a su servicio, no es ser su esclavo” (: 77). La liberación conformista, con la que se hallaba desencantado Marcuse (2010), suponía una sexualidad más desinhibida; pero entonces, el autor notaba con tristeza que las nuevas generaciones no dejaban de cumplir ‘compromisos’ en sus relaciones eróticas:

“...con encanto, con romanticismo, con sus anuncios comerciales favoritos” (: 91).

Al respecto, se ha podido constatar que en la prensa femenina y de actualidad proliferaban los discursos de la ciencia de lo sexual y la educación sexual. En el área de la sexualidad, la difusión de las píldoras llegaba para separar el problema de la reproducción. Las mujeres podían liberar al placer sexual del miedo al embarazo, aunque en años venideros resurgiría el peligro por las infecciones de transmisión sexual que las píldoras no prevenían. Pero además, con la anticoncepción femenina, el cuidado de la sexualidad reforzaba la idea de que era exclusiva responsabilidad de ellas. En esta línea, la tecnología médica centró el problema de la anticoncepción en el control del cuerpo de la mujer; el estudio de las hormonas masculinas, en cambio, se dirigió desde entonces a virilizar y sexualizar a los varones.

Las fronteras entre los discursos de la sexualidad y los discursos cristianos de la carne se desdibujaban con el uso frecuente de remisiones a la medicina o la psicología por parte del discurso religioso, o el marco moral en que se postulaban los discursos de la ciencia positivista en torno al sexo. Pero entonces, la mística del erotismo se resquebrajaba en discursos colmados de ‘datos’ de pretendida neutralidad ideológica, asentados en la razón o la empiria, que predecían comportamientos sexuales y nuevas técnicas de reproducción de la especie.

Las normas de género también eran trastocadas. Las revistas femeninas hablaban de comportamientos afectivos y eróticos que estaban cambiando el orden de las relaciones de género y de la sensibilidad, que siempre es relacional (Lenarduzzi, 2012). Los correos de lectoras mostraban la difusión de nuevas significaciones acerca de las relaciones eróticas. Entre sus páginas convivían discursos de heterogéneas experiencias femeninas en torno al erotismo, alternando notas de corte feminista con narrativas rosas desarrolladas a partir de moralejas convencionales acerca de los roles de género en el amor y las relaciones sexuales.

En medio de un proceso cultural modernizador, estos medios de prensa iban introduciendo, de manera desordenada y contradictoria, ideas que cuestionaban ciertos conservadurismos morales en materia de sexualidad y relaciones amorosas. Las mujeres, tradicionalmente llamadas al decoro, vieron exhibidos distintos aspectos de sus mundos privados en tapas de revistas o en notas de opinión de

psicoanalistas u otros expertos autorizados para analizar (y producir) las transformaciones de las vidas de las mujeres.

En este sentido, las revistas también se colmaban de ambigüedades. Por ejemplo, mientras celebraban la inserción de la mujer en el mundo del trabajo, no se cuestionaban las ‘naturales’ obligaciones femeninas en el hogar. Al tiempo que se festejaba la liberación sexual y la aparición de píldora anticonceptiva, no se discutía la responsabilidad desigual de géneros frente a la sexualidad; y menos aún se ponía en cuestión la heterosexualidad obligatoria.

Los cimbronazos de la modernización en materia de sexualidad acarrearán nuevas libertades y obligaciones. Para ser atractivas, las jovencitas debían ser encantadoras e infantiles criaturas pero también estaban compelidas a superarse para entrar al soberbio mundo laboral dominado por los varones. A las más adultas se les exigía el cuidado de su atractivo, aunando la *femme fatale* con la cuidadora del hogar familiar. La educación sexual construía un nuevo paradigma materno: a la madre cabía educar la sexualidad de sus hijos, pero para ello también tenía que estar satisfecha sexualmente. Desculpabilizado, el placer sexual de las casadas se legitimaba. Hasta se recomendaba la satisfacción sexual para conservar el encanto femenino, asentada en discursos de la salud sexual.

La soltería se postulaba como un horizonte ya no denostado, sobre todo para ellos. Las chicas solteras podían gozar de espacios propios y una mayor libertad a la hora de decidir acerca de su sexualidad. Junto a la difusión de las uniones libres, se prolongaban los años en que tenían derecho a estar solas aunque lo ideal era, claro, el matrimonio antes de los 30 años.

Ante este horizonte de cambios, De Beauvoir ya había cuestionado la libertad abstracta, la conquista de igualdad de derechos, mientras las mujeres eran libres ‘para nada’. En este sentido, el análisis de los discursos de la década impele a distinguir entre libertad, independencia, disponibilidad sexual, soberanía corporal y responsabilidad para asumir las consecuencias de los actos sexuales.

Con el erotismo traducido y ahogado en datos del discurso de la sexualidad, el sexo se tornaba mera información y actualidad, vestido de neutralidad valorativa. Pero al mismo tiempo, las narrativas reintroducían el amor en el corazón del erotismo, asociándolo a la pasión, la ternura, el dolor, la muerte, desde una escritura minada de clichés acerca de las emociones.

En esta área, los conceptos del amor también estaban siendo perturbados. Mientras se trivializaban las diferencias de edad o raza, se postergaban casamientos por planes de carrera. Las mujeres parecían distinguir ahora fácilmente entre la búsqueda del disfrute carnal y el deseo de tener hijos, con ayuda de las modernas técnicas de anticoncepción. El deseo erótico se desligaba del amor; se admitía que las mujeres podían desear sin amar o amar sin desear. Se abría un nuevo abanico de posibilidades en relación al erotismo para ellas que marcaría a sus herederas.

No obstante, la 'pesca de marido' persistía. La salvación por medio del matrimonio era un destino conflictivo –que podía terminar en divorcio- pero finalmente deseable. Mientras tanto, el poder y la fortuna seguían erotizando, acercando el cuento de hadas a la cuenta bancaria, confirmando, como sostiene Bruckner (2011): "... amamos sobre todo en nuestra clase social y nuestro medio y, si es posible, en un medio superior" (:37).

Las casadas e incluso las abuelas abandonaban el papel rígido de madona casta o de matrona. Al mismo tiempo se labraba todo un campo nuevo en torno a la intimidad conyugal que buscaba fusionar el sexo y el sentimiento, de modo de subordinar el primero al segundo para disculparlo, o enmendarlo.

En el ámbito íntimo, la pareja se erotizaba e integraba la sensualidad como elemento esencial del enlace. El *ars* erótica intersectado con los saberes de la sexualidad se introducía en el núcleo de la relación conyugal con la meta de obtener un placer sexual recíproco, clave para la relación amorosa. Los consejos para la sexualidad conyugal no tardarían en llegar a las revistas femeninas de décadas venideras. El cultivo de las habilidades sexuales, la capacidad de dar y experimentar satisfacción sexual, por parte de ambos sexos, se organizaría cada vez más reflexivamente por la vía de la información, los consejos y la formación sexual (Giddens, 1998).

Los '60 sembraron nuevos mandatos femeninos y masculinos acerca de hacer disfrutar sexualmente a sus parejas. Las amas de casa reclamaban las sensaciones eróticas que sus maridos no les ofrecían. Obligadas al recato en el hogar conyugal algunas se animaban a practicar sus actividades eróticas fuera de éste. Mientras tanto, las narrativas románticas en las revistas femeninas buscaban estremecerlas con aventuras prohibidas y pasiones eróticas inaccesibles.

Con la conjunción de la erótica, la sexualidad, el romance y los cuidados del cuerpo, se exigía a las esposas "...demostrar de continuo su amor con una fantasía que le permite tener conquistado al hombre" ("El veneno de los celos", *Femirama* N° extraordinario, 06/69: 133); y se reclamaba a los maridos un mejor desempeño sexual puertas adentro. La sexualidad se volvía una fuente de placer en sí, cierto erotismo era obligado para conservar la conyugalidad ante las amenazas de las crisis y los divorcios. La cultura erótica había mutado en este sentido: a la intimidad conyugal se le pedirían cada vez más proezas eróticas. Los cónyuges ya no se debían tanta fidelidad como goce recíproco, de lo contrario, este déficit sexual podría ser causa de divorcio.

Al mismo tiempo se producían frustraciones eróticas puesto que las uniones descansaban mucho más que antes en las "tiranías del orgasmo" (Muchembled, 2008: 62). La masculinidad comenzaba a jugarse también en la capacidad de hacer gozar a la compañera sexual. Con el tiempo, el mercado del farmacocapitalismo (Preciado, 2010) le ofrecería toda una serie de productos para recobrar su potencial viril y su narcisismo apegado a lo sexual. De la mujer casada o casadera también se esperarían cada vez más competencias sexuales.

Mientras el placer femenino ya no se avergonzaba de mostrarse, por el contrario, debía ser exhibido, la mujer tenía que saber seducir y no mostrarse torpe o zopenca ante la actividad erótica requerida. Con el sexo erigido a la cabeza de los comportamientos humanos, la honorable ama de casa comenzó a verse compelida a ataviarse de provocadora (Bruckner, 2011). Pero mientras se afirmaba como sujeto deseante y seductor debía conservar las apariencias frente a los mandatos tradicionales.

Además, los imperativos eróticos se asociaban a ofertas del mercado. Para ellas, se desarrollaba toda una serie de productos y servicios para el embellecimiento erótico. Para ellos también, ya que las figuras del *dandy* o el *playboy* demandaban cuidados estéticos a este hedonista supuestamente despreocupado e irrespetuoso.

El mercado tenía preparadas sus tijeras para recortar los cuerpos y la sensualidad según moldes definidos. Se producían cuerpos deseantes pero a la vez disciplinados. De las mujeres modernas se esperaba un cuidado excelso de sus

cuerpos a fin de conservar sus encantos eróticos, relativos a la juventud, la forma y la venustez.⁴⁰

La liberación devenía sometimiento a la construcción y mantenimiento de un cuerpo seductor a través de toda una “ingeniería erótica” (Bruckner, 2011: 153) -a diferencia de un arte erótico como fin en sí mismo-, que no haría sino incrementarse a través de las décadas subsiguientes. Se ofrecía a las lectoras productos de bronceado, de realce del busto, las piernas, los ojos, etcétera. Además, la moda vendía nuevos ‘lujos’ -como los automóviles- que podía darse la mujer moderna, aumentando su nivel de consumo tras su inserción en el mercado laboral.

Los ‘60 habían abierto una “era del placer” (Muchembled, 2008: 315). Mientras los discursos de la sexualidad buscaban descubrir las fuentes de los placeres, un hedonismo de nuevo tipo cobraba publicidad, asociado al consumo: un placer de consumir y un placer que se consumía.

El goce dejaba de ser un tabú o una vergüenza. Las revistas femeninas habilitaban y narraban el disfrute sexual femenino. Los orgasmos eran puestos en relato e imágenes que jugaban con las elipsis. Con el paso de las décadas el orgasmo femenino se tornaría un imperativo, las revistas femeninas de fin de siglo pasarían a describirlo, explicarlo y considerarlo indispensable para ‘sentirse mujer’.

El llamado a la rebelión a través del placer fue prontamente cooptado por el capitalismo farmacopornográfico en ciernes (Preciado, 2010). Pero más allá de esta puesta en caja, las liberaciones desbordaban la industria publicitaria, las recomendaciones de la ciencia de la sexualidad o los clichés de las narrativas románticas, como las escenas eróticas excedían a las categorías de sujetos y objetos de deseo.

Lo que Muchembled (2008) llamó “la herencia de los *sixties*” (: 307) fue un giro cultural erótico que en Occidente se dio por aquellos años y que algunos denominaron como una “revolución sexual” (Perrot, 2008) inconclusa, cuyas

⁴⁰ A principios de la década del '70, un clásico volante de la Unión Feminista Argentina caricaturizaba a una mujer agobiada por las tareas del hogar y por los imperativos de la sociedad moderna. La mujer era dibujada presa de unos toscos rulos, de tres demandantes niños, de una cacerola al fuego y de una televisión que la interpelaba para ofrecerle una crema para ser una mujer más sexy (Trebisacce, 2010).

dimensiones se han intentado medir desde las ciencias de la sexualidad: “A decir verdad es interminable. Tampoco en este terreno hay ‘fin de la historia’. Imposible, por lo tanto, clausurar su relato” (: 218).

Los ‘60 supusieron una apertura de sendas de sentidos en relación a lo erótico y cumplieron un papel histórico, con una década de conflictos en torno al sexo, de conquistas en materia de derechos de las mujeres en relación a sus libertades individuales y su realización personal. La década siguiente acarrearía toda una contraofensiva represora, tanto en el país como en el ámbito internacional, cuando ante la liberación cultural se reajusten los dispositivos de represión y censura.

Para Preciado (2010) la época desarrolló una mutación del erotismo de la sociedad disciplinaria y sus dispositivos de producción de placer a un erotismo de la sociedad farmacopornográfica por venir. La promulgación de una vida hedonista asociada al consumismo se asociaba a una producción de información de la que el cuerpo, el sexo y el placer formaban parte. El mercado del deseo y de los placeres feminizados se acrecentaría desde entonces, cristalizados en nuevos consumos farmacopornográficos en un capitalismo cuyas fuentes de producción se asentarían cada vez más en el placer y la comunicación.

Caminando con estos grilletes, el erotismo como transgresión organizada se volvía conformista e izaba las banderas de una liberalización de las costumbres sexuales que se volvían banales, conciliándose, tal como auguraba Marcuse, el éxtasis con los productos de la sociedad mercantil.

Cuestionada la familia tradicional y doméstica, se revalorizaba la soltería pero también el individualismo. El amor resignificado como unión libre, a través de parejas que no respondían al mandato reproductivo planteaba nuevos horizontes que albergaban también la separación cuando la pareja no funcionaba y generaba sufrimiento a los cónyuges.

La época abonó si no a la liberación, a la independencia erótica femenina. Se reivindicaba el derecho al placer femenino y las mujeres iban tomando cada vez más el mando de la relación carnal (Muehbled, 2008). Esta conquistada independencia no tornaba menos problemática la vida erótica, que también se degradaba en ansiedad. El amor entraba a terapia. La tiranía de las apariencias y de la juventud ganaba el podio en las simbolizaciones del erotismo, estructurando

al campo erótico como uno sectario del que se excluían todos aquellos que no entrasen dentro de los parámetros de sensualidad reinantes.

Mientras el desarrollo de un nuevo modelo hedonista y capitalista redefinía las sensualidades y promovía la independencia erótica creciente de las mujeres, una visión puritana de la sexualidad centrada en la hegemonía indiscutida de los varones, seguiría dando batalla, denunciando no sólo lo pecaminoso sino también la trivialización de las transgresiones.

La mitificada década y su mítica revolución sexual albergaban entonces innumerables paradojas en relación a una cultura erótica en torno a las relaciones amorosas, sexuales, pero también los vínculos de sentido con los cuerpos, los placeres y deseos. Ante los cambios en las costumbres eróticas, tanto los discursos más partidarios de la liberación como los más conservadores se trenzaban en debates y construían diversos tabúes o prohibiciones, campos fértiles para las transgresiones eróticas. El feminismo se repartía entre ambas posiciones, más o menos liberal o conservador. En las décadas siguientes, dentro del movimiento el erotismo seguiría constituyendo una temática escabrosa: mientras que las categorías de sexo y género serían ampliamente discutidas, la de erotismo quedaría muchas veces solapada tras la de sexualidad o asociada a la pornografía.

Asimismo, mientras el feminismo debatía deseo u opresión y lograba nuevas libertades e independencias eróticas, el sexo era traducido en cifras, el mercado preparaba productos y servicios para la erotización del consumo. El amor era problematizado pero la vieja dramaturgia del flechazo, la pareja, la fidelidad y los amores prohibidos seguirían vigentes. En este sentido, asociado al discurso amoroso, el erotismo poco tenía que ver con la modernización de los '60. Ésta última se relacionaba a los discursos de la sexualidad, pero los discursos eróticos asociados al amor y la seducción se difundían desde hacía décadas en las narrativas rosas o en las publicidades sugestivas.

El amor, una dimensión que se fue desligando de lo erótico era criticado desde el feminismo que veía en el amor romántico una opresión de género. Pero también era un reducto donde el erotismo vivía a través de la transgresión organizada. Más allá de los clichés, se hallaba fuertemente ligado a las narrativas amorosas en las revistas femeninas.

Con los cambios en la moral y las costumbres sexuales, el amor iría quedando apartado de las definiciones eróticas, asociadas cada vez más fuertemente a los discursos de la sexualidad. Se volvería no tanto una temática represiva para el género sino una temática reprimida, cuando los discursos sobre el amor iban ganando terreno a los discursos amorosos. La sentimentalidad del amor se tornaría una fuerte transgresión, quedando éste "...censurado en nombre de lo que no es, en el fondo, más que *otra moral*" (Barthes, 2001: 193). En este sentido, la liberación sexual iba en detrimento del 'erotismo de los corazones' (Bataille, 2010). El romance ya no era necesario para la conquista tecnificada. Mientras se censuraban las narrativas rosas, ganaba terreno la ingeniería erótica, una ética estética en torno a los cuerpos sensuales.

Así se resquebrajaba la fe marcusiana en las capacidades creativas de la fantasía erótica para revolucionar el orden social y sexual. Los teóricos de la liberación habían olvidado el potencial de la creación imaginaria y fantasiosa del erotismo dentro del capitalismo y su industria cultural.

La cultura erótica mutó en los '60 y abrió horizontes paradójales en torno a las problemáticas intersectadas de la sexualidad, las relaciones de género, el amor, los cuerpos, placeres y deseos eróticos, que no pueden diferenciarse clara y tajantemente entre una posición liberada y otra conservadora en materia sexual. Las liberaciones sexuales y de género fueron cooptadas por un mercado versátil a los cambios, los ímpetus conservadores ganaban la batalla de la mano de la censura, algunos avances científicos acarreaban obligaciones para el género femenino, las resignificaciones del amor abrían un sinnúmero de paradojas con los nuevos mandatos conyugales y para la liberación de los cuerpos estaban preparados algunos grilletes estéticos.

Un proceso cultural en torno al erotismo, pleno de contraluces, se desarrollaba en los '60 y abría sendas a la cultura erótica de décadas venideras. Cabe preguntarse cómo estas transformaciones respecto de los sentidos de lo erótico en sus diversas dimensiones se han resignificado en los tiempos contemporáneos.

La cultura erótica, tanto liberadora como opresora y un deseo que se unía tanto al Eros como al Tánatos, habían erigido la importancia del placer femenino como derecho y también como mandato, en el marco de una nueva moral del embellecimiento, de mostración del cuerpo, de relaciones amorosas 'livianas' y de una prolífica información sexual.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADISSI, Yako Román (2006). La sexualidad y el vínculo amoroso. Buenos Aires: Lugar.
- ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max (1987 [1944]). Dialéctica del Iluminismo. Buenos Aires: Sudamericana.
- AGUILAR, Gonzalo (1999). “Televisión y vida privada”, en DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (Dir.). Historia de la vida privada en la Argentina. Buenos Aires: Taurus. Pp. 255-283.
- ALTHUSSER, Louis (1984 [1970]) Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ALTHUSSER, Louis. (1990 [1969]). Para leer el Capital. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ARNOUX, Elvira N. de (2010), “Ejemplo ilustrativo y caso: recorridos destinados a la formación académica y Profesional”. Conferencia, en Minerva Rosas (Compiladora) Leer y escribir en la universidad y en el mundo laboral. Acta electrónica II Congreso Nacional de la Cátedra UNESCO, lectura y escritura, Osorno: Universidad de Los Lagos.
- BACHELARD, Gastón. (1984 [1938]). La formación del espíritu científico. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BALLENT, Anahí (2011). “El mundo de *Claudia*. La modernización cultural de los años sesenta y setenta”, en Revista Todavía, Pensamiento y Cultura en América Latina, N° 25. Mayo de 2011.
- Recuperado de: <http://www.revistatodavia.com.ar/todavia25/25.historianota.html> (Consultado: 22/05/2014).
- BARRANCOS, Dora. (2015a) “La investigación como sentimiento”, UNLNoticias, 10 de abril de 2015. Recuperado de: http://www.unl.edu.ar/medios/news/view/la_investigaci%C3%B3n_como_sentimiento#.VYBvykaAhrp. Consultado: 16/06/2015.
- BARRANCOS, Dora (2001). Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BARRANCOS, Dora (2007) “Contrapuntos entre sexualidad y reproducción”, en TORRADO, Susana (comp.) Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX, Buenos Aires: Edhasa. Tomo I.
- BARRANCOS, Dora (2008) Mujeres, entre la casa y la plaza. Buenos Aires: Sudamericana.
- BARRANCOS, Dora (2010). Mujeres en la Sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos. Buenos Aires: Sudamericana.
- BARRANCOS, Dora (2011). “El erotismo, una conquista feminista muy reciente”. Diario Clarín. 14 de diciembre de 2011. Recuperado de: http://www.entremujeres.com/genero/erotismo-conquista-feminista-reciente_0_494950559.html. Consultado: 14/12/2011.
- BARRANCOS, Dora (2015b) “Los vaivenes de la moral convencional. Entrevista a Dora Barrancos”. Diario Página 12, 17/04/2015. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-9633-2015-04-17.html>. Consultado: 22/04/2015.
- BARTHES, Roland (1986 [1942]). “Cultura y Tragedia. Ensayo sobre la cultura”. Recuperado de: http://www.dooos.org/articulos/otros/Barthes_Roland.htm. Consultado: 20/09/2015.
- BARTHES, Roland (2001 [1977]). Fragmentos de un discurso amoroso. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BARTHES, Roland (2009 [1957]). Mitologías. España: Siglo XXI.
- BATAILLE, Georges (2010 [1957]). El Erotismo, Buenos Aires: Tusquets.

- BLEICHMAR, Silvia (2014) “Amor, erotismo, vergüenza y pudor”, en Página 12, 08/05/14. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-245717-2014-05-08.html>. Consultado: 15/12/2014.
- BONTEMPO, Paula (2011). “*Para Ti*: una revista moderna para una mujer moderna, 1922-1935”, en: Estudios Sociales, año XXI, N° 41, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2011, pp. 127-156. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/ojs/index.php/EstudiosSociales/article/viewFile/2684/3848>. Consultado: 08/10/2015.
- BOURDIEU, Pierre (1999) La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.
- BRUCKNER, Pascal (2011). La paradoja del amor. Una reflexión actual sobre las pasiones. Buenos Aires: Tusquets.
- BUTLER, Judith (2007 [1990]). El género en disputa. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, Judith (2011). “Prólogo”, en Sabsay, Leticia. Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós.
- CALETTI, Sergio (2009). Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea. Documento de Trabajo. PI N° 3098. Paraná: FCE, UNER.
- CAMPILLO, A. (1996). “El amor de un ser mortal”, en BATAILLE, Georges (1996). Lo que entiendo por soberanía. Barcelona: Paidós/ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona. Pp. 9-54.
- CARRASCAL, María Laura (2010). “Un nuevo modelo de mujer reflejado en la moda rosarina de los años 60” en La Trama de la Comunicación, Volumen 14, Anuario del Departamento de Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario: UNR Editora. Pp: 95-107.
- CINGOLANI, Gastón (2008). “[Tapas de semanarios argentinos en el siglo XX: historia discursiva de un dispositivo y dos medios](#)”, en Revista LIS. Letra Imagen Sonido. Ciudad Mediatizada Año 1 N° 1, Marzo – Julio 2008, Equipo UBACyT S094, Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales-UBA. Pp. 83-92. Disponible en: <http://semioticafernandez.com.ar/wp-content/uploads/2010/09/7-LIS1-TapasSemanares-GC.pdf>. Consultado: 28-01-2015.
- CÓRDOBA, Marcelo (2010) “Entre información y seducción. La representación de la cirugía estética en medios masivos” en La Trama de la Comunicación, Volumen 14, Anuario del Departamento de Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario: UNR Editora. Pp. 151-164.
- COSSE, Isabella (2006) “Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60’: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional”, en Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 17, núm. 1, enero – junio de 2006. Pp. 39-60.
- COSSE, Isabella. (2010). Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires. Buenos Aires: Siglo XXI.
- COSSE, Isabella. (2011). “*Claudia*: la revista de la mujer moderna en la Argentina de los años sesenta (1957-1973)” en revista Mora (B. Aires) [online]. 2011, vol.17, n.1 [citado 2013-04-09], pp. 0-0. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?Script=sci_arttext&pid=S1853-001X2011000100007&lng=es&nrm=iso . Consultado: 01/07/2014.
- DE BEAUVOIR, Simone (2007 [1949]). El segundo sexo. Buenos Aires: De Bolsillo.
- DIVIANI, Ricardo. (2010) “Ciencias sociales y comunicación de masas. Algunos apuntes sobre la constitución del campo de estudio sobre comunicación en Argentina y sus derivas” en Revista Question, Vol 1, No 26, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/957>. Consultado: 08/10/2015.

- DUCA, Lo (2000 [1965]). Historia del erotismo. (Traducción Juan José Sebrelli). Elaleph.com. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/51687376/Lo-Duca-Historia-del-erotismo>. Consultado: 18/12/2014.
- EDELSTEIN, Beatriz (2009). De caza de brujas y pensamiento mágico. Buenos Aires: Hormé.
- EIDELMAN, Ariel (2015) “Moral católica y censura municipal de las revistas eróticas en la ciudad de Buenos Aires durante la década del sesenta”, en D’ANTONIO, Débora (comp.) (2015). Deseo y represión. Sexualidad, género y Estado en la historia argentina reciente. Buenos Aires: Imago Mundi. Pp- 1-20.
- ENTEL, Alicia (2008). Dialéctica de lo Sensible. Imágenes entre Leonardo y Walter Benjamin, Buenos Aires: Aidos.
- FELITTI, Karina (2007) “El debate médico sobre anticoncepción y aborto en Buenos Aires en los años sesenta del siglo XX” en Revista Dynamis, N 27. Granada: Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam. Pp. 333-357.
- FELITTI, Karina (2010). “El control de la natalidad en escena: anticoncepción y aborto en la industria cultural de los años sesenta”, en COSSE, Isabella et al. Los ’60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 205-244.
- FELITTI, Karina (2012). La revolución de la píldora: sexualidad y política en los sesenta. Buenos Aires: Edhasa.
- FLAUBERT, Gustave (2007 [1856]). Madame Bovary. Madrid: Akal.
- FOUCAULT, Michel (1996) La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa.
- FOUCAULT, Michel (1979). Microfísica del poder, Madrid: La Piqueta.
- FOUCAULT, Michel (1992 [1971]). El orden del discurso. Buenos Aires: Tusquets.
- FOUCAULT, Michel (2006 [1984]). Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (2011a [1976]). Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (2011b [1984]). Historia de la sexualidad. III La inquietud de sí. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FREUD, Sigmund (1986 [1930]). El malestar en la cultura. Buenos Aires: Amorrortu.
- FRIEDAN, Betty (2009 [1963]). La mística de la feminidad. Valencia: Cátedra.
- FROMM, Erich (1966 [1957]). El arte de amar. Buenos Aires: Paidós.
- GARIS, Ana Victoria (2010). “Corazones en conflicto: El consultorio sentimental en Argentina (1920-1975)” en La Trama de la Comunicación, Volumen 14. Rosario: UNR Editora. Pp. 123-149.
- GIDDENS, Anthony (1998). La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas, Madrid: Cátedra. Recuperado de: <http://www.docentes.unal.edu.co/lcsanchezc/docs/Giddens,%20Anthony%20-%20La%20transformacion%20de%20la%20intimidad.pdf>. Consultado: 18/07/2014.
- GILMAN, Claudia (2003). “Los sesenta / setenta considerados como época”, en: La pluma y el fusil. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 35-56.
- GUBERN, Román (2005). La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas. Barcelona: Anagrama.
- GUSDORF, George. (1960) Mito y metafísica. Buenos Aires: Nova.
- HOMANS, George (1990) “El conductismo y después del conductismo”, en GIDDENS, Anthony (comp.), La teoría social hoy. México: Alianza. Pp. 81-111.
- KOZAK, Claudia (2006). “Los 60”, en RICCI, Paulo (et.al.) Cuando los 60 fueron jóvenes. Literatura y política en la década del ’60. Paraná: Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos. Pp. 167-169.

LENARDUZZI, Víctor (2012). Placeres en movimiento: cuerpo, música y baile en la escena electrónica. Buenos Aires: Aidos.

LUST, Erika (2008). Porno para mujeres. Madrid: Melusina. Ebook.

MAINGUENEAU, Dominique (2008). La literatura pornográfica. Buenos Aires: Nueva Visión.

MANZANO, Valeria (2010). “Ha llegado la ‘nueva ola’: música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966”, en COSSE, Isabella, et al. Los ’60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 19-60.

MARCUSE, Herbert (1967 [1935]) “Acerca del carácter afirmativo de la cultura”, en Cultura y Sociedad. Buenos Aires: Sur.

MARCUSE, Herbert (1986 [1967]). El final de la utopía. Barcelona: Planeta Agostini.

MARCUSE, Herbert (1993 [1954]). El hombre unidimensional. Buenos Aires: Planeta.

MARCUSE, Herbert (2010 [1953]). Eros y civilización, Barcelona: Planeta.

MARX, Karl (1988 [1867]) El Capital, Tomo I, México: Siglo XXI.

MATTELART, Armand (1991). La Publicidad. Barcelona: Paidós.

MORANT, Isabel (2006) “Escribir sobre las mujeres, representar(se) a las mujeres Hombres y mujeres en el discurso de los moralistas. Funciones y relaciones” en, MORANT, Isabel (comp.) Historia de las mujeres en España y América Latina. T. II. Madrid: Cátedra.

MOUFFE, Chantal (2009). En torno a lo político. Buenos Aires: Fondo de Cultura.

MUCHEMBLED, Robert (2008). El orgasmo y occidente. Una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ONFRAY, Michel (2010). La fuerza de existir. Manifiesto hedonista. Barcelona: Anagrama.

ONG, Walter (1996). Oralidad y escritura. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

PAZ, Octavio (1994) La llama doble. Amor y erotismo. Méjico: Seix Barral.

PERROT, Michelle (2008). Mi historia de las mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

PICABEA, María Luján (2013) “El principio de placer”, Entrevista a Ercole Lissardi, en Clarín, 05/08/2013. Recuperado de: http://www.clarin.com/rn/literatura/ficcion/Ercole-Lissardi-Entrevista_0_967703235.html. Consultado: 30/01/2015.

PRECIADO, Beatriz (2010). Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en ‘Playboy’ durante la guerra fría. Barcelona: Anagrama.

PUJOL, Sergio (2002). La década rebelde. Los años 60 en la Argentina. Buenos Aires: Emecé.

ROBINSON, Paul (1987). La izquierda freudiana. Los aportes de Reich, Roheim y Marcuse. Buenos Aires: Granica.

RUBIN, Gayle (1989). “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en VANCE, Carole (comp.) Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina. Madrid, Ed. Revolución. Pp. 113-190. Recuperado de: www.cholonautas.edu.pe/ Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales. Consultado: 18/07/2013. Pp. 1-59.

SARLO, Beatriz (2011 [1985]). El imperio de los sentimientos. Buenos Aires: Siglo XXI.

SCOTT, Joan (2000): “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en LAMAS, Marta (comp.) El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Universidad Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).

SIBILIA, Paula (2012) “El cuerpo viejo como una imagen con fallas: La moral de la piel lisa y la censura mediática de la vejez”. Ponencia presentada en el XIV Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social: Comunicación e Industria Digital: tendencias escenarios y oportunidades. Universidad de Lima, 15 al 18 de octubre de 2012.

SPIGEL, Lynn (1992). Making room for TV. Television and Family Ideal in Postwar America. Chicago and London: University of Chicago Press.

- SZURMUK, Mónica y ROBERT MCKEE, Irwin (2009). *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. México: Siglo XXI.
- TERÁN, Oscar (2008) “Rasgos de la cultura durante el primer peronismo” (selección: “Modernización, tradicionalismo y radicalización 1956-1969”), en: *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810 -1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TORRADO, Susana (2003). *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: de La Flor.
- TRAVERSA, Oscar. (1997). *Cuerpos de Papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Barcelona: Gedisa.
- TRAVERSA, Oscar. (2007). *Cuerpos de Papel II. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1940-1970*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- TREBISACCE, Catalina (2010) “Una segunda lectura sobre las feministas de los ’70 en Argentina”, en *Conflicto Social*, Año 3, N° 4, Diciembre 2010. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Pp. 26-52. Recuperado de: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20120621044617/conflicto_social_04.pdf. Consultado: 08/10/2015.
- ULANOVSKY, Carlos (1997) *Parentes las rotativas: Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa.
- VANCE, Carole S. (1989) “El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad” en VANCE, Carole (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución. Pp: 8-49.
- VARELA, Mirtha (2010) “Cuerpos nacionales: Cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista”, en COSSE, Isabella et. Al.. *Los ’60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 61-86.
- VARELA, Mirtha (2005). *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna (1951-1969)*. Buenos Aires: Edhasa.
- VERÓN, Eliseo (1984) *Semiosis de lo ideológico y del poder. Espacios de crítica y producción*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Pp. 43-51.
- VERÓN, Eliseo (2004). “Prefacio”, en Carlón, Mario, *Sobre lo televisivo*. Buenos Aires: La Crujía.
- WOOLF, Virginia (2008 [1929]). *Un cuarto propio*. Barcelona: Seix Barral.
- WORSLEY, Harriet. (2004) *Décadas de moda*. Barcelona: Könemann.

ARTÍCULOS DE REVISTAS REFERIDOS

Claudia

“Naturalmente...”, Publicidad *Evanol*, *Claudia* N° 87, 08/ 64. Buenos Aires: Abril; año 8; p. 10.

“Nace la reina más joven del mundo”, *Claudia* N° 87, 08/64. Buenos Aires: Abril; año 8, p. 44-49.

“La mujer tiene además, una boca, dos ojos y una cara bonita”, Publicidad *Coty*, *Claudia* N° 87, 08/64. Buenos Aires: Abril; año 8, p. 34.

Publicidad *Régé Dama*, *Claudia* N° 87, 08/64. Buenos Aires: Abril; año 8, pp. 20-21.

“Como ella...”, Publicidad *Pond's*, *Claudia* N° 87, 08/64. Buenos Aires: Abril; año 8, p.11.

Cristina

“Margarita Palacios cocinando a la criolla”, *Cristina* N° 854, 08/65. Buenos Aires; portada.

“Una mujer irresistible”, *Cristina* N° 854, 08/65. Buenos Aires; p. 40-42.

Chabela

“Con un detalle de crochet”, *Chabela* N° 384, 01/68. Buenos Aires: Sopena; p. 23.

Femirama

“Bill Blass”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66. Buenos Aires: Codex. Año 1, p. 154.

“Cómo deben ser ella y él para ser felices”, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, pp. 74-81.

“Crema fluida y veraniega”, Publicidad *Kareen Horn*, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, p. 125.

“Cuando el marido es un donjuán”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66. Buenos Aires: Codex. Año 2, pp. 80-83.

“Dan que hablar”, Publicidad *Subell*, *Femirama* Especial Navidad, 12/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, p. 43.

“El perfume que dice cómo es Ud”, Publicidad *Miss France*, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, p. 16.

“El primer casamiento ‘hippie’, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, pp. 206-207.

“El veneno de los celos”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, pp. 130-134.

“En su rostro la natural audacia del maquillaje joven”, Publicidad *Miss Ylang*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p. 259.

“Encantador, sugestivo... y francés”, Publicidad *Carven*, *Femirama* s/n, 03/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, p. 30.

“Günther Sachs sin máscara”, *Femirama*, N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, pp. 82-85.

“Jabón de tocador”, Publicidad *Prosan*, *Femirama*, Tomo 8, 05/66. Buenos Aires: Codex. Año 1, p. 4.

“La habitación de la joven soltera”, *Femirama*, s/n, 03/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, pp.8-11.

“La historia de George Hamilton”, *Femirama*, Especial Navidad, 12/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, pp. 162-168.

“Lo único más femenino que Warner’s es Usted!”, Publicidad *Warner’s*, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, p. 71.

“Los adolescentes acelerados”, *Femirama*, Tomo 8, 05/66. Buenos Aires: Codex. Año 1, pp.150-151, 192.

“Los argentinos opinan sobre su mujer ideal”, *Femirama*, N° Especial Navidad, 12/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, pp.50-55.

“Los especialistas contestan”, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p.256

“Los especialistas contestan”, *Femirama*, Especial Navidad, 12/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, p.214.

“Los especialistas contestan”, *Femirama*, Tomo 6, 03/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p.183.

“Moda: vidriera de ideas”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, portada.

“Moderna, activa, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p. 221.

“Otra vez...”, Publicidad *Cremestick Coty*, *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p. 223.

“Rodolfo Valentino”, *Femirama*, tomo 8, 05/66. Buenos Aires: Codex. Año 1, pp.140-148.

“Si usted quiere morir en sus brazos”, Publicidad *Colonia Valet Gillette*, *Femirama*, Especial Navidad, 12/67. Buenos Aires: Codex. Año 2, p. 185.

“Un momento...!””, Publicidad *Pond’s*. *Femirama* N° extraordinario, 04/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, p. 225.

“Una heroica prueba de amor”, *Femirama* s/n, 03/68. Buenos Aires: Codex. Año 3, pp. 34-38.

“Ventajas y desventajas de los 40 años”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, pp.116-123.

Publicidad “*Renault 4*, te quiero”, *Femirama* N° extraordinario, 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, p. 167.

Publicidad *Vogue*. *Femirama* N° extraordinario. 06/69. Buenos Aires: Codex. Año 4, contratapa.

Gente

“...audaces”, Publicidad *Le Mans*, *Gente* N° 282, 17/12/70. Buenos Aires, Atlántida. Año 6, contratapa

“¡Delon... Delon... que lindo sos!””, *Gente* N°217, 18/09/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 5, pp. 86-87.

“¿Adónde llegará esto?””, *Gente* N°73, 15/12/66. Buenos Aires: Atlántida. Año 1, p. 9-10.

“¿Qué ven en usted las extranjeras?””, *Gente* N°215, 04/07/69. Buenos Aires, Atlántida. Año5, p. 72.

“Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?””, Publicidad *Karina*, *Gente* N° 193, 03/04/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p. 5.

“...la audacia de un guerrillero y la solvencia de un *play-boy*”, Publicidad *Sportline*, *Gente* N° 205, 26/06/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p. 73.

“184 centímetros de fama y elegancia”, *Gente* N°190, 13/03/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, pp. 66-70.

“A todo color”, *Gente* N°179, 26/12/68. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, portada.

“Brava!”, Publicidad *Chevrolet*, *Gente* N°160, 15/08/68. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p. 37.

“Chicas Divito”, *Gente* N° 208, 17/07/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 5, p. 17.

“Cine Guía”, *Gente* N°82, 16/02/67. Buenos Aires, Atlántida. Año 3, p. 31.

“Cuatro veces 007”, *Gente* N°75, 29/12/66. Buenos Aires, Atlántida. Año 2, pp. 40-41.

“Editorial”, *Gente*, N°193, 03/04/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p. 7.

“El futuro es ahora”, *Gente* N° 282, 17/12/70. Buenos Aires, Atlántida. Año 5, p. 100-102.

“Ellas sienten latir al hombre en el *Playthompson*”, *Gente* N°217, 18/09/69. Buenos Aires, Atlántida. Año5, p. 23.

“Guapos”, *Gente* N° 89, 06/04/67. Buenos Aires, Atlántida. Año2, p. 32.

“Las tocables. Con gusto no pica”, *Gente* N°193, 03/04/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p.23.

“Lidia Elsa Satragno: Seré más Pinky que nunca”, *Gente* N°74, 22/12/1966. Buenos Aires, Atlántida. Año 2, portada.

“Los infieles” Publicidad *Master 91*, *Gente* N° 158 19/08/68. Buenos Aires, Atlántida. Año 3, contratapa.

“Pasarán más de mil hombres, muchos más...”, *Gente* N°150, 15/08/68. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, pp. 16-18.

“Proceso a la píldora anticonceptiva”, *Gente* N°78, 19/01/67. Buenos Aires, Atlántida. Año 2, pp. 12-14.

“Qué hacen, qué piensan, qué hablan, qué comen”, *Gente* N° 194, 10/04/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, pp. 38-39.

“Quiero ser libre y no sufrir otra vez”, *Gente* N°74, 22/12/1966. Buenos Aires, Atlántida. Año 2, p. 2-4.

Publicidad *Karina*, *Gente* N°199, 15/05/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4. p. 24

Publicidad *Para Ti*, *Gente* N°222, 23/10/69. Buenos Aires, Atlántida. Año 4, p.83.

Life en Español

“No sólo el instinto animal mueve al hombre”, *Life en español* Vol. 34, N° 2, 28/07/69. Chicago: *Life*. Año 2, pp. 33-40.

“Nacemos ya sexuales”, *Life en español* Vol. 32, N°8, 07/10/68. Chicago: *Life*. Año 1, pp.52-58.

“Educación Sexual”, *Life en español*, Vol. 32, N°8, 07/10/68. Chicago: *Life*. Año 1, p.51.

“Cartas a la redacción”, *Life en español*, Vol. 33 N° 2, 27/01/69. Chicago: *Life*. Año 1, p.2

Life en español, Vol. 34, 28/07/69, Año 2, portada.

“Experimentos matrimoniales”, *Life* Vol. 34, N° 7, 06/10/69. Chicago: *Life*. Año 2, pp. 38-49.

“Desafío al Milagro de la Vida”, *Life en español*, Vol. 34, 28/07/69. Chicago: *Life*. Año 2, pp. 46-54.

Maribel

“¡La mujer no quiere envejecer!”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 50-51.

“¡Oh!...¡Es ella!”, Publicidad *Tangee, Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 23.

“¿A plena vida?”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 34.

“¿Cuánto dura el amor eterno?”, *Maribel* N° 1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 12-13.

“¿Es lícito evitar los hijos?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 42, 43.

“¿Es usted buena compañera de ‘ellos’?”, *Maribel* s/n, 1965. Buenos Aires: Sopena. Año 34, p. 64.

“¿Me lanzo o no me lanzo?”, *Maribel* s/n, 1965. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 62, 63.

“¿Por qué va la mujer al psicoanalista?”, *Maribel* N° 1646, 22/09/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp.6-7.

“¿Qué es una mujer bella?”, *Maribel* N° 1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 50-53.

“¿Son desgraciados los matrimonios sin hijos?”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 18-19, 81.

“¿Son felices las mujeres blancas casadas con hombres de color?”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, portada.

“¿Te sientes culpable?”, *Maribel* N° 1479, 20/06/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, pp. 62, 63, 74.

“Amanecer de amor”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p. 13.

“Aquel roce de unos labios”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 6-7, 72, 74.

“Atilio Marinelli, el galán de moda”, *Maribel* N° 1586, 23/07/63. Buenos Aires: Sopena. Año 32, p. 26.

“Ausencia: ¿tumba del amor?”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 50-54.

“Belmondo, el inocente”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 21.

“Besos en primavera”, *Maribel* N° 1474, 16/05/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, p. 70.

“*Charme*”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 58-61.

“Cómo debe ser la esposa perfecta”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 78-79.

“*Conception Days Indicator*”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, p. 68.

“Correo del corazón” *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 28-29.

“Correo del corazón”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 16.

“Correo del corazón”, *Maribel* N° 1500, 1961. Buenos Aires: Sopena. Año 30, p. 79.

“Correo del Corazón”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 44-45.

“Crisis en la vida de a dos”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 24, 25, 30, 38.

“Cuando el otoño es adiós...”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 31.

“Cuando tú me necesites”, *Maribel* N° 1500, 1961. Buenos Aires: Sopena. Año 30, pp.26-27.

“Cuarenta años...”, *Maribel* s/n, 05/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, pp. 8-9, 30, 62.

“De nuestra siembra”, *Maribel* N° 1430, 05/07/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 14-15, 59, 70, 84.

“El ‘Dr. Kildare’ teme al mal de amores”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 65-67.

“El algodón femenino”, Publicidad *Delsa*, *Maribel* N° 1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 32, p.21.

“El amor a primera vista”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp.7-8.

“El beso prohibido”, *Maribel* N° 1646, 22/09/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 36-37.

“El flirt de la señora Lanvin”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 26-27, 66, 74.

“El medallón”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 54.

“El salto”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 26-30.

“El secreto de la fascinación en el amor”, *Maribel* N° 1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 64-65.

“El secreto de Olga”, *Maribel* N° 1461, 14/02/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, pp. 11-14, 22.

“El último secreto de Sarah Bernhardt”, *Maribel* s/n, 28/04/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, portada.

“Ella y la muerte”, *Maribel* s/n, 1965. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 28-30.

“En voz baja”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p. 28.

“Entre su marido y usted... los astros”, *Maribel* N° 1641, 18/08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 56, 57.

“Esos que niegan a Dios”, *Maribel* s/n, 05/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, pp. 10, 11, 14, 22, 25.

“Glamour de Verano”, Publicidad *Angel Face*, *Maribel* N° 1415, 22/03/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p. 21.

“Hechizo hacia el amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 40, 41, 52-53, 62.

“Historia prohibida”, *Maribel* N° 1451, 06/12/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 10, 11, 30

“Hoy se confiesa: Pablo Moret”, *Maribel*, N° 1415, 22/03/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp.70-71.

“James Dean”, *Maribel* N° 1573, 23/04/63. Buenos Aires: Sopena. Año 32, pp. 3-7.

“La belleza de su busto”, Publicidad *Cremas Indígena Montenegro*, *Maribel* N° 1627, 12/05/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 63.

“La causa más grave del divorcio: el adulterio”, *Maribel* N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 20-21.

“La edad no tiene importancia cuando se está enamorada”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 32-34.

“La ginebra del que ‘sabe’”, Publicidad *Ginebra Llave*, *Maribel* s/n, 1962. Buenos Aires: Sopena. Año 31, contratapa.

“La modelo y el príncipe”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 6-7.

“La mujer 1963”, *Maribel* N° 1573, 23/04/63. Buenos Aires: Sopena. Año 32, pp. 50-51.

“La mujer de hoy y el materialismo”, *Maribel* N° 1586, 23/07/63. Buenos Aires: Sopena. Año 32, p.76.

“La mujer de hoy y el novio más joven”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p. 88.

“La mujer de hoy y los conquistadores”, *Maribel* N°1583, 02/07/63. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p. 73.

“La publicidad, un mundo conquistado”, en *Maribel* N°1656, 08/12/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 8.

“La tercera llave”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 18-21.

“La turbulenta vida de Jane Fonda”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp.42-45.

“Las abuelas demasiado jóvenes”, *Maribel* N° 1583, 02/07/63. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p. 68.

“Las diez en punto de la noche”, *Maribel* N° 1611, 21/01/64. Buenos Aires: Sopena. Año 32, pp. 64-65, 71, 72.

“Linda”, *Maribel* N°1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 26-30.

“Llaman la atención”, Publicidad *Medias Evelina*, *Maribel* N°1521, 17/04/62. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p. 33.

“Los frágiles paraísos”, *Maribel* N° 1627, 12/05/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 26-30.

“Los hombres frente a mi cámara”, *Maribel* N° 1474, 16/05/61. Buenos Aires: Sopena. Año 30, p. 28

“Mi marido no es el mismo”, *Maribel* N° 1677, 11/05/65. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 24, 25, 32.

“Mi placer”, Publicidad, *Maribel* N°1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p.12.

“Misterio... Seducción... Tul...”, Publicidad *Noveltex*, *Maribel* N°1521, 17/04/62. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p. 79.

“Mujeres en el poder”, *Maribel* N°1681, 08/06/1965. Buenos Aires: Sopena. Año 43, portada.

“Murallas de angustia”, *Maribel* N° 1625, 28/04/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 10-14.

“Ni diosa, ni monstruo...”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp.4-5, 10, 24, 29, 34.

“Operativo departamento: pesos y m2 para la libertad”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 3-5.

“Permanente juventud en sus cabellos”, Publicidad *Helene Curtis*, *Maribel* N° 1640, 08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 53.

“Proceso a la soltería”, *Maribel* s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp.18-19.

“Radiografía del piropo”, *Maribel* N° 1641, 18/08/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp. 4-7.

“Remolino de pasiones”, *Maribel* N° 1430, 05/07/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 58-59.

“Rivales”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62. Buenos Aires: Sopena. Año 31, pp. 10-11, 14.

“Si le escribe: te amo”, *Maribel* N° 1521, 17/04/62. Buenos Aires: Sopena. Año 31, pp. 30-31.

“Sta-up-top”, Publicidad *Warner's*, *Maribel* N° 1430, 05/07/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p. 34.

“Sumario”, *Maribel* N°1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año33, p.3.

“Telón tras un largo acto”, *Maribel* N° 1438, 30/08/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, pp. 12,13, 64, 70.

“Tener una nueva figura... es fácil”, *Maribel* N° 1583, 02/07/63. Buenos Aires: Sopena. Año 31, pp. 6-7.

“Una casa para dos”, *Maribel* N° 1573, 23/04/63. Buenos Aires: Sopena. Año 32, pp.12-13, 18, 29, 70.

“Una mujer con pasado”, *Maribel* N° 1656, 08/12/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p.32.

“Una mujer inmoral”, *Maribel* N° 1415, 22/03/60. Buenos Aires: Sopena. Año 29, p. 54.

“Una novia en cada puerto”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65. Buenos Aires: Sopena. Año34, p. 26.

“Violeta Rivas, en la jaula del amor”, *Maribel* N° 1665, 16/02/65. Buenos Aires: Sopena. Año 34, pp. 20-21.

“Vivir y morir”, *Maribel* N° 1618, 10/03/64, Buenos Aires: Sopena. Año33, pp. 10-11, 41, 47, 56, 65.

Bullrich, Silvina, “¡Qué miedo nos tienen los hombres!”, *Maribel*, N° 1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 8.

Bullrich, Silvina. “El voto como símbolo de responsabilidad”, *Maribel* N° 1583, 2/07/1963. Buenos Aires: Sopena. Año 31, p.3.

Giberti, Eva. “Adolescencia liberal”, *Maribel* N°1637, 21/07/64. Buenos Aires: Sopena. Año 33, p. 24.

Giberti, Eva. “El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel*, s/n, 1964. Buenos Aires: Sopena. Año 33, pp.26, 27.

Para Ti

“Mary Santpere: Los hombres las prefieren simpáticas”, *Para Ti* N° 2400, 08/07/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 47, p. 52.

”Claudia Cardinale: la mujer que no supo interpretar su mejor papel: el de madre”, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, pp. 4-8.

“Sus ojos son... atractivos?” Publicidad *Elisabeth Arden*, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p. 29.

“Diviértase al sol sin temor...”, Publicidad *Coppertone*, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 51.

“El licor que se toma... juntos”, Publicidad *Liquore Strega*, *Para Ti* N° 2329, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p. 3.

“El pelo es el único vestido personal-natural de la mujer...”, Publicidad *Panten*, *Para Ti* N°2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p. 19.

“Si lo que Ud. busca es la mejor calidad...”, Publicidad *Parliament*, *Para Ti* N° 2283, 11/04/66. Buenos Aires: Atlántida. Año 44, contratapa.

“Andrea”, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, pp. 20, 21, 22, 24, 191, 102.

“Yo soy una cámara”, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p. 109.

Publicidad ‘*Ann Dey*’, *Para Ti* N° 2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p. 34.

“Marcela”, Publicidad *Phillips*, *Para Ti* N°2339, 08/05/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 45, p.111.

“Déjese tentar”, Publicidad *Windsor*, *Para Ti* N°2366, 13/11/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 31.

Publicidad *Woolite*, *Para Ti* N° 2366, 13/11/67. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 56.

“Secreto de confesión”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 66.

“Y sé que comprenderás”, *Para Ti* N° 2375, 15/01/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, pp. 6-9.

“¿Es suficiente amar?”, *Para Ti* N° 2400, 08/07/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 47, p. 22-25.

“Secreto de confesión”, *Para Ti* N° 2420, 25/10/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 62.

“El amor de un hombre”, *Para Ti* N° 2420, 21/11/68. Buenos Aires: Atlántida, p. 6-9.

“Los límites de la libertad”, *Para Ti* N° 2420, 21/11/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 46, p. 28.

“Secreto de confesión”, *Para Ti*, N° 2420, 21/11/68. Buenos Aires: Atlántida. Año 47, p. 74

“¿Dónde estás mi amor?”, *Para Ti* N° 2459, 25/08/69. Buenos Aires: Atlántida. Año 48, pp.6-9, 16-17, 20.

“Alain Delon”, *Para Ti* N°2452, 25/08/69. Buenos Aires: Atlántida. Año 48, poster.

“Sandro y el revés de la trama”, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69. Buenos Aires: Atlántida. Año 48, p. 72.

“Tener un marido”, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69. Buenos Aires: Atlántida. Año 48, p. 22-23, 28-29.

“La verdad vestida...”, Publicidad *Singer*, *Para Ti* N° 2452, 25/08/69. Buenos Aires: Atlántida. Año 48, p. 71.

Vosotras

“El amor y los fantasmas del ‘tiro-corto’”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, pp. 64-65.

“Ese muchacho era mi novio”, *Vosotras* N° 1244, 08/02/59. Buenos Aires: Korn. Año 24, p. 14.

Portada *Vosotras* N°1244, 08/10/59. Buenos Aires: Korn. Año 24.

“*Conception Days Indicator*”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, p. 60.

“La hiedra”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, pp. 26-30, 32.

“Casi pecado”, *Vosotras* N° 1324, 20/04/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, pp. 19, 20, 24, 40, 52.

“¿Sabe Ud. por qué se ama...?” *Vosotras* N° 1332, 15/06/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, p.27.

“Nunca más”, *Vosotras* N° 1332, 15/06/61. Buenos Aires: Korn. Año 24, p. 19

Portada *Vosotras* N° 1332, 15/06/61. Buenos Aires: Korn. Año 24.

Publicidades aparecidas en revistas varias

“La mujer decide?”, Publicidad *Celulosa Argentina*, *Para Ti*, 1967.

“Las intuitivas”, Publicidad *Citröen* 2CV, 1968.

“Platero y yo”, Publicidad *Citröen 2CV*, 1968.
“Moderna, actual, muy femenina”, Publicidad *Evanol*, 1968
“Los infieles” Publicidad *Master 91*, 1968
“...la última moda”, Publicidad *Renault*, 1968.
“Para que Usted sea libre, cómodamente libre”, Publicidad *Siambretta*, 1960
“Música en movimiento”, Publicidad *Tonomac*, 1969
“¿Para esto me casé?”, Publicidad *Palmolive*, 1961.
“Castígame, maltratame, explótame, soy todo tuyo”, Publicidad *Falcon*, 1969.
Publicidad *Torino*, 1967.
“Botas anchas”, Publicidad *Good Year*, 1968.
“Pasémonos al Suavegom”, Publicidad *Suavegom*, 1969.

ANEXOS